

La distinción

Criterio y bases sociales del gusto



Pierre Bourdieu



TITULOS Y CUARTELES DE NOBLEZA CULTURAL

Existen pocos casos en los que la sociología se parezca tanto a un psicoanálisis social como aquél en que se enfrenta a un objeto como el gusto, una de las apuestas más vitales de las luchas que tienen lugar en el campo de la clase dominante y en el campo de la producción cultural. No sólo porque el juicio del gusto sea la suprema manifestación del *discernimiento* que, reconciliando el entendimiento y la sensibilidad, el pedante que comprende sin sentir y el mundano que disfruta sin comprender, define al hombre consumado. No sólo porque todos los convencionalismos designen de antemano el proyecto de definir este indefinible como una manifestación evidente del filisteísmo*: tanto el convencionalismo universitario que, desde Riegl y Wölfflin a Elie Faure y Henri Focillon, y desde los más académicos comentaristas de los clásicos a los semiólogos vanguardistas, impone una lectura formalista de la obra de arte, como el convencionalismo mundano que, al hacer del gusto uno de los índices más seguros de la verdadera nobleza, no puede concebir que se le relacione con cualquier otra cosa que no sea el gusto mismo.

La sociología se encuentra aquí en el terreno por excelencia de la negación de lo social. No le basta con combatir las evidencias primarias; con relacionar el gusto, ese principio increado de toda "creación", con las condiciones sociales en las que se produce, sabiendo que los mismos que se ensañan en rechazar la evidencia de la relación entre el gusto y la educación, entre la cultura en el sentido de estado de lo que es cultivado y la cultura como acción de cultivar, se sorprenderán de que pueda emplearse tanto trabajo para probar científicamente esta evidencia. Le es preciso aún examinar atentamente esta relación que sólo en apariencia es auto-explicativa; y buscar la razón de la paradoja que pretende que la relación con el capital escolar** permanezca igual de fuerte en los dominios que la escuela no

* De *philistin*: persona de gusto vulgar, cerrada a las artes, a las letras y a las novedades (definición del Diccionario Robert). (Nota de la T.).

** He tomado la decisión de traducir el adjetivo "*scolaire*" como "escolar" en lugar de "académico" porque parece que refleja mejor tanto el sentido genérico como el específico en que el autor lo emplea continuamente a lo largo de todo el texto, ya que hace referencia a los conocimientos y formación adquiridos en todos y cada uno de los niveles y formas de enseñanza, desde los más elementales a los más elevados y desde los más teóricos a los más prácticos. Sólo utilizaré el adjetivo "académico" cuando se haga referencia a las diversas titulaciones que acreditan el paso por los distintos niveles, y cuando el autor utilice el adjetivo "*scolaire*" en un sentido más o menos peyorativo. (Nota de la T.).

enseña. Y ello sin poder nunca contar por completo con el arbitraje positivista de lo que llamamos hechos: detrás de las relaciones estadísticas entre el capital escolar o el origen social y tal o cual saber, o tal o cual manera de utilizarlo, se ocultan relaciones entre grupos que mantienen a su vez relaciones diferentes, e incluso antagónicas, con la cultura, según las condiciones en las que han adquirido su capital cultural y los mercados en los que pueden obtener de él, un mayor provecho. Pero no hemos acabado con las evidencias: es a la propia interrogación a la que es preciso interrogar —es decir, a la relación con la cultura que *tácitamente* privilegia— a fin de establecer si una modificación del contenido y de la forma de la interrogación no bastaría para determinar una transformación de las relaciones observadas. No salimos, pues, del juego cultural; y no existe ninguna probabilidad de objetivar la verdad del mismo si no es a condición de objetivar, lo más completamente posible, las propias operaciones a las que es obligado recurrir para realizar esta objetivación.

De te fabula narratur. Este recordatorio va dirigido no sólo al lector sino también al sociólogo. Paradójicamente, los juegos culturales están protegidos contra la objetivación por todas las objetivaciones parciales a las que mutuamente se someten todos los agentes comprometidos en el juego: los doctos no pueden aceptar la verdad de los mundanos si no renuncian a llegar a comprender su propia verdad: y lo mismo ocurre con sus adversarios. La misma ley de lucideces y cegueras cruzadas rige el antagonismo entre los “intelectuales” y los “burgueses” (o sus portavoces en el campo de la producción cultural). Y no basta con tener en la mente la función que la cultura legítima cumple en las relaciones de clase, para tener la seguridad de poder evitar la imposición de una u otra de las representaciones interesadas de la cultura que los “intelectuales” y los “burgueses” indefinidamente se lanzan unos a otros. Si la sociología de la producción y de los productores culturales nunca hasta el momento ha escapado al juego de las imágenes antagónicas, en el que “intelectuales de derecha” e “intelectuales de izquierda”, según la taxonomía vigente, someten a sus adversarios y a sus estrategias a una reducción objetivista, tanto más fácil cuanto más interesada, es porque la explicitación está condenada a seguir siendo *parcial*, y por consiguiente falsa, mientras que excluya la comprensión del punto de vista a partir del cual se enuncia, o sea, la construcción del *juego en su conjunto*: solamente en el campo de posiciones se definen tanto los intereses genéricos asociados al hecho de participar en el juego como los intereses específicos ligados a las diferentes posiciones, y, a través de ellos, la forma y el contenido de las posturas en las que se expresan estos intereses. A pesar de la apariencia de objetividad, la “sociología de los intelectuales” que es tradicionalmente el quehacer de los “intelectuales de derecha”, y la crítica del “pensamiento de la derecha”, que incumbe de preferencia a los “intelectuales de izquierda”, no son otra cosa que agresiones simbólicas que se dotan de una eficacia suplementaria cuando toman el aspecto de la impecable neutralidad de la ciencia. Ambas se ponen *tácitamente* de acuerdo para dejar oculto lo esencial, es decir, la estructura de las posiciones objetivas que está en el origen, entre otras cosas, de la visión que los ocupantes de cada posición puedan tener de los ocupantes de las otras posiciones, y que confiere su forma y su fuerza propias a la propensión de cada grupo a tomar y a dar la verdad parcial de un grupo como la verdad de las relaciones objetivas entre los grupos.

Con vistas a conseguir determinar cómo la disposición cultivada y la com-

petencia cultural, aprehendidas mediante la naturaleza de los bienes consumidos y la manera de consumirlos, varían según las categorías de los agentes y según los campos a los cuales aquéllas se aplican, desde los campos más legítimos, como la pintura o la música, hasta los más libres, como el vestido, el mobiliario o la cocina, y, dentro de los campos legítimos, según los “mercados” –“escolar” o “extraescolar”– en los que se ofrecen, se establecen dos hechos fundamentales: por una parte, la fuerte relación que une las prácticas culturales (o las opiniones aferentes) con el capital escolar (medido por las titulaciones obtenidas) y, secundariamente, con el origen social (estimado por la profesión del padre); y, por otra parte, el hecho de que, a capital escolar equivalente, el peso del origen social en el sistema explicativo de las prácticas y de las preferencias se acrecienta a medida que nos alejamos de los campos más legítimos¹.

Cuanto más aumenta el reconocimiento por el sistema escolar de las competencias medidas, las técnicas empleadas para medirlas son también más “escolares”, aumentando asimismo el grado de relación entre resultado y la titulación académica que, en tanto que indicador más o menos adecuado del número de años de inculcación escolar, garantiza el capital cultural de forma más o menos completa, según que éste sea heredado de la familia o adquirido en la escuela, y que, en consecuencia, es un indicador desigualmente adecuado de este capital. La más alta correlación entre el resultado y el capital escolar como capital cultural reconocido y garantizado por la institución escolar (que es muy desigualmente responsable de su adquisición) se observa cuando, con la pregunta sobre los compositores de una serie de obras musicales, la interrogación toma la forma de un ejercicio muy académico² sobre conocimientos muy próximos a los que enseña la institución escolar y sólidamente reconocidos en el mercado escolar.

El 67 % de los poseedores de un CEP* (certificado de educación primaria) o de un CAP (certificado de aptitud profesional) no pueden identificar más de dos compositores (entre dieciséis obras), frente al 45 % de los poseedores de un BEPC (diploma de estudios del primer ciclo de la enseñanza secundaria), al 19 % de los bachilleres, al 17 % de los que han pasado por una pequeña escuela** o han comenzado estudios superiores, y sólo al 7 % de los poseedores de una titulación igual o superior a la licenciatura. Mientras que ninguno de los obreros o emplea-

¹ Los análisis aquí presentados se basan en una encuesta por cuestionario realizada en 1963 y en 1967/68 sobre una muestra de 1217 personas. En el Anexo 1 (Operaciones de la investigación) se encuentran todas las informaciones relacionadas con la estructura de la muestra, el cuestionario y las principales operaciones del análisis.

² El encuestador enumeraba una lista de dieciséis obras musicales y pedía que se indicara el nombre de cada uno de los compositores de las mismas. (Véase el cuestionario del Anexo 1, Operaciones de la investigación.)

*Dado que, tanto en el texto como en las tablas, el autor emplea continuamente las siglas y denominaciones correspondientes al sistema educativo francés –sin equivalencias, la mayor parte de las veces, con el español–, siglas y denominaciones cuya continuada explicitación haría ilegible el texto e imposibles las tablas, se ha optado por remitir al lector a los dos últimos Anexos de este libro, situados al final de los que incluye el autor, y con referencias Anexo I –y Anexo II– de la edición en castellano, que comprenden: el I un esquema del sistema educativo francés, y el II un glosario de todas las siglas empleadas en el original y mantenidas en la traducción. A ellos, pues, remitimos al lector de ahora en adelante. (Nota de la T.).

** Se emplea la traducción de “*petite école*” por entender que su traducción por “escuela universitaria” no corresponde exactamente con la realidad española. (Véase, pues, Anexo I de la edición en castellano.) (Nota de la T.).

dos encuestados es capaz de identificar por lo menos doce de los compositores de las dieciséis obras propuestas, el 52 % de los productores artísticos y de los profesores encuestados (y el 78 % si nos referimos sólo a los profesores de enseñanza superior) consiguen hacerlo.

El porcentaje de los que “no contestan” a la pregunta sobre los pintores o sobre las obras musicales preferidas depende también estrechamente del nivel de instrucción, contraponiendo fuertemente la clase dominante a las clases populares, los artesanos y los pequeños comerciantes. Sin embargo, como en este caso el hecho de responder o no, depende sin duda tanto de las disposiciones como de la pura competencia, la pretensión cultural característica de la nueva pequeña burguesía –cuadros medios del comercio, miembros de los servicios médico-sociales, secretarías, intermediarios culturales– encuentra una ocasión para expresarse. De igual forma, la escucha de las cadenas de radio más “cultas”, France-Musique y France-Culture, y de las emisiones musicales o culturales, la posesión de un tocadiscos, la audición de discos (sin precisión de géneros, lo que reduce la importancia de las diferencias), las visitas a los museos y el nivel de competencia en pintura, características que están muy relacionadas entre sí, obedecen a la misma lógica y, estrechamente ligadas al capital escolar, jerarquizan brutalmente las diferentes clases y fracciones de clase (variando en sentido inverso la escucha de *variétés*). Para unas actividades que, como la práctica de un arte plástico o de un instrumento musical, suponen un capital cultural adquirido, como es lo más frecuente, fuera de la escuela, e independiente (relativamente) del grado de titulación académica, la correlación, muy fuerte, con la clase social se establece por mediación de la trayectoria social (lo que explica la particular posición de la nueva pequeña burguesía).

Cuanto más nos dirigimos hacia los campos más legítimos, como la música y la pintura, y, ya dentro de estos universos, jerarquizados según su grado modal de legitimidad, hacia ciertos géneros o hacia ciertas obras, tanto más las diferencias de capital escolar se encuentran asociadas con diferencias importantes en los conocimientos y en las preferencias: las diferencias entre la música clásica y la canción se doblan con diferencias que, producidas según los mismos principios, separan en el interior de cada una de aquéllas los géneros, como la ópera y la opereta, el cuarteto y la sinfonía; las épocas, como la música contemporánea y la música antigua; los autores, y por último, las obras; así, entre las obras musicales, *El clavecín bien temperado* y *El concierto para la mano izquierda* (los cuales veremos que se distinguen por los modos de adquisición y de consumo que suponen) se contraponen a los vales de Strauss y a *La danza del sable*, músicas devaluadas, ya sea por su pertenencia a un género inferior (“la música ligera”), ya sea por el hecho de su divulgación (al remitir la dialéctica de la distinción y de la pretensión al “arte medio” devaluando las obras de arte legítimas que se “vulgarizan”)³; así como, en el campo de la canción, Brassens o Ferré se oponen a Guétary y a Petula Clark, correspondiendo estas diferencias, en los dos casos, a las diferencias en el capital escolar⁴ (véase Tabla 1).

³ La más perfecta manifestación de este efecto, en el orden de la música legítima, es el destino del famoso *Adagio* de Albinoni (como dicen las cubiertas de los discos) o de tantas obras de Vivaldi, que han pasado en menos de veinte años del prestigioso estatus de descubrimientos de musicólogo al estado de cantinela de las cadenas de radio populares y de los tocadiscos pequeño-burgueses.

⁴ De hecho, el peso de los factores secundarios, estructura del capital, volumen del capital cultural heredado (o trayectoria social), edad o residencia, varía según las obras. Así, cuando nos dirigimos hacia las obras menos legítimas (en el momento considerado), se ve aumentar el peso de factores tales como la edad; en el caso de la *Rapsodia en blue* o de la *Rapsodia húngara*, la relación es más estrecha con la edad que con la titulación, la categoría socio-profesional del padre, el sexo o el lugar de residencia.

Tabla 1—Preferencias en materia de canción y de música

Pertenencia a clase	Titulación	Guétary	P. Clark	Brassens	Ferré	El bello Danubio azul	La danza del sable	El clavecín bien temperado	El concierto para la mano izquierda
Clases populares	sin tit., CEP, CAP	33	31	38	20	65	28	1	—
	BEPC y más	17	17	61	22	62,5	12,5	—	—
Clases medias	sin tit., CEP, CAP	23	29	41	21	64	26	1,5	1,5
	BEPC y más, de las cuales:	12,5	19	47,5	39	27	16	8	4
	—BEPC, bachillerato	12	21	46,5	39	31	17,5	5	4
	—estudios superiores	17	9	54	39	3	5	21	4
Clases superiores	sin tit., CEP, CAP	16	44	36	12	17	21	8	8
	BEPC y más, de las cuales:	5	17	74	35	16	8	15	13
	—BEPC, bachillerato	8,5	24	65	29	14	11	3	6
	—estudios superiores de los cuales:	4	14,5	77	39	16,5	7	19	15
	• pequeña escuela	5	20	73,5	32	19,5	5,5	10	18
	• licenciatura	4,5	17	73	34,5	17	9,5	29,5	12
	• agregación, gran escuela	—	3	90	49,5	11,5	3	29,5	12

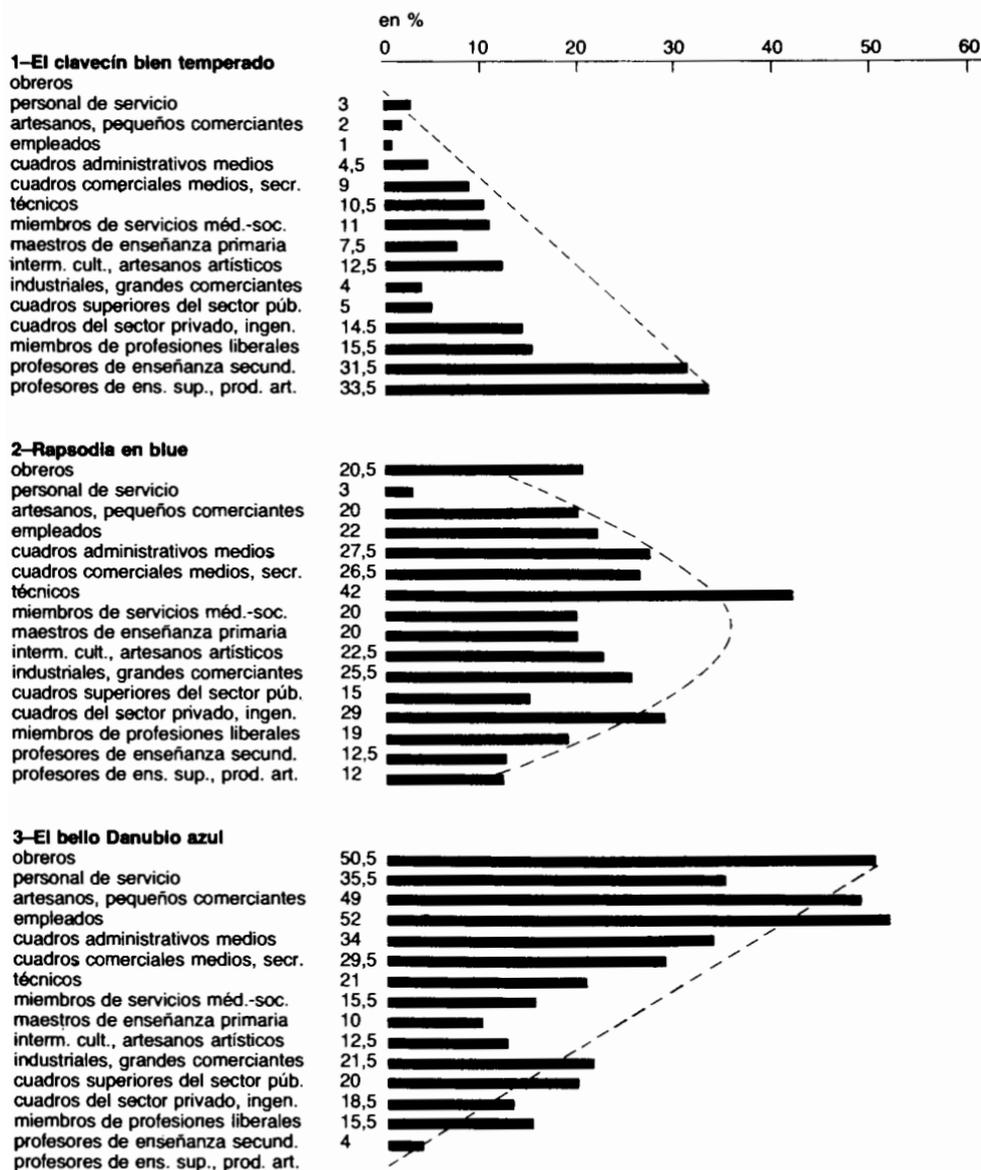
Para los efectivos, véase la Tabla 3.

Esta tabla se lee así: de 100 sujetos que pertenecen a las clases populares, poseedores del CEP, del CAP o que no tienen ninguna titulación, 33 citan a Guétary, 31 a Petula Clark, entre los tres cantantes que prefieren (en una lista de doce cantantes); 65 citan *El bello Danubio azul*, 28 *La danza del sable*, entre las tres obras musicales que prefieren (en una lista de dieciséis obras musicales).

Es decir, que de todos los objetos que se ofrecen a la elección de los consumidores, no existen ningunos más *enclasantes** que las obras de arte legítimas que, globalmente distintivas, permiten la producción de distingos al infinito, gracias al juego de las divisiones y subdivisiones en géneros, épocas, maneras, autores, etc. En el universo de los gustos singulares que pueden ser reengendrados por particiones sucesivas, pueden distinguirse así, si nos atenemos a las oposiciones más importantes, tres universos de gustos que se corresponden en gran medida con los niveles escolares y con las clases sociales: *el gusto legítimo*, es decir, el gusto por las obras legítimas, que están representadas aquí por *El clavecín bien temperado* (histograma n.º 1), *El arte de la fuga*, *El concierto para la mano izquierda*, o, en

* Dada la continua utilización por el autor de los términos *classer*, *classante*, *classeur*, etc. (empleados todos ellos en su relación con las clases sociales), que dentro de su personalísimo estilo —que he tratado de respetar a lo largo de todo mi trabajo de traducción— no permitían usar ni su traducción literal —clasificar, etc.— ni circunloquios que dieran todo el sentido que en el original tienen, me he visto obligada a utilizar los neologismos “enclasar”, “enclasante”, “enclasador”, etc., que permiten seguir con claridad todos los usos que el autor hace de esos términos, con los que continuamente está “jugando”. Espero del lector disculpe esta licencia, que estoy segura comprenderá con sólo empezar a leer la contraportada. Entiendo que no se trata de una licencia excesiva, dada la utilización que desde hace mucho tiempo se efectúa en nuestro idioma de términos como “desclasar”, “desclasamiento”, etc. (Nota de la T.).

Gráfico 1—Distribución, según la fracción de clase, de las preferencias sobre tres obras musicales



pintura, por Bruegel o Goya, y a las cuales los más infalibles estetas pueden asociar las más legítimas entre las obras de arte en vías de legitimación, el cine, el jazz o incluso la canción (como en este caso, Léo Ferré, Jacques Douai), aumenta con el nivel escolar, hasta lograr su frecuencia más alta en las fracciones de la clase dominante más ricas en capital escolar; el gusto "medio", que reúne las obras menores de las artes mayores, como en este caso la *Rapsodia en blue* (histograma n.º 2), la *Rapsodia húngara*, o, en pintura, Utrillo, Buffet o incluso Renoir, y las obras más importantes de las artes menores, como, en materia de canción, Jacques Brel y Gilbert Bécaud, es más frecuente en las clases medias que en las clases populares, o que en las fracciones "intelectuales" de la clase dominante; y por último, el gusto "popular", representado aquí por la elección de obras de la música llamada "ligera" o de música culta desvalorizada por la divulgación, como *El bello Danubio azul* (histograma n.º 3), *La Traviata*, *La Arlesiana*, y, sobre todo, por la elección de canciones totalmente desprovistas de ambición o de pretensiones artísticas, como las de Mariano, Guétary o Petula Clark, encuentra su frecuencia máxima en las clases populares y varía en razón inversa al capital escolar (lo que explica que sea un poco más frecuente en los patronos de la industria o del comercio, o incluso en los cuadros superiores, que en los maestros de enseñanza primaria y en los intermediarios culturales)⁵.

TÍTULOS DE NOBLEZA CULTURAL

Una relación tan estrecha como la que de esta forma se establece entre el capital escolar (medido por el nivel de instrucción) y unos conocimientos o prácticas en campos tan ajenos a la enseñanza escolar como la música o la pintura, por no hablar del jazz o del cine, plantea en su más alto grado, como es la relación entre la frecuentación de museos y la titulación académica, la cuestión de su propia significación, es decir, de la identidad real de los dos términos implicados que se definen en su propia relación: la relación estadística manifiesta y oculta a la vez una relación semántica que contiene la verdad de aquélla. Nada se ha explicado, nada se ha comprendido, cuando se ha llegado a establecer la existencia de una fuerte correlación entre una variable llamada independiente y una variable llamada dependiente: mientras no se haya determinado lo que *designa* en cada caso particular, es decir, en cada relación particular, cada uno de los términos de la relación (por ejemplo, el nivel de instrucción y el conocimiento de los compositores), la relación estadística, por muy grande que sea la precisión con que pueda determinarse numéricamente, sigue siendo un puro dato, desprovisto de sentido. Y la semi-comprensión "intuitiva" con la que corrientemente nos damos por contentos en tales casos, haciendo recaer el esfuerzo en el afinamiento de la medida de la "intensidad" de la relación,

⁵ Los tres perfiles aquí recogidos son perfectamente representativos de los que se obtienen cuando se presenta de forma gráfica todo un conjunto de elecciones características de las diferentes fracciones (jerarquizadas, en el interior de cada clase, según el capital escolar): el primero (*El clavecín bien temperado*) se vuelve a encontrar en el caso de todos los autores u obras antes mencionadas, así como en el de la lectura de ensayos filosóficos y de la frecuentación de museos, etc.; el segundo (*Rapsodia en blue*) caracteriza, además de las obras o autores citados en el texto (y *El crepúsculo de los dioses*), la práctica de la fotografía, hogares confortables e íntimos, etc.; por último, el tercero vale también para las historias sentimentales y hogares claros y limpios, etc.

se conjuga con la *ilusión de la constancia* de las variables o de los factores resultantes de la *identidad nominal* de los indicadores o de los términos que los designan, para impedirnos interrogar a los términos implicados, “indicadores” que no se sabe qué es lo que indican, acerca del sentido que toman en la relación considerada y que reciben de esta misma relación.

Son los dos términos de la relación lo que es necesario examinar en cada caso: la variable independiente –profesión, sexo, edad, profesión del padre, etc.–, por medio de la cual pueden expresarse unos efectos muy diferentes, y la variable dependiente, mediante la cual pueden predecirse disposiciones que varían mucho según las clases resultantes de las variables independientes. De esta forma, para interpretar adecuadamente las diferencias observadas, entre las clases o en el seno de la misma clase, en la relación con las diferentes artes legítimas –pintura, música, teatro, literatura, etc.– será preciso analizar en su totalidad los usos sociales, legítimos o ilegítimos, a los que se presta cada una de las artes, de los géneros, de las obras o de las instituciones consideradas. Si, por ejemplo, no existe nada que permita tanto a uno afirmar su “clase” como los gustos en música, nada por lo que se sea tan infaliblemente calificado, es sin duda porque no existe práctica más enclasante, dada la singularidad de las condiciones de adquisición de las correspondientes disposiciones, que la frecuentación de conciertos o la práctica de un instrumento de música “noble” (menos generalizadas, permaneciendo constante todo lo demás, que la frecuentación del teatro, de los museos o incluso de las galerías de arte). Pero ocurre también que la exhibición de “cultura musical” no es un alarde cultural como los otros: en su definición social, la “cultura musical” es otra cosa que una simple suma de conocimientos y experiencias unida a la aptitud para hablar sobre ella. La música es la más espiritualista de las artes del espíritu y el amor a la música es una garantía de “espiritualidad”. Basta con acordarnos del extraordinario valor que en la actualidad confieren al léxico de la “escucha” las versiones secularizadas (por ejemplo, las psicoanalíticas) del lenguaje religioso. Como lo demuestran las innumerables variaciones sobre el alma de la música y la música del alma, la música tiene mucho que ver con la “interioridad” (“la música interior”) más “profunda” y no existen conciertos que no sean espirituales... Ser “insensible a la música” representa, sin duda, para un mundo burgués que piensa su relación con el pueblo basándose en el modo de relacionarse el alma y el cuerpo, algo así como una forma especialmente inconfesable de grosería materialista. Pero esto no es todo. La música es el arte “puro” por excelencia; la música no dice nada y no tiene *nada que decir*; al no tener nunca una función expresiva, contrasta con el teatro que, incluso en sus formas más depuradas, sigue siendo portador de un mensaje social y no puede “traspasar las candilejas” si no es sobre la base de un acuerdo inmediato y profundo con los valores y las expectativas del público. El teatro divide y se divide: el contraste entre el teatro de la *rive droite* y el teatro de la *rive gauche*, entre el teatro burgués y el teatro de vanguardia, es inseparablemente estético y político. Nada de esto ocurre en la música (dejando al margen algunas raras excepciones recientes): la música representa la forma más radical, más absoluta de la negación* del mundo, y en especial del mundo social, que el *ethos* burgués induce a esperar de todas las formas del arte.

* En sentido psicoanalítico. Traduce el término francés *dénégation* y el alemán *Verneinung*. Véase *negación* en P. FEDIDA, *Diccionario de Psicoanálisis*, Alianza Editorial, Madrid, 1979. En este

En consecuencia, para interpretar de manera adecuada lo que se inscribe en una tabla de contingencia que pone en relación la profesión, la edad o el sexo y la preferencia por *El clavecín bien temperado* o por *El concierto para la mano izquierda*, será preciso, rompiendo simultáneamente con el uso ciego de los indicadores y con los falsos análisis esenciales, que no son otra cosa que la universalización de una experiencia singular, hacer explícitas por completo las múltiples y contradictorias significaciones que revisten estas obras, en un momento dado, para el conjunto de los agentes sociales y, en especial, para las categorías de individuos que las distinguen o que se oponen a ellas (en este caso particular, los herederos y los “recién llegados”): ello significaría tener en cuenta, por una parte, las propiedades socialmente pertinentes atribuidas a cada una de ellas, es decir, la imagen social de las obras (“barroca”/“moderna”, temperamento/disonancia, rigor/lirismo, etc.), de los autores y, sobre todo, quizás, de los instrumentos correspondientes (sonoridad acre y ruda de la cuerda punteada/sonoridad cálida y burguesa de la cuerda pulsada) y, por otra parte, las propiedades de distribución que tienen estas obras en su relación (más o menos conscientemente percibida, según los casos) con las diferentes clases o fracciones de clase —“esto hace...”— y con las condiciones correlativas de la recepción (conocimiento —tardío— mediante el disco/conocimiento —precoz— por la práctica del piano, instrumento burgués por excelencia)⁶.

Y es posible ver también todo lo que exigiría una interpretación adecuada de la predilección burguesa por “los impresionistas” a los que su adhesión, a la vez lírica y naturalista, a la naturaleza natural o humana coloca en oposición tanto a una representación realista o crítica del mundo social (ésta es, sin lugar a dudas, una de las dimensiones de la oposición entre Renoir y Goya, por no hablar de Courbet o de Daumier), como a todas las formas de abstracción. De igual modo, para comprender la distribución de la práctica de los diferentes deportes entre las clases, sería necesario tomar en cuenta la representación que, en función de los esquemas de percepción y de apreciación que les son propios, las diferentes clases se hacen de los costes (económico, cultural y “físico”) y de los beneficios asociados a los distintos deportes, beneficios “físicos” inmediatos o diferidos (salud, belleza, fuerza —visible, con el culturismo, o invisible, con el higienismo— etc.), beneficios económicos y sociales (promoción social, etc.), beneficios simbólicos, inmediatos o diferidos, ligados al valor distributivo o posicional de cada uno de los deportes considerados (es decir, todo lo que concurre en cada uno de ellos por el hecho de

sentido está empleado generalmente a lo largo de todo el texto tanto el término *negación* como los términos *negar*, *negado*, etc. (Nota de la T.).

⁶ La oposición observada con respecto a las propiedades de distribución es, con enorme frecuencia, homóloga de la oposición registrada con respecto a las características propiamente estilísticas. Si esto es así, resulta que la homología entre la posición de los productores (y de las obras) en el campo de producción y la posición de los consumidores en el espacio social (esto es, en la estructura de las clases en su conjunto o en la estructura de la clase dominante) parece el caso más frecuente y, para abreviar, el entusiasta de Mallarmé tiene todas las probabilidades de estar, con respecto al entusiasta de Zola, en una relación semejante a la en que Mallarmé se encontraba con respecto al propio Zola: si las diferencias entre las obras tienden a expresar las diferencias entre los autores es, por una parte, porque llevan la marca, tanto en su estilo como en su contenido, de las disposiciones socialmente constituidas de las posiciones en el campo de producción que estas disposiciones habían contribuido en gran manera, a determinar; y es también porque continúan marcadas por la significación social que han recibido de su oposición y de la oposición de sus autores en el campo de producción (p. ej., izquierda/derecha, claro/oscuro, etc.) y que han sido transmitidas por la tradición universitaria.

que sea más o menos raro y esté más o menos claramente asociado a una clase, considerando así el boxeo, el fútbol, el rugby o el culturismo a las clases populares, el tenis y el esquí a la burguesía, y el golf a la gran burguesía), beneficios de distinción procurados por los efectos ejercidos sobre el propio cuerpo (p. ej. esbeltez, bronceado, musculatura más o menos aparente, etc.) o por el acceso a grupos altamente selectivos que algunos de entre estos deportes abren (golf, polo, etc.).

Sería imposible, pues, eludir plenamente el intuicionismo que es inevitable compañero de la confianza positivista en la identidad nominal de los indicadores, si no es a condición de someter a un análisis *propriadamente interminable* el valor social de cada una de las propiedades o de las prácticas consideradas, cómoda Luis XV o sinfonía de Brahms, lectura de *Historia* o de *Le Figaro*, práctica del rugby o del acordeón, y así sucesivamente. Sin lugar a dudas, las distribuciones según las clases de la lectura de los periódicos podrían interpretarse menos ciegamente si se tuviera en la mente el análisis que hace Proust de “este abominable y voluptuoso acto que se llama *leer el periódico*, y gracias al cual todos los cataclismos y desgracias del universo durante las últimas veinticuatro horas, las batallas que han costado la vida de cincuenta mil hombres, los crímenes, las huelgas, las bancarrotas, los incendios, los envenenamientos, los suicidios, los divorcios, las crueles emociones del hombre de Estado y del actor, transformadas para nuestro uso personal por nosotros que no estamos interesados en ellas, en un regalo matinal, se asocian excelentemente, de una forma particularmente excitante y tónica, a la recomendada ingestión de algunos sorbos de café con leche” (M. Proust, “Sentiments filiaux d’un parricide”, en *Pastiches et mélanges*, París, Gallimard, 1ª ed. 1919, Idées, 1970, p. 200). Esta descripción de la *variante esteta* invita a un análisis de las *variaciones* según la clase y de los *invariantes* de la experiencia mediata y relativamente abstracta del mundo social que procura la lectura del periódico en función, por ejemplo, de las variaciones de la distancia social y espacial (con, en un extremo, las noticias locales de los diarios regionales, bodas, fallecimientos, accidentes, y, en el otro, las informaciones internacionales o, según una métrica distinta, los casamientos reales y los noviazgos principescos de las revistas) o del compromiso político (desde el distanciamiento bien ilustrado por el texto de Proust hasta las indignaciones o los entusiasmos del militante).

Sucede, en efecto, que la ausencia de un tal análisis previo de la *significación social* de los indicadores hace impropias por completo, para la lectura sociológica, las encuestas en apariencia más rigurosas: así, ignorando que la aparente constancia de los productos oculta la diversidad de los usos sociales que de los mismos se hacen, numerosas encuestas de consumo les aplican taxonomías que, surgidas directamente del inconsciente social de los estadísticos, reúnen lo que debería ser separado (por ejemplo, las judías blancas y las judías verdes) y separan lo que podría estar reunido (por ejemplo, las judías blancas y los plátanos, al ser éstos respecto a las frutas, lo que aquéllas son respecto a las legumbres): ¿qué decir, en efecto, del conjunto de productos incluidos en la categoría aparentemente neutra de “cereales”, pan, tostadas, arroz, pastas, harina, y, sobre todo, de las variaciones del consumo que se hace de estos productos según las clases sociales, cuando se sabe que sólo el término “arroz” cubre el “arroz con leche” o el “arroz *au gras*”, más bien populares, el “arroz al curry” más bien burgués o, con mayor precisión, “intelectual”, por no hablar del “arroz integral”, que evoca por sí solo todo un estilo de vida? Si no existe, evidentemente, ningún producto “natural” o fabricado que se acomode por igual a todos los usos sociales posibles, no es menos cierto que pocos de ellos, sin lugar a dudas, son perfectamente “unívocos”, y que

es muy raro que de alguna manera pueda deducirse de la cosa en sí misma el uso social que de ella se hace: si se exceptúan aquellos productos especialmente fabricados con vistas a un determinado uso (como el pan llamado de régimen) o estrechamente ligados a una clase, sea por tradición (como el té), sea por el precio (como el caviar), la mayor parte de los productos sólo reciben su valor social en el uso social que de los mismos se hace; de suerte que no se puede, en estas materias, reconocer las variaciones según la clase más que a condición de introducir las de entrada, reemplazando las palabras y las cosas cuya univocidad aparente no presenta ninguna dificultad para las clasificaciones abstractas del inconsciente escolar, por los usos sociales en los cuales encuentran aquéllas su completa determinación —las formas de fotografiar o las formas de cocinar, en cacerola o en olla-exprés— es decir, sin tener en cuenta ni el tiempo ni el dinero, ni la rapidez ni la economía, o los productos de estas operaciones, fotografías de familia o fotografías de danzas folklóricas, buey *bourguignon* o arroz al curry⁷.

Pero, sin duda, es en la búsqueda de “factores explicativos” donde se puede ejercitar libremente el modo de pensamiento substancialista que, deslizándose de lo substantivo a la substancia, como más o menos dice Wittgenstein, de la constancia de lo substantivo a la constancia de la substancia, trata las propiedades ligadas a los agentes —profesión, edad, sexo o titulación— como *fuerzas* independientes de la relación en la cual estas propiedades actúan: de esta forma se excluye el problema de lo que es determinante en la variable determinante y lo que es determinado en la variable determinada, es decir, el problema de lo que, entre las propiedades retenidas, consciente o inconscientemente, a través de los indicadores considerados, constituye la *propiedad pertinente*, capaz de determinar realmente la relación en el interior de la cual dicha propiedad se determina. El cálculo puramente estadístico de las variaciones de la intensidad de la relación entre tal indicador y tal o cual práctica no autoriza a economizar el cálculo propiamente sociológico de los *efectos* que se expresan en la relación estadística y que el análisis estadístico, puede contribuir a descubrir. Sólo al precio de un trabajo que, teniendo por objeto la propia relación, la interroga sobre la significación sociológica y no sobre la significatividad estadística, puede ser reemplazada la relación entre una variable supuestamente constante y unas prácticas diferentes para una serie de *efectos* diferentes, relaciones constantes sociológicamente inteligibles que se manifiestan y se disimulan a la vez en las relaciones estadísticas entre un mismo indicador y diferentes prácticas. A la relación fenomenal entre tal o cual “variable dependiente” y unas variables que, como el nivel de instrucción o el origen social, no son otra cosa que *nociones comunes* y cuya aparente “virtud explicativa” proviene de los hábitos del *conocimiento común* del mundo social, el trabajo científico, al precio de una ruptura con las falsas evidencias de la comprensión inmediata (a las que los falsos refinamientos del análisis estadístico —y pienso por ejemplo en el *path analysis*— aportan un inesperado refuerzo), se esfuerza por sustituirla por “una exacta relación de conceptos bien definidos”⁸, principio racional de los efectos que, a *pesar de*

⁷ Es necesario decir, una vez más, que las apariencias son siempre para la apariencia y que la ciencia, que no puede encontrar las diferencias entre las clases sociales más que a condición de adoptarlas de entrada, está destinada a parecer sospechosa de prejuicio a los ojos de los que las hacen desaparecer, con toda impecabilidad, por el solo hecho de abandonarse al *laisser-faire* positivista.

⁸ G. BACHELARD, *Le rationalisme appliqué*, París, PUF, 1949, p. 106.

todo, registra la relación estadística: relación por ejemplo entre los títulos de nobleza (o, a la inversa, las marcas de infamia) que otorga el sistema de enseñanza y las prácticas que éstos implican o también entre la disposición que reclaman las obras de arte legítimo y la que inculca, sin necesidad de saberlo ni quererlo explícitamente, la *scholè* escolar.

El efecto de la titulación

Conociendo la relación que se establece entre el capital cultural heredado de la familia y el capital escolar por el hecho de la lógica de la transmisión del capital cultural y del funcionamiento del sistema escolar, sería imposible imputar a la sola acción del sistema escolar (y, con mayor razón, a la educación propiamente artística que éste proporcionaría, a todas luces casi inexistente) la fuerte correlación observada entre la competencia en materia de música o pintura (y la práctica que esta competencia supone y hace posible) y el capital escolar: este capital es, en efecto, el producto garantizado de los resultados acumulados de la transmisión cultural asegurada por la familia y de la transmisión cultural asegurada por la escuela (cuya eficacia depende de la importancia del capital cultural directamente heredado de la familia). Por medio de las acciones de inculcación e imposición de valores que ejerce, la institución escolar contribuye también (en una parte más o menos importante según la disposición inicial, es decir, según la clase de origen) a la constitución de la disposición general y trasladable con respecto a la cultura legítima que, adquirida conjuntamente con los conocimientos y las prácticas escolarmente reconocidas, tiende a aplicarse más allá de los límites de lo “escolar”, tomando la forma de una propensión “desinteresada” a acumular unas experiencias y unos conocimientos que pueden no ser directamente rentables en el mercado escolar⁹.

De hecho, la tendencia de la disposición cultivada a la generalización no es otra cosa que la condición permisiva de la empresa de apropiación cultural, que se inscribe como una *exigencia* objetiva en la pertenencia a la burguesía y a la vez en las titulaciones que abren el acceso a los derechos y deberes de la misma. Es ésta la razón por la que se hace necesario fijar la atención, antes que nada, en el efecto mejor encubierto, sin duda, de la institución escolar, el efecto que produce la *imposición de titulaciones*, caso particular del *efecto de asignación de estatus*, positivo (ennoblecimiento) o negativo (estigmatización), que todo grupo produce al asignar a los individuos a unas clases jerarquizadas. A diferencia de los poseedores de un capital cultural desprovisto de certificación académica, que siempre pueden ser sometidos a pruebas, porque no son más que lo que hacen, simples hijos de sus obras culturales, los poseedores de títulos de nobleza cultural –semejantes en esto a los poseedores de títulos nobiliarios, en los que el ser, definido por la fidelidad a

⁹ El sistema escolar define la cultura “libre”, al menos de forma negativa, al circunscribir en el interior de la cultura dominante la esfera de lo que inscribe en sus programas y controla con sus exámenes. Ya se sabe que un objeto cultural es tanto más “escolar” cuanto más bajo sea el nivel del curso escolar en que se enseñe y se exija (siendo la *enseñanza primaria* el límite de lo “escolar”), y que la institución escolar otorga un precio cada vez más elevado a la cultura “libre” y rechaza cada vez más las medidas más “escolares” de la cultura (como las preguntas directas y cerradas sobre autores, fechas y acontecimientos) a medida que se va hacia los escalones más altos de la enseñanza.

una sangre, a un suelo, a una raza, a un pasado, a una patria, a una tradición, es irreductible a un hacer, a una capacidad, a una función— no tienen más que ser lo que son, porque todas sus prácticas valen lo que vale su autor, al ser la afirmación y la perpetuación de la *esencia* en virtud de la cual se realizan¹⁰. Definidos por los títulos que les predisponen y les legitiman para ser lo que son, que hacen de lo que ellos hacen la manifestación de una *esencia* anterior y superior a sus manifestaciones, según el sueño platónico de la división de funciones fundada en una jerarquía de los seres, los poseedores de títulos de nobleza cultural están separados por una diferencia innata de los simples plebeyos de la cultura, que están irremediablemente destinados al estatus dos veces devaluado de autodidacta y de “ejecutante de una función”¹¹. Las noblezas son esencialistas: al tener la existencia por una emanación de la esencia, no toman en consideración para ellas mismas los actos, hechos o fechorías enumerados con todo detalle en los informes de los distintos servicios y en los expedientes judiciales de la memoria burocrática; para ellas sólo tienen valor en la medida en que manifiestan con toda claridad, con los matices propios del estilo, que tienen por único principio la perpetuación e ilustración de la esencia *en virtud de la cual se realizan*. Es el mismo esencialismo que les fuerza a imponerse a ellas mismas lo que les impone su esencia —“nobleza obliga”—, a exigirse a ellas mismas lo que nadie sería capaz de exigirles, a probarse a ellas mismas que están a su propia altura, es decir, a la altura de su esencia¹². Se entiende cómo se ejerce el efecto de las marcas y clasificaciones académicas. Pero para comprenderlo plenamente es preciso tener en cuenta esta otra propiedad de todas las noblezas: la esencia en la que se reconocen no se deja encajar en ninguna definición; al escapar al mezquino rigor de la regla o del reglamento, es libertad por naturaleza. De este modo, para la nobleza escolar, es una sola y la misma cosa identificarse con una esencia del “hombre cultivado” y aceptar las exigencias que implícitamente están inscritas en ella, exigencias que son tanto más amplias cuanto más prestigioso es el título considerado.

No hay nada, pues, de paradójico en el hecho de que la institución escolar defina en sus fines y en sus medios la empresa de *autodidaxia legítima* que supone la adquisición de una “cultura general”, empresa más y con mayor fuerza exigida a medida que se va subiendo en la jerarquía escolar (entre las secciones, las discipli-

¹⁰ Las más fuertes resistencias a la encuesta corresponden a los poseedores de altas titulaciones académicas, que con ello recuerdan que, al ser cultivados *por definición*, no tienen que ser preguntados sobre sus conocimientos, sino sobre sus *preferencias* (es conocida la complacencia con que escritores y artistas responden a las “encuestas” literarias, homenajes a la universalidad de su “genio” de “creadores” y “descubridores”).

¹¹ Este esencialismo, que puede ser tácito mientras que permanezca inalterada la creencia que fundamenta el valor social del título, accede necesariamente a expresarse, al menos bajo la forma invertida de racismo, cuando el capital se siente amenazado (por ejemplo, en la aristocracia de título nobiliario o académico en decadencia).

¹² Este efecto es uno de los mecanismos que hace que, en las coyunturas de crisis, los más privilegiados, que siguen siendo los más apegados al antiguo estado del sistema, sean los más lentos en comprender la necesidad de cambiar de estrategia y resulten víctimas de su propio privilegio (es el caso, por ejemplo, de los nobles arruinados que no quieren actuar de forma inapropiada a su nobleza, o de los herederos de las grandes familias campesinas que prefieren permanecer célibes antes que casarse por debajo de su condición social). Del mismo modo, se podría observar que la moral del “nobleza obliga”, que se da también en ciertas fracciones del campesinado y del artesanado tradicional, contribuye en proporciones no despreciables a la auto-explotación característica de estas clases sociales.

nas y las especialidades, etc., o entre los distintos niveles). Al emplear la expresión *esencialmente contradictoria* de autodidaxia legítima, se querría indicar la *diferencia de naturaleza* que separa la “cultura libre”, altamente valorada, del poseedor de titulaciones académicas y la cultura libre ilegítima del autodidacta: el lector de *Science et Vie** que habla del código genético o del tabú del incesto se expone al ridículo desde el momento en que se aventura fuera del universo de sus iguales, mientras que Lévi-Strauss o Monod no pueden sino obtener un acrecentamiento de su prestigio en sus excursiones por el terreno de la música o de la filosofía. La cultura libre ilegítima, tanto si se trata de los conocimientos acumulados por el autodidacta o de la “experiencia” adquirida en la práctica y mediante la práctica, pero fuera del control de la institución específicamente encargada de inculcar esos conocimientos y sancionar oficialmente su adquisición, como el arte culinario o de la jardinería, las habilidades artesanales o los conocimientos insustituibles del “ejecutante de una función”, no tienen otro valor que el de la medida estricta de su eficacia técnica, sin ningún valor social añadido, y está expuesta a la sanción jurídica (como ocurre con el ejercicio ilegal de la medicina) cuando, saliéndose del universo privado, llega a concurrir con las competencias autorizadas.

En la definición tácita de la titulación académica que garantiza *formalmente* una competencia específica (como un título de ingeniero) se inscribe, pues, que dicha titulación garantiza *realmente* la posesión de una “cultura general”, tanto más considerable y extensa cuanto más prestigiosa sea la misma¹³; y a la inversa, que no es posible pedir ninguna garantía real sobre aquello que garantiza formal y realmente o, si se prefiere, sobre el grado en el cual la titulación garantiza lo que garantiza. Este efecto de imposición simbólica alcanza su máxima intensidad con los títulos de burguesía cultural: títulos como los que otorgan en Francia las Grandes escuelas garantizan, sin ninguna otra garantía, una competencia que se extiende mucho más allá de lo que se supone que garantizan y ello por una cláusula que, al ser tácita, se impone en primer lugar a los propios poseedores de los títulos, forzados de esta manera a asegurarse realmente los atributos que estatutariamente les son asignados¹⁴.

Este efecto se ejerce en todas las fases de la carrera académica mediante la manipulación de las aspiraciones y exigencias —o, si se prefiere, de la imagen y de la estima de sí mismo— que opera el sistema escolar al orientar a los alumnos hacia posiciones prestigiosas o devaluadas que implican o excluyen la práctica legítima: el efecto de lo que los autores de lengua inglesa denominan la *allocation*, es decir, la asignación a una sección, a una disciplina (filosofía o geografía, matemáticas o geología, para situarnos en los extremos), a un establecimiento (Gran escuela más o menos grande, o Facultad), se ejerce principalmente por mediación de la imagen

* Se trata de una revista de divulgación científica de nivel medio. (Nota de la T.).

¹³ Es esta cultura legítima o en vías de legitimación, como habilidad práctica y competente de los instrumentos de apropiación simbólica de las obras legítimas o en vías de legitimación, que caracteriza propiamente al “hombre cultivado” en su definición dominante en un momento dado del tiempo, lo que intentaba medir el cuestionario.

¹⁴ Son también imputables al efecto de asignación estatutaria, en una buena parte, las diferencias entre los sexos que se observan (sobre todo en las clases populares y medias) en todos los campos que estatutariamente son asignados a los hombres, como la cultura legítima (y muy especialmente las parcelas más típicamente masculinas de esta cultura, como la historia o la ciencia) y sobre todo la política.

social de la posición considerada y del futuro que se encuentra objetivamente inscrito en ella; y de la que forman parte, esencialmente, cierto proyecto de acumulación cultural y cierta imagen de lo que es la realización cultural¹⁵. Las diferencias oficiales que producen las clasificaciones escolares tienden a engendrar (o a reforzar) unas diferencias reales, al producir en los individuos clasificados la creencia, colectivamente reconocida y sostenida, en las diferencias, y al producir, asimismo y de esta forma, las conductas destinadas a aproximar el ser real al ser oficial. Actividades tan ajenas a las exigencias explícitas y expresas de la institución como pueden ser el hecho de llevar un diario íntimo o de maquillarse mucho, de frecuentar el teatro o las salas de fiestas, de escribir poemas o de jugar al rugby, pueden, de este modo, encontrarse inscritas en la posición asignada en el seno de la institución, como una *exigencia tácita* que continuamente se está recordando gracias a diversas mediaciones, entre las cuales no son las menores las expectativas conscientes o inconscientes de los profesores y la presión colectiva del grupo de los semejantes, definida esta última en su orientación ética por los valores de clase introducidos en la institución y reforzados por la misma. Este efecto de *allocation* y el efecto de asignación de estatus que el primero implica contribuyen, sin duda, en gran parte, a hacer que la institución escolar llegue a imponer unas prácticas culturales que ella no inculca y que ni siquiera exige expresamente, pero que forman parte de los *atributos estatutariamente ligados* a las posiciones que asigna, a las titulaciones que confiere y a las posiciones sociales a las que estas titulaciones dan acceso.

Esta lógica no deja de tener, sin duda alguna, su razón de ser en el hecho de que la disposición legítima que se adquiere mediante la frecuentación de una clase particular de obras, a saber, las obras literarias y filosóficas que reconoce el canon académico, se extienda a otras obras menos legítimas, como la literatura de vanguardia, o a campos académicamente menos reconocidos, como el cine; la tendencia a la generalización está inscrita en el propio principio de la disposición para *reconocer* las obras legítimas, en la propensión y aptitud para reconocer en ellas la legitimidad y para percibir las como dignas de admiración por ellas mismas, que es, inseparablemente, aptitud para reconocer algo ya conocido, a saber, los rasgos estilísticos propios que las caracterizan en su singularidad (“es un Rembrandt”, e incluso “es *El hombre del casco*”) o en tanto que pertenecen a una clase de obras (“es un impresionista”). Así se explica que la propensión y la aptitud para acumular conocimientos “gratuitos”, tales como el nombre de los directores cinematográficos, estén ligadas al capital escolar de una manera más estrecha y más exclusiva que la simple frecuentación del cine, que varía más en función de los ingresos, de la residencia y de la edad.

Medida por el número de películas vistas entre las veinte propuestas en el cuestionario, la frecuentación del cine es más baja en los menos instruidos que en los más, pero también lo es más en los provincianos (en Lille) que en los parisenses, en los de bajos ingresos que entre los de altos, en los viejos que en los jóvenes. Y las mismas relaciones se observan en las encuestas del “Centro de estudios de

¹⁵ Entre las “ventajas” que procura un importante capital escolar en la competición intelectual o científica, una de las más evidentes es la alta estima de sí y una gran ambición, que pueden igualmente manifestarse en la amplitud de los problemas abordados (más “teóricos”, por ejemplo), la altura del estilo empleado, etc. (Véase P. BOURDIEU, “Le champ scientifique”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2-3, 1976, pp. 88-104).

los apoyos a la publicidad”: el porcentaje de los que dicen haber ido por lo menos una vez al cine en la semana que precedió a la encuesta (indicador de práctica más fiable que una pregunta que mida los hábitos de frecuentación durante el año, en la que la tendencia a declarar por encima de la realidad es particularmente fuerte) es un poco más alto en los hombres que en las mujeres (7,8 % contra 5,3 %); más alto en la aglomeración parisiense (10,9 %) que en las ciudades de más de 100.000 habitantes (7,7 %) o en los municipios rurales (3,6 %); más alto en los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales (11,1 %) que en los cuadros medios (9,5 %), empleados (9,7 %), obreros cualificados y contraмаestres (7,3 %), obreros especializados (6,3 %), pequeños empresarios (5,2 %) o agricultores (2,6 %). Pero la diferencia es sobre todo más fuerte entre los más jóvenes (el 22,4 % de los comprendidos entre los 21 a 24 años han ido por lo menos una vez al cine la semana anterior a la encuesta) y los de más edad (sólo han ido en esa semana el 3,2 % de los comprendidos entre los 35 a 49 años, el 1,7 % de los comprendidos entre los 50 a 64 años y el 1,1 % de los que tienen más de 65 años), y entre los que tienen más y los que tienen menos titulaciones académicas (el 18,2 % de entre los que han realizado estudios superiores han ido una vez al cine en dicha semana, frente al 9,5 % de los que sólo han realizado estudios medios y el 2,2 % de los que sólo han realizado estudios primarios o no tienen ninguna clase de estudios) (Véase «Centre d'études des supports de publicité», *Étude sur l'audience du cinéma*, París, 1975, XVI, 100 pp.; F. C. XIII bis)¹⁶.

El conocimiento de los directores cinematográficos está ligado de manera mucho más estrecha al capital cultural poseído que a la simple frecuentación del cine; sólo el 5 % de los sujetos que poseen una titulación elemental pueden citar por lo menos el nombre de cuatro de aquéllos (de una lista de veinte películas) frente al 10 % de los que tienen el BEPC o el bachillerato y el 22 % de los que han realizado estudios superiores, mientras que la proporción de los que, dentro de cada una de estas categorías, han visto por lo menos cuatro de las películas propuestas es respectivamente del 22 %, 33 % y 40 %. Así, aunque el simple consumo de películas varía también con arreglo al capital escolar (menos, sin embargo, que la frecuentación de museos y conciertos), parece que las diferencias de consumo no bastan para explicar por completo las diferencias en el conocimiento de los directores de cine que separan a los poseedores de titulaciones académicas distintas, conclusión que, sin duda, valdría también para el jazz, los comics, la novela policíaca o la ciencia-ficción, desde el momento en que estos géneros han recibido un principio de consagración¹⁷. Como prueba suplementaria podemos anotar que el *conocimiento de los actores*, aunque aumente también ligeramente con arreglo al nivel de instrucción (pasando del 13 % en los menos titulados al 18 % para los que han realizado estudios secundarios y al 23 % para los más titulados), varía y mucho sobre todo, con arreglo al número de películas contempladas; este conocimiento, del mismo modo que el conocimiento de los más insignificantes acontecimientos de los presentadores y presentadoras de televisión, supone una disposi-

¹⁶ Las iniciales F. C. seguidas de un número romano remiten a la lista de fuentes estadísticas complementarias (véase Anexo 2).

¹⁷ Para explicar que, a igual nivel, el conocimiento de los directores de cine sea claramente más alto en París que en Lille y que la diferencia sea tanto mayor entre parisienses y provincianos cuanto más nos alejamos de los campos más escolares y legítimos, es preciso, sin duda alguna, invocar los incesantes refuerzos que la disposición cultivada puede encontrar en todo lo que se ha dado en llamar “atmósfera cultural”, es decir, en las incitaciones ejercidas por un grupo de iguales que el lugar de residencia contribuye a definir en su composición social y en su nivel cultural, o sea, en sus disposiciones culturales, e, inseparablemente, en una oferta cultural más o menos intensa y más o menos diversificada.

ción más próxima de la que requiere la adquisición de conocimientos ordinarios sobre las cosas y las personas de la vida cotidiana que de la disposición legítima; y de hecho, los menos titulados que van con frecuencia al cine conocen tantos nombres de actores como los más titulados de los cinéfilos¹⁸. Por el contrario, si el conocimiento de los directores cinematográficos crece, a igual nivel de instrucción, con arreglo al número de películas contempladas, la regular frecuentación del cine no basta en este campo para compensar la ausencia de capital escolar: el 45,5 % de los titulados con un CEP que han visto por lo menos cuatro de las películas propuestas no pueden citar el nombre de ningún director frente al 27,5 % de los poseedores de un BEPC o del bachillerato, y al 13 % de los diplomados de enseñanza superior.

Una competencia de este tipo no se adquiere necesariamente mediante el trabajo caricaturescamente académico al que se dedican ciertos “cinéfilos” o “jazzófilos” (por ejemplo, los que llevan en fichas los genéricos de las películas)¹⁹; esta competencia es casi siempre producto de aprendizajes no intencionados que hacen posible una disposición obtenida gracias a la adquisición familiar o escolar de la cultura legítima. Provista de un conjunto de esquemas de percepción y apreciación, de aplicación general, esta disposición transportable es la que inclina hacia otras experiencias culturales y permite percibir las, clasificarlas y memorizarlas de distinta manera: allí donde unos no habrán visto más que un “western protagonizado por Burt Lancaster”, otros habrán “descubierto un John Sturges de sus primeros tiempos” o “el último Sam Peckinpah”, ayudados en el reconocimiento de lo que es digno de verse y de la forma acertada de verlo por todo el grupo al que pertenece (con los “¿ha visto Vd...?” o “hay que ver...” que son otras tantas llamadas al orden) y por todo el cuerpo de críticos a los que este último reconoce autoridad para producir las clasificaciones legítimas y el discurso de obligado acompañamiento de toda degustación artística digna de tal nombre.

¹⁸ Entre los que han visto por lo menos cuatro de las películas propuestas, el 45 % de los que no han realizado más que estudios primarios pueden citar el nombre de cuatro actores frente al 35 % de los que han realizado estudios secundarios y el 47 % de los que han realizado estudios superiores. El interés por los actores culmina en los empleados de oficina: citan una media de 2,8 actores frente a un solo director, mientras que los artesanos y los pequeños comerciantes, los obreros cualificados y contra maestres no citan, de media, más de 0,8 actores y 0,3 directores (las secretarías y los cuadros medios del comercio, que conocen también un gran número de actores -2,4 de media- se interesan más por los directores -1,4 de media-; los miembros de los servicios médico-sociales citan incluso un número un poco más alto de directores -1,7- que de actores -1,4-). Producto de una disposición semejante al interés por los actores, la lectura de semanarios sensacionalistas que ofrezcan informaciones sobre la vida de las vedettes es más frecuente entre las mujeres que entre los hombres (el 10,8 % de mujeres habían leído *Ici Paris* hacía menos de ocho días frente al 9,3 de hombres); entre los obreros cualificados y contra maestres (14,5 %), los obreros especializados (13,6 %) o los empleados (10,3 %) que entre los cuadros medios (8,6) y, sobre todo, que entre los cuadros superiores o los miembros de profesiones liberales (3,8 %) (“Centro de estudios de apoyos a la publicidad”, *Onzième étude sur les lecteurs de la presse*, 1975, primera parte, p. 242).

¹⁹ Es en el seno de la pequeña burguesía con capital cultural donde principalmente se encuentran “cinéfilos” apasionados, cuyos conocimientos de los directores y actores cinematográficos se extienden más allá de la experiencia directa de las películas correspondientes; el 31 % de los empleados de oficina citan el nombre de actores de películas que no han visto; el 32 % de los miembros de los servicios médico-sociales indican el nombre de directores que no han tenido ocasión de ver (este caso no se da en ningún artesano ni pequeño comerciante, y sólo el 7 % de los obreros cualificados citan el nombre de actores de películas que no han visto).

Estos análisis bastarían para explicar el hecho de que las prácticas culturales, que la institución escolar ni enseña ni exige nunca de forma expresa, varíen de tal manera con arreglo a la titulación académica (sobreentendiéndose, por supuesto, que provisionalmente se renuncia a distinguir lo que, en la correlación observada, corresponde a la escuela o a las demás instituciones de socialización, en especial a la familia). Pero no es posible explicar por completo el hecho de que la titulación académica funcione como una condición de acceso al universo de la cultura legítima, sin tomar en cuenta otro efecto, aún mejor encubierto, que la institución escolar ejerce con la mediación de las propias condiciones de la inculcación, acrecentando así la acción de la familia burguesa sobre este punto. Mediante la titulación académica lo que se designa son ciertas condiciones de existencia, aquéllas que constituyen la condición de la adquisición del título y también de la disposición estética, siendo el título el más rigurosamente exigido de entre todos los derechos de entrada que impone, siempre de manera tácita, el universo de la cultura legítima; anticipándonos a su demostración, puede afirmarse, simplificando, que las titulaciones académicas aparecen como una garantía de la aptitud para adoptar la disposición estética porque están ligadas a un origen burgués o a un modo de existencia casi burguesa, que llevan aparejados un aprendizaje escolar prolongado, o bien, como es el caso más frecuente, a estas dos propiedades juntas.

La disposición estética

Reconocer que toda obra legítima tiende *en realidad* a imponer las normas de su propia percepción, y que define tácitamente como único legítimo el modo de percepción que establece cierta disposición y cierta competencia, no es constituir en esencia un modo de percepción particular, sucumbiendo así a la ilusión que fundamenta el reconocimiento de la legitimidad artística, sino hacer constar el hecho de que todos los agentes, lo quieran o no, tengan o no tengan los medios de acomodarse a ello, se encuentran objetivamente medidos con estas normas. Esto significa darse la posibilidad simultánea de determinar si, como lo quiere la ideología carismática de la relación con la obra de arte, estas disposiciones y competencias son dones naturales o productos del aprendizaje, y de sacar a la luz las condiciones ocultas del milagro de la desigual distribución entre las distintas clases sociales de la aptitud para el inspirado contacto con la obra de arte y, más generalmente, con las obras de la cultura erudita.

Todo análisis esencial de la disposición estética, la única forma considerada socialmente como "correcta" para abordar los objetos designados socialmente como obras de arte, es decir, como objetos que a la vez exigen y merecen ser abordados conforme a una intención propiamente estética, capaz de reconocerlos y constituirlos como obras de arte, está necesariamente destinado al fracaso: en efecto, al negarse a tener en cuenta la génesis colectiva e individual de este producto de la historia, que debe ser reproducido por la educación de manera indefinida, dicha forma de análisis se incapacita para restituirle su única razón de ser, esto es, la razón histórica en que se basa la arbitraria necesidad de la institución. Si ciertamente la obra de arte, como observa Erwin Panofsky, es aquello que exige ser percibido según una intención estética (*demands to be experienced esthetically*), y

si, por otra parte, todo objeto, tanto natural como artificial, puede ser percibido de acuerdo con una intención estética, ¿cómo evitar la conclusión de que es la intención estética la que “hace” la obra de arte, o, utilizando aquí una expresión de Saussure, que es el punto de vista estético el que crea el objeto estético? Para salir de este círculo, Panofsky se ve obligado a otorgar a la obra de arte una “intención” en sentido escolástico: una percepción puramente “práctica” contradice esta intención objetiva, de la misma suerte que una percepción estética constituiría de alguna manera una negación práctica de la intención objetiva de una señal, un semáforo en rojo, por ejemplo, que requiere una respuesta “práctica”, como es pisar el pedal del freno. De este modo, dentro de la clase de objetos elaborados, definidos por oposición a los objetos naturales, la clase de los objetos artísticos se definiría por el hecho de que requiere ser percibida según una intención propiamente estética, es decir, percibida en su *forma* más que en su *función*. ¿Pero cómo hacer operativa tal definición? El propio Panofsky advierte que es casi imposible determinar científicamente el momento en que el objeto elaborado se convierte en obra de arte, es decir, el momento en que la forma triunfa sobre la función: “Cuando escribo a un amigo para invitarle a cenar, mi carta es, primero, un instrumento de comunicación; pero cuanta más atención presto a la forma de mi escritura, más tiende a convertirse en una obra caligráfica; cuanta más atención presto a la forma de mi lenguaje, más tiende a convertirse en una obra literaria o poética”²⁰. ¿Quiere esto decir que la línea de demarcación entre el mundo de los objetos técnicos y el mundo de los objetos estéticos depende de “la intención” del productor de estos objetos? En realidad, esta “intención” es en sí misma producto de las normas y convenciones sociales que concurren para definir la frontera, siempre incierta e históricamente cambiante, entre los simples objetos técnicos y los objetos artísticos: “El gusto clásico —observa Panofsky— exigía que las cartas privadas, los discursos oficiales y los escudos de los héroes fueran *artísticos* [...] mientras que el gusto moderno exige que la arquitectura y los ceniceros sean *funcionales*”²¹. Pero la aprehensión y la apreciación de la obra dependen también de la intención del espectador, que, a su vez, depende de las normas convencionales que rigen la relación con la obra de arte en una determinada situación histórica y social, al mismo tiempo que de la aptitud del espectador para conformarse a esas normas, o sea, de su formación artística. Para salir de la aporía, basta con observar que el ideal de la percepción “pura” de la obra de arte, en tanto que obra de arte, es producto de la explicitación y sistematización de los principios de la legitimidad propiamente artística que acompañan a la constitución de un campo artístico relativamente autónomo. El modo de percepción estética, en la forma “pura” que ha adoptado en la actualidad, corresponde a un estado determinado del modo de producción artística: un arte que, como por ejemplo toda la pintura post-impresionista, es producto de una intención artística que afirma la *primacía absoluta de la forma sobre la función*, del modo de representación sobre el objeto de la representación, exige *categorícamente* una disposición puramente estética, que sólo condicionalmente exigía el arte anterior; la ambición demiúrgica del artista, capaz de aplicar a un objeto *cualquiera* la intención pura de una búsqueda artística que tiene su fin en sí misma, reclama la infinita disponibilidad del esteta capaz de aplicar la intención

²⁰ E. PANOFSKY, *Meaning in the Visual Arts*, Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1955, p. 12.

²¹ E. PANOFSKY, *ibid.*, p. 13.

propriadamente estética a cualquier clase de objeto, haya o no haya sido producido con arreglo a una intención artística.

Como objetivación de esta exigencia, el museo artístico es la disposición estética constituida en institución; nada, en efecto, manifiesta ni realiza mejor la autonomización de la actividad artística, en relación con intereses o funciones extra-estéticas, que la yuxtaposición de obras que, originariamente subordinadas a funciones muy distintas e incluso incompatibles –crucifijo y fetiche, Piedad y naturaleza muerta–, exigen tácitamente una atención a la forma más que a la función, a la técnica más que al tema, y que, construidas con arreglo a estilos perfectamente exclusivos y sin embargo igualmente necesarios, ponen prácticamente en cuestión el hecho de que pueda esperarse una representación realista, tal como la definen los arbitrarios cánones de una estética familiar, conduciendo así, de manera natural, del relativismo estilístico a la neutralización de la propia función de representación. El acceso al estatus de obras de arte de objetos tratados hasta entonces como curiosidades de coleccionistas o como documentos históricos y etnográficos, ha materializado el imperio absoluto de la contemplación estética, haciendo difícil ignorar que, bajo pena de no ser sino una afirmación decisoria, y por ello sospechosa, de este poder absoluto, la contemplación artística tiene que llevar aparejado, desde ese momento, un componente erudito apropiado para alimentar la ilusión de la iluminación inmediata, que es uno de los elementos indispensables del placer puro.

El gusto puro y el “gusto bárbaro”

Bien considerado, nunca, sin lugar a dudas, se le ha exigido tanto al espectador, que a partir de ese momento se ha visto obligado a reproducir la operación originaria mediante la cual el artista (con la complicidad de todo el campo intelectual) ha producido este nuevo fetiche²². Pero nunca, sin lugar a dudas, se le ha dado tanto a cambio: el ingenuo exhibicionismo del “consumo ostentativo” que busca la distinción en la exhibición primaria de un lujo mal dominado, no es nada si se compara con la capacidad única de la contemplación pura, poder casi creador que separa de lo común por una diferencia radical, puesto que aparentemente está inscrita en las “personas”. Basta con leer a Ortega y Gasset para percibir todo el refuerzo que la ideología carismática del don encuentra en ese arte “impopular por esencia; más aún [...] antipopular” que es, según dicho autor, el arte moderno, y en el “curioso efecto sociológico” que dicho arte produce al dividir al público en dos “castas” “antagónicas”, “los que lo entienden y los que no lo entienden”. “Esto –dice Ortega– implica que los unos poseen un órgano de comprensión negado, por tanto, a los otros, que son dos variedades distintas de la especie humana. El arte nuevo, por lo visto, no es para todo el mundo, como el

²² Para una análisis más profundo de lo que enfrenta la disposición propriadamente estética a una disposición “práctica”, y de la génesis colectiva e individual de esta disposición “pura” que el olvido absoluto de la génesis lleva a constituir la en “naturaleza”, véase P. BOURDIEU, “Disposition esthétique y compétence artistique”, *Les temps modernes*, 1971, 295, pp. 1345-1378, y P. BOURDIEU, “L’invention de la vie d’artiste”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1975, 2, pp. 67-93. Para un análisis de la *illusio* y de la *collusio* que la produce, véase P. BOURDIEU, “La production de la croyance”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1977, 13, pp. 3-43.

romántico, sino que va, desde luego, dirigido a una minoría especialmente dotada". Y atribuye a la "humillación" y a la "oscura conciencia de inferioridad" que inspira este "arte de privilegio, de nobleza de nervios, de aristocracia instintiva", la irritación que suscita en la masa "incapaz de sacramentos artísticos": "Durante siglo y medio, el 'pueblo', la masa, ha pretendido ser toda la sociedad. La música de Stravinsky o el drama de Pirandello tienen la eficacia sociológica de obligarle a reconocerse como lo que es, como 'sólo pueblo', mero ingrediente, entre otros, de la estructura social, inerte materia del proceso histórico, factor secundario del cosmos espiritual. Por otra parte, el arte joven contribuye también a que los 'mejores' se conozcan y reconozcan en el gris de la muchedumbre y aprendan su misión, que consiste en ser pocos y tener que combatir contra la multitud"²³. Y para convencer de que la imaginación auto-legitimadora de los *happy few* no tiene límites, se hace necesario citar este reciente texto de Suzanne Langer, a la que se está de acuerdo en considerar como uno de los "*world's most influential philosophers*": "En otros tiempos, las masas no tenían acceso al arte; la música, la pintura e incluso los libros, eran placeres reservados a los ricos. Se podría suponer que los pobres, 'el vulgo', habrían gozado de ellos, de igual modo, si se les hubiera dado esa posibilidad. Pero en la actualidad, cuando todo el mundo puede leer, visitar museos, escuchar música clásica por lo menos en la radio, el juicio de las masas sobre estas cosas ha llegado a ser una realidad, y, mediante el mismo, se ha hecho evidente que el arte noble no constituye un placer sensitivo directo (*a direct sensuous pleasure*). Si no fuera así, deleitaría por igual —como ocurre con los pasteles o los cócteles— al gusto sin educación y al gusto cultivado"²⁴.

No es necesario pensar que la relación de distinción (que puede implicar o no la intención consciente de distinguirse de lo común) sea un componente accesorio y auxiliar de la disposición estética. La contemplación pura implica una ruptura con la actitud ordinaria respecto al mundo, que representa por ello mismo una ruptura social. Puede comprenderse a Ortega y Gasset cuando atribuye al arte moderno, que no hace sino llevar a sus últimas consecuencias una intención inscrita en el arte desde el Renacimiento, un rechazo sistemático de todo lo que es "humano", entendiendo por humano las pasiones, las emociones, los sentimientos que los hombres ponen en su existencia y al mismo tiempo todos los temas u objetos capaces de suscitarlos: "A la gente le gusta un drama cuando ha conseguido interesarse en los destinos humanos que se les propone" y en los que "toman parte como si fuesen casos reales de la vida"²⁵. Rechazar lo "humano" es, evidentemente, rechazar lo genérico, es decir, lo *común*, "fácil" e inmediatamente accesible, y, desde luego, todo lo que reduce al animal estético a la pura y simple animalidad, al placer sensible o al deseo sensual; es contraponer al interés por el propio contenido de la representación, que lleva a llamar bella a la representación de las cosas bellas, y en particular de aquéllas que de manera más inmediata dicen algo a los sentidos y

²³ J. ORTEGA Y GASSET, *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, 11ª edición, Madrid, Revista de Occidente, 1976 (1ª edición 1925), pp. 15-17.

²⁴ Suzanne K. LANGER, "On significance in Music", en *Aesthetic and the Artes*, ed. por Lee A. Jacobus, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1968, pp. 182-212, p. cit. 183. (Es posible reconocer en esta cita el tema kantiano —eternamente reinventado al margen de cualquier referencia consciente a Kant— de la antinomia entre el placer puro y el placer de los sentidos, que más adelante será analizado.)

²⁵ J. ORTEGA Y GASSET, *op. cit.*, pp. 18-19.

a la sensibilidad, la indiferencia y la distancia que impiden subordinar el juicio basado en la representación a la naturaleza del objeto representado²⁶. Se ve que no es tan fácil describir la contemplación “pura” sin describir al mismo tiempo la contemplación ingenua, en contraste con la cual aquélla se define, y recíprocamente; y que no existe una descripción *neutra*, imparcial, “pura”, de ninguna de estas dos visiones antagónicas (lo que no significa que tengamos que adherirnos a un relativismo estético, tan evidente como es que la “estética popular” se define en relación con las estéticas cultas, y que la referencia al arte legítimo y al juicio negativo que formula sobre el gusto “popular” no cesa nunca de obsesionar a la experiencia popular de la belleza). ¿Rechazo o privación? La tentación de atribuir la coherencia de una estética sistemática a las posturas objetivamente estéticas de las clases populares no es menos peligrosa que la inclinación a dejarse imponer, incluso sin saberlo, la representación estrictamente negativa de la visión popular que se encuentra en la base de cualquier estética culta.

La “estética” popular

Todo ocurre como si la “estética popular” estuviera fundada en la afirmación de la continuidad del arte y de la vida, que implica la subordinación de la forma a la función, o, si se quiere, en el rechazo del rechazo que se encuentra en el propio principio de la estética culta, es decir, en la profunda separación entre las disposiciones ordinarias y la disposición propiamente estética. La hostilidad de las clases populares y de las fracciones menos ricas en capital cultural de las clases medias con respecto a cualquier especie de investigación formal se afirma tanto en materia teatral como en materia pictórica, o en materia fotográfica o cinematográfica —en estos últimos casos todavía con mayor claridad puesto que la legitimidad es menor en estas materias—. Tanto en el teatro como en el cine, el público popular se complace en las intrigas lógicas y cronológicamente orientadas hacia un *happy end* y “se reconoce” mejor en unas situaciones y personajes dibujados con sencillez que en figuras o acciones ambiguas y simbólicas, o en los enigmáticos problemas del teatro según *El teatro y su doble*, por no hablar de la inexistente existencia de los lastimosos “héroes” a lo Beckett o de las conversaciones extravagantemente triviales o imperturbablemente absurdas a lo Pinter. El principio de las reticencias y de los rechazos no reside solamente en una falta de familiaridad sino también en un profundo deseo de *participación*, que la investigación formal frustra de manera sistemática, en particular cuando la ficción teatral, rechazando jugar a las “vulgares” seducciones de un arte de ilusión, se denuncia a sí misma, como ocurre en todas las formas de teatro dentro del teatro, cuyo paradigma es Pirandello en aquellas obras en las que pone en escena la representación de una representación imposible —*Seis personajes en busca de autor*, *Cada uno a su manera* o *Esta noche se improvisa*— y de la que Genet enuncia la fórmula en el prólogo de *Los*

²⁶ La preocupación por la distinción del espectador “cultivado” es la misma que anima al artista (preocupación que en éste va en aumento a medida que el campo de producción gana en autonomía) para afirmar su autonomía en relación con las demandas externas (cuya forma más visible es el encargo) y para dar privilegio a la *forma*, sobre la que tiene pleno dominio, en relación con la función, lo que le conduce, con el arte por el arte como arte para los artistas, a un arte de forma pura.

negros: “Tendremos la amabilidad, aprendida de ustedes, de hacer imposible la comunicación. La distancia que nos separa, original en sí, la aumentaremos con nuestras vanidades, nuestros amaneramientos, nuestra insolencia, porque nosotros también somos comediantes.” El deseo de entrar en el juego, identificándose con los sufrimientos y alegrías de los personajes, interesándose en su destino, abrazando sus esperanzas y sus causas, sus buenas causas, viviendo sus vidas, descansa en una forma de inversión, una especie de prejuicio en favor de la “naturalidad”, de la ingenuidad, de la credulidad de buen público (“estamos aquí para divertirnos”), que tiende a no aceptar las investigaciones formales y los efectos propiamente artísticos más que cuando pueden ser olvidados y no llegan a obstaculizar la percepción de la propia substancia de la obra.

El cisma cultural que asocia cada clase de obras a su público hace que no resulte fácil obtener un juicio realmente sincero y sensible, por parte de las clases populares, sobre las investigaciones del arte moderno. No deja de ser cierto que la televisión, que transporta a domicilio ciertos espectáculos cultos o ciertas experiencias culturales (como Beaubourg o las Casas de la cultura) que sitúan a un público popular, durante un momento, en presencia de obras cultas, a veces de vanguardia, crea verdaderas situaciones experimentales –ni más ni menos artificiales o irreales que la que produce, quiérase o no, cualquier encuesta sobre la cultura legítima realizada entre un público popular. Se observa así el desconcierto, que incluso puede llegar a una especie de pánico mezclado de indignación, delante de algunos de los objetos expuestos –pienso, por ejemplo, en el montón de carbón de Ben, expuesto en Beaubourg poco después de su apertura– cuya intención paródica, totalmente definida por referencia a un campo y a la historia relativamente autónoma de este campo, aparece como una especie de agresión, de desafío a la razón y a las personas razonables. Igualmente, cuando la investigación formal llega a insinuarse en sus espectáculos familiares –como ocurre en las variedades televisivas con los efectos especiales a lo Averty–, los espectadores de las clases populares se sublevan, no sólo porque no sienten la necesidad de estos juegos puros, sino porque a veces comprenden que los mismos obtienen su necesidad de la lógica de un cierto campo de producción que, por medio de estos juegos, les excluye: “A mí me desagradan profundamente todos esos trucos en que todo está troceado, se ve una cabeza, se ve una nariz, se ve una pierna [...]. Se ve un cantante que es altísimo, unos tres metros de alto, después se ven brazos con una envergadura de dos metros, ¿lo encuentra usted divertido? A mí no me gusta, es de género tonto, yo no veo qué interés puede tener el deformar las cosas” (Una panadera de Grenoble).

La investigación formal –que en literatura o en teatro conduce a la *oscuridad*– resulta, a los ojos del público popular, uno de los índices de lo que a veces se experimenta como una voluntad de mantener a distancia al no iniciado o, como decía una encuesta a propósito de ciertas emisiones culturales de la televisión, de hablar a los otros iniciados “por encima de la cabeza del público”²⁷. Dicha investi-

²⁷ Diferentes encuestas confirman esta hostilidad a cualquier especie de investigación pura. Un estudio registra el desconcierto de los telespectadores ante *Los persas*, espectáculo estilizado y difícil de seguir debido a la ausencia de diálogos y de trama visible (*Les Téléspectateurs en 1967*, “Rapport des études de marché de l’ORTF”, I, pp. 69 y ss.). Otro estudio, que compara las reacciones ante “la gala de la UNICEF”, de estilo clásico, y ante *Allegro*, menos tradicional, establece que el público popular considera la investigación en la filmación de un plano y en la estilización del decorado como un empobrecimiento de la realidad, y con frecuencia percibe como fallos técnicos las filmaciones de planos en

gación forma parte del aparato mediante el cual siempre se anuncia el carácter sagrado, separado y separante, de la cultura legítima, helada solemnidad de los grandes museos, lujo grandioso de las óperas y de los grandes teatros, decorado y decoro de los conciertos²⁸. Todo ocurre como si el público popular comprendiera confusamente lo que implica el hecho de poner en forma, poner unas formas, en el arte como en la vida, es decir, una especie de *censura* del contenido expresivo, de aquel que estalla en la *expresividad* del habla popular y, a la vez, un distanciamiento, inherente a la calculada frialdad de toda investigación formal, un rechazo a comunicar oculto en el corazón mismo de la comunicación, en un arte que oculta y rechaza lo que parece ofrecer; lo mismo que la buena educación burguesa, cuyo impecable formalismo constituye una permanente llamada de atención contra la tentación de la familiaridad. Por el contrario, el espectáculo popular es el que procura, de forma inseparable, la participación individual del espectador en el espectáculo y la participación colectiva en la fiesta cuya ocasión es el propio espectáculo: en efecto, si el circo o el melodrama de bulevar (que vuelven a actualizar algunos espectáculos deportivos como el catch y, en menor grado, el boxeo y todas las formas de juegos colectivos como los que ha difundido la televisión) son más “populares” que espectáculos como la danza o el teatro, no obedece sólo al hecho de que, al ser menos formalizados (como lo muestra, por ejemplo, la comparación entre la acrobacia y la danza) y menos eufemísticos, ofrezcan satisfacciones más directas, más inmediatas. Sino también a que mediante las manifestaciones colectivas que suscitan y el despliegue del espectacular lujo que ofrecen (piénsese asimismo en las revistas, operetas o en los filmes espectaculares), maravillas de los decorados, esplendor de los trajes, fuerza de la música, vivacidad de la acción, ardor de los actores, satisfacen —igual que todas las formas de lo cómico y en especial aquellas que obtienen sus efectos de la parodia o de la sátira de los “grandes” (imitadores, cupletistas, etc.)— al gusto y al sentido de *la fiesta*, de la libertad de expresión y de la risa abierta, que liberan al poner al mundo social patas arriba, al derribar las convenciones y las conveniencias.

El distanciamiento estético

Es, pues, lo opuesto al desapego del esteta que, como se ve en todos los casos en los que se apropia de alguno de los objetos del gusto popular, como puede ser el *western* o los dibujos animados, introduce una distancia, una separación —medida de su distante distinción— en relación con la percepción “de primer grado”, al desplazar el interés desde el “contenido”, personajes, peripecias, etc., hacia la forma, hacia los efectos propiamente artísticos, que no se aprecian sino *relacio-*

sobreexposición; al contrario, este público aplaude lo que llama “el ambiente”, es decir, una cierta calidad en las relaciones que se crean entre el público y los artistas, deplorando la ausencia del animador como una falta de “calor” (*ibid.*, p. 78).

²⁸ El gran almacén es la galería del pobre, no sólo porque ofrece objetos que forman parte del mundo familiar, de los que se conoce su uso, que podrían insertarse en la decoración cotidiana, que pueden ser nombrados y juzgados con las palabras de todos los días (caliente o frío, sencillo o recargado, seductor o sobrio, rico o pobre, etc.); sino también, y sobre todo, porque en él no se siente uno medido con arreglo a normas trascendentes, es decir, con las reglas del *savoir-vivre* de una clase considerada como superior, y sí autorizado a juzgar libremente, en nombre de la legítima arbitrariedad de los gustos y colores.

nalmente, mediante la comparación con otras obras, comparación que excluye por completo la inmersión en la singularidad de la obra inmediatamente conocida. Desapego, desinterés, indiferencia, de los que tanto ha repetido la teoría estética que constituyen la única manera de reconocer la obra de arte por lo que ella es en sí misma, autónoma, *selbständig*, que se acaba por olvidar lo que verdaderamente significan desapego, desinterés, indiferencia, es decir, rechazo de interesarse y de tomar en serio. Lectores desilusionados de la *Lettre sur les spectacles*²⁹, concededores desde hace mucho tiempo de que nada es más ingenuo y vulgar que dedicar demasiada pasión a las cosas del espíritu o esperar demasiada seriedad de las mismas, acostumbrados a enfrentar tácitamente la libertad de espíritu y la integridad moral o la constancia política, no tenemos nada que objetar a Virginia Woolf cuando critica las novelas de H.G. Wells, John Galsworthy y Arnold Bennett porque “dejan un extraño sentimiento de falta de plenitud e insatisfacción” y producen la sensación de que es indispensable “hacer algo, inscribirse en una asociación o, con mayor desesperación aún, firmar un cheque”, a diferencia de obras como *Tristram Shandy* u *Orgullo y prejuicio* que, perfectamente autosuficientes (*self-contained*), “no inspiran, de ninguna manera, el deseo de hacer algo, como no sea, por supuesto, el de releer el libro y el de comprenderlo mejor”³⁰.

Pero el rechazo de cualquier especie de *involvement*, de adhesión ingenua, de abandono “vulgar” a la seducción fácil y al entusiasmo colectivo que se encuentra, por lo menos de forma indirecta, en el principio del gusto por las investigaciones formales y por las representaciones sin objeto, posiblemente nunca puede ser mejor observado que en las distintas reacciones ante la pintura. De este modo, se ve aumentar con arreglo al *nivel de instrucción*³¹ el porcentaje de los que, interrogados sobre la posibilidad de realizar una bella fotografía con una serie de objetos, rechazan como “vulgares” y “feos” o desechan como insignificantes, simples, un poco ridículos o, en palabras de Ortega y Gasset, sencillamente “humanos”, los objetos ordinarios de la admiración popular —primera comunión, puestas del sol sobre el mar o paisaje—, y el de los que, afirmando de este modo la autonomía de la representación en relación con la cosa representada, juzgan que se puede hacer una bella fotografía, y *a fortiori* una bella pintura, con objetos socialmente designados como insignificantes —una estructura metálica, una corteza de árbol y, sobre todo, con unas coles, objeto trivial por excelencia— o con objetos feos y repugnantes, tales como un accidente de automóvil, un tajo de carnicero, elegido por alusión a Rembrandt; o una serpiente, por referencia a Boileau; o incluso con objetos como personas marginadas, una mujer encinta, etc. (véase tablas 2 y 3).

²⁹ GARAT, en *Memoire sur M. Suard*, nos dice que el *Discurso sobre el restablecimiento de las letras y las artes* de Jean-Jacques Rousseau suscita “una especie de terror” en un público habituado a no tomarse nada en serio.

³⁰ V. WOOLF, “Mr. Bennet y Mrs. Brown”, en M. Schorer, J. Miles and G. McKenzie (eds.), *Criticism: The Foundations of Modern Literary Judgment*, rev. ed. Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1948, p. 70.

³¹ La capacidad de designar cualquier clase de objetos como capaces de ser transfigurados por el acto de promoción artística que opera la fotografía, el más accesible de los instrumentos de producción artística, varía exactamente de la misma manera que el conocimiento de los directores cinematográficos. Lo que es comprensible puesto que en los dos casos se trata de una medida relativamente escolar aplicada a una competencia más alejada de la institución escolar que la que supone la expresión de preferencias en materia de música o de pintura.

Tabla 2—La disposición estética según el capital escolar

	Primera comunión						Danza folklórica					
	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
Sin tit., CEP n = 314	2	5	19	23	51	100	1	0,5	3	41	54,5	100
CAP n = 97	4	1	26	38	31	100	4	-	3	33	60	100
BEPC n = 197	2,5	7	27	31	32,5	100	3,5	-	7	33,5	56	100
Bachillerato n = 217	2	12	43	24	19	100	2	0,5	13	47,5	37	100
Comienzo estudios superiores n = 118	4	13	45	23	15	100	6	2,5	13	37	41,5	100
Licenciatura n = 182	1	11	53	28	7	100	2	1	11	49,5	36,5	100
Agregación, gran escuela n = 71	4	15,5	49	6	25,5	100	4	6	22,5	28	39,5	100

Los encuestados tenían que responder a la siguiente pregunta: ¿Con cuál de los siguientes temas tiene el fotógrafo más posibilidades de hacer una foto bella, interesante, insignificante o fea?: un paisaje, un accidente de automóvil, una niña jugando con un gato, una mujer encinta, una naturaleza muerta, una mujer amamantando a su bebé, una

Tabla 3—La disposición estética según la clase a la que se pertenece y según la

		Mujer encinta					
		No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
Clases populares	<ul style="list-style-type: none"> • sin tit., CEP, CAP (n=143) • BEPC y más (n=18) 	1,5	40	36,5	14	8	100
			39	22	11	28	100
Clases medias	<ul style="list-style-type: none"> • sin tit., CEP, CAP (n=243) • BEPC y más (n=335), de los cuales: -BEPC (n=149) bachillerato (n=140) estudios superiores (n=46) 	1	46	27,5	15	10,5	100
		3,5	34	30	13,5	19	100
		3,5	39	35	9	13,5	100
		3,5	37	21	17,5	21	100
		4	8,5	42	13	32,5	100
Clases superiores	<ul style="list-style-type: none"> • sin tit., CEP, CAP (n=25) • BEPC y más (n=432), de los cuales: -BEPC (n=31) bachillerato (n=76) estudios superiores (n=325), de los cuales: • pequeña escuela (n=80) licenciatura (n=174) agregación, gran escuela (n=71) 	20	36	24	12	8	100
		3	36	22	19	20	100
		6,5	48,5	38,5	-	6,5	100
		-	60,5	16	5	18,5	100
		3	30	22,5	23	21,5	100
		7,5	17,5	30,0	32,5	12,5	100
		0,5	36	21,5	19,5	22,5	100
		4	29,5	17	20	29,5	100

Puede verse de inmediato que la categoría BEPC y más (establecida según las necesidades de la comparación formal) no tiene en absoluto el mismo contenido en las diferentes clases sociales, aumentando la proporción de la categoría de las titulaciones más altas a medida que va elevándose la jerarquía social (lo que para lo esencial explica

Corteza de árbol						Tajo de carnicero						Coles					
No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
2	14,5	46,5	21,5	15,5	100	1,5	31	46	16,5	5	100	2	28	56	10	4	100
5	1	20	37	37	100	6	15,5	48,5	24	6	100	5	16,5	63	7	8,5	100
2,5	8,5	31,5	30	27,5	100	3	28	47	17	5	100	2	17	55	13	13	100
2	3	21	32	42	100	3	29,5	32	25	10,5	100	2	17,5	48,5	19	13	100
6	1	23	25	45	100	4	30,5	29	18,5	18	100	6	9	47,5	19,5	18	100
-	3	18	23	56	100	4,5	29,5	22,5	24	19,5	100	2	16	51,5	8	22,5	100
4	3	8,5	24	60,5	100	4	23,5	23	18	25,5	100	3	11	38	21	27	100

estructura metálica, una riña entre mendigos, unas coles, una puesta de sol sobre el mar, un tejedor trabajando en su oficio, una danza folklórica, una cuerda, un tajo de carnicero, una corteza de árbol, un monumento célebre, un depósito de chatarra, una primera comunión, un hombre herido, una serpiente, un cuadro célebre.

titulación académica

Coles							Serpiente						Puesta del sol sobre el mar					
No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total		No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
1,5	28	57	8,5	5	100		1	35	16	38	10	100	1	-	1	10	88	100
-	5,5	72,5	16,5	5,5	100		-	28	22	39	11	100	-	-	6	6	88	100
2	22,5	61,5	10	4	100		1	25	23	35	16	100	1	0,5	2,5	6	90	100
2,5	17,5	49,5	14,5	16	100		3	28,5	14	30,5	24	100	3	1,5	9	8,5	78	100
2	21	56	8,5	12,5	100		3	38	8,5	34	16,5	100	1,5	1,5	4,5	6,5	86	100
3	15,5	45	19,5	17	100		4	21	17	34	24	100	4	2	10	9	75	100
4	13	41	20	22	100		2	19,5	24	9	45,5	100	2	2	20	13	63	100
20	36	28	12	4	100		20	36	4	24	16	100	20	-	8	8	64	100
3	14,5	48	15,5	19	100		3	18	13	38	28	100	2	3	15	17	63	100
6,5	6,5	38,5	32,5	16	100		6,5	19,5	16	29	29	100	-	-	22,5	-	77,5	100
-	21	55,5	17	6,5	100		-	22,5	8	50	19,5	100	-	-	14,5	8	77,5	100
3	14	47,5	13,5	22	100		4	16,5	14,5	35,5	29,5	100	3	4	14	21	58	100
6,5	6,5	52	20	15	100		5	14	20	36	25	100	6	5	10	26,5	52,5	100
2	18,5	49	7,5	23	100		2,5	20	14,5	35	28	100	-	5	13	24	58	100
3	11	38	21	27	100		5,5	11,5	8,5	36,5	38	100	5,5	1,5	19,5	8,5	65	100

el hecho de que las opciones más raras —«bella» en el caso de las coles o de la serpiente, «fea» o «insignificante» en el caso de la puesta del sol— aumenten cuando se va hacia las clases superiores, con la excepción aparente de la mujer encinta, lo que obedece a la ausencia, en esta categoría, de mujeres que, como se sabe, aceptan mejor este objeto).

No pudiendo contar con un verdadero dispositivo experimental, se han recogido las declaraciones de los encuestados sobre lo que estiman "fotografiable" y lo que les parece por tanto susceptible de ser estéticamente constituido (por oposición a lo que se excluye por su insignificancia, su fealdad o por razones éticas). La aptitud para adoptar la disposición estética se encuentra así medida por la distancia (que, en un campo de producción cuya ley de evolución es la dialéctica de la distinción, es también un desajuste temporal, un *retraso*) entre lo que es estéticamente constituido por el individuo o el grupo considerado y lo que es estéticamente constituido, en un estado determinado del campo de producción, por los poseedores de la legitimidad artística.

Los encuestados tenían que responder a la siguiente pregunta: "¿Con cuál de los siguientes temas tiene el fotógrafo más posibilidades de hacer una foto bella, interesante, insignificante o fea?: un paisaje, un accidente de automóvil, etc.". En el pre-test, en el que se habían sometido al juicio de los encuestados unas fotografías, la mayor parte de ellas muy conocidas, de los temas que en la encuesta propiamente dicha sólo fueron simplemente nombrados —guijarros, mujer encinta, etc.—, las reacciones registradas ante el simple proyecto de la imagen fueron totalmente concordantes con las que suscitaba la imagen realizada (prueba de que el valor concedido a la imagen tiende a corresponderse con el valor concedido a la cosa). Se había recurrido a fotografías para evitar, por una parte, los efectos de imposición de legitimidad que habría producido la pintura, y por otra parte, porque al ser considerada la fotografía como más accesible, los juicios formulados podían ser menos irreales.

Si bien la prueba propuesta fue hecha más para recoger declaraciones de intención artística que para medir la capacidad de realizar esta intención en la práctica de la pintura o de la fotografía, o, incluso, en la percepción de las obras de arte, permite determinar los factores que a su vez determinan la capacidad para adoptar la postura socialmente designada como propiamente estética³². Además de manifestar la relación entre el capital cultural y los índices negativos (rechazo de lo ridículo) y positivos (capacidad para promover lo insignificante) de la disposición estética (o, por lo menos, de la capacidad para efectuar la *clasificación* arbitraria y desconocida como tal, que distingue, dentro del universo de los objetos elaborados, los objetos socialmente designados como dignos de exigir y merecer ser abordados según una disposición capaz de reconocerlos y de constituirlos como obras de arte), la estadística estableció que los objetos favoritos de la fotografía de ambición estética, como la danza folklórica —o incluso el tejedor o la niña y su gato—, ocupan una posición intermedia: el porcentaje de los que juzgan que con ellos se puede hacer una bella fotografía llega al máximo en los niveles del CAP o del BEPC, mientras que en los niveles superiores se tiende a juzgarlos más bien como interesantes o insignificantes³³.

³² Aplicado solamente a los juicios sobre los objetos fotografiables, el análisis factorial enfrenta dentro de cada clase a las fracciones más ricas en capital cultural y menos ricas en capital económico con las fracciones más ricas en capital económico y menos ricas en capital cultural. O sea, en la clase dominante, a los profesores de la enseñanza superior y a los productores artísticos (y, en segundo lugar, a los profesores de la enseñanza secundaria y a los miembros de profesiones liberales) con los patronos comerciales y con los industriales, ocupando los cuadros del sector privado y los ingenieros una posición intermedia; y, en la pequeña burguesía, a los intermediarios culturales, claramente separados de las fracciones más próximas —maestros de enseñanza primaria, servicios médicos-sociales, artesanos artísticos— con los pequeños comerciantes o artesanos y con los empleados de oficina.

³³ Si la proporción de los sujetos que dicen que puede hacerse una fotografía bella con una primera comunión, decreciente hasta el nivel de la licenciatura, vuelve a subir al nivel más elevado, se debe a que una fracción relativamente importante de los poseedores de las titulaciones académicas más excepcionales afirma su disposición estética declarando que cualquier cosa puede constituir el objeto de

La estadística pone de manifiesto también que las mujeres expresan con mayor frecuencia que los hombres su repugnancia hacia los objetos repugnantes, horribles o poco decentes: el 44,5 % de las mujeres, frente al 35 % de los hombres, piensan que con un hombre herido sólo es posible hacer una foto fea, observándose diferencias en el mismo sentido con respecto al tajo de carnicero (33,5 % frente a 27,5 %), la serpiente (30,5 % frente a 25,5 %) o la mujer encinta (45 % frente a 33,5 %), mientras que las diferencias son nulas con respecto a una naturaleza muerta (6 % frente a 6,5 %) o a unas coles (20,5 % frente a 19,5 %). Las mujeres, a quienes la tradicional división del trabajo entre los sexos asigna las tareas y los sentimientos “humanos” o “humanitarios”, y a las que dicha división autoriza más que a los hombres, en nombre de la oposición entre razón y sensibilidad, las efusiones o las lágrimas, se sienten menos estrictamente obligadas que los hombres —que están, *ex officio*, del lado de la cultura (encontrándose las mujeres, como el pueblo, arrojadas al lado de la naturaleza)— a la censura y a la represión de los sentimientos “naturales” que supone la adopción de la disposición estética (lo que indica, de paso, que, como se verá más adelante, el rechazo de la naturaleza o, mejor, del abandono a la naturaleza que constituye la marca de los dominantes —que saben dominarse— se encuentra en el principio de la actitud estética)³⁴.

No existe, pues, nada que distinga de forma tan rigurosa a las diferentes clases como la disposición objetivamente exigida por el consumo legítimo de obras legítimas, la aptitud para adoptar un punto de vista propiamente estético sobre unos objetos ya constituidos estéticamente —y por consiguiente designados a la admiración de aquellos que han aprendido a reconocer los signos de lo admirable—, y, lo que aún es más raro de encontrar, la capacidad de constituir estéticamente cualquier clase de objetos o incluso objetos “vulgares” (porque son apropiados, estéticamente o no, por el “vulgo”) o de comprometer los principios de una estética “pura” en las opciones más ordinarias de la existencia ordinaria, por ejemplo, en materia de cocina, de vestimenta o de decoración. Pero, aunque es indispensable para establecer de manera indiscutible las condiciones sociales de posibilidad (que será necesario explicitar con el mayor detalle) de la disposición pura, la encuesta estadística, que inevitablemente se parece a un test escolar que intenta medir a las personas interrogadas con una norma considerada tácitamente como absoluta, corre el riesgo de dejar escapar la significación que reviste para las diferentes clases

una percepción artística: de este modo, en la clase dominante, la proporción de los que juzgan que se puede hacer una foto bella con una puesta de sol, proporción máxima en los que tienen un nivel escolar inferior, decrece cuando se va hacia los que tienen niveles intermedios (comienzo de estudios superiores o pequeña escuela) para aumentar de nuevo mucho cuando se va hacia los que han hecho estudios superiores de larga duración, que tienden a juzgar que cualquier objeto puede ser materia para una fotografía bella.

³⁴ La repulsión de las mujeres se expresa tanto más abiertamente, en detrimento de la neutralización estética, cuanto más completa es su sumisión al modelo tradicional de la división del trabajo entre los sexos y, en otros términos, más endeble es su capital cultural y más bajo están situadas en la jerarquía social. Las mujeres de la nueva pequeña burguesía que, en conjunto, sacrifican mucho más que los hombres de su categoría a consideraciones afectivas, mientras que en la misma proporción que éstos dicen que unas coles pueden ser el tema de una foto bella, admiten que la fotografía de una mujer encinta sólo puede ser fea, en mucha menor proporción que las mujeres de cualquier otra categoría (en el 31,5 % frente al 70 % de las esposas de industriales y grandes comerciantes, al 69,5 % de las esposas de artesanos y comerciantes, al 47,5 % de las de obreros, empleados o cuadros medios). Al manifestarse así, manifiestan a la vez su pretensión estética y su voluntad de mostrarse “liberadas” de los tabús éticos impuestos a su sexo.

sociales esta disposición y la actitud global con respecto al mundo que en ella se expresa. Lo que la lógica del test fuerza a describir como una incapacidad (y que por supuesto es así desde el punto de vista de las normas que definen la percepción legítima de la obra de arte), es *también* un rechazo que encuentra su propio principio en la denuncia de la arbitraria u ostensiva gratuidad de los ejercicios de estilo y de las investigaciones puramente formales. En efecto, es en nombre de una “estética” que quiere que la fotografía encuentre su justificación en el objeto fotografiado o en el eventual uso de la imagen fotográfica, en el que los obreros rechazan casi siempre el hecho de fotografiar por fotografiar (como ocurre, por ejemplo, con la fotografía de simples guijarros) como inútil, perverso o burgués: “Eso es estropear la película”, “Hay que tener mucha película para malgastarla así”, “No tienen nada que hacer, se lo juro, no saben cómo matar el tiempo”, “Se necesita no tener otra cosa que hacer para fotografiar cosas como ésta”, “Es la típica foto de burgués”³⁵.

Una “estética” anti-kantiana

No es pura casualidad el que, cuando se realiza el esfuerzo de reconstruir la lógica de la “estética” popular, ésta aparezca como el lado negativo de la estética kantiana y que el *ethos* popular oponga implícitamente a cada una de las proposiciones de la analítica de lo Bello una tesis que lo contradiga. Mientras que para comprender lo que constituye lo específico del juicio estético, Kant se ingeniaba para distinguir “lo que agrada” de “lo que produce placer” y, de manera más general, para discernir “el desinterés”, única garantía de la cualidad propiamente estética de la contemplación, del “interés de los sentidos”, que define “lo agradable”, y del “interés de la Razón”, que define “lo Bueno”, los miembros de las clases populares, que esperan de cualquier imagen que desempeñe una *función*, aunque sea la de signo, manifiestan en todos sus juicios la referencia, con frecuencia explícita, a las normas de la moral o del placer. Así, la fotografía de un soldado muerto suscita juicios que, favorables o desfavorables, constituyen siempre respuestas a la realidad de la cosa representada o a las funciones a las que puede ser útil la representación, al horror de la guerra o a la denuncia de los horrores de la guerra que se supone ha querido producir el fotógrafo por el solo hecho de dejar ver este horror³⁶. Y de igual modo, el naturalismo popular reconoce la belleza en la imagen de la cosa bella o, pero esto con menos frecuencia, en la bella imagen de la cosa bella: “Esta foto está bien, está bien centrada. Y además es una mujer guapa y una mujer guapa siempre está bien en una foto”. El obrero parisiense coincide con

³⁵ Es preciso no olvidarse de que la “estética” popular es una “estética” *dominada*, que incesantemente está obligada a definirse en relación con las estéticas dominantes. No pudiendo ni ignorar la estética culta que recusa su “estética” ni renunciar a sus inclinaciones socialmente condicionadas y menos aún proclamarlas o legitimarlas, los miembros de las clases populares (y sobre todo las mujeres) viven frecuentemente en el desdoblamiento su relación con las normas estéticas. Esto se ve cuando algunos obreros otorgan a las fotografías “puras” un reconocimiento puramente verbal (éste también es el caso de muchos pequeño-burgueses e incluso de bastante burgueses que, en materia de pintura, por ejemplo, se distinguen de las clases populares sobre todo en que saben lo que hay que hacer o decir o, mejor todavía, *lo que no hay que decir*): “Esto es bello, pero a mí no se me ocurriría fotografiarlo”, “Sí, es muy bello, pero tiene que gustarle a uno, no es de las cosas que a mí me gustan”.

³⁶ Los documentos en que se basan estos análisis pueden encontrarse en P. BOURDIEU *et al.*, *Un art moyen*, pp. 113-134.

el lenguaje llano de Hippias el Sofista: “¿Qué es lo bello? Voy a responderle y no corro riesgo alguno de ser refutado por él nunca. En realidad, si hay que hablar con franqueza, una mujer bella, ténlo bien presente, Sócrates, eso es lo bello”.

Esta “estética”, que subordina la forma y la propia existencia de la imagen a su función, es necesariamente pluralista y condicional: la insistencia con la que los sujetos tienen presentes los límites y las condiciones de validez de su juicio, distinguiendo para cada fotografía los usos y los públicos posibles o, con mayor precisión, el uso posible para cada público (“como reportaje, no está mal”, “si es para que las vean los críos, de acuerdo”), da fe de que ellos rechazan la idea de que una fotografía pueda complacer “a todo el mundo”. “Una foto de una mujer encinta está bien para mí, pero no para los demás”, dice un empleado que, sólo y gracias a la mediación de su preocupación por lo decente, encuentra la inquietud de lo que es “demostrable”, luego con derecho a exigir admiración. Al ser siempre juzgada la imagen por referencia a la función que cumple para el que la contempla, o que puede cumplir, según éste, para tal o cual clase de espectadores, el juicio estético toma naturalmente la forma de un juicio hipotético, apoyándose, implícitamente en el reconocimiento de “géneros”, de los cuales un *concepto* define a la vez la perfección y el campo de aplicación: cerca de las tres cuartas partes de los juicios comienzan con un “si” y el esfuerzo de reconocimiento se acaba con la clasificación en un género o, lo que viene a ser lo mismo, con la atribución de un uso social, al ser definidos los diferentes géneros por referencia a su utilización y a sus utilizadores (“es una foto publicitaria”, “es un documento al estado puro”, “es una foto de laboratorio”, “es una foto de concurso”, “es de tipo pedagógico”, etc.). Y las fotografías de desnudos casi siempre son acogidas con frases que las reducen al estereotipo de su función social: “Está bien para Pigalle”, “Es la clase de fotos que se venden a escondidas”. Se comprende que esta “estética”, que hace del interés informativo, sensible o moral, el principio de apreciación, no pueda hacer otra cosa que rechazar la imagen de lo insignificante o, lo que resulta lo mismo en esta lógica, la insignificancia de la imagen: el juicio nunca separa la imagen del objeto de la imagen. De todas las características propias de la imagen, sólo el color (al que Kant tenía por menos puro que la forma) puede impulsar a detener el rechazo de las fotografías de lo insignificante. En efecto, nada es más ajeno a la conciencia popular que la idea de un placer estético que, por decirlo como Kant, sea independiente del placer de las sensaciones. Por eso el juicio sobre los temas rechazados con más fuerza a causa de su futilidad (guijarros, corteza de árbol, terreno baldío) se concluye casi siempre con la reserva de que “en colores, podría ser bonito”; y algunos sujetos llegan incluso a explicar la máxima que rige su actitud, cuando afirman que “si el color está logrado, la fotografía en color siempre es bella”. En pocas palabras, es sin duda el gusto popular el que menciona Kant cuando escribe: “El gusto es siempre bárbaro, cuando mezcla los encantos y emociones a la satisfacción y es más, si hace de aquellas la medida de su asentimiento”³⁷.

Rechazar la imagen insignificante, desprovista a la vez de sentido y de interés, o la imagen ambigua, es rehusar tratarla como finalidad sin fin, como imagen que se significa a sí misma, y por consiguiente sin otra referencia que ella

³⁷ E. KANT, *Critique du jugement*, París, Vrin, 1946, p. 56. (La traducción es la de Manuel García Morente: M. Kant, *Critica del juicio*, Madrid, 1977, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral, p. 123.)

misma: el valor de una fotografía se mide por el interés de la información que transmite y por la claridad con que cumple esta función de comunicación, en una palabra, por su *legibilidad*, que a la vez está con arreglo a la legibilidad de su intención o de su función, siendo más favorable el juicio que la misma suscita cuanto más total es la adecuación expresiva del significante al significado. Por tanto, contiene en sí misma la espera del título o de la leyenda que, al declarar la intención significativa, permite juzgar si la realización la significa o la ilustra de forma adecuada. Si las investigaciones formales –las del teatro de vanguardia o de la pintura no figurativa, o simplemente la música clásica– desconciertan es, por una parte, porque uno se siente incapaz de *comprender* lo que, en calidad de signos, *deben* significar. De tal suerte que puede vivirse como inadecuada e indigna una satisfacción que no pueda basarse en una significación trascendente al objeto. Al no conocer cuál es la intención de aquéllas, no se siente uno capaz de discernir lo que es resultado de la audacia y lo que lo es de la torpeza, de distinguir la investigación “sincera” de la cínica impostura³⁸. Pero la investigación formal es también lo que, al situar en el primer plano la forma, es decir, al artista, con sus propios intereses, sus problemas técnicos, sus efectos, sus juegos de referencias, arroja a distancia la cosa en sí e impide la comunión directa con la belleza del mundo: un niño guapo, una joven hermosa, un bello animal o un bello paisaje. Se espera de la representación que sea una fiesta para los ojos y que, como la naturaleza muerta, “evoque los recuerdos y las anticipaciones de las fiestas pasadas y venideras”³⁹. No existe nada más opuesto a la celebración de la belleza y de la alegría del mundo que se espera de la obra de arte, “elección que gratifica”, que las investigaciones de la pintura cubista o abstracta, percibidas como agresiones, unánimemente denunciadas, contra la cosa representada, contra el orden natural y sobre todo contra la figura humana. En resumen, la obra, sea cual sea la perfección con que cumpla su función de representación, sólo aparece plenamente justificada si la cosa representada merece serlo, si la función de representación está subordinada a una función más alta, como es la de exaltar, al fijarla, una realidad digna de ser eternizada. Tal es el fundamento de ese “gusto inculto” al que se refieren siempre de manera negativa las formas más antitéticas de la estética dominante, y que no reconoce otra representación que la representación realista, es decir, respetuosa, humilde, sumisa, de los objetos designados por su belleza o por su importancia social.

Estética, ética y esteticismo

Enfrentados a las obras de arte legítimas, los más desprovistos de competencia específica les aplican los esquemas del *ethos*, los mismos que estructuran su percepción ordinaria de la existencia ordinaria y que, engendrando productos de

³⁸ A las manifestaciones mediante las cuales los obreros situados delante de las pinturas modernas traicionan su exclusión (“No comprendo lo que quiere decir esto” o “Esto me gusta pero no lo comprendo”) se opone el significativo silencio de los burgueses que, enteramente desconcertados también, saben por lo menos que es necesario rechazar –y, en cualquier caso, callar– el ingenuo deseo de expresión que traiciona la preocupación por “comprender” (la “música con programa” y los títulos con los que tantas sonatas, conciertos o sinfonías han sido ridículamente dotados, bastan para poner de manifiesto que este deseo no es exclusivamente popular).

³⁹ E. H. GOMBRICH, *Meditations on a Hobby Horse*, Londres, Phaidon Press, 1963, p. 104.

una sistematicidad no querida e inconsciente para ella misma, se oponen a los principios más o menos explicitados de una estética⁴⁰. De ello resulta una “reducción” sistemática de las cosas artísticas a las cosas de la vida, una puesta entre paréntesis de la forma en beneficio del contenido “humano”, significativo por excelencia desde el punto de vista de la estética pura⁴¹. Todo ocurre como si la forma sólo pudiera aflorar al primer plano al precio de una neutralización de cualquier especie de interés afectivo o ético por el objeto de la representación, neutralización que va a la par (sin que se pueda suponer una relación de causa y efecto) con el dominio de los medios para captar las propiedades distintivas que se dan en esta forma particular en sus relaciones con otras formas (es decir, por referencia al universo de las obras artísticas y a su historia).

Delante de una fotografía de las manos de una anciana, los más desposeídos expresan una emoción más o menos convencional o una complicidad ética, pero nunca un juicio propiamente estético (a no ser que sea negativo): “¡Oh! ¿qué le parece?, tiene las manos extrañamente deformadas [...] Hay algo que no me explico (la mano izquierda): se diría que el pulgar va a separarse de la mano. La foto está tomada de una manera rara. La pobre abuela ha debido trabajar duro. Se diría que tiene reuma. Sí, pero esta mujer o está mutilada o si no, tiene las manos dobladas así (hace el gesto) ¡Ah! Es extraño, sí, debe ser eso, su mano está doblada así. ¡Ah! la foto no representa desde luego unas manos de baronesa ni de mecanógrafa [...] Bueno, cómo me impresiona ver las manos de esta pobre mujer, se podría decir que son unas manos nudosas” (Un obrero de París). Con las clases medias la exaltación de las virtudes éticas viene a un primer plano (“unas manos desgastadas por el trabajo”), coloreándose a veces con un sentimiento populista (“la pobre, ¡debe de sufrir mucho con sus manos!, la foto da una sensación de sufrimiento”); y también ocurre que a veces aparezca la atención a las propiedades estéticas y las referencias a la pintura: “Se diría que es un cuadro que ha sido fotografiado [...]; en un cuadro esto debe resultar extrañamente bello” (Un empleado de provincia). “Esto me hace pensar en un cuadro que vi en una exposición de pintores españoles, un monje con las dos manos cruzadas delante y cuyos dedos estaban deformados” (Un técnico de París). “Son las manos de las primeras obras de Van Gogh, una vieja campesina o los comedores de patatas” (Un cuadro medio de París). A medida que nos elevamos en la jerarquía social, los comentarios se van haciendo cada vez más abstractos, las manos, el trabajo y la vejez (de los otros) funcionan como alegorías o símbolos que sirven de pretexto a consideraciones generales sobre problemas generales: “Son las manos de una persona que ha trabajado demasiado, con un trabajo manual muy duro [...] Por otra parte, es bastante extraordinario ver manos así” (Un ingeniero de París). “Estas dos manos evocan indiscutiblemente una vejez pobre, desgraciada” (Un profesor de provincia). Más frecuente, más diversa y más sutilmente manipulada, la referencia estética a la pintura, la escultura o la literatura, participa de esta especie de *neutralización*, de *distanciamiento*, que supone y opera el discurso burgués sobre el mundo

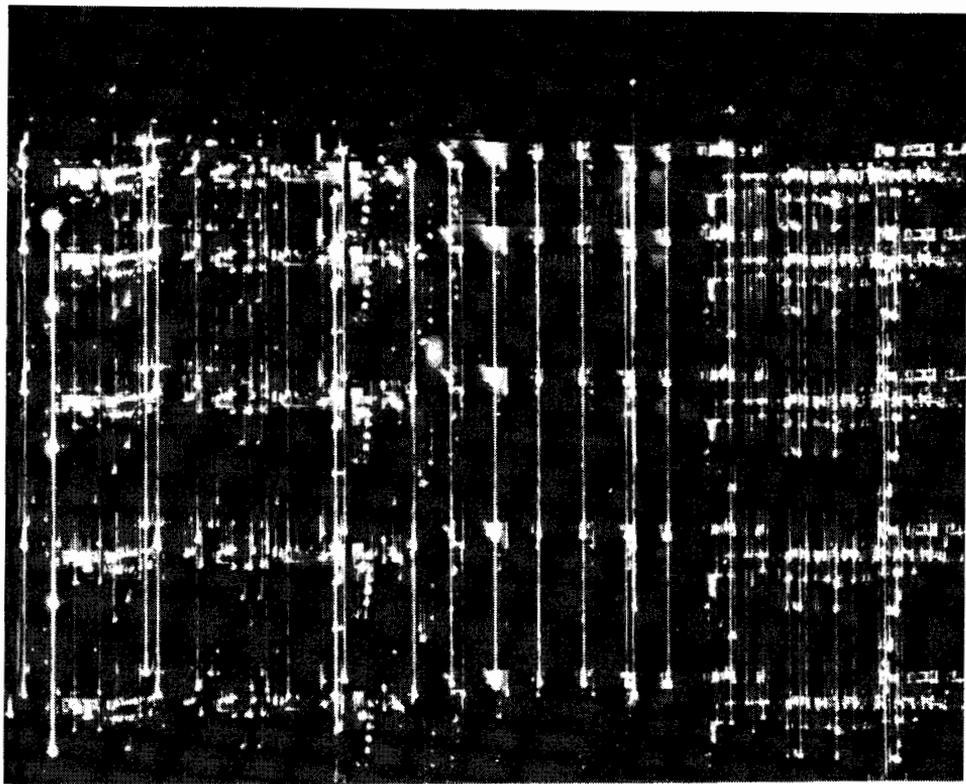
⁴⁰ La representación populista del proletario como “en sí” opaco, denso y duro, perfecta antítesis del intelectual o del esteta, “para sí” transparente para sí mismo, e inconsistente, encuentra aquí algún fundamento.

⁴¹ El interés por la forma, cuando se expresa, también encuentra su fundamento en los esquemas del *ethos*; no reviste su verdadero sentido si no se le relaciona con su verdadero principio, el gusto del trabajo cuidado que lo inspira, remitiendo a las mismas disposiciones que la hipercorrección del lenguaje, la estricta corrección del vestido o la sobriedad en la decoración de la vivienda.



social. “Encuentro que es una foto muy bella. Es enteramente el símbolo del trabajo. Me recuerda a la vieja sirvienta de Flaubert. El gesto al mismo tiempo tan humilde de esta mujer... Es una pena que el trabajo y la miseria deformen hasta tal punto” (Un ingeniero de París).

El retrato de una mujer muy maquillada, tomada desde un ángulo y con una iluminación insólitos, suscita reacciones muy parecidas. Los obreros, y todavía más los artesanos y los pequeños comerciantes, reaccionan con horror y disgusto: “No me gustaría tener esta fotografía en casa, en mi habitación. No causa una impresión agradable. Más bien resulta angustiada” (Un obrero de provincia). “¿Una muerta? Horroroso, como para no dormir por la noche [...], atroz, horrible, yo la quito de mi vista” (Un pequeño comerciante de provincia). Si la mayor parte de los empleados y cuadros medios miran con desprecio una foto sobre la que nada pueden decir si no es que les “causa miedo” o les “impresiona desagradablemente”, algunos de ellos tratan de caracterizar su técnica: “La foto está bien tomada, es muy bella pero horrible” (Un empleado de París). “Lo que produce esta impresión de monstruosidad es la expresión del rostro del hombre o de la mujer que constituye el sujeto de la foto y el ángulo desde el que se ha tomado, esto es, de abajo a arriba” (Un cuadro medio de París). Otros recurren a referencias estéticas relacionadas sobre todo con el cine: “Es una especie de personaje bastante fantástico o, mejor dicho, bastante extraño [...], podría ser un personaje de Dreyer, en rigor de Bergman y podría ser incluso de Eisenstein, en *Iván el*



La factoría de Lacq por la noche

Terrible [...]. Me gusta mucho (Un técnico de París). La mayor parte de los cuadros superiores y de los miembros de profesiones liberales juzgan la foto “bella”, “expresiva”, y hacen referencia no sólo a los filmes de Bergman, Orson Welles, Dreyer y otros, sino también al teatro, invocando a Hamlet, Macbeth o Atalía. Ante una fotografía de las instalaciones de Lacq, que es perfecta para desconcertar los deseos realistas, tanto por su objeto, un establecimiento industrial, ordinariamente desterrado del universo de la representación legítima, como por el tratamiento a que se someten las fotografías nocturnas, los obreros permanecen perplejos, dudan y casi siempre terminan por darse por vencidos: “A primera vista, es una construcción metálica, pero no lo comprendo en absoluto. Podría ser algo relacionado con las grandes centrales eléctricas [...], no veo lo que es, me resulta verdaderamente desconocido” (Un obrero de provincia). “Esto, desde luego, me intriga, no puedo decir nada [...] no veo nada como no sean las luces. No son de faros de automóvil, porque no serían rectilíneas como son; en la parte de abajo se ven unas rejillas y un monta-cargas, no, no veo qué puede ser” (Un obrero de París). “Esto... es algo de electrónica, no sé nada sobre eso” (Un obrero de París). En los pequeños patronos, de los que se sabe que juzgan con severidad las investigaciones del arte moderno y, en general, cualquier obra en la que no puedan reconocer las marcas y huellas del trabajo, el desconcierto conduce con frecuencia al puro y simple rechazo: “No es interesante, puede estar muy bien, pero no para mí; repite siempre lo mismo. Para mí, este truco no tiene ningún

interés" (Un artesano de provincia). "He intentado saber si verdaderamente se trata de una foto. Puede ser incluso una reproducción basada en un dibujo realizado con pequeños trazos de lápiz [...]. No sabría dónde situar esta foto. En fin, es algo que corresponde verdaderamente al gusto moderno. Dos golpes a la cosa y ya gusta. Y además la foto y el fotógrafo no tienen mérito alguno, no han hecho nada. Es el pintor el que ha hecho todo, al que le corresponde el mérito, es él quien ha dibujado" (Un pequeño comerciante de provincia). Los empleados y cuadros medios que, estando tan desconcertados como los obreros y los pequeños patronos, están menos dispuestos que los primeros a confesarlo y menos inclinados que los segundos a poner en tela de juicio la legitimidad de aquello que les hace dudar, renuncian con menor frecuencia a emitir un juicio⁴²: "Me gusta como foto [...] porque está desarrollada en extensión; son trazos, me parece algo inmenso [...]. Un gran andamiaje [...]. Es la luz capturada en vivo" (Empleado de París). "Es a Buffet al que le gusta hacer cosas como ésta" (Un técnico de París). Pero solamente en los miembros de la clase dominante, que son los más numerosos entre los que logran identificar el objeto que la foto representa, el juicio sobre la forma adquiere su plena autonomía en relación con el juicio sobre el contenido ("Es una foto inhumana pero bella, desde un punto de vista estético"), a causa de sus contrastes, y la representación es comprendida como tal, sin referencia a ninguna otra cosa que no sea a ella misma o a realidades de la misma clase ("pintura abstracta", "obras de teatro de vanguardia", etc.)⁴³.

El estetismo, que hace de la intención artística el principio del arte de vivir, implica una especie de agnosticismo moral, antítesis perfecta de la disposición ética que subordina el arte a los valores del arte de vivir. La intención artística no puede sino contradecir las disposiciones del *ethos* o las normas de la ética que definen en cada momento, para las diferentes clases sociales, los objetos y los modos de representación legítimos, excluyendo del universo de lo que puede ser representado ciertas realidades y ciertas maneras de representarlas: ¿acaso la manera más fácil, y por tanto la más frecuente y la más visible de "*épater le bourgeois*", poniendo a prueba el alcance del poder de constitución estética, no consiste en transgredir cada vez más radicalmente las censuras éticas (en materia sexual, por ejemplo) que las otras clases se dejan imponer incluso en el terreno de lo que la disposición dominante constituye como estética? O, expresado con mayor sutileza, ¿en constituir como estéticos objetos o maneras de representarlos que están excluidos por la estética dominante del momento u objetos constituidos estéticamente por unas "estéticas" dominadas?

⁴² La postura, mezcla a la vez de buena voluntad e inseguridad, que caracteriza a la pequeña burguesía ascendente se expresa en la opción refugio que consiste en decir que se puede hacer una fotografía "interesante" —por oposición a bella, fea o insignificante— con los objetos propuestos: así el 40 % de los empleados y cuadros medios estiman que con una serpiente se puede hacer una foto interesante (frente al 25,5 % en la nueva pequeña burguesía, dispuesta más bien a juzgar que con una serpiente puede realizarse una foto bella).

⁴³ Las variaciones de actitud con respecto a un objeto muy próximo, como puede ser una estructura metálica, nos proporcionan una prueba numérica de lo dicho: la proporción de los sujetos que estiman que una estructura metálica puede servir para hacer una foto bella es del 6 % entre los obreros y el personal de los servicios, del 9 % entre los artesanos y pequeños comerciantes, del 9,5 % entre los empleados y cuadros administrativos medios, del 22 % en la nueva pequeña burguesía, del 24 % entre los maestros e ingenieros técnicos, del 24,5 % en la clase dominante; y del 50 % en los profesores solamente. (Todo permite suponer que las reacciones suscitadas por la arquitectura de Beaubourg obedecen al mismo principio.)

Basta con leer el índice de materias que acaba de publicar *Art. vivant* (1974), “revista vagamente moderna, dirigida por el clan de universitarios vagamente historiadores del arte” (como dijo con gracia un pintor de vanguardia), que ocupa una especie de tierra de nadie en el campo de la crítica pictórica de vanguardia entre *Flashart* o *Arte press* y *Artitude* u *Opus*. En la lista de rúbricas y títulos pueden destacarse: *Africa* (un título: “El arte debe hacerse por todos”), *Arquitectura* (dos títulos, siendo uno de ellos “Arquitectura sin arquitecto”), *Dibujos animados* (cinco títulos, o sea nueve páginas de las 46 que se reparten entre el conjunto del índice), *Escritura-ideogramas-graffiti* (dos títulos, cuatro páginas), *Niño (Arte y)*, *Kitsch* (tres títulos, cinco páginas), *Fotografía* (dos títulos, tres páginas), *Calle (Arte en la)* (quince títulos en veintitrés páginas, entre cuyos títulos se encuentran “¿El Arte en la calle?”, “El Arte en la calle, primer episodio”, “La belleza callejea. Sólo hay que saber mirar”, “El ejemplo viene de un barrio de las afueras”), *Ciencia-ficción-utopía* (dos títulos, tres páginas), *Underground* (un título). La intención de inversión o de *transgresión* que se manifiesta con toda claridad en esta enumeración queda por ello mismo encerrada en los límites que le asignan, *a sensus contrario*, las convenciones estéticas denunciadas y la necesidad de hacer reconocer como estética (es decir, como conforme a las normas del grupo de los transgresores) la transgresión de los límites (de aquí la lógica cuasi-markoviana de las elecciones, con la elección, para el cine, de Antonioni, Chaplin, cinemateca, Eisenstein, erotismo-pornografía, Fellini, Godard, Klein, Monroe, *underground*, Warhol).

Esta postura de *transgresión simbólica*, que a menudo se encuentra asociada con un neutralismo político o un estetismo revolucionario, constituye la antítesis casi perfecta del moralismo pequeño-burgués o de lo que Sartre denominaba la “seriedad” de los revolucionarios⁴⁴. La indiferencia ética que implica la disposición estética, cuando se convierte en el principio del arte de vivir, se encuentra, en efecto, en la raíz de la repulsión ética con respecto al artista (o al intelectual) que se manifiesta con una particular fuerza en las fracciones decadentes y amenazadas de la pequeña burguesía (principalmente comerciantes y artesanos), inclinadas a expresar sus disposiciones regresivas y represivas en todos los campos de la práctica (y especialmente en materia de educación juvenil o a propósito de los estudiantes y de sus manifestaciones), pero también en las fracciones ascendentes de esta clase a las que su tensión en pro de la virtud y su inseguridad profunda hacen muy receptivas al fantasma de la “pornocracia”.

La legitimidad de la disposición pura está tan enteramente reconocida que nada alcanza a recordarnos que la definición del arte y, mediante el mismo, del arte de vivir, es una apuesta de la lucha entre las clases. Las artes de vivir dominadas, *que prácticamente no han recibido nunca una expresión sistemática*, casi siempre son percibidas, incluso por sus propios defensores, desde el punto de vista destructor o reductor de la estética dominante, de suerte que no tienen otra alternativa que la degradación o las rehabilitaciones auto-destructivas (“cultura popular”). Por ello se hace preciso invocar una expresión de Proudhon⁴⁵, sistemática en su ingenuidad, de la *estética pequeño-burguesa* que, al subordinar el arte a los valores fundamentales del arte de vivir, ve en la perversión cínica del arte de vivir del artista el

⁴⁴ Este se ve con toda evidencia en literatura o en el teatro (por ejemplo, con la “nueva ola” americana de la década de los 60).

⁴⁵ Podría, igualmente, haberse invocado a Dickens.

principio de la primacía absoluta conferido a la forma: "Sometido a la influencia de la propiedad, el artista, *depravado* en su razón, *disoluto en sus costumbres, venal y sin dignidad*, es la imagen impura del *egoísmo*. La idea de *lo justo* y de *lo honesto* resbala sobre su corazón sin arraigar en él, y de todas las clases de la sociedad, la de los artistas es la más escasa en almas fuertes y en caracteres nobles"⁴⁶. "El arte por el arte, como se le ha denominado, al no tener en sí su legitimidad, no se sustenta en nada, no es nada. Sólo es *libertinaje* de corazón y *disolución* de espíritu. Separado del derecho y del deber, cultivado y buscado como el más elevado pensamiento del alma y la suprema manifestación de la humanidad, el arte o el ideal, despojado de la mejor parte de sí mismo, reducido a no ser otra cosa que una *excitación de la fantasía y de los sentidos*, es el principio del *pecado*, el origen de toda servidumbre, la envenenada fuente de donde emanan, según la Biblia, todas las *fornicaciones* y abominaciones de la tierra [...]. El arte por el arte, digo yo, el verso por el verso, el estilo por el estilo, la forma por la forma, la fantasía por la fantasía, todas estas enfermedades que corroen a nuestra época, como una enfermedad vergonzosa, es el *vicio* en todo su refinamiento, el mal en su quintaesencia"⁴⁷. Lo que se condena es la autonomía de la forma y el derecho del artista a la investigación formal mediante la cual se arroga la supremacía de aquello que debía ser sólo una mera "ejecución": "No quiero discutir acerca de la nobleza, la elegancia, la postura, el estilo, el gesto, ni acerca de nada de lo que constituye la ejecución de una obra de arte y que son el objeto habitual de la vieja crítica"⁴⁸. Sometidos a la demanda en la elección de sus objetos, los artistas se toman la revancha en la ejecución: "Existen pintores de iglesia, pintores de historia, pintores de batallas, pintores de género, es decir, de anécdotas o de farsas, pintores de retratos, pintores de paisajes, pintores de animales, pintores de marinas, pintores de Venus, pintores de fantasía. Uno cultiva el desnudo, otro los ropajes. Luego cada uno se esfuerza para distinguirse gracias a uno de los medios que concurren en la ejecución. Uno se aplica al dibujo, otro al color; éste cuida la composición, aquél la perspectiva, otro la vestimenta o el color local; uno brilla por el sentimiento, otro por la idealidad o el realismo de sus figuras; alguno compensa la nulidad del sujeto gracias al acabado de los detalles. Cada uno se esfuerza por tener un *truco*, una *originalidad*, una manera, y, con la ayuda de la moda, las reputaciones se hacen y se deshacen"⁴⁹. En oposición con este arte separado de la vida social, sin fe ni ley, el arte digno de este nombre debe subordinarse a la ciencia, a la moral y a la justicia; debe proponerse como fin excitar la sensibilidad moral, suscitar sentimientos de dignidad y delicadeza, idealizar la realidad, sustituyendo a la cosa el ideal de la cosa, pintando lo verdadero y no lo real. En pocas palabras, el arte debe educar; para esto necesita no transmitir "impresiones personales" (como David con el *Juramento del Jeu de Paume* o Delacroix) sino restablecer, como Courbet en *Los campesinos de Flagey*, la verdad social e histórica a la que *todos* pueden juzgar. ("Nos bastaría a cada uno de nosotros con consultarnos a nosotros mismos para encontrarnos en situación, después de reunir una pequeña información, de emitir un juicio sobre cualquier

⁴⁶ P. J. PROUDHON, *Contradictions économiques*, París, Rivière, 1939, p. 226 (el subrayado es de P. Bourdieu).

⁴⁷ *Ibid.*, p. 71 (el subrayado es de P. Bourdieu).

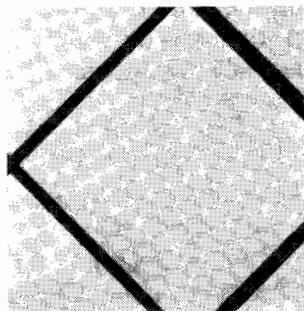
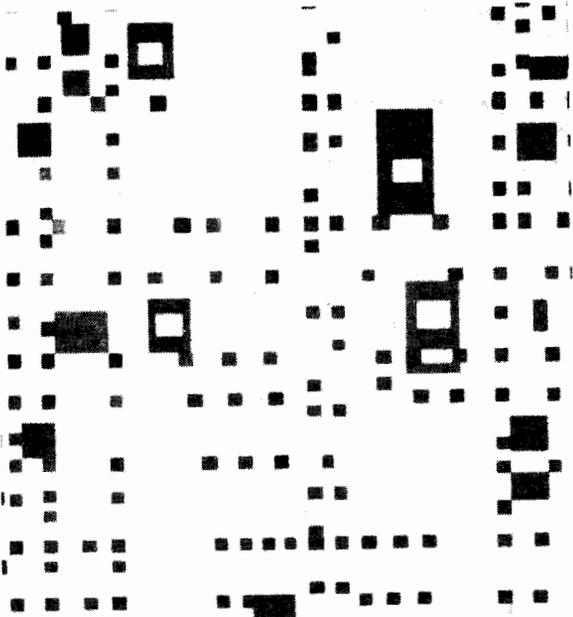
⁴⁸ *Ibid.*, p. 166.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 271.

1 P. Mondrian, *El Boogie-
Woogie en Broadway.*

2 P. Mondrian, *Pintura 1.*

3. G. Severini, *Jeroglífico
dinámico del Bal Tabarín.*



obra de arte”)⁵⁰. Y cómo no citar, para concluir, un elogio a la casita individual que, con toda seguridad, recibiría la aprobación masiva de las clases medias y populares: “Yo cambiaría el museo del Louvre, Las Tullerías, Notre-Dame –y también el Obelisco– por una casa para vivir, una *casita edificada a mi gusto*, en la que estaría solo, en el centro de un pequeño terreno de una decena de hectáreas, cercado, donde tendría agua, sombra, césped y silencio. Si se me ocurriera situar allí dentro una estatua, no sería desde luego ni un Júpiter ni un Apolo; no tengo nada que hacer con estos señores; ni unas vistas de Londres, de Roma, de Constantinopla o de Venecia: ¡Dios me libre de quedarme en esto! Pondría allí lo que me falta: la montaña, el viñedo, la pradera, cabras, vacas, ovejas, segadores, pastores”⁵¹.

La neutralización y el universo de los posibles

A diferencia de la percepción no específica, la percepción propiamente estética de la obra de arte (que, evidentemente, tiene sus diversos grados de realización) está dotada de un *principio de pertinencia* socialmente constituido y adquirido: este principio de selección le hace percibir y retener, entre los distintos elementos propuestos a la mirada (por ejemplo, unas hojas o unas nubes consideradas sólo como indicios o señales investidos de una función denotadora –“es un álamo”, “va a haber tormenta”–), todos los rasgos estilísticos, y solamente éstos, que, *situados en el universo de las posibilidades estilísticas*, distinguen una *particular manera de tratar los elementos retenidos*, hojas o nubes, es decir, un estilo como modo de representación, en el que se expresa el modo de percepción y de pensamiento propio de una época, de una clase o fracción de clase, de un grupo de artistas o de un artista particular. No puede decirse nada para caracterizar estilísticamente a una obra de arte que no suponga la referencia, por lo menos implícita, a las *otras posibles*, simultáneas –para distinguir una obra de sus contemporáneas– o sucesivas –para enfrentarla a obras anteriores o posteriores del mismo autor o de cualquier otro–. Las exposiciones dedicadas al conjunto de la obra de un pintor o de un género (por ejemplo, la naturaleza muerta en la Galería de Bellas Artes de Burdeos en 1978) constituyen la realización objetiva de este campo de *posibilidades estilísticas sustituibles*, que se moviliza cuando se “reconocen” las singularidades del estilo característico de una obra de arte. Con arreglo a una idea previa de la obra de Mondrian y de las anticipaciones que la misma facilita es cómo –según muestra E.H. Gombrich– el cuadro titulado *El Boogie-Woogie en Broadway* toma, como vulgarmente se dice, *todo su sentido*: la “impresión de gozoso abandono” que proporciona el juego de unas manchas de colores vivos y muy contrastados sólo puede surgir en un espíritu familiarizado con “un arte que tiene su fundamento en la línea recta y en algunos colores fundamentales, repartidos en unos rectángulos cuidadosamente equilibrados”, y capaz de captar, en la desviación con respecto a su deseo de “un severo rigor”, el equivalente del “estilo relajado de una música

⁵⁰ P. J. PROUDHON, *Du principe de l'art et de sa destination social*, París, Rivière, 1939, p. 49.

⁵¹ P. J. PROUDHON, *Contradictions économiques*, op. cit., p. 256. No sería posible comprender *enteramente* la adhesión que han recibido las tesis de Jdanov, muy próximo a Proudhon en más de un punto, sin tener en cuenta las concordancias existentes entre su “estética” y el *ethos* popular o pequeño-burgués de una parte de los dirigentes del partido comunista.

popular". Y basta con imaginar que se trata de un cuadro atribuido a Gino Severini, quien, en algunas de sus obras, trata de expresar "el ritmo de la música para danza en unas composiciones de un esplendor caótico", para darse cuenta de que, remitido a este punto de referencia estilístico, el cuadro de Mondrian más bien evocaría, sin lugar a dudas, el *Primer Concierto de Brandeburgo*⁵².

La disposición estética como aptitud para percibir y descifrar las características propiamente estilísticas es, pues, inseparable de la competencia propiamente artística: adquirida por un aprendizaje explícito o por la simple frecuentación de las obras, sobre todo de aquéllas que se albergan en un museo y que, por el hecho de la diversidad de sus funciones originales y de su exposición neutralizante en un lugar consagrado al arte, despiertan el puro interés por la forma, esta habilidad práctica permite situar cada elemento de un universo de representaciones artísticas en una clase definida con respecto a la clase constituida por todas las representaciones artísticas excluidas de forma consciente o inconsciente. Así, la aprehensión de rasgos estilísticos que constituyen la *originalidad* estilística de las obras de una época en relación con las de otra época, o incluso de las obras de un autor en relación con las obras de su escuela o de su época, o también de una manera o de una obra particular de un autor en relación con el conjunto de su obra, no puede disociarse de la aprehensión de las *redundancias* estilísticas, es decir, de los tratamientos típicos de la materia pictórica que definen un estilo. En resumen, la retención de las semejanzas supone la referencia implícita o explícita a las diferencias, y a la inversa; la atribución descansa siempre implícitamente en la referencia a "obras-testigos", retenidas de manera consciente o inconsciente, porque representan en un muy alto grado las cualidades reconocidas, de forma más o menos explícita, como pertinentes en un sistema de clasificación determinado. Todo parece indicar que, incluso en los especialistas, los criterios de pertinencia que definen las propiedades estilísticas de las obras-testigos permanecen casi siempre en estado implícito y que las taxonomías estéticas implícitamente utilizadas para distinguir, clasificar y ordenar las obras de arte jamás tienen el rigor que a veces intentan adjudicarles las teorías estéticas.

En realidad, la simple *señalización* que opera el aficionado o el especialista cuando procede a unas atribuciones no tiene nada en común con la intención propiamente científica de recobrar la razón inmanente y la razón de ser de la obra al reconstruir la situación percibida, la problemática vivida, que no es otra cosa que el propio espacio de las posiciones y de las tomas de posición constitutivas del campo, y en la cual se ha definido, la mayoría de las veces *oponiéndose*, la intención artística propia del artista considerado. Las referencias que constituyen la trama de un trabajo de reconstrucción de esta naturaleza no tienen nada que ver con esas especies de ecos semánticos o de correspondencias afectivas que adornan los discursos de celebración, pero son los instrumentos indispensables para la construcción del campo de posibilidades temáticas o estilísticas, con relación a las cuales se ha afirmado —objetivamente, y, en cierta medida, subjetivamente— la posibilidad retenida por el artista. De tal forma que para comprender la vuelta al arte primitivo de los primeros pintores románticos se necesitaría reconstruir todo el espacio de referencia de esos discípulos de David, de larga barba y vestiduras griegas, que "yendo más allá que su maestro en el culto de lo antiguo, querían

⁵² E. H. GOMBRICH, *L'art et l'illusion*, trad. G. Durand, París, Gallimard, 1971, p. 456.

remontarse a Homero, a la Biblia, a Ossian, y despreciaban por ‘rococo’, ‘Van Loo’, ‘Pompadour’, el estilo de la propia antigüedad clásica”⁵³: de este modo volveríamos a encontrar las alternativas inseparablemente éticas y estéticas –como la identificación de lo sencillo con lo puro y lo natural–, con referencia a las cuales se determinaban las elecciones, y que no tienen nada en común con las oposiciones transhistóricas caras a las estéticas formalistas⁵⁴.

Pero la intención del celebrante o del fiel no es la de comprender y, en la rutina ordinaria del culto de la obra de arte, el juego de las referencias ilustradas o mundanas no tiene más función que la de hacer que la obra entre en la circulación circular de la interlegitimación, y así la alusión al *Ramo de flores* de Jan Bruegel de Velours ennoblece el *Ramo de flores con papagayo* de Jean-Michel Picart, del mismo modo que, en otro contexto, la referencia a este último podrá servir, puesto que es menos corriente, para dar valor al primero. Este juego de alusiones eruditas y de analogías que remiten indefinidamente a otras analogías que, como las oposiciones cardinales de los sistemas míticos o rituales, nunca tienen necesidad de justificarse, haciendo explícito el fundamento de la relación que operan, teje alrededor de las obras una estrecha red de experiencias facticias que mutuamente se afirman y refuerzan, red que *constituye* el encantamiento de la contemplación artística: dicho juego se encuentra en el propio principio de la “idolatría” del que habla Proust y que conduce a encontrar bello “el disfraz de la comedianta o el vestido de la mujer de mundo [...] no porque el tejido sea bello sino porque es el tejido pintado por Moreau o descrito por Balzac”⁵⁵.

La distancia con respecto a la necesidad

Para explicar que al aumentar el capital escolar aumenta asimismo la propensión a apreciar una obra “con independencia de su contenido”, como a menudo dicen los sujetos más culturalmente ambiciosos –o, por lo menos, la pretensión de hacerlo–, y, de manera más general, la propensión a esas inversiones “gratuitas” y “desinteresadas” que reclaman las obras legítimas, no basta con invocar el hecho de que el aprendizaje escolar proporciona los instrumentos lingüísti-

⁵³ P. BÉNICHOU, *Le sacre de l'écrivain, 1750-1830*, París, José Corti, 1973, p. 212.

⁵⁴ Para una crítica parecida de la aplicación a los pintores románticos alemanes de una oposición vana (entre *soft focus* y *hard focus*), véase E. H. GOMBRICH, *In search of Cultural History*, Oxford, Clarendon Press, 1969, p. 33.

⁵⁵ M. PROUST, *Pastiches et mélanges*, París, Gallimard, 1947, p. 173. La analogía como modo de pensamiento circular permite recorrer todo el terreno del arte y del lujo *sin salir nunca de él*. Se hablará del vino de Château Margaux con las mismas palabras que se emplean para describir el castillo cuyo nombre lleva, del mismo modo que en otro lugar se evocará a Proust a propósito de Monet o de Franck, lo que es una buena manera de no hablar ni del uno ni del otro: “La residencia es la misma imagen del vino del lugar. Noble, austera e incluso un poco solemne... Château Margaux parece un templo antiguo dedicado al culto del vino [...] En Margaux, viñedo o casa, no se admiten florituras, pero lo mismo que el vino espera a ser servido para desarrollar sus encantos, la casa espera a que se penetre en ella para liberar los suyos. En los dos casos vienen a la mente las mismas palabras: elegancia, distinción, suavidad, y esa sutil satisfacción que procura aquello que, desde hace muchas generaciones, ha sido objeto de los cuidados más atentos –digamos las palabras justas–, más amantes. El vino largo tiempo madurado, la casa largo tiempo habitada: Margaux vino y Margaux castillo son el resultado de dos cosas que han llegado a ser igualmente raras: *el rigor y el tiempo*” (Eveline SCHLUMBERGER, “Le charme enivrant de Château-Margaux”, *Connaissance des arts*, noviembre 1973, pp. 101-105).

cos y las referencias que permiten expresar la experiencia estética y constituir la al expresarla: lo que en realidad se afirma en esta relación es la dependencia de la disposición estética con respecto a las condiciones materiales de la existencia, pasadas y presentes, que constituyen la condición tanto de su constitución como de su realización, al mismo tiempo que de la acumulación de un capital cultural (académicamente sancionado o no) que sólo puede ser adquirido al precio de una especie de retirada fuera de la necesidad económica. La disposición estética que tiende a *poner entre paréntesis la naturaleza y la función del objeto representado* y a excluir cualquier tipo de reacción “ingenua” –horror ante lo horrible, deseo ante lo deseable, piadosa reverencia ante lo sagrado– de la misma manera que cualquier respuesta puramente ética, para no tomar en consideración más que el modo de representación, el estilo –percibido y apreciado mediante la comparación con otros estilos–, es una dimensión de una relación global con el mundo y con los otros, de un estilo de vida en el que se exteriorizan, bajo una forma irreconocible, los efectos de unas condiciones particulares de existencia: condición de todo aprendizaje de la cultura legítima, ya sea implícito y difuso como es, casi siempre, el aprendizaje familiar, o explícito y específico, como el escolar, estas condiciones de existencia se caracterizan por la suspensión y el aplazamiento de la necesidad económica, y por la distancia objetiva y subjetiva de la urgencia práctica, fundamento de la distancia objetiva y subjetiva de los grupos sometidos a estos determinismos.

Para conceder a los juegos de la cultura la lúdica seriedad que reclamaba Platón, seriedad sin espíritu de seriedad, seriedad en el juego que supone siempre un juego de lo serio, es preciso ser de los que han podido, si no hacer de su existencia, como el artista, una especie de juego de niños, por lo menos prolongar hasta muy tarde, a veces a lo largo de toda la vida, la relación con el mundo de la infancia (todos los niños comienzan su vida como burgueses, en una relación de poder mágico sobre los otros y, por ellos, sobre el mundo, pero abandonan más o menos pronto la infancia). Esto puede verse bien cuando, por un accidente de la genética social, surgen en el universo civilizado del juego intelectual esas personas que –pensemos en Rousseau o, en otro universo, en Tchernitchevski– introducen en el juego de la cultura compromisos e intereses que no son admisibles en dicho juego; que se dejan atrapar por el juego hasta el punto de abdicar de ese mínimo de distancia neutralizante que implica la *illusio*; que tratan el envite de las luchas intelectuales, objeto de tantas patéticas profesiones de fe, como una simple cuestión de verdadero o falso, de vida o muerte. Por eso la misma lógica del juego les ha asignado de antemano unos papeles que, a pesar de todo, ellos “interpretarán” a la vista de los que, sabiendo mantenerse en los límites de la ilusión intelectual, no pueden verlos de otra manera; el papel del excéntrico o el del mal educado.

Capacidad generalizada de neutralizar las urgencias ordinarias y de poner entre paréntesis los fines prácticos, inclinación y aptitud duraderas para una práctica sin función práctica, la disposición estética no se constituye si no es en una experiencia del mundo liberada de la urgencia y en la práctica de actividades que tienen en sí mismas su propio fin, como los ejercicios escolares o la contemplación de las obras de arte. Dicho de otra manera, esta disposición supone la distancia con respecto al mundo (de la que la “distancia con respecto al papel”, ideada por Goffman, es una dimensión particular) que constituye el principio de la experiencia burguesa del mundo. Contrariamente a lo que puede hacer creer una representación mecanicista, la acción pedagógica de la familia y de la escuela, incluso en su

dimensión más específicamente artística, se ejerce por lo menos tanto por medio de unas condiciones económicas y sociales que constituyen la condición de su ejercicio, como por medio de unos contenidos que la misma inculca⁵⁶: el universo escolar del juego reglamentado y del ejercicio por el ejercicio está, al menos en este aspecto, menos alejado de lo que parece del universo “burgués” y de los innumerables actos “desinteresados” y “gratuitos” que le confieren su distintiva singularidad, tales como la conservación y la decoración de la casa, ocasiones para un derroche cotidiano de cuidados, tiempo y trabajo (a menudo por medio de intermediarios, los criados), el paseo y el turismo, desplazamientos que no tienen otro fin que el ejercicio corporal y la apropiación simbólica de un mundo reducido a la condición de paisaje, o también las ceremonias y recepciones, pretextos para un despliegue de lujos rituales, decorados, conversaciones, adornos, por no hablar, por supuesto, de las prácticas y consumos artísticos. Se comprende que, próximos en esto a las mujeres de la burguesía que, parcialmente excluidas de la empresa económica, encuentran su realización en la organización del decorado de la existencia burguesa, cuando no buscan en la estética un refugio o una revancha, los adolescentes burgueses, al mismo tiempo económicamente privilegiados y (provisionalmente) excluidos de la realidad del poder económico, opongan a veces al mundo burgués, que no pueden realmente apropiarse, una negación a la complicidad que encuentra su expresión en la propensión a la estética o al esteticismo.

El poder económico es, en primer lugar, un poder de poner la necesidad económica a distancia: por eso se afirma universalmente mediante la destrucción de riquezas, el gasto ostentoso, el despilfarro y todas las formas del lujo *gratuito*. Así es como la burguesía, al cesar de hacer de toda la existencia, a la manera de la aristocracia de corte, una continua exhibición, ha constituido la oposición de lo rentable y de lo gratuito, de lo interesado y de lo desinteresado bajo la forma de la oposición, que la caracteriza por sí misma según Weber, entre el lugar de trabajo y el lugar de residencia, los días de trabajo y los días de fiesta, el exterior (masculino) y el interior (femenino), los negocios y el sentimiento, la industria y el arte, el mundo de la necesidad económica y el mundo de la libertad artística arrancado, por el poder económico, de esta necesidad.

El consumo material o simbólico de la obra de arte constituye una de las manifestaciones supremas de la *aisance*, en el doble sentido de condición y de disposición que otorga el lenguaje corriente a esta palabra⁵⁷. El distanciamiento de la mirada pura no puede ser disociado de una disposición general a lo “gratuito”, a lo “desinteresado”, paradójico producto de un condicionamiento económico

⁵⁶ Basta con recordar aquí el análisis de las relaciones entre la condición escolar (universo separado, trabajos que constituyen su propio fin —ejercicios—, etc.) y la relación con el lenguaje que se exige en todas las situaciones “oficiales” (véase P. BOURDIEU, “Les doxosophes”, *Minuit*, 1, 1973, páginas 26-45, y P. BOURDIEU, con L. BOLTANSKI, “Le fétichisme de la langue”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 4, julio 1975, pp. 2-32.

* Las dos acepciones de la palabra *aisance* a que se refiere el autor son, respectivamente, “Situación de fortuna que asegura una vida fácil” y “Facilidad natural que no da impresión de esfuerzo alguno” (*Micro Robert, Dictionnaire du Français Primordial*, S.N.L. Le Robert, París, 1971). (Nota de la T.).

⁵⁷ Apenas existen tratados sobre la edad clásica que no establezcan de forma explícita el vínculo entre la *aisance* y la elegancia del estilo, y la *aisance* y la elegancia del estilo de vida. Piénsese, por ejemplo, en la doctrina de la *sprezzatura*, la indolencia que, según Baldassare Castiglione, distingue al perfecto hombre de corte y al perfecto actor.

negativo que, mediante determinadas facilidades y libertades, engendra distancia con respecto a la necesidad. Por ello mismo, la disposición estética se define también, objetiva y subjetivamente, en relación con otras disposiciones: la distancia objetiva con respecto a la necesidad y a los que se encuentran envueltos en ella se acompaña de un distanciamiento intencionado que duplica la libertad por medio de la exhibición. A medida que aumenta la distancia objetiva con respecto a la necesidad, el estilo de vida se convierte cada vez más en el producto de lo que Weber denomina una “estilización de la vida”, sistemático partido que orienta y organiza las prácticas más diversas, ya sea la elección de un vino por el año de su cosecha y de un queso, ya sea la decoración de una casa de campo. Como afirmación de un poder sobre la necesidad dominada, contiene siempre la reivindicación de una superioridad legítima sobre los que, al no saber afirmar el desprecio de las contingencias en el lujo gratuito y el despilfarro ostentoso, continúan dominados por los intereses y las urgencias ordinarias: los gustos de libertad no pueden afirmarse como tales más que en relación con los gustos de necesidad, introducidos por ello en el orden de la estética, luego constituidos como vulgares. Esta pretensión aristocrática tiene menos probabilidades que cualquier otra de ser discutida, puesto que la relación de la disposición “pura” y “desinteresada” con las condiciones que la hacen posible, es decir, con las condiciones materiales de existencia más singulares al ser las más liberadas de la necesidad económica, tiene todas las posibilidades de pasar desapercibida, teniendo de este modo el privilegio más enclasante el privilegio de aparecer como el que tiene más fundamento por naturaleza.

El sentido estético como sentido de la distinción

Por eso, la disposición estética es una dimensión de una relación distante y segura con el mundo y con los otros, que a su vez supone la seguridad y la distancia objetivas; una manifestación del sistema de disposiciones que producen los condicionamientos sociales asociados con una clase particular de las condiciones de existencia, cuando aquéllos toman la paradójica forma de la mayor libertad que puede concebirse, en un momento dado del tiempo, con respecto a las coacciones de la necesidad económica. Pero es también una *expresión distintiva* de una posición privilegiada en el espacio social, cuyo valor distintivo se determina *objetivamente* en la relación con expresiones engendradas a partir de condiciones diferentes. Como toda especie de gusto, une y separa; al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero distinguiéndolos de todos los demás y en lo que tienen de más esencial, ya que el gusto es el principio de todo lo que se tiene, personas y cosas, y de todo lo que se es para los otros, de aquello por lo que uno se clasifica y por lo que le clasifican.

Los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una diferencia inevitable. No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos⁵⁸: en materia de gustos, más que en cualquier otra materia, toda

⁵⁸ Dos ejemplos entre mil, pero paradigmáticos, del empleo explícito del esquema “es otra cosa que”: “*La novia del pirata* es uno de los escasos filmes franceses *verdaderamente* satíricos, *verdadera-*

determinación es negación⁵⁹; y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, disgustos, hechos horribles o que producen una intolerancia visceral (“es como para vomitar”) para los otros gustos, los gustos de los otros. De gustos y colores no se discute: no porque todos los gustos estén en la naturaleza, sino porque cada gusto se siente fundado por naturaleza —y casi lo está, al ser *habitus**—, lo que equivale a arrojar a los otros en el escándalo de lo antinatural. La intolerancia estética tiene violencias terribles. La aversión por los estilos de vida diferentes es, sin lugar a dudas, una de las barreras más fuertes entre las clases: ahí está la homogamia para testificarlo. Y lo más intolerable para los que se creen poseedores del gusto legítimo es, por encima de todo, la sacrílega reunión de aquellos gustos que el buen gusto ordena separar. Lo que quiere decir que los juegos de artistas y estetas y sus luchas por el monopolio de la legitimidad artística son menos inocentes de lo que parecen; no existe ninguna lucha relacionada con el arte que no tenga también por apuesta la imposición de un arte de vivir, es decir, la transmutación de una manera arbitraria de vivir en la manera legítima de existir que arroja a la arbitrariedad cualquier otra manera de vivir⁶⁰. El estilo de vida del artista constituye siempre un desafío al estilo de vida burgués, cuya irrealidad, e incluso absurdidad aquél intenta poner de manifiesto mediante una especie de demostración práctica de la incon-

mente divertidos, porque no recurre a esa comicidad cuidadosamente anodina, prudentemente inofensiva de *La Grande Vaddrouille* y *Le Petit Baigneur* [...]. Es, en resumen, *otra cosa que la siniestra broma fabricada por los destajistas de las diversiones de bulevar*” (J. L. Bory, *Le nouvel observateur*, n.º 265, 8-14 de diciembre de 1969; la cursiva es de P. Bourdieu). “Por distancia, por diferencia por lo menos, hay que intentar presentar *otro tipo de texto* sobre la modernidad pictórica que las machaconerías de cierta crítica de arte. Entre la afasia verborreica, la transcripción textual de los cuadros, los fervores agradecidos y los trabajos de estética especializados, hay quizá que *señalar* algunas conexiones, algunas fijaciones del trabajo conceptual, teórico, con algunas producciones plásticas contemporáneas” (G. GASSIOT-TALABOT *et al.*, *Figurations 1960/1973*, París, Union générale des éditions, col. 10-18, 1973, página 7).

⁵⁹ Esta negatividad esencial, que se encuentra inscrita en la propia lógica de la constitución del gusto y de su transformación, explica que, como hace notar Gombrich, “la terminología de la historia del arte contenga tantas palabras que expresan un principio de exclusión”: “Numerosos movimientos artísticos erigen un nuevo tabú, un nuevo principio negativo, como la proscripción de todos los elementos ‘anecdóticos’ en los impresionistas. Los eslóganes y consignas positivos que leemos en los manifiestos pasados o presentes de los artistas o de los críticos están normalmente mucho peor definidos” (E. H. GOMBRICH, *Norm and Form, Studies in the Art of the Renaissance*, Londres, Nueva York, Phaidon, 1966, p. 89).

* J. J. SÁNCHEZ DE HORCAJO, en *La Cultura. Reproducción o cambio (El análisis sociológico de P. Bourdieu)*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, dice con respecto a este término: “El concepto de *habitus* ocupa un lugar central, no sólo en la epistemología, sino en todo el análisis sociológico de P. Bourdieu. El *habitus* es tanto el elemento generador de la práctica, como el factor primordial de la reproducción cultural o simbólica [...]” (p. 87). En la página siguiente transcribe —traducida— la propia definición del término por P. Bourdieu: “*El habitus se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles —estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes— que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir.* (P. BOURDIEU, *Esquisse d'une théorie de la pratique, précédé de trois études d'ethnologie kabyle*, Droz, Ginebra, 1972, p. 17)”. (Nota de la T.).

⁶⁰ Esto se ve bien en el caso del teatro, que afecta de forma más directa y abierta a los principios implícitos o explícitos del arte de vivir y que, sobre todo en el caso de la comedia, supone una comunidad de valores o de intereses, o, mejor, una complicidad y una connivencia basadas en la adhesión inmediata a las mismas evidencias, las de la *doxa*, conjunto de opiniones asumidas bajo el patrón de la creencia prereflexiva (lo que explica que la diferenciación de las instituciones de difusión y de los productos que éstas ofrecen sea más marcada en materia de teatro que en ningún otro arte).

sistencia y vanidad de los prestigios y poderes que éste persigue: la relación neutralizante con el mundo que define por sí a la disposición estética alberga en sí la falta de realización del espíritu de seriedad que implican las inversiones burguesas. Como los juicios visiblemente éticos de los que no poseen los medios necesarios para hacer del arte el fundamento de su arte de vivir, de ver al mundo y a los otros a través de las reminiscencias literarias o de las referencias pictóricas, los juicios “puros” y puramente estéticos del artista y del esteta encuentran su principio en las disposiciones de un *ethos*⁶¹: pero como resultado de la legitimidad que les es reconocida mientras que permanezca desconocida su relación con las disposiciones e intereses propios de un grupo definido por un fuerte capital cultural y un débil capital económico, proporcionan una especie de término absoluto al juego necesariamente indefinido de los gustos que se relativizan mutuamente; contribuyendo de este modo, mediante una inversión paradójica, a legitimar la pretensión burguesa a la “distinción natural” como *absolutización de la diferencia*.

Las posturas objetiva y subjetivamente estéticas que suponen, por ejemplo, la cosmética corporal, el vestido o la decoración doméstica, constituyen otras tantas ocasiones de probar o de afirmar la posición ocupada en el espacio social como categoría que hay que tener o distancia que se debe mantener. Resulta evidente que todas las clases sociales no están igualmente impelidas y preparadas para entrar en este juego de rechazos que rechazan otros rechazos, de superaciones que superan otras superaciones, y que las estrategias que intentan transformar las disposiciones fundamentales de un estilo de vida en sistema de principios estéticos, las diferencias objetivas en distinciones electivas, las opciones pasivas—constituidas en exterioridad por la lógica de las relaciones distintivas— en posturas conscientes y electivas, en partidos estéticos, están reservadas, de hecho, a los miembros de la clase dominante e incluso a la muy alta burguesía, o a los inventores y profesionales de la “estilización de la vida” que son los artistas, los únicos que están en condiciones de hacer de su arte de vivir una de las bellas artes. Por el contrario, la entrada de la pequeña burguesía en el juego de la distinción se pone de manifiesto, entre otros indicios, por la ansiedad que suscita el sentimiento de dar motivo para la clasificación, al exponer al gusto de los otros indicios tan seguros de su propio gusto como los vestidos o los muebles, un simple par de butacas como en alguna novela de Nathalie Sarraute. Por lo que respecta a las clases populares, no tienen, sin duda, ninguna otra función en el sistema de posturas estéticas que la de contraste, de punto de referencia negativo con respecto al cual se definen, de negación en negación, todas las estéticas⁶². Ignorando o rechazando la manera y el estilo, la “estética” (en sí) de las clases populares y de las fracciones menos cultu-

⁶¹ Para el análisis del arte por el arte como expresión del estilo de vida del artista, véase P. BOURDIEU, “L’invention de la vie d’artiste”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1975, 2, pp. 67-93.

⁶² Incluso si algunos artistas, por una aparente excepción, buscan algunas de las preferencias populares, que tenían un sentido completamente distinto dentro de una configuración dominada por unas opciones que para ellos eran enteramente improbables, cuando no imposibles. El principio de estos retornos a lo “popular”, que habitualmente se disfrazan de retorno al pueblo, reside no en una verdadera relación con las clases populares, con frecuencia ignoradas—incluso en la *idealización*, que es una forma de rechazo—, sino en las relaciones internas del campo de producción artística o del campo de la clase dominante (esto vale de manera general; sería necesario examinar lo que los escritos de los intelectuales referentes a las clases populares deben a los intereses específicos de los mismos en las luchas que tienen como apuesta, si no el pueblo, al menos la legitimidad que confiere, en ciertas condiciones del campo, el hecho de aparecer como portavoz de los intereses populares).

ralmente dotadas de las clases medias constituye como “bonito”, “gracioso”, “adorable” (con preferencia a “bello”) lo que ya está constituido como tal en la “estética” de los calendarios, carteles y tarjetas postales, puestas de sol o niña jugando con un gato, danza folklórica o cuadro célebre, primera comunión o procesión infantil. La intención de distinción aparece con el esteticismo pequeño-burgués que, al hacer sus delicias de todos los sustitutivos pobres de los objetos y prácticas elegantes, madera torneada y guijarros pintados, mimbre y rafia, artesanado y fotografía artística, se define contra la “estética” de las clases populares, de la que rechaza sus objetos predilectos, temas de “cromos” tales como paisajes de montaña, puestas de sol sobre el mar y bajo el bosque, o fotografías de recuerdos, primera comunión, monumento o cuadro célebre (véase gráfico 2). En materia de fotografía, este gusto se orienta hacia objetos próximos a los de la “estética” popular pero ya semineutralizados por la referencia más o menos explícita a una tradición pictórica o por una intención visible de investigación que asocia el pintoresquismo social (tejedor trabajando en su oficio, riña entre mendigos, danza folklórica) y la gratuidad formal (guijarros, cuerda, corteza de árbol)⁶³. Y es significativo que el arte medio por excelencia encuentre uno de sus objetos predilectos en uno

⁶³ En los técnicos es en los que, sin lugar a dudas, se encuentra la forma más pura del “gusto medio”. Ocupan, por sus elecciones en materia de fotografía, una posición intermedia (véase gráfico 2) en el espacio de las clases medias, junto con los artesanos, los pequeños comerciantes, los empleados y los cuadros administrativos medios por el lado de las clases populares, y los maestros y la nueva pequeña burguesía por el lado de las clases superiores. Los técnicos se inclinan, con una frecuencia particularmente alta, hacia los objetos más típicos de la fotografía como arte medio (tejedor, naturaleza muerta), en tanto que la nueva pequeña burguesía orienta más a menudo sus preferencias hacia objetos que, al no parecerles constituidos por la estética tradicional, les resultan más “originales” (cuerda, coles) y también hacia aquéllos que participan del pintoresquismo social (riña entre mendigos).

Gráfico 2—La disposición estética en la pequeña burguesía

	artesanos, pequeños comerciantes	empleados, cuadros admvos. medios	técnicos
máximo de elecciones	puesta de sol paisaje danza folklórica	puesta de sol paisaje danza folklórica	puesta de sol paisaje niña con gato mujer amamantando tejedor danza folklórica
	niña con gato mujer amamantando tejedor primera comunión	niña con gato mujer amamantando cuadro célebre naturaleza muerta primera comunión	naturaleza muerta corteza
	cuadro célebre monumento célebre naturaleza muerta corteza	corteza monumento célebre tejedor serpiente	serpiente primera comunión
	mujer encinta estructura metálica serpiente	estructura metálica mujer encinta coles riña entre mendigos cuerda	monumento célebre estructura metálica cuadro célebre depósito chatarra cuerda
	riña entre mendigos hombre herido depósito de chatarra cuerda	tajo de camicero depósito de chatarra hombre herido accidente automóvil	mujer encinta coles riña entre mendigos hombre herido tajo de camicero accidente automóvil
mínimo	coles tajo de camicero accidente automóvil	tajo de camicero depósito de chatarra hombre herido accidente automóvil	mujer encinta coles riña entre mendigos hombre herido tajo de camicero accidente automóvil

de los espectáculos más característicos de la “cultura media” (junto con el circo, la opereta y las corridas de toros), la danza folklórica (de la que se sabe que gusta particularmente a los obreros cualificados y contra maestros, cuadros medios y empleados)⁶⁴. De la misma manera que el registro fotográfico del pintoresquismo social, cuyo objetivismo populista sitúa a distancia a las clases populares, al constituir las en objeto de contemplación o incluso de conmisericordia o de indignación, el espectáculo del “pueblo” ofreciéndose a sí mismo en espectáculo, como sucede en la danza folklórica, constituye una ocasión de experimentar la relación de *proximidad distante*, bajo la forma de la falta de realización operada por el realismo estético y la nostalgia populista, que es una dimensión fundamental de la relación de la pequeña burguesía con las clases populares y con sus tradiciones. Pero este esteticismo “medio” sirve a su vez de contraste a los más informados de los miembros de las nuevas fracciones de clases medias que rechazan los objetos favoritos de éstas, y también a los profesores de enseñanza secundaria cuyo esteticismo de consumidores (practican relativamente poco la fotografía y las demás artes) se afirma como capaz de constituir estéticamente cualquier clase de objeto con excepción de los que son constituidos por el “arte medio” de los pequeños-burgueses (como son el tejedor y la danza folklórica, a los que califican de “interesantes”)⁶⁵.

⁶⁴ F. C., VII, II, pp. 82-83.

⁶⁵ En estas dos categorías es en las que se encuentra el más fuerte rechazo de la foto recuerdo (“La foto recuerdo es tonta y trivial”; “La foto está hecha más que nada para conservar la imagen de las personas queridas”), del realismo en la pintura (rechazando frases como “Un buen cuadro debe reproducir lo que hay de bello en la naturaleza”) o en la fotografía (al rechazar “Para que una foto sea buena basta con que pueda reconocerse de qué se trata”); y la más resuelta afirmación de la adhesión a la pintura moderna (mediante el rechazo del juicio “La pintura moderna está hecha de cualquier manera; un niño podría hacer otro tanto”).

maestros

nueva pequeña burguesía

puesta de sol
mujer amamantando
niña con gato
paisaje
corteza

puesta de sol
paisaje
mujer amamantando
niña con gato
corteza

tejedor
danza folklórica
serpiente

tejedor
naturaleza muerta
danza folklórica

mujer encinta
monumento célebre
naturaleza muerta
estructura metálica
cuerda

cuerda
serpiente

cuadro célebre
depósito chatarra
riña entre mendigos
coles
tajo de carnicero
hombre herido
primera comunión

cuadro célebre
coles
mujer encinta
estructura metálica
riña entre mendigos
monumento célebre
primera comunión

accidente automóvil

depósito de chatarra
tajo de carnicero
hombre herido
accidente automóvil

Los diferentes objetos han sido jerarquizados para las diferentes fracciones de clase según el porcentaje de sujetos que han creído que podía hacerse con ellos una foto bella.

Estetas en intención, testimonian con claridad, por medio de sus rechazos distintivos, que poseen la habilidad práctica de las relaciones entre los objetos y los grupos que se encuentran en el principio de todos los juicios sobre la forma, “esto parece...” (“Esto parece pequeño-burgués”, “esto parece de nuevo rico”, etc.), sin estar en condiciones de tener el valor de declarar bellos los objetos más característicos de la “estética” popular (una primera comunión) o de la pequeño-burguesa (la maternidad, la danza folklórica) a los que las relaciones de proximidad estructural les induce a detestar de forma espontánea.

Las elecciones estéticas explícitas con frecuencia se constituyen, en efecto, por oposición a las elecciones de los grupos más próximos en el espacio social, con los que la competencia es la más directa e inmediata, y sin duda, con mayor precisión, por lo que respecta a aquéllas de entre estas elecciones en las que se manifiesta mejor la intención, percibida como pretensión, de señalar la distinción con respecto a los grupos inferiores, como por ejemplo, para los intelectuales, los Brassens, Ferrat o Ferré de los maestros. De este modo, en calidad de bien cultural casi universalmente accesible (como la fotografía) y realmente *común* (por el hecho de que no existe casi nadie que no esté expuesto, en cualquier momento a los “éxitos” pasajeros), la canción requiere, por parte de quienes intentan marcar su diferencia, una vigilancia muy particular: los intelectuales, los artistas y los profesores de la enseñanza superior parecen vacilar entre el rechazo en bloque de aquello que no puede ser, como mucho, más que un “arte medio”, y una adhesión selectiva, apropiada para manifestar la universalidad de su cultura y de su disposición estética⁶⁶; por su parte, los patronos y los miembros de profesiones liberales, poco inclinados a la canción llamada intelectual, marcan su distancia con respecto a la canción corriente rechazando con disgusto a los cantantes más divulgados y más “vulgares” (Compagnons de la Chanson, Mireille Mathieu, Adamo o Sheila) y haciendo una excepción con los cantantes más antiguos y consagrados (como Edith Piaf o Charles Trénet) o los más cercanos a la opereta y al *bel canto*. Pero son las clases medias las que encuentran en la canción (como en la fotografía) una ocasión para manifestar su pretensión artística al rechazar a los cantantes favoritos de las clases populares (como Mireille Mathieu, Adamo, Aznavour o Tino Rossi) y al afirmar su preferencia por los cantantes que tratan de ennoblecer este género “menor”: así es como los maestros no se distinguen nunca tanto de las otras fracciones de la pequeña burguesía como lo hacen en este terreno, en el que, mejor que en el del arte legítimo, pueden aplicar sus disposiciones escolares y afirmar su propio gusto en la elección de los cantantes que proponen una poesía populista que cae dentro de la tradición de la escuela primaria, como Douai y Brassens (que estuvo inscrito, hace algunos años, en el programa de la Escuela normal superior de Saint-Cloud)⁶⁷.

⁶⁶ Las limitaciones impuestas por la lista de opciones preformadas pesan mucho aquí, impidiendo captar en su totalidad estos “conflictos” y las estrategias destinadas a eludirlos: cualquiera que hubiera escogido “con la muerte en el alma” a Georges Brassens y a Jacques Douai hubiera podido señalar su rechazo de la canción y la prueba de su “apertura” citando, al precio de una redefinición implícita, cualquier canción de Kurt Weill o cualquier vieja canción napolitana (una emisión de France-Musique como “El concierto egoísta” resulta muy reveladora si se mira desde este prisma).

⁶⁷ Además de los datos proporcionados por la pregunta formulada en la encuesta, se han utilizado los resultados de una encuesta realizada por la ORTF (Servicio de estudios de opinión, *Une enquête sur les variétés*, julio 1972, 7 p.; F.C., XIX) y una treintena de entrevistas en profundidad, con vistas a captar la constelación de *preferencias y rechazos* en unas condiciones tan próximas como fuera posible a

Puede observarse, dentro de la misma lógica, que la pequeña burguesía en decadencia rechaza sistemáticamente las virtudes que la nueva pequeña burguesía se atribuye de muy buena gana (divertida, refinada, distinguida, artista, llena de fantasía); en tanto que ésta manifiesta su pretensión estética mediante el rechazo de las constelaciones más típicamente burguesas y su preocupación por ir a contracorriente de los juicios comunes que ocupan un gran espacio en las profesiones de fe estética: de aquí, por ejemplo, a propósito de las cualidades de los amigos o de las viviendas, las abigarradas combinaciones tales como “artista, sociable, divertido, confortable, fácil de mantener en buen estado, lleno de fantasía” (un representante de París), “dinámico, espíritu positivo, distinguido, bien arreglado, cálido, refinado, decidido, confortable, armonioso, íntimo” (un animador de programas de radio de Lille). Es también la misma lógica la que impele a los miembros de las profesiones liberales a distinguirse de los recién llegados a la burguesía rechazando aquellas cualidades que más denotan los rasgos de un talante de ambición y de ascensión como “decidido”, “espíritu positivo” (frecuentemente escogidos por los cuadros administrativos) o los adjetivos más “pretenciosos”, tales como “distinguido” o “refinado”, utilizados a menudo por la nueva pequeña burguesía.

Puede también suponerse que la afirmación de la omnipotencia de la visión estética que se encuentra en los profesores de la enseñanza superior, que son los más inclinados a decir de todos los objetos propuestos que pueden ser tema para una bella fotografía, y a declarar su reconocimiento del arte moderno o del estatus artístico de la fotografía, se debe mucho más a la intención de distinción que a un verdadero *universalismo* estético. Esto no escapa a la atención de los astutos productores de vanguardia que, al disponer de la suficiente autoridad como para cuestionar, si es preciso, el propio dogma de la omnipotencia del arte⁶⁸, se encuentran bien situados para reconocer en este “partido” el efecto de una lección aprendida y la preocupación de no significarse por rechazos de antemano condenados: “¿Quién es capaz de decir: cuando yo miro un cuadro, no me intereso por lo que representa? En estos momentos, el tipo de gente poco cultivada artísticamente. Decir esto es típico de alguien que no tiene ninguna idea del arte. *Hace veinte años*, incluso hace veinte años yo no sé si los pintores abstractos hubieran dicho esto, creo que no. Esto es típico que lo diga el tipo que no es conocedor y que dice: yo no soy un viejo idiota, lo que cuenta es que sea bonito” (un pintor vanguardista, 35 años). En todo caso, sólo ellos pueden permitirse la osadía necesaria para operar, mediante un rechazo de todos los rechazos, la recuperación paródica o sublimada de los mismos objetos que rechaza el esteticismo de grado inferior. La “rehabilitación” de objetos “vulgares” es tanto más arriesgada, pero también “paga” más, cuanto más pequeña es la distancia en el espacio o en el tiempo social, y

las de la conversación ordinaria. Estas entrevistas han permitido verificar que, como lo estableció la encuesta de la ORTF, los cantantes son tanto más rechazados por los más cultivados —cuyos gustos en la materia se expresan casi exclusivamente en forma de rechazo— cuanto más preferidos sean por los menos cultivados; estos rechazos, que se expresan siempre bajo la forma de repugnancia, están frecuentemente acompañados con piadosas o indignadas consideraciones sobre los correspondientes gustos (“No puedo comprender que esto pueda gustar”).

⁶⁸ Dogma que sigue siendo reconocido y profesado en algunos sectores menos avanzados del campo de producción artística, como testimonia esta típica declaración: “Sin embargo, yo diría que las pinturas de Gaston Planet son totalmente incomprensibles. Diría que me gusta que sean así. No enigmáticas. Pero enteramente mudas. Sin puntos de referencia. Sin distracciones” (Paul Louis Rossi, Catálogo de Gaston Planet).

los “horrores” del *kitsch* popular son más fáciles de recuperar que los de las imitaciones pequeño-burguesas, de la misma manera que puede comenzarse a juzgar “divertidas” las “abominaciones” del gusto burgués cuando se encuentran lo suficientemente alejadas en el pasado como para dejar de ser “comprometedoras”.

Baste con indicar que, además de los objetos propuestos para su enjuiciamiento que ya estaban constituidos en la fecha de la encuesta, ya sea por una determinada tradición pictórica (como la estructura metálica de los Léger o Gromaire, la riña entre mendigos, variante de un viejo tema de pintura realista generosamente repetido en foto, o el tajo de carnicero), ya sea por la tradición fotográfica (como el tejedor trabajando en su oficio, la danza folklórica, la corteza de árbol), la mayor parte de los objetos “insignificantes” han sido constituidos estéticamente a partir de la época de la encuesta por determinados pintores vanguardistas (como la puesta de sol sobre el mar, por un Richer que pinta tomando como modelo fotografías de paisajes típicamente románticos, o por Long o Fulton, pintores ingleses que hacen fotografías de paisajes con intención “conceptual”, o incluso por el Länd Art; o el accidente de auto, por Andy Warhol; o la riña entre mendigos, con éstos durmiendo sobre el Bowery de los hiperrealistas norteamericanos; o la primera comunión, por Boltanski, que ha constituido estéticamente hasta el álbum familiar, etc.). Unicos objetos no “recuperados” y provisionalmente “irrecuperables”, los temas privilegiados del esteticismo de primer grado —el tejedor trabajando en su oficio, la danza folklórica, la corteza de árbol, la mujer amamantando—: no lo suficientemente alejados, son menos propicios a la exhibición de un poder absoluto de constitución estética; menos favorables a la manifestación de la distancia, están más amenazados de que se les tome como intenciones de primer grado. La reapropiación es tanto más difícil cuanto de manera más evidente la estética en sí a la que se aplica deja ver el reconocimiento de la estética dominante, y la separación que las distingue corre más el riesgo de pasar desapercibida.

El artista coincide también con el “burgués” en un punto: prefiere la “ingenuidad” a la “pretensión”⁶⁹. El “pueblo” tiene el mérito esencial de ignorar las pretensiones al arte (o al poder) que inspiran las ambiciones del “pequeño-burgués”; su indiferencia encierra el reconocimiento tácito del monopolio. Por ello, en la mitología de los artistas y de los intelectuales que, al término de sus estrategias de contrapelo y doble negación, reencuentran a veces sus gustos y opiniones, desempeña a menudo un papel que no es tan diferente del que asignaban al campesino las ideologías conservadoras de la aristocracia decadente.

⁶⁹ En realidad, la “pretensión” deja a los pequeños-burgueses particularmente desarmados en los campos poco legítimos o en vías de legitimación que los privilegiados de la cultura, a pesar de todo, les ceden, ya se trate de la fotografía o del cine, donde a menudo se expresan sus ambiciones (como testimonia, por ejemplo, el hecho de que la separación entre la pequeña burguesía y la burguesía es claramente menor cuando se trata del conocimiento de los directores cinematográficos que cuando se trata del conocimiento de los compositores musicales): los pequeño-burgueses de nuevo estilo que, situados ante una serie de juicios objetivamente jerarquizados, saben elegir la buena respuesta, se muestran casi tan desarmados como las clases populares ante el acto de constitución estética (ni un solo comerciante de arte dice que un accidente de automóvil pueda ser objeto de una foto bella, y el depósito de chatarra suscita reacciones parecidas).

Si las variaciones del capital escolar siempre están muy íntimamente ligadas con las variaciones de la competencia, incluso en campos tales como el cine o el jazz, que ni son enseñados ni están controlados directamente por la institución escolar, no es menos cierto que, a *capital escolar equivalente*, las diferencias de origen social (cuyos efectos se expresan ya en las diferencias de capital escolar) están asociadas a unas diferencias importantes. Diferencias tanto más importantes y visibles (salvo en los niveles escolares más elevados, en los que el efecto de superselección tiende a neutralizar las diferencias de trayectoria) cuanto que, en primer lugar, se requiere menos una competencia estricta y estrictamente controlable y más una especie de familiaridad con la cultura, y que, en segundo lugar, esta competencia se aleja de los universos más “académicos”, más clásicos, para aventurarse hacia regiones menos legítimas, más “arriesgadas”, de la cultura llamada “libre” –no enseñada en la escuela aunque tenga un valor reconocido en el mercado escolar–, que puede, en muchas ocasiones, tener un rendimiento simbólico muy alto y procurar un gran beneficio de distinción. El peso relativo del capital escolar en el sistema de factores explicativos puede ser incluso mucho más pequeño que el peso del origen social, cuando no se pide a las encuestas otra cosa que el que expresen una *familiaridad de estatus* con la cultura legítima o en vías de legitimación, relación paradójica, fabricada con esa mezcla de seguridad y de ignorancia (relativa) en la que se afirman los verdaderos derechos de la burguesía, que se miden por la antigüedad.

A capital escolar igual, el porcentaje de los que dicen conocer por lo menos doce de las obras de música propuestas crece más resueltamente que el porcentaje de los que pueden citar el nombre de por lo menos doce compositores, conforme se va desde las clases populares a la clase dominante, estando muy atenuadas las diferencias entre los poseedores de un título de enseñanza superior (véase tabla 4). La misma lógica rige las diferencias según el sexo, que únicamente son de menor amplitud: mientras que en materia de compositores no se registran diferencias según los sexos entre individuos originarios de la misma clase, aparecen grandes diferencias a favor de las mujeres en cuanto concierne a la familiaridad con las obras, en particular en las clases medias y superiores (en las clases populares este conocimiento es muy pequeño con independencia del sexo); en las dos categorías que cuentan con mayor número de personas del sexo femenino, los servicios médico-sociales y las secretarías, la totalidad de las personas interrogadas dicen conocer por lo menos tres de las obras propuestas. Esta diferencia en la relación vivida o declarada con la música se explica sin duda, por una parte, por el hecho de que la división tradicional de los cometidos entre los sexos asigna a las mujeres la familiaridad con las cosas artísticas y literarias.

Las diferencias ligadas con el origen social son también muy marcadas para el conocimiento de los directores de cine, que, a igual nivel de instrucción, es tanto más elevado cuanto más alto es el origen social. Del mismo modo, el porcentaje de los que afirman que puede hacerse una bella fotografía con objetos “feos” o insignificantes aumenta, a igual nivel de instrucción, con el origen social. ¿Es necesario decir que a los diferentes modos de adquisición corresponden también unas diferencias en la naturaleza de las obras preferidas? Las diferencias ligadas con el origen social tienden a aumentar a medida que aumenta la distancia del centro del blanco de la acción escolar, conforme se va de la literatura a la pintura o

Tabla 4—El conocimiento de los compositores y de las obras musicales

Titulación	Origen social	Número de compositores conocidos					Número de obras conocidas				
		0 - 2	3 - 6	7-11	12 et'	Total	0 - 2	3 - 6	7-11	12 et'	Total
sin titulación CEP, CAP	Clases populares	69,5	23,5	5,5	1,5	100	32,5	48,5	17,5	1,5	100
	Clases medias	68,5	21,0	8,5	2,0	100	21,0	55,0	19,5	4,5	100
	Clases superiores	46,0	25,0	8,5	20,5	100	12,5	33,5	29,0	25,0	100
	Conjunto	67,0	22,0	7,5	3,5	100	24,5	51,0	19,5	5,0	100
BEPC	Clases populares	57,5	15,5	23,0	4,0	100	15,5	27,0	50,0	7,5	100
	Clases medias	48,5	35,5	9,5	6,5	100	8,5	43,0	34,5	14,0	100
	Clases superiores	31,5	41,5	13,5	13,5	100	8,0	31,5	41,0	19,5	100
	Conjunto	44,5	34,0	13,0	8,5	100	9,5	37,0	39,0	14,5	100
Bachillerato	Clases populares	11,0	59,5	18,5	11,0	100	-	33,0	52,0	15,0	100
	Clases medias	19,0	32,0	38,0	11,0	100	3,5	26,5	51,0	19,0	100
	Clases superiores	21,5	21,5	37,5	19,5	100	5,0	19,5	42,5	33,0	100
	Conjunto	18,5	32,5	35,5	13,5	100	3,5	25,5	48,5	22,5	100
Pequeña escuela y estudios superiores inacabados	Clases populares	-	35,0	32,5	32,5	100	-	7,0	66,5	26,5	100
	Clases medias	7,0	15,0	47,5	30,5	100	-	22,0	49,0	29,0	100
	Clases superiores	7,5	15,5	44,5	32,5	100	8,0	13,5	38,5	40,0	100
	Conjunto	7,0	16,5	44,5	32,0	100	5,5	15,0	43,0	36,5	100
Licenciatura agregación, Gran escuela	Clases populares	-	35,0	32,5	32,5	100	-	7,0	66,5	26,5	100
	Clases medias	7,0	15,0	47,5	30,5	100	-	22,0	49,0	29,0	100
	Clases superiores	7,5	15,5	44,5	32,5	100	8,0	13,5	38,5	40,0	100
	Conjunto	7,0	16,5	44,5	32,0	100	5,5	15,0	43,0	36,5	100

a la música clásica y, *a fortiori*, al jazz o al arte de vanguardia⁷⁰. Aquellos que han adquirido por y para la escuela lo esencial de su capital cultural tienen inversiones culturales más “clásicas”, menos arriesgadas, que aquellos que han recibido una importante herencia cultural.

Así, por ejemplo, si los miembros de la clase dominante que están en posesión de las titulaciones más altas (agregación o diploma de gran escuela) tienen en común el hecho de no citar nunca ciertas obras o ciertos pintores típicos de la cultura media, como pueden ser Buffet o Utrillo, de tener un gran conocimiento de los compositores y de enfocar sus preferencias hacia *El clavecín bien temperado* o *El pájaro de fuego*, los que son originarios de las clases populares o medias realizan con frecuencia elecciones que indican su respeto por una cultura más “académica” (Goya, Vinci, Bruegel, Watteau, Rafael) y suscriben en un porcentaje no despreciable (25 %) el juicio según el cual “la pintura es algo que está bien, pero es difícil”, mientras que aquellos que proceden de la clase dominante conocen un mayor número de obras y eligen con mayor frecuencia obras más alejadas de la cultura “académica” (Braque, *El concierto para la mano izquierda*). De igual modo, aquellos miembros de la pequeña burguesía establecida (artesanos, pequeños comerciantes, empleados, cuadros medios) que tienen un capital escolar relativamente pequeño (igual o inferior al BEPC) realizan elecciones que llevan claramente el signo de su trayectoria. Así, los que entre ellos se encuentran en situación ascendente manifiestan de muchas maneras su respeto por la cultura legítima (por ejemplo, dando con mayor frecuencia que los demás su aprobación al juicio “la pintura es algo que está bien, pero es difícil”) y eligen obras típicas del gusto medio (Buffet, Utrillo) o incluso del gusto popular (*El bello*

⁷⁰ En una encuesta anterior se había puesto de manifiesto que los estudiantes originarios de las clases populares o medias que obtenían resultados más o menos equivalentes a los de los estudiantes de origen burgués en materia de cultura clásica, obtenían resultados inferiores conforme se va hacia la “cultura libre”, es decir, tanto hacia el teatro de vanguardia como hacia el teatro de boulevard: Se observa aquí una oposición totalmente análoga entre los productores artísticos y los profesores de enseñanza secundaria (o incluso entre los profesores de dibujo, de los que se sabe por otra encuesta que se encuentra en estado de análisis, que, sobre todo si son originarios de las clases medias o populares, la mayor parte de ellos tienen gustos muy “clásicos” y se encuentran mucho más cercanos a los profesores que a los artistas).

Danubio azul). Por el contrario, aquéllos cuyos padres pertenecen a las clases superiores, con un capital escolar equivalente, manifiestan una mayor familiaridad con las obras musicales (aunque no conocen mejor los nombres de los compositores), de igual modo que dicen con mayor frecuencia que les gustan los impresionistas, han frecuentado un poco más los museos y eligen en más ocasiones obras consagradas por la escuela (Rafael o Vinci).

Las maneras y la manera de adquirir

Adquirida en la relación con un cierto campo que funciona a la vez como institución de inculcación y como mercado, la competencia cultural (o lingüística) permanece definida por sus condiciones de adquisición que, perpetuadas en el modo de utilización —es decir, en una determinada relación con la cultura o con la lengua— funcionan como una especie de “marca de origen” y, al solidarizarla con cierto mercado, contribuyen también a definir el valor de sus productos en los diferentes mercados. Dicho de otra forma, lo que se capta mediante indicadores tales como el nivel de instrucción o el origen social o, con mayor exactitud, lo que se capta en *la estructura* de la relación que los une, son también modos de producción del *habitus* cultivado, principios de diferencias no sólo en las competencias adquiridas sino también en las maneras de llevarlas a la práctica, conjunto de propiedades secundarias que, al ser reveladoras de las diferentes condiciones de adquisición, están predispuestas a recibir unos valores muy diferentes sobre los diferentes mercados.

Sabiendo que la manera es una manifestación simbólica cuyo sentido y valor dependen tanto de los que la perciben como del que la produce, se comprende que la manera de utilizar unos bienes simbólicos, y en particular aquellos que están considerados como los atributos de la excelencia, constituye uno de los contrastes privilegiados que acreditan la “clase”, al mismo tiempo que el instrumento por excelencia de las estrategias de distinción, es decir, en palabras de Proust, del “arte infinitamente variado de marcar las distancias”. Lo que la ideología del gusto natural sitúa en oposición, mediante dos modalidades distintas de la competencia cultural y de su utilización, son dos modos de adquisición de la cultura⁷¹: el aprendizaje total, precoz e insensible, efectuado desde la primera infancia en el seno de la familia y prolongado por un aprendizaje escolar que lo presupone y lo perfecciona, se distingue del aprendizaje tardío, metódico y *acelerado*, no tanto por la profundidad y durabilidad de sus efectos, como lo quiere la ideología del “barniz” cultural, como por la modalidad de la relación con la lengua y con la cultura que además tiende a inculcar⁷². Ese aprendizaje total confiere la certeza de sí mismo,

⁷¹ Es, pues, *lo esencial* lo que se deja escapar cuando, como ocurre casi siempre, se ignora, tanto en la propia encuesta como en su análisis, la *modalidad* de las prácticas, de los gustos o de las opiniones (las políticas, por ejemplo), modalidad que figura entre los mejores indicadores de las disposiciones profundas y, en consecuencia, entre los mejores predictores de las conductas y que, por ello, es objeto de una atención extrema en todas las sociedades: sería inacabable la enumeración de los casos en los que *en la manera y en ella sola es donde se manifiesta la verdad social de las disposiciones*, es decir, el verdadero principio de la comprensión y de la previsión de las prácticas.

⁷² Es esto lo que hace que la modalidad legítima, especialmente en relación con las obras de arte, que es uno de los mejores índices prácticos de la antigüedad en la burguesía, conserve, por lo menos en el mercado mundano, un rendimiento incomparablemente superior a la modalidad escolar (y a los conocimientos que no se adquieren más que en la escuela, ortografía, gramática o matemáticas).

correlativa con la certeza de poseer la legitimidad cultural y la soltura con la que se identifica la excelencia; produce esa relación paradójica, hecha de seguridad en la ignorancia (relativa) y de desenvoltura en la familiaridad que los burgueses de vieja cepa mantienen con la cultura, especie de bien de familia del que se sienten herederos legítimos. La competencia del “conocedor”, dominio inconsciente de los instrumentos de apropiación, que es producto de una lenta familiarización y que cimienta la familiaridad con las obras, es un “arte”, una habilidad práctica que, como un arte de pensar o un arte de vivir, no puede ser transmitida exclusivamente mediante preceptos o prescripciones, y cuyo aprendizaje supone el equivalente del contacto prolongado entre el discípulo y el maestro en una enseñanza tradicional, es decir, el contacto repetido con las obras culturales y con las personas cultivadas. Y del mismo modo que el aprendiz o el discípulo puede adquirir *inconscientemente* las reglas del arte, incluidas las que no son explícitamente conocidas por el propio maestro, al precio de una verdadera entrega de sí mismo, prescindiendo del análisis y la selección de los elementos propios de la conducta ejemplar, de igual modo el aficionado al arte puede, abandonándose de alguna manera a la obra, interiorizar los principios de construcción de la misma sin que estos principios afloren nunca a su conciencia ni sean nunca formulados o formulables en tanto que tales, lo que constituye toda la diferencia entre la teoría del arte y la experiencia del conocedor, incapaz casi siempre de explicitar los principios de sus juicios. Por el contrario, todo aprendizaje institucionalizado supone un mínimo de racionalización que deja su rastro en la relación con los bienes consumidos. El placer soberano del esteta se pretende sin concepto. Se opone tanto al placer sin pensamiento del “ingenuo” (al que la ideología exalta a través del mito de la mirada nueva y de la infancia) como al pensamiento imaginado sin placer del pequeño-burgués y del “advenedizo”, expuestos siempre a esas formas de perversión ascética que conducen a privilegiar el saber en detrimento de la experiencia, a sacrificar la contemplación de la obra al discurso sobre la misma, la *aisthesis* a la *askesis*, a la manera de los cinéfilos que saben todo lo que es preciso saber sobre unos filmes que nunca han visto⁷³. No es que, ya se sabe, el sistema escolar realice por completo su verdad: lo esencial de lo que comunica la Escuela se adquiere también por añadidura, como el sistema de clasificación que el sistema escolar inculca mediante el orden que inculca los conocimientos o mediante los presupuestos de su organización (la jerarquía de las disciplinas, de las secciones, de los ejercicios, etc.) o de su funcionamiento (modo de evaluación, sanciones, etc.). Pero se ve siempre obligado a operar, por necesidades de la transmisión, con un mínimo de racionalización de lo que transmite: así es, por ejemplo, como sustituye los esquemas prácticos de clasificación, siempre parciales y ligados a unos contextos prácticos, por unas taxonomías explícitas y estandarizadas, fijadas una vez por todas bajo la forma de esquemas sinópticos o de tipologías dualistas (p. ej., “clásicos”/“románticos”) y expresamente inculcadas y por tanto conservadas en la memoria bajo la forma de conocimientos susceptibles de ser reconstituidos, de forma aproximadamente idéntica, por todos los agentes sometidos a su acción⁷⁴. Al proporcionar los instrumentos de expresión que permiten fijar

⁷³ Pensando que sería en cierto modo cruel citar algunos determinados textos en los que se expresa la representación que los “hombres cultivados” se hacen de la relación “pequeño-burgués” con la cultura y de las “perversiones” del autodidacta, hemos preferido remitir al lector a sus propias referencias (o a su propia experiencia).

⁷⁴ Para evitar cualquier absolutismo de la cultura con respecto a la cual se encuentra objetiva-

al razonamiento casi sistemático las preferencias prácticas y organizarlas expresamente en torno a unos principios explícitos, el sistema escolar hace posible el dominio simbólico (más o menos adecuado) de los principios prácticos del gusto, mediante una operación totalmente análoga a la que realiza la gramática, racionalizando, en aquellos que ya lo tienen, el “sentido de la belleza”, dándoles los medios de referirse a unas reglas (las de la armonía o la retórica, por ejemplo), a unos preceptos, a unas recetas, en lugar de remitirse a los azares de la improvisación, sustituyendo la cuasi-sistematicidad intencional de una estética culta a la sistematicidad objetiva de la estética en sí producida por los principios prácticos del gusto. La virtualidad del academicismo se alberga, es fácil verlo, en toda pedagogía racional que tienda a acuñar en un cuerpo doctrinal de normas y fórmulas explícitas y explícitamente enseñadas, con mayor frecuencia negativas que positivas, lo que un aprendizaje tradicional transmite bajo la forma de un estilo global directamente aprehendido en las prácticas. Pero sobre todo —y esto constituye el principio del santo horror de los estetas por los pedagogos y la pedagogía— la enseñanza racional del arte proporciona sustitutos a la experiencia directa, ofrece una serie de atajos al largo camino de la familiarización, hace posible unas prácticas que son producto del concepto y de la regla en vez de surgir de la pretendida espontaneidad del gusto, ofreciendo así un recurso a los que esperan recuperar el tiempo perdido.

La ideología del gusto natural obtiene sus apariencias y su eficacia del hecho de que, como todas las estrategias ideológicas que se engendran en la cotidiana lucha de clases, *naturaliza* las diferencias reales, convirtiendo en diferencias de naturaleza unas diferencias en los modos de adquisición de la cultura y reconociendo como la única legítima aquella relación con la cultura (o con la lengua) que muestra la menor cantidad posible de huellas visibles de su génesis, que, al no tener nada de “aprendido”, de “preparado”, de “afectado”, de “estudiado”, de “académico” o de “libresco”, manifiesta por soltura y naturalidad que la verdadera cultura es natural, nuevo misterio de la Inmaculada concepción. Esto se ve bien en las palabras de aquel esteta del arte culinario que no habla de distinta manera que Francastel cuando, en unas declaraciones para un historiador del arte, auto-destructivo, éste rechazaba el “conocimiento intelectualizado”, capaz únicamente de “reconocer”, en beneficio de la experiencia visual, único medio de acceso a la verdadera “visión”⁷⁵: “No hay que confundir el *gusto* con la *gastronomía*. Si el gusto es ese *don natural* para reconocer y amar la perfección, la gastronomía, por el contrario, es el conjunto de *reglas* que gobiernan la cultura y la *educación* del gusto. La gastronomía es al gusto lo que la *gramática* y la literatura son al *sentido*

mente definida la cultura media del autodidacta, se hace necesario recordar que cuanto más se sube en la jerarquía social, tanto más la verdad de los gustos reside en la organización y el funcionamiento del sistema escolar, encargado de inculcar el programa (en el sentido de la Escuela y de la informática) que gobierna los espíritus “cultivados”, incluso en la búsqueda del “estilo personal” y en la ambición de “originalidad”. Ligados a la trayectoria social y esencialmente imputables a una transmisión de capital cultural no sancionada por el sistema escolar, los desajustes entre las titulaciones académicas y la competencia cultural son, sin embargo, lo bastante frecuentes como para que sea salvaguardada la irreductibilidad, que la propia Escuela reconoce, de la cultura “auténtica” al saber “escolar”, que como tal, está desvalorizado.

⁷⁵ “No se ve un cuadro en un relámpago. Esta ilusión es propia únicamente de aquellos que, incapaces de ‘ver’, se contentan con ‘reconocer’ una imagen confrontándola, no con una experiencia visual, sino con un conocimiento intelectualizado” (P. FRANCASTEL, “Problèmes de la sociologie de l’art”, en G. GURVITCH, *Traité de sociologie*, París, PUF, 1963, t. II, pp. 278-298).

literario. Y con esto se plantea el problema esencial: al ser el 'gourmet' un delicado *conocedor*, ¿es el gastrónomo un pedante? [...] El 'gourmet' es su propio gastrónomo, como el hombre de gusto es su propio gramático [...] Todo el mundo no es 'gourmet', por eso se necesitan gastrónomos [...] Hay que pensar de los gastrónomos lo que pensamos de los pedagogos en general: que a veces son unos pedantes insoportables pero que no dejan de tener su utilidad. Pertenecen a un *género inferior y modesto* y de ellos depende mejorar este género *un poco subalterno* a fuerza de tacto, de medida y de elegante ligereza [...] Existe un mal gusto [...] y los *refinados* lo perciben por *instinto*. Para los que no lo perciben, se hace muy necesaria una regla"⁷⁶. El conocimiento mediante la experiencia que, como la *cognitio Dei experimentalis*, sufre y deplora la esencial inadecuación de las palabras y de los conceptos a la "realidad gozada" en la unión mística, remite a la indignidad al amor intelectual del arte, conocimiento que identifica la experiencia de la obra con una operación intelectual de desciframiento"⁷⁷.

Los "doctos" y los "mundanos"

Las diferencias en las maneras en las que se expresan unas diferencias en el modo de adquisición —es decir, en la antigüedad del acceso a la clase dominante—, frecuentemente asociadas a unas diferencias en la estructura del capital poseído, tienden a marcar *las diferencias en el seno de la clase dominante*, del mismo modo que las diferencias de capital cultural marcan las diferencias entre las clases⁷⁸. Por esta razón las maneras, y en particular la modalidad de la relación con la cultura legítima, constituyen la apuesta de una lucha permanente, de suerte que no existe, en esta materia, ninguna clase de enunciado neutro, al designar los

⁷⁶ P. DE PRESSAC, *Considérations sur la cuisine*, París, NRF, 1931, pp. 23-24 (La cursiva intenta que aparezca con mayor claridad la serie de oposiciones que proceden de la tradición del consumo cultural: don natural e instinto/reglas y educación, conocedor/pedante, sentido literario/gramática). Hubiera podido citarse asimismo a Proust (que nunca se abstiene de relacionar las maneras con la manera de adquirir): "Ella me irritaba, lo que resultaba tanto más injusto cuanto que no se expresaba de esa forma para que se pensara que era íntima de 'Memé', sino que lo hacía así debido a una instrucción, conseguida de manera demasiado rápida, que le hacía citar a esos nobles señores, de acuerdo lo que ella creía que era la costumbre del país. Había hecho sus estudios en pocos meses y de una forma desordenada" (M. PROUST, *A la recherche du temps perdu*, París, Gallimard, La Pléiade, 1973, vol. I, p. 44).

⁷⁷ El discurso místico sobre la obra de arte es propiamente inagotable y no puede evitarse un sentimiento de arbitrariedad cuando, para proporcionar una ilustración concreta del análisis, se cita un ejemplo como el que sigue que, aunque apenas dice menos que las profundas meditaciones de autores como Gilson o Heidegger, debe quizá su ejemplaridad a su propia trivialidad, atestiguada por el lugar en que ha sido publicado: "Ignorante o iniciado, ¿quién no se encuentra desarmado ante este misterio: la obra maestra? Titubeantes, inseguros, escudriñando la tela, todos aguardamos ese momento de gracia en el que llegará a nosotros el mensaje del pintor. Ninguna cultura nos hará comprender el silencioso clamor de Rembrandt, la infinita dulzura de Vermeer, si no hemos sido capaces de restablecer la calma, de preparar la espera, de lograr en nosotros mismos ese vacío propicio a la emoción" (*Réalités*, marzo 1960).

⁷⁸ Las diferencias según la trayectoria social en el seno de la clase dominante se encuentran estrechamente unidas con diferencias en la estructura del capital poseído, aumentando la proporción de los "recién llegados" a medida que se está más próximo a las fracciones dominadas (exceptuados los escritores y artistas). No es menos cierto que, dentro de cada fracción (y sobre todo, sin lugar a dudas, dentro de la fracción dominante) las diferencias según la trayectoria se sienten intensamente.

términos unas disposiciones enfrentadas que pueden ser entendidas como laudatorias o peyorativas, según se adopte el punto de vista de uno u otro de los grupos contrapuestos. No es una casualidad que la contraposición entre lo "académico" (o lo "pedante") y lo "mundano" se encuentre, en todas las épocas, en el centro de los debates sobre el gusto y la cultura: esta contraposición indica con toda claridad, en efecto, mediante dos maneras de producir o de apreciar las obras culturales, dos modos de adquisición contrapuestos y, por lo menos por lo que se refiere a la época actual, dos tipos diferentes de relación con la institución escolar.

Piénsese en el antagonismo que domina toda la primera mitad del siglo XVII francés, entre los *doctos*, los Chapelain, Balzac, La Mesnardière, Faret, Colletet, d'Aubignac, etc., que acuden a buscar en los teóricos italianos y, por

El espíritu mundano y el oscuro saber de la pedantería

Molière, *Las mujeres sabias*

TRISSOTIN

- 1325 *A mí no me sorprende, en el combate que libro,
Ver tomar al señor la tesis que mantiene.
Está demasiado entregado a la corte, eso lo dice todo:
La corte, como es sabido, no protege la inteligencia,
Tiene un cierto interés en apoyar la ignorancia*
- 1330 *Y como cortesano él toma su defensa.*

CLITANDRO

- Vos odiáis mucho a esa pobre corte,
Y su desdicha es grande al ver que cada día
Vosotros, espíritus superiores, clamáis contra ella,
Que de todos vuestros pesares a ella culpáis,*
- 1335 *Y, al encausarla por su mal gusto,
No acuséis sólo a ella de vuestros fracasos.
Permitidme deciros, señor Trissotin,
Con todo el respeto que vuestro nombre me inspira,
Que vos haríais muy bien, vos y vuestros colegas*
- 1340 *En hablar de la corte en tono más suave,
Que bien considerada, en el fondo, no es tan necia
como vosotros, señores, os obstináis en creer;
Que tiene bastante sentido común para ser competente en todo,
Que en ella puede formarse algo de buen gusto*
- 1345 *Y que el espíritu mundano vale allí, sin adulación,
Por todo el oscuro saber de la pedantería.*

TRISSOTIN

De su buen gusto, señor, ya vemos los efectos.

CLITANDRO

¿Dónde veis vos, señor, que lo tenga tan malo?

La naturalidad espontánea y la naturalidad cultivada

«Me gustaría que se entendiera todo y que por la manera de hablar no se pudiera saber con certeza que se ha estudiado.»

Méré, *De la conversation*.

«Lo que debe corregirse en la mayor parte de los Maestros es ese aire demasiado concertado que deja percibir el arte y el estudio. Es preciso actuar de forma que esto parezca natural.»

Méré, *Des Agrémens*.

«Pero todos los que escuchan se encuentran más a gusto si oyen decir cosas buenas sobre todo lo que se presenta, y de una forma agradable: el espíritu no puede ir más lejos y es la obra maestra de la inteligencia... Es preciso no decirles nada que dé la impresión de estudiado ni que parezca rebuscado; sobre todo, como ellos se sienten muy contentos con su valía, se debe evitar instruirles en lo que sea, y advertirles, sean cuales sean las faltas en las que se les haya visto incurrir.»

Méré, *De la conversation*.

«Esta cortesía se nota en la expresión del rostro, en el comportamiento, en las más mínimas acciones del cuerpo y del espíritu; y cuanto más se la tiene en consideración, más encantados nos sentimos, sin darnos cuenta de dónde proviene este encantamiento... Porque todo lo que se hace por obligación o por servilismo, o que pueda parecer, por poco que sea, grosero, la destruye. Y para hacer a una persona amable en sus modales, se necesita divertir-la lo más posible y guardarse de abrumarla con explicaciones aburridas.»

Méré, *Des Agrémens*.

«Las personas de mundo se ven obligadas algunas veces a ocuparse de todo, e incluso de aquello de lo que menos saben. Cuando esto les suceda no deben comportarse como los artesanos profesionales, que no tienen otro fin que el de llevar a buen término su obra. Porque un caballero debe pensar menos en alcanzar la perfección en las cosas que emprende que en cumplir como tal... Ese aire desenvuelto que emana de una cuna afortunada y de unas excelentes costumbres es necesario para los Goces, de suerte que quien se ocupa de algo, aunque sea algo muy difícil, debe tomarlo de una manera tan natural que se llegue a imaginar que no le cuesta nada.»

Méré, *Des Agrémens*.

medio de ellos, en Aristóteles, esforzándose por fundamentarlas también en la razón, las reglas que intentan imponer para la concepción de las obras literarias⁷⁹, y los *mundanos* que, negándose a enredarse con preceptos, toman como juez a su propio placer y se interesan por los mil y un ínfimos matices que constituyen el “no se qué” y la delicada perfección de la mundología: los grandes debates sobre el gusto que las obras literarias suscitan o que ponen en escena (como la cuestión de los Preciosos* que, al codificar y racionalizar la delicadeza mundana, ese arte de vivir vivido y querido como indefinible, le hace sufrir un verdadero cambio de naturaleza) tienen como apuesta no sólo las *virtudes* en que se reconocen las diferentes fracciones de la clase dominante sino asimismo, como bien dice el Caballero de Méré, “*las maneras de practicarlas, que constituyen en sí mismas unas clases de virtudes*” y por medio de las cuales se expresan o se descubren su antigüedad en la clase y su manera de llegar a ella.

Se podrían multiplicar hasta el infinito las ilustraciones tomadas de esta inmensa literatura que trata de codificar, de modo inseparable, las costumbres ordinarias y la creación y percepción de las obras de arte, en pocas palabras, todo cuanto cae bajo la jurisdicción absoluta del *gusto*, uno de los términos clave de esa época (véase M. Magendie, *La politesse mondaine y les théories de l'honnêteté en France, au XVIIe siècle, de 1600 à 1660*, París, PUF, 1925), pero nos contentaremos con un ejemplo que destaca de forma explícita el vínculo existente entre la manera, el modo de adquisición y el grupo de que se trata: “El autor (Furetière, autor burgués de *Roman bourgeois*, que había criticado a La Fontaine y a Benserade) deja ver con toda claridad que no es mundano ni cortesano y que su gusto es de una pedantería que ni siquiera es posible esperar que se corrija. Existen algunas cosas que nunca se llegan a entender cuando no se las ha entendido a primera vista: es imposible hacer que ciertos espíritus duros y violentos penetren en el encanto y la facilidad de los ballets de Benserade y de las fábulas de La Fontaine. Esta puerta, y también la mía, está cerrada para ellos [...] No me vuelvo atrás de lo dicho, y sólo queda rogar a Dios por un hombre así y desear no tener ninguna clase de trato con él” (Mme. de Sévigné, carta a Bussy-Rabutin, 14 de mayo de 1686).

Paradójicamente, *la precocidad es un efecto de la antigüedad*: la nobleza es la forma por excelencia de la precocidad, porque no es otra cosa que la antigüedad que poseen por nacimiento los descendientes de las viejas familias (por lo menos en el universo en el que la antigüedad y la nobleza –nociones aproximadamente equivalentes– están reconocidas como valores). Y este *originario capital estatuario* se encuentra acrecentado por las ventajas que otorga –en materia de aprendizajes culturales, buenas maneras en la mesa o en el arte de la conversación, cultura musical o sentido de las conveniencias, práctica del tenis o pronunciación de la lengua– la precocidad de la adquisición de la cultura legítima: el capital cultural incorporado de las generaciones anteriores funciona como una especie de *anticipo* (en el doble sentido de ventaja inicial y de crédito o descuento) que, al asegurarle de entrada el ejemplo de la *cultura personificada en unos modelos familiares*, permite al recién llegado comenzar desde el origen, es decir, de la manera más incons-

⁷⁹ Véase R. BRAY, *La formation de la doctrine classique en France*, París, Nizet, 1951.

* Nombre dado en el siglo XVII francés a quienes adoptaron una actitud nueva y refinada hacia los sentimientos, y un lenguaje rebuscado. (Nota de la T.).

ciente y más insensible, la adquisición de los elementos fundamentales de la cultura legítima –y ahorrarse el trabajo de desculturización, de enmienda y corrección que se necesita para corregir los efectos de unos aprendizajes inapropiados–. Las maneras legítimas deben su valor al hecho de que ponen de manifiesto las más raras condiciones de adquisición, es decir, un *poder social sobre el tiempo* que es tácitamente reconocido como la forma por excelencia de la excelencia: *poseer lo “antiguo”*, es decir, esas cosas presentes que pertenecen al pasado –la historia acumulada, atesorada, cristalizada, títulos de nobleza y nombres nobles, castillos y “residencias históricas”, cuadros y colecciones, vinos añejos y muebles antiguos– es dominar el tiempo lo que escapa totalmente de cualquier influencia, gracias a todas aquellas cosas que tienen en común el hecho de no poder ser adquiridas más que con la acción del tiempo, *gracias al tiempo*, contra el tiempo, es decir, mediante la herencia y, si se me permite aquí la expresión, mediante la antigüedad, o merced a unas disposiciones que, como el gusto por las cosas antiguas, no se adquieren tampoco más que con el tiempo y cuya utilización supone tiempo para perder el tiempo.

Todo grupo tiende a dotarse de los medios precisos para perpetuarse más allá de la finitud de los agentes individuales en los que se encarna (ésta fue una de las intuiciones fundamentales de Durkheim). Por ello, el grupo pone en funcionamiento todo un conjunto de mecanismos tales como *la delegación, la representación y la simbolización* que confieren ubicuidad y eternidad. El representante (p. ej., el rey) es *eterno*: como ha puesto de relieve Kantorovitch, el rey tiene dos cuerpos, un cuerpo biológico, mortal, sujeto a las enfermedades biológicas, a la pasión o a la imbecilidad, y un cuerpo político, inmortal, inmaterial y libre de enfermedades y debilidades (H. Kantorovitch, *The King's Two Bodies, A Study in Mediaeval Political Theology*, Princeton, Princeton University Press, 1957). El rey puede asegurarse la *ubicuidad* delegando en otros la autoridad de la que está investido: en otros tiempos se hablaba del “fisco omnipresente” (*fiscus ubique presens*) y, como lo hace notar Post, el *delegado* que posee la *plena potestas agendi* “puede hacer todo lo que puede hacer el propio mandante”, gracias a su *procuratio ad omnia facienda* (véase Gaines Post, “Plena Potestas and Consent”, en *Studies in Medieval Legal Thought, Public Law and the State, 1100-1322*, Princeton, Princeton University Press, 1964, pp. 92-162). *Universitas non moritur*. La muerte, desde el punto de vista de los grupos, no es más que un accidente y los *colectivos personificados* se organizan de manera que la desaparición de los cuerpos mortales que han encarnado un momento al grupo, representantes, delegados, mandatarios, portavoces, no afecte a la existencia del mismo ni a la *función* en la cual el grupo se realiza: *dignitas non moritur*. Dando esto por sentado (aunque sería necesario plantearlo de una forma más sistemática), *el capital permite apropiarse los medios colectivamente producidos y acumulados, y superar realmente las limitaciones antropológicas*. Entre los instrumentos que permiten escapar a las alienaciones genéricas hay que citar la *representación*, el retrato o la estatua que *inmortaliza* a la persona representada (a veces, por una especie de pleonasmismo, cuando todavía está viva); o el monumento conmemorativo, o funerario, el escrito, *aere perennius*, que celebra y “hace pasar a la posteridad”, y, en particular, el escrito histórico, que hace entrar en la historia legítima, que merece ser conocida y aprendida –de ahí el particular estatus que el gran público, y sobre todo el público burgués, concede a los historiadores, maestros de la eternización científica–, las ceremonias conmemorativas mediante las cuales el grupo ofrece a los desaparecidos, gracias a estos actos aún vivos y operantes, tributos de homenaje y reco-

nocimiento, etc. Se ve que la vida eterna es uno de los privilegios sociales más buscados, dependiendo, por supuesto, la calidad de la *eternización*, de la calidad y de la extensión del grupo encargado de asegurarla y pudiendo así ir desde la misa de octava organizada por la familia hasta la fiesta nacional, celebrada anualmente.

Si los análisis anteriores pueden hacer pensar en un análisis esencial (aunque se esté bastante lejos, parece, de Heidegger y de su “antigua escuela”), ello ocurre porque la mayor parte de los grupos han utilizado, para marcar unas diferencias absolutas, infranqueables, definitivas, la irreversibilidad del tiempo que confiere un inflexible rigor a cualquier forma de orden social fundado en el *orden de las sucesiones*: los que tienen y los que pretenden la *sucesión*, padre e hijo, poseedor y heredero, maestro y discípulo, predecesor y sucesor, no están separados por nada que no sea el tiempo; pero ahí están todos los tipos de mecanismos sociales existentes para hacer de este intervalo un obstáculo infranqueable. Así es como, en la lucha que enfrenta las diferentes maneras, es decir, las diferentes maneras de adquisición, los dominantes siempre hacen causa común con el modo de adquisición más insensible y más invisible, es decir, el más antiguo y el más precoz; esto es lo que constituye los cimientos de los invariantes del discurso dominante y lo que presta ese aire de eterna juventud a ciertos temas, estrictamente situados y fechados, sin embargo, como todos los tópicos del discurso mundano sobre el gusto innato o sobre la torpeza de los “pedantes”.

Basándose en el control práctico de la significación social que asegura la homología funcional y estructural es como se puede efectuar la lectura ordinaria de los “clásicos” o, más aún, puesto que se trata de un empleo práctico, es como se puede efectuar ese uso totalmente especial del discurso que es la *cita literaria*, especie de requerimiento para comparecer a título de defensor o de testigo, que se dirige a un autor del pasado en base a una *solidaridad social* disfrazada de *solidaridad intelectual*. En efecto, el sentido práctico del sentido que no va hasta la objetivación de la afinidad social que lo hace posible —lo que desembocaría en un efecto contrario al buscado, es decir, en una *doble relativización, del texto y de la lectura*—, permite tener simultáneamente el uso social y la negación de los fundamentos sociales de ese uso.

Señalar los *invariantes* no debe conducir, sin embargo, a eternizar un estado particular de la lucha, y un verdadero estudio comparativo debería tomar en cuenta las formas específicas que toman la lucha y los tópicos en los que ésta se expresa cuando cambian las relaciones objetivas entre las fracciones. Parece, por ejemplo, que, en la segunda mitad del siglo XVII, el fortalecimiento de la autoridad de los mundanos y de la Corte, junto con la tendencia de las gentes de mundo a hacerse más cultivadas, redujo la distancia entre los doctos y los mundanos, favoreciendo el desenvolvimiento de una nueva especie de eruditos, representados por los Jesuitas Rapin y Bouhours, sobre todo por éste⁸⁰, maestros de retórica doctos y mundanos que frecuentan artistas y gentes de mundo y que contribuyen a producir una síntesis de las exigencias mundanas y académicas (y esto desplazando el centro del debate del orden de los temas dignos de ser abordados al orden del *estilo* en el

⁸⁰ G. DONCIEUX, *Un jésuite homme de lettres au XVII siècle. Le Père Bouhours*, París, Hachette, 1886.

cual pueden ser tratados)⁸¹. El caso de las relaciones entre la universidad alemana del siglo XIX y las cortes de los príncipes representa otra situación de la relación de fuerzas de la que surgirá una configuración distinta de la representación de las virtudes académicas y de las virtudes cortesanas: como muestra con toda claridad Norbert Élias, los intelectuales burgueses han estado mucho antes y mucho más totalmente integrados en el mundo de la corte en Francia que en Alemania; los convencionalismos estilísticos y las formas de urbanidad que dominan el sistema escolar y a todos los que educa dicho sistema, en particular con la atención que presta al lenguaje y a la educación intelectual, encontraban su origen en el caso de Francia en el seno de la sociedad cortesana, mientras que en Alemania la *intelligentsia*, y muy especialmente la universitaria, se constituía contra la corte y los modelos franceses que aquella importaba, resumiendo su visión de la “mundanidad” en la oposición entre la “Civilización”, marcada por la ligereza y la superficialidad, y la “Cultura”, definida por la seriedad, la profundidad, la sinceridad⁸². Es decir, que vuelve a darse la oposición canónica entre los doctos y los mundanos, con idénticos contenidos pero bajo la forma de un valor inverso, al no haber podido, en este caso, los doctos afirmarse como fracción autónoma de otra forma que afirmando sus propias virtudes, y sobre todo su propia “manera de practicarlas”, al precio de una desvalorización de las virtudes mundanas. No es menos cierto que la situación del “pedante” nunca es totalmente confortable: propenso para aceptar, contra el pueblo y con los mundanos —que tienen todas las razones del mundo para admitirle puesto que están enteramente de acuerdo con los dones de nacimiento—, la ideología de lo innato de los gustos que constituye la única garantía absoluta de su *elección*, se ve obligado a afirmar contra los mundanos el valor de sus conocimientos adquiridos y el propio valor de la labor de adquisición, del “largo esfuerzo de formación interior” de que habla Kant y que, aunque lo rebaja a los ojos de los mundanos, constituye ante los suyos propios todo su mérito.

La perplejidad de los espíritus académicos, hombres de lo adquirido y de la adquisición, se hace evidente cuando están en tela de juicio la manera adecuada de abordar la obra de arte y la manera adecuada para adquirir aquella manera; y la contradicción se asienta en el centro de todas sus teorías estéticas y también en sus intentos por fundar una *enseñanza del arte*. La ideología del don natural se impone con demasiada fuerza en el propio centro del mundo escolar como para que pueda afirmarse la fe en las posibilidades de una pedagogía racional que trate de reducir a unas reglas codificadas los esquemas prácticos de la familiaridad, y ello a pesar de que esta afirmación práctica del “derecho natural” al arte sea el arma natural de los que, teniendo para sí el saber y el concepto, intentan desacreditar el derecho divino de los defensores de la experiencia y del goce sin concepto. Se podría, como ejemplo, traer a colación todas las polémicas surgidas alrededor de la enseñanza del arte (o, con mayor precisión del dibujo): contradicción en los términos para

⁸¹ Del mismo modo, hoy en día, el hecho de que una parte cada vez más importante de la alta burguesía de los negocios tienda a recurrir al sistema de enseñanza (y en particular en el caso de Francia a las Grandes Escuelas) es para modificar la forma de las relaciones entre lo mundano y lo escolar. (La excelencia cultural pertenece cada vez más a los que reúnen las dos formas de adquisición) y al mismo tiempo, el contenido de las oposiciones rituales en las que se expresa la oposición entre los “mundanos” y los “doctos” (cf. P. BOURDIEU et M. DE SAINT-MARTIN, “Le Patronat”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1978, 20-21, pp. 3-82).

⁸² N. ÉLIAS, *La civilisation des moeurs*, París, Calmann-Lévy, 1973.

unos, que sostienen que la belleza ni se enseña ni se aprende, que es una gracia que se transmite de maestros dotados a alumnos predestinados; un terreno como cualquier otro para una pedagogía para los otros (pensemos, por ejemplo, en los debates que han enfrentado a los portavoces de la pedagogía racional —tales como Guillaume— y los defensores de la representación carismática —como Ravaisson— a propósito de la introducción de la enseñanza del dibujo en la enseñanza general en los comienzos de la 3ª República).

La experiencia y la erudición

La ideología es una ilusión interesada pero bien fundamentada. Los que invocan la experiencia frente a la erudición tienen a su favor toda la verdad de la oposición entre el aprendizaje familiar y el aprendizaje escolar de la cultura: la cultura burguesa y la relación burguesa con la cultura deben su inimitable carácter al hecho de que, del mismo modo que la religión popular, según Groethuysen, se adquieren, prescindiendo del discurso, mediante la inserción precoz en un mundo de *personas, prácticas y objetos cultivados*. La inmersión en una familia en la que no sólo se escucha música (como ocurre en la actualidad a través de los equipos de alta fidelidad o de la radio), sino que también se practica (es el caso de la madre intérprete de música de las Memorias burguesas) y, con mayor razón, la práctica precoz de un instrumento de música “noble” —en particular el piano—⁸³, tiene por lo menos como resultado el producir una relación más familiar con la música que se distingue de la relación siempre un poco lejana, contemplativa y habitualmente disertante, de aquellos que han llegado a la música a través del concierto y, *a fortiori*, a través del disco, poco más o menos como la relación con la pintura de quienes la han descubierto tardíamente en el ambiente casi escolar del museo se distingue de la relación que con ella mantienen los que han nacido en un universo habitado por el objeto artístico, propiedad de la familia y familiar, acumulado por las sucesivas generaciones, testimonio objetivo de su riqueza y buen gusto, y a veces “producto de la casa”, como las confituras y la lencería bordada.

La familiaridad en razón del estatus se manifiesta, por ejemplo, en la información sobre las ocasiones y las condiciones de adquisición de la obra de arte, que depende no sólo de las capacidades materiales y culturales de apropiación, sino también de la antigua pertenencia a un universo social en el que el arte, al ser objeto de apropiación, está presente bajo la forma de objetos familiares y personales. Por eso, en la encuesta realizada por encargo del Ministerio de Asuntos Culturales (F.C., VII), el porcentaje de los que han contestado cuando se les

⁸³ Las diferencias vinculadas al origen social nunca son, sin lugar a dudas, tan claras como para la práctica de un arte plástico o de un instrumento musical: estas aptitudes que, tanto para su adquisición como para su ejecución, suponen no sólo unas disposiciones asociadas con una antigua instalación en el mundo artístico y cultural, sino también unos medios económicos (particularmente en el caso del piano) y tiempo libre, varían mucho, con un nivel escolar idéntico, según el origen social: así, entre los bachilleres, el 11,5 % de los sujetos nacidos en el seno de la clase dominante confiesan que practican frecuentemente un instrumento musical, frente al 5 % de los que provienen de las clases populares y medias; entre los que han realizado estudios superiores, las proporciones correspondientes son del 22,5 % y del 5 %; la práctica de las artes plásticas, relativamente abandonada por los poseedores de las titulaciones más importantes, es también, con una titulación equivalente, mucho más frecuente en los sujetos originarios de la clase dominante.

preguntaba a partir de qué precio “es posible encontrar en estos momentos una litografía o una serigrafía de un artista profesional contemporáneo” varía muchísimo con arreglo a la pertenencia de clase y pasa del 10,2 % en los agricultores al 13 % en el peonaje y obreros especializados, al 17,6 % en los empleados y al 66,6 % en los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales.

La elección de obras como *El concierto para la mano izquierda* (mucho más frecuente en los que practican un instrumento musical –y sobre todo el piano– que en los demás) o *El niño y los sortilegios* está mucho más estrechamente vinculada con el origen social que con el capital escolar. Por el contrario, en el caso de obras como *El clavecín bien temperado* y *El arte de la fuga*, la correlación es mucho más fuerte con el capital escolar que con el origen social. Mediante estos indicadores, por muy imperfectos que sean, se muestran relaciones distintas con el mundo jerarquizado y jerarquizante de las obras culturales que, estrechamente ligadas con un conjunto de diferencias vinculadas también entre sí, encuentran su principio en los modos de adquisición –familiar y escolar, o exclusivamente escolar– del capital cultural (efecto de supervivencia del modo de adquisición). De este modo cuando, al constituir en estética una particular relación con la música, la que produce un conocimiento precoz, familiar, “práctico”, Roland Barthes describe el goce estético como una especie de comunicación inmediata entre el cuerpo del auditor y el cuerpo “interno” del intérprete, presente en el “grano de la voz” del cantante (o en “las articulaciones de los dedos” de la clavecinista), lo que de hecho está evocando es la oposición entre dos modos de adquisición. Por un lado, una música para discófilos (unida a una demanda nacida de la “extensión de la escucha y de la desaparición de la práctica”), “arte expresivo, dramático, sentimentalmente claro” de *comunicación*, de *intelección*: “Esta cultura [...] acepta el arte, la música, siempre que este arte, esta música sean claras, que ‘traduzcan’ una emoción y representen un significado (el ‘sentido’ del poema); arte que quite fuerza al goce (reduciéndolo a una emoción conocida, codificada) y reconcilie al sujeto con aquello que, en la música, puede decirse: lo que dicen de ella, predicativamente, la Escuela, la Crítica, la Opinión”⁸⁴. Por otro lado, un arte que prefiera lo sensible a lo sentido, que odie la elocuencia, la grandilocuencia, el *pathos* y lo patético, lo expresivo y lo dramático: es la melodía francesa, Duparc, el último Fauré, Debussy, todo lo que en otra época hubiera sido denominado música pura, el intimismo del piano, instrumento maternal, y la intimidad del salón burgués. En esta antítesis entre dos formas de relacionarse con la música que se definen siempre, más inconsciente que conscientemente, la una con respecto a la otra –el gusto por los artistas del pasado, Panzera o Cortot, adorados hasta en sus imperfecciones, que evocan la libertad del aficionado, lleva consigo el rechazo, el disgusto, hacia los intérpretes actuales, conformes con las exigencias de impecabilidad de la industria de masas–, se vuelve a encontrar la vieja contraposición entre el docto que está totalmente de acuerdo con el código (en todos los sentidos del término), las reglas, y por consiguiente con la Escuela y la Crítica, y el mundano que, situado del lado de la naturaleza y de lo natural, se contenta con sentir o, como se acostumbra a decir ahora, con gozar, y que excluye de la experiencia artística cualquier rastro de intelectualismo, de didactismo, de pedantismo.

⁸⁴ R. BARTHES, “Le grain de la voix”, *Musique en jeu*, n.º 9, noviembre 1972, pp. 57-63.

Hablando con propiedad, no existe herencia material que no sea a la vez una herencia cultural, y los bienes familiares tienen como función no sólo la de dar testimonio físico de la antigüedad y continuidad de la familia y, por ello, la de consagrar su identidad social, no disociable de la permanencia en el tiempo, sino también la de contribuir prácticamente a su reproducción moral, es decir, a la transmisión de los valores, virtudes y competencias que constituyen el fundamento de la legítima pertenencia a las dinastías burguesas. Lo que se adquiere gracias al cotidiano contacto con objetos antiguos o a la regular frecuentación de anticuarios y galerías de arte, o, simplemente, por la inserción en un universo de objetos familiares e íntimos “que están ahí, como dice Rilke, sin segunda intención, buenos, simples, ciertos”, es evidentemente cierto “gusto” que no es otra cosa que una relación de familiaridad inmediata con las cosas del gusto; es también la sensación de pertenecer a un mundo más civilizado y más culto, un mundo que encuentra su justificación de existencia en su perfección, su armonía, su belleza; un mundo que ha producido a Beethoven y Mozart y que continuamente está reproduciendo gentes capaces de interpretarlos y apreciarlos; es, por último, una adhesión inmediata, inscrita en lo más profundo de los *habitus*, a los gustos y a los disgustos, a las simpatías y a las aversiones, a los fantasmas y a las fobias, que, más que las opiniones declaradas, constituyen el fundamento inconsciente de la unidad de una clase.

Si resulta posible leer todo el estilo de vida de un grupo en el estilo de su mobiliario y de su forma de vestir, no es solamente porque estas propiedades sean la objetivación de las necesidades económicas y culturales que han determinado su selección; es también porque las relaciones sociales objetivadas en los objetos familiares, en su lujo o en su pobreza, en su “distinción” o en su “vulgaridad”, en su “belleza” o en su “fealdad”, se imponen por mediación de unas experiencias corporales tan profundamente inconscientes como el tranquilizador y discreto roce de unas moquetas de color natural o el frío y descarnado contacto con unos linóleos gastados y chillones, el acre olor, fuerte y áspero de la lejía o los perfumes imperceptibles como un olor negativo⁸⁵. Cada hogar, con su lenguaje, expresa el estado presente e incluso el pasado de los que lo ocupan, la seguridad sin ostentación de la riqueza heredada, la escandalosa arrogancia de los nuevos ricos, la discreta miseria de los pobres o la dorada miseria de los “parientes pobres” que pretenden vivir por encima de sus posibilidades económicas: pensamos en ese niño del cuento de D. H. Lawrence titulado “*The Rocking-Horse Winner*”, que oye por toda la casa, e incluso en su propia habitación llena sin embargo de juguetes caros, un murmullo, “*There must be more money*”. Experiencias de esta naturaleza son las que, sin duda, debería recoger en todos sus detalles un psicoanálisis social aplicado a conseguir entender la lógica de la incorporación insensible de las relaciones sociales

⁸⁵ Existe un protocolo de los objetos que hace corresponder la jerarquía de los mismos con la jerarquía de las personas. Así, puede leerse en un artículo sobre la residencia Marigny, destinada a recibir a los huéspedes extranjeros de la presidencia de la República: “El protocolo es estricto: la jerarquía se mide en espacio, en el estilo del mobiliario y en la calidad de las tapicerías. Muebles excepcionales y sedas de Lyon para los aposentos reservados a los Jefes de Estado; caoba napoleónica y terciopelo sintético en el primer piso para los aposentos de primeros ministros; satén y cretonas floreadas en el segundo piso, el de los consejeros técnicos” (J. MICHEL, *Le Monde*, 27 de enero de 1975).

objetivadas en las cosas y también, por supuesto, en las personas, inscribiéndose así en una relación duradera con el mundo y con los otros, que se manifiesta, por ejemplo en los límites de tolerancia al mundo natural y social, al ruido, a los atascos circulatorios, a la violencia física o verbal, etc., una dimensión de los cuales es el modo de apropiación de los bienes culturales⁸⁶.

El efecto del modo de adquisición nunca es tan señalado como en las elecciones más corrientes de la existencia cotidiana, como el mobiliario, el vestido o la cocina, que son particularmente reveladoras de las disposiciones profundas y antiguas, porque, al estar situadas fuera del campo de intervención de la institución escolar, deben afrontarse, si así puede decirse, por el gusto desnudo, al margen de toda prescripción o proscripción expresa, como no sean las que proporcionan unas instancias de legitimación poco legítimas como las revistas femeninas o los semanarios dedicados al hogar⁸⁷. Si los calificativos elegidos para calificar la decoración de una vivienda o la procedencia de los muebles poseídos están más estrechamente correlacionados con la posición social de origen que con el título escolar (al contrario de lo que sucede con los juicios emitidos sobre las fotografías o las respuestas sobre el conocimiento de compositores), es porque, sin duda, nada depende más directamente de unos aprendizajes precoces, y muy especialmente de aquellos que se realizan al margen de cualquier acción pedagógica expresa, que las disposiciones y los conocimientos que se emplean en el vestido, el mobiliario y la cocina o, con mayor precisión, en la manera de comprar los vestidos, los muebles y los alimentos. Por eso, el modo de adquisición de los muebles (gran almacén, anticuario, *boutique*, rastro) depende tanto por lo menos del origen social como del nivel de instrucción: con un nivel escolar equivalente, los miembros de la clase dominante originarios de la burguesía, de los que se sabe que han heredado con mayor frecuencia que los demás una parte de su mobiliario, han comprado sus muebles más a menudo, sobre todo en París, en un anticuario que los que son originarios de las clases populares o medias, que más bien los han comprado en un gran almacén, una *boutique* especializada o en las *Puces* (rastro) (frecuentadas sobre todo, de una parte, por los miembros en ascensión de la clase dominante que poseen el capital escolar más importante y, de otra, por los miembros de la clase dominante originarios de esta clase que tienen menos capital escolar del que les prometían sus orígenes, esto es, aquellos que han realizado sólo algunos cursos de estudios superiores) (véase tabla 5).

⁸⁶ Basta con recordar que los objetos apropiados, sean cuales sean, constituyen unas relaciones sociales (de clase) objetivadas, para indicar en qué dirección podría desarrollarse una sociología del mundo de los objetos que fuera otra cosa distinta del protocolo de un test proyectivo oculto bajo la apariencia de un análisis fenomenológico-semiológico (pienso en J. BAUDRILLARD, *Le système des objets*, París, Gallimard, 1968).

⁸⁷ Esto significa que, por imperfecta que sea en el actual estado de funcionamiento del sistema escolar, la mínima racionalización que implica toda acción pedagógica institucionalizada, y especialmente la transformación del "instinto" de clase, que funciona en la práctica como conocimientos parcialmente codificados (piénsese, por ejemplo, en la historia literaria con sus clasificaciones por épocas, por géneros y por estilos), tiene como efecto, por lo menos en los supervivientes más superseleccionados, reducir la proporción de lo que se deja a los "instintos" heredados y, en consecuencia, reducir las diferencias vinculadas con la herencia económica y cultural. Es verdad también que las diferencias continúan funcionando en otros lugares y que encuentran su plena amplitud desde el momento en que la lógica de la lucha por la distinción sitúa en estos lugares sus verdaderas apuestas. Lo que, evidentemente, siempre tiende a realizar.

Tabla 5—Las compras de muebles en la clase dominante según el origen social y la titulación académica*

Titulación académica	Origen social	gran almacén	boutique especializada	rastró	salas de ventas	anticuario
Inferior al bachiller	Clases pop. y medias	25,5	41,5	11,0	14,5	33,5
	Clases superiores	11,5	23,5	15,0	31,5	43,5
Pequeña escuela	Clases pop. y medias	13,5	36,5	4,5	32,0	4,5
	Clases superiores	6,0	24,5	30,5	20,5	65,5
Licenciatura	Clases pop. y medias	11,0	28,5	11,0	11,0	21,5
	Clases superiores	4,5	21,5	21,5	14,5	49,0
Agregación, gran escuela	Clases pop. y medias	21,5	46,5	32,0	21,5	43,0
	Clases superiores	18,0	29,0	8,0	13,0	60,5

* Se trata del porcentaje de los sujetos que han comprado sus muebles en estos diferentes sitios.

Y es sin duda en los gustos alimenticios donde se encontrará la marca más fuerte e inalterable de los aprendizajes primitivos, los que más tiempo sobreviven al alejamiento o al derrumbamiento del mundo natal y cuya nostalgia se mantiene de forma más duradera: el mundo natal es ante todo, en efecto, el *mundo maternal*, el mundo de los gustos primordiales y de los alimentos originarios, de la relación arquetípica con la forma arquetípica del bien cultural en el que el prestar un servicio agradable forma parte integrante del placer y de la disposición selectiva hacia el placer que se adquiere en el propio placer⁸⁸. No es una casualidad que en

⁸⁸ Cuando se intentaba captar las preferencias alimenticias, la búsqueda de la pregunta más económica, y por tanto la más "sintética", ha llevado a interrogar sobre la cocina para las grandes ocasiones, interesante indicador del modo de presentación de sí en situación de representación, esto es, del estilo de vida "de escaparate" (del que también forma parte el mobiliario por lo menos en una de sus funciones). Para entender por completo las elecciones en estas materias será necesario tener en cuenta un sistema de factores particularmente complejo: el estilo de las comidas que gusta ofrecer constituye sin duda alguna un indicador muy bueno de la imagen que se quiere dar o se quiere evitar dar a los otros y, por esta razón, constituye la expresión sistemática de un sistema de factores que comprende, además de los indicadores de la posición ocupada en la jerarquía económica y cultural, la trayectoria económica, la trayectoria social, la trayectoria cultural. En estas condiciones no tiene nada de sorprendente el hecho de que sea en la pequeña burguesía donde mejor se puedan captar sus efectos: los miembros de la pequeña burguesía establecida ofrecen a sus amigos comidas abundantes y buenas, sencillas pero bien presentadas, con mayor frecuencia que los miembros de la nueva pequeña burguesía, a los que les gusta más ofrecer comidas originales y exóticas o sin ceremonias. Pero además se registran unas grandes diferencias ligadas con la trayectoria: sucede así que los miembros de la nueva pequeña burguesía originarios de las clases medias o populares dicen que les gusta ofrecer comidas abundantes y buenas, lo

los placeres más “puros”, más depurados de todo rastro de arraigo corporal (como la “nota única y pura” del *Philèbe* que los reservaba ya al “pequeño número”) entre algo que, como en los placeres más “groseros” de la degustación de los sabores alimenticios, arquetipo de toda forma de gusto, remita directamente a las experiencias más antiguas y profundas, aquellas que determinan y sobredeterminan las oposiciones primitivas, amargo/dulce, sabroso/insípido, caliente/frío, grosero/fino, severo/alegre, tan indispensables para el comentario gastronómico como para las depuradas glosas de los estetas. En distintos grados, según el arte, el género y el estilo, la obra artística nunca es sólo esa *cosa mental*, esa especie de discurso destinado únicamente a ser leído, descodificado, interpretado, que de ella hace la visión intelectualista. Producto de una *arte* en el sentido durkeimiano, es decir, de una “pura práctica sin teoría”, cuando no lo es de una simple *mimesis*, especie de gimnasia simbólica, también contiene siempre algo de inefable, no por exceso, como lo quieren los celebrantes, sino *por defecto*, algo que comunica, si así puede decirse, de cuerpo a cuerpo, como el ritmo de la música o la agradable calidad de los colores, es decir, sin llegar a las palabras y a los conceptos. El arte es también una “cosa corporal” y la música, la más “pura” y la más “espiritual” de las artes, quizás es sencillamente la más corporal. Vinculada a unos “estados de ánimo” que son también *estados de cuerpo* o, como antes se decía, *humores*, la música cautiva, arrebatada, mueve y conmueve: se sitúa menos más allá de las palabras que más acá, en los gestos y los movimientos del cuerpo, en los ritmos, de los que Piaget dijo en alguna parte que caracterizan las funciones situadas, como todo lo que rige el gusto, en la conjunción de lo orgánico y lo psíquico, arrebatos y moderaciones, *crescendo* y *decrescendo*, tensiones y relajación⁸⁹. Sin duda esto es lo que hace que, surgidos de la pura técnica, los discursos sobre la música apenas hablen de otra forma que mediante adjetivos o exclamaciones. Del mismo modo que los místicos hablan del amor divino con el lenguaje del amor humano, las evocaciones menos inadecuadas del placer musical son aquellas que pueden restituir las formas singulares de una experiencia tan profundamente enclavada en el cuerpo y en las experiencias corporales primitivas como son los gustos alimenticios.

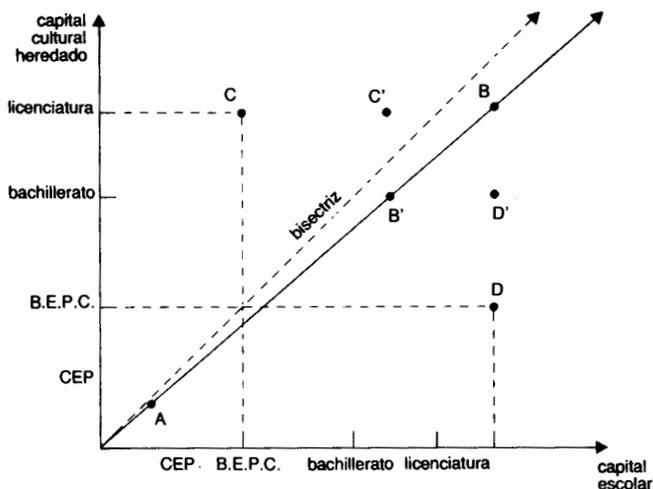
El capital heredado y el capital adquirido

Como acabamos de ver, las diferencias que la relación con el capital escolar deja inexplicadas, y que se manifiestan principalmente con respecto al origen

que no ocurre *nunca* en el caso de los que proceden de las clases superiores que, por el contrario, disfrutaban ofreciendo comidas originales y exóticas. Dentro de la pequeña burguesía establecida, la propensión a ofrecer comidas abundantes y buenas es igual de fuerte en los que están en decadencia que en aquellos que, nacidos en clases populares, se encuentran en ascensión; pero los primeros no dicen nunca que les gusta ofrecer comidas sin ceremonias u originales y exóticas, mientras que los segundos se las proponen así algunas veces a sus amigos (pero con menor frecuencia, por supuesto, que los miembros de la nueva pequeña burguesía).

⁸⁹ Podría evocarse aquí, más que la teoría erótica del ritmo (invocada por ejemplo para dar cuenta de las aceleraciones del ritmo que conducen hasta un máximo seguido de un reposo), la teoría que invoca una concordancia o una correspondencia más amplia, marcada por ejemplo por la tendencia a producir unos movimientos que siguen el ritmo, entre el tempo de la música y los ritmos interiores (véase, por ejemplo, P. FRAISSE, *Les structures rythmiques*, París, Erasmé, 1956; *Psychologie du temps*, 2ª ed., París, PUF, 1967).

Gráfico 3—Relación entre el capital heredado y el capital escolar



social, pueden provenir de diferencias en el modo de adquisición del capital cultural actualmente poseído: pero pueden provenir también de diferencias en el grado en que este capital es reconocido y garantizado por el título académico, ya que es posible que una fracción más o menos importante del capital efectivamente poseído no haya recibido sanción escolar, cuando ha sido heredado directamente de la familia, e incluso cuando ha sido adquirido escolarmente. Dada la importancia del efecto de supervivencia del modo de adquisición, los propios títulos académicos pueden garantizar muy diferentes tipos de relaciones con la cultura —cada vez menos, sin embargo, a medida que se sube en la jerarquía escolar y que aumenta la recompensa reconocida por la escuela a las maneras de utilizar los conocimientos en relación con la recompensa otorgada a dichos conocimientos—. Si el mismo volumen de capital escolar como capital cultural garantizado puede corresponder a diferentes volúmenes de capital cultural socialmente rentable, se debe en primer lugar a que la institución escolar que, al tener el monopolio de la *certificación*, rige la conversión del capital cultural heredado en capital escolar, no tiene el monopolio de la producción del capital cultural: otorga su sanción más o menos completamente al capital heredado (*efecto de conversión desigual del capital cultural heredado*) porque, según los momentos y, al mismo tiempo, según los niveles y los sectores, lo que exige se reduce más o menos completamente a aquello que aportan los “herederos”, y porque reconoce más o menos valor a otras especies de capital incorporado y a otras disposiciones (como la docilidad con respecto a la propia institución)⁹⁰.

⁹⁰ Sin recordar en su totalidad el sistema de factores que determinan la reconversión diferencial en capital escolar del capital cultural heredado (que, para ser estrictos, sería necesario medir a escala del grupo doméstico en su conjunto), nos contentaremos con recordar el peso del *ethos* de clase y de la relación con la escuela y con sus sanciones (función a su vez, para lo esencial, del grado en el que la posición ocupada y su reproducción dependen de la escuela) que determina la importancia de lo investi-

Los poseedores de un fuerte capital escolar que, han heredado un fuerte capital cultural y tienen a la vez los títulos y los cuarteles de nobleza cultural, la seguridad que da la pertenencia legítima y la naturalidad que asegura la familiaridad (B), se contraponen no sólo a los que se encuentran desprovistos de capital escolar y de capital cultural heredado (A) (así como a todos los que están situados más bajo sobre el eje que marca la perfecta reconversión del capital cultural en capital escolar), sino también, por una parte, a aquellos que, con un capital cultural heredado equivalente, han obtenido un capital escolar inferior (C ó C') (o que tienen un capital cultural heredado más importante que su capital escolar —es el caso de C' con respecto a B' o de D' con respecto a D) y que les son más próximos, sobre todo en materia de “cultura libre”, que los poseedores de titulaciones idénticas; y por otra parte, a aquellos que, dotados de un capital escolar semejante, no disponían, en su origen, de un capital cultural tan importante (D ó D') y que mantienen con la cultura, que deben más a la escuela y menos a su familia, una relación menos familiar, más escolar (encontrándose estas contraposiciones secundarias en cada nivel del eje).

Podría construirse un esquema parecido para cada una de las especies de capital poseído en el origen y en el momento de la observación (capital económico, capital cultural, capital social) y definir luego el universo de casos posibles de la relación entre el capital de origen definido en su volumen y estructura, y el capital de llegada caracterizado de la misma forma (se tendría así, por ejemplo, los individuos que están en decadencia para todas las especies de capital o en decadencia para una sólo y en ascensión para las otras —reconversión—, etc.). Basta con afinar suficientemente el análisis de las distintas especies de capital (contraponiendo, por ejemplo, dentro del capital cultural diversas sub-especies como capital literario, capital científico y capital jurídico-económico) o el análisis de los distintos niveles, para descubrir en toda su complejidad, pero también en su multiplicidad casi infinita, cada uno de los casos empíricamente comprobados. Para ser completamente riguroso sería necesario tener en cuenta los cambios estructurales que, como la desvalorización de las titulaciones nominales, se observan en períodos en que, como ocurre actualmente, la utilización del sistema escolar se intensifica⁹¹. Habría que tener en cuenta también el desajuste entre el número de años de estudios y la titulación conseguida (que es tanto más probable cuanto más alto es el capital de origen y más extendida se encuentra la escolarización —llegando incluso a afectar en estos momentos a las clases populares cuyos niños salen a menudo sin el CEP—): se vería así que para explicar adecuadamente algunas prácticas (y muy particularmente la autodidaxia) hay que tener en cuenta, además de la titulación

do en el juego, y las apuestas escolares y las estrategias de inversión cultural (mediante la elección de establecimientos y grados, tiempo dedicado a la transmisión difusa o explícita, etc.), y contribuye de esta forma a determinar el rendimiento diferencial del capital cultural heredado; o también el peso del *ethos* sexual, producto de la interiorización de la división del trabajo entre los sexos, tal como se realiza en una clase social determinada, que contribuye asimismo a orientar las inversiones, al inclinar por ejemplo a las chicas hacia los estudios literarios y artísticos y a los chicos hacia los estudios científicos o económico-jurídicos. Sería necesario recordar también la eficacia propia de la institución escolar, que actúa a la vez sancionando el capital cultural heredado (por medio de sanciones expresas, como notas, titulaciones, y también por medio de la orientación hacia disciplinas, secciones o establecimientos más o menos prestigiosos) e inculcando una erudición escolar más o menos redundante con el saber heredado, con los estudios científicos más avanzados, en un extremo, y, en el otro, las escuelas que sin duda tienen como efecto esencial el de controlar y sancionar una competencia de clase, como Ciencias Políticas o la Escuela Nacional de Administración, y cuyo límite es sin duda la Escuela del Louvre, la forma perfecta de la escuela de los aficionados, si se nos permite esta combinación de palabras.

⁹¹ Se ha querido simbolizar esta desvalorización situando el lugar de equivalencia real de las titulaciones por debajo de la bisectriz que marca la equivalencia de los valores *nominales* de las mismas.

escolar y del número de años de estudio, la relación entre ambos (que puede estar en el origen de la confianza o desconfianza en sí mismo, de la suficiencia o del resentimiento, etc.)⁹².

El desajuste entre capital escolar y capital cultural efectivamente poseído, que se encuentra en el origen de las diferencias entre los poseedores de un capital escolar idéntico, puede nacer también del hecho de que la misma titulación académica puede corresponderse con unos tiempos desiguales de escolarización (*efecto de conversión desigual del capital cultural adquirido escolarmente*): los efectos directos o indirectos de uno o de varios años de estudios pueden, en realidad, no resultar sancionados con la titulación correspondiente —como ocurre con todos aquellos que abandonan sus estudios entre el tercero y el último curso del bachillerato o, en otro nivel, con los que han aprobado uno o dos cursos en una facultad universitaria sin llegar a obtener ninguna titulación—. Pero además, debido a que la frecuencia de este desajuste ha aumentado a medida que van aumentando las posibilidades de acceso de las diferentes clases a la enseñanza secundaria y superior, los agentes que pertenecen a generaciones diferentes (tomadas bajo la forma de clases de edad) tienen todas las probabilidades de haber dedicado un *número de años de estudios muy diferente* (con todos sus efectos correlativos, entre los cuales se encuentran, por supuesto, la elevación de la competencia no sancionada, pero también la adquisición de un tipo diferente de relación con la cultura —el efecto de “estudiantización”—, etc.) *en unas instituciones escolares muy diferentes* por sus maestros, sus métodos pedagógicos, su reclutamiento social, etc., para obtener un título idéntico. De donde resulta que las diferencias asociadas a la trayectoria social y al volumen del capital cultural heredado se duplican con diferencias que, visibles sobre todo en los miembros de la pequeña burguesía originarios a su vez de la propia pequeña burguesía o de las clases populares (y representados particularmente en la pequeña burguesía establecida), reflejan unos cambios en el estado de las relaciones entre el sistema de enseñanza y la estructura de las clases sociales: a estos diferentes *modos de generación* corresponden unas relaciones diferentes con el sistema escolar, que se expresan en unas estrategias diferentes de la inversión cultural no garantizada por la institución escolar (es decir, de autodidactismo).

A falta de indicadores más precisos del estilo global de consumos culturales como libros, periódicos o semanarios preferidos (que reflejaran, por ejemplo, la contraposición, entre *Le Canard enchaîné* y *Charlie-Hebdo* o, en materia de vulgarización, entre *Science et vie* y *Psychologie*, etc.), podemos utilizar las informaciones que proporciona la encuesta sobre los cantantes preferidos. Podría pensarse que, para dar cuenta del hecho de que, para todos los niveles de capital escolar, los sujetos más jóvenes elijan con mayor frecuencia cantantes de la generación joven (Françoise Hardy o Johnny Halliday) que los sujetos de más edad, que eligen las más de las veces cantantes más antiguos (Guétary o Luis Mariano), bastaría con tomar en cuenta la fecha de aparición de los cantantes en el campo de la producción cultural. En realidad, entre los bachilleres, los más jóvenes citan con mayor frecuencia a Jacques Douai (que, nacido en 1920, dio un recital en el Vieux

⁹² Podría también considerarse la relación entre la edad de terminación de los estudios y la edad legítima para la obtención de un título (p. ej. el bachillerato a los 17 años o las edades límites para ser admitidos en concursos y oposiciones). Se sabe que una de las mediaciones en la transformación del capital cultural en capital escolar es el avance o el retraso escolar.

Colombier en 1963), Jacques Brel (quien, nacido en 1929, hizo su presentación en París a partir de 1953 en el Teatro de los Trois Baudets, dando recitales en el Olympia en 1958 y 1961) o incluso a Léo Ferré (nacido en 1916, licenciado en Letras, antiguo alumno de la Escuela libre de Ciencias Políticas, que se presentó en los cabarés de París en 1946), mientras que los de más edad citan más frecuentemente a Édith Piaf (nacida en 1915, muerta en 1963, que se había presentado en el ABC de París en 1937), Luis Mariano (nacido en 1920, que obtiene su primer éxito en 1945 en el Casino Montparnasse), Gilbert Bécaud (que nació en 1927 y se dio a conocer primero en los cabarés de la *rive droite* y después en el Olympia, y que alcanzó su consagración en 1954, “el año de Bécaud”), o incluso a Petula Clark (nacida en 1933, que obtuvo un gran éxito en el Olympia en 1960 y fue elegida en 1963 “la más popular y simpática estrella”). Puede verse que no es posible comprender estas relaciones si no es a condición de tener en cuenta no sólo la edad o la época de lanzamiento de los cantantes ni los lugares en los que se exhiben en la época de la encuesta, sino también y sobre todo la mayor o menor afinidad entre el estilo de sus canciones –más “intelectual” en el primer caso, más próxima al gusto pequeño burgués de la opereta o de la canción realista en el segundo– y las disposiciones culturales de dos generaciones escolares producidas por dos estados muy diferentes del sistema escolar (Para las informaciones biográficas, véase C. Brunshwig, L. J. Calvet, J. C. Klein, *100 ans de chanson française*, París, Ed. du Seuil, 1972, y *Who's Who in France*).

Son diferencias del mismo tipo las que distinguen, dentro de la fracción de los técnicos, unas generaciones escolares, contraponiéndose los más jóvenes a los de mayor edad menos por su competencia global que por la extensión y “libertad” de sus inversiones culturales: si bien leen obras científicas y técnicas como lo hacen los de más edad, se interesan con mayor frecuencia por los ensayos filosóficos o la poesía; no van más a los Museos que aquéllos, pero cuando van, a menudo lo hacen al Museo de arte moderno. Estas tendencias están particularmente señaladas entre aquéllos de esta edad originarios de las clases medias y superiores (relativamente más numerosos que entre los de más edad) y que conocen (relativamente) un número más alto de obras musicales y compositores, se interesan por el arte moderno y por la filosofía; y van mucho al cine. Pero quizá lo que distingue más claramente a las dos generaciones de técnicos son los signos externos –la manera de vestirse y peinarse, en particular– y también las preferencias declaradas: los más jóvenes, que intentan aproximarse al estilo estudiantil, confiesan seguir la moda y preferir la vestimenta que “corresponde a su personalidad”, mientras que los de más edad eligen con mayor frecuencia una vestimenta “sobria y correcta” o de “corte clásico” (elección característica del pequeño burgués establecido).

El autodidacta a la antigua usanza se definía fundamentalmente por una reverencia respecto a la cultura que era efecto de una exclusión a la vez brutal y precoz, y que conducía a una devoción exaltada y mal orientada, y por ello destinada a ser percibida por los poseedores de la cultura legítima como una especie de homenaje caricaturesco⁹³. En estos “primarios” que buscan en una autodidaxia

⁹³ El reconocimiento de la incompetencia y de la indignidad cultural que caracteriza a la autodidaxia antigua se observa, sobre todo, en los miembros de la pequeña burguesía establecida originaria de las clases populares o medias, que dicen, p. ej., con una frecuencia muy alta (un 70 % frente a un 31 % en la nueva pequeña burguesía originaria de las mismas clases) que “la pintura está bien pero es difícil”. La alienación cultural de los autodidactas a la antigua usanza nunca se manifiesta con tanta claridad como en su afición a dar pruebas de su cultura, incluso cuando no se les pide, dejando ver su exclusión con su preocupación por probar su pertenencia (a la inversa de los bien nacidos que ocultan su ignorancia ignorando las preguntas o las situaciones que pueden hacerla presente).

profundamente ortodoxa la manera de continuar por sus propios medios una trayectoria brutalmente interrumpida, toda su relación con la cultura legítima y con las autoridades poseedoras de la autoridad sobre esa cultura permanece marcada por el hecho de que han sido excluidos por un sistema capaz de imponer a los excluidos el reconocimiento de su propia exclusión. Por el contrario, los autodidactas de nuevo estilo se han mantenido con frecuencia en el sistema escolar hasta un nivel relativamente alto y han adquirido en el curso de esta larga asistencia mal recompensada una relación a la vez “liberada” y desilusionada, familiar y desencantada, con la cultura legítima, que no tiene nada en común con la distante reverencia del antiguo autodidacta, aunque esta relación conduce a unas inversiones igualmente intensas y apasionadas pero situadas en un terreno completamente distinto, el *comic* o el jazz, campos abandonados o desdénados por el universo escolar, antes que la historia o la astronomía, la psicología (e incluso la para-psicología) o la ecología antes que la arqueología o la geología⁹⁴. Sin duda es en estas categorías en las que se recluta el público de todas las producciones que se cuentan en la “contra-cultura” (*Charlie-Hebdo*, *L’Echo des Savanes*, *Sexpol*, etc.) y que actualmente ofrecen, bajo una forma periodística, los productos de la vanguardia intelectual, del mismo modo que otras “vulgarizan” (es decir, difunden más allá del grupo de receptores legítimos) los productos de la retaguardia académica (*Histoire*, por ejemplo) o de la vanguardia consagrada (*Le Nouvel Observateur*).

Los poseedores del monopolio de la manipulación de lo sagrado, letrados de todas las iglesias, nunca son demasiado indulgentes con aquellos que pretenden “descubrir en ellos mismos las fuentes de la autoridad tradicional” y acceder sin intermediarios al depósito que tienen en custodia: como bien lo muestra Gershom Scholem, ponen siempre “tantas barreras como pueden ante los pasos del candidato al camino místico [...] y cuando las barreras llegan a asustar al peregrino y a forzarle a contentarse con la antigua ruta, porque las nuevas se le han hecho inaccesibles, tanto mejor va desde el punto de vista de la autoridad”⁹⁵. Pero la censura preventiva de la institución puede ejercerse sin que nadie se vea obligado a ejercer controles o coacciones: mientras que los autodidactas tradicionales esperan todavía de la institución escolar que les indique y les abra los atajos de la vulgarización y de la vulgata, siempre más o menos directamente dominados por la institución⁹⁶, los más liberados entre los nuevos autodidactas buscan sus maestros de pensamiento entre heresiarcas que cumplen también con la función tradicionalmente impartida por las autoridades, a saber, como asimismo dice Scholem, con la de “anunciar al neófito las experiencias para las que debe prepararse” y con la de “suministrarle los símbolos gracias a los cuales podrá expresarlas”.

⁹⁴ El hecho de que las matemáticas y la física hayan llegado a ser los principales criterios de eliminación o relegación contribuye sin duda a reforzar la propensión al irracionalismo y al anti-intelectualismo, que favorecen una relación ambivalente con el sistema escolar y una trayectoria social declinante o falsamente ascendente (imponiéndose este efecto de falsa trayectoria a todos los que ponen su mira en un porvenir que, en un estado anterior del sistema, estaba implícito en su titulación académica o en su posición escolar).

⁹⁵ G. SCHOLEM, *La Kabbale et sa symbolique*, París, Payot, 1975, p. 35.

⁹⁶ Como lo testimonia, por ejemplo, el valor que los responsables de las revistas de vulgarización, así como sus lectores, otorgan a estas especies de “fiadores” institucionales que son los poseedores de las altas titulaciones universitarias o académicas.

Los dos mercados

La familia y la escuela funcionan, de modo inseparable, como los lugares en que se constituyen, por el propio uso, las competencias juzgadas como necesarias en un momento dado del tiempo, y como los lugares en los que se forma el precio de esas competencias, es decir, como los mercados que, mediante sus sanciones positivas o negativas, controlan el resultado, consolidando lo que es "aceptable", quitando valor a lo que no lo es, condenando a perecer a las disposiciones desprovistas de valor, cosas poco serias que "caen como una losa" o que, siendo "de recibo", como suele decirse, en otros medios, en otros mercados, aquí parecen "desplazadas" y no suscitan sino vergüenza o reprobación –por ejemplo, citas latinas que hacen parecer "ridículo" o "pedante", etc–. Dicho de otra forma, la adquisición de la competencia cultural es inseparable de la adquisición insensible de un sentido de aplicación productiva de las inversiones culturales que, al ser producto del acoplamiento a las posibilidades objetivas de hacer valer la competencia, favorece la adaptación anticipada a esas posibilidades, y que es ella misma una dimensión de una relación con la cultura, próxima o distante, desenvuelta o revente, mundana o académica, forma incorporada de la relación objetiva entre el lugar de adquisición y el "hogar de los valores culturales". Hablar de *sentido de aplicación productiva* como se habla del sentido de las conveniencias, o del sentido de las limitaciones, es indicar con claridad que al recurrir por necesidades de objetivación a términos tomados del léxico económico en absoluto se quiere sugerir que, como implica –sin duda equivocadamente– el uso ordinario de estos conceptos, las conductas correspondientes estén orientadas por el cálculo racional de la maximización de los beneficios. Si la cultura es el lugar por excelencia del desconocimiento es porque, al engendrar unas estrategias objetivamente ajustadas a las posibilidades objetivas de beneficio de las que es producto, el sentido de la aplicación productiva asegura unos beneficios que no tienen necesidad de ser buscados como tales, y proporciona así a quienes tienen la cultura legítima como segunda naturaleza un beneficio suplementario, el de ser vistos y verse a sí mismos como perfectamente desinteresados y perfectamente puros de cualquier utilización cínica o mercenaria de la cultura. Es decir, que el término de inversión, por ejemplo, debe ser entendido en el doble sentido de inversión económica –lo que objetivamente siempre es, aunque no sea reconocido como tal– y en el sentido de inversión afectiva que le da el psicoanálisis o mejor aún, en el sentido de *illusio*, creencia, *involvement*, compromiso con el juego que es producto del juego y que produce el juego. El aficionado al arte no conoce otra guía que su amor al arte y cuando se encamina, como por instinto, hacia lo que en cada momento hay que amar, a la manera de esos hombres de negocio que hacen dinero incluso cuando no lo buscan, no obedece a ningún tipo de cálculo cínico sino a su simple placer, al sincero entusiasmo que en estas materias constituye una de las condiciones del éxito de las inversiones. Así por ejemplo, es cierto que el efecto de las jerarquías de legitimidad (jerarquía de las artes, de los géneros, etc.) puede ser descrito como un caso particular del efecto de *labeling* (imposición de etiquetas verbales), bien conocido por los psicólogos sociales: igual que la idea que se fabrica de un rostro cambia según la etiqueta étnica que se le atribuya⁹⁷, el valor de las artes, de los

⁹⁷ Véase G. RAZZAN, "Ethnic Dislikes and Stereotypes", *Journal of Abnormal Social Psychology*, 45, 1950, pp. 7-27.

géneros, de las obras, de los autores, depende de las marcas sociales que en cada momento se les adjudica (por ejemplo el lugar de publicación, etc.). No es menos cierto que el sentido de la inversión cultural, que lleva a amar siempre y siempre sinceramente lo que es preciso amar y sólo aquello, puede ayudarse con el inconsciente desciframiento de los innumerables signos que dicen en cada momento lo que hay que hacer o no hacer, lo que hay que ver o no ver, sin estar nunca explícitamente orientados por la búsqueda de los beneficios simbólicos que aquél procura. La competencia específica (en música clásica o en jazz, en teatro o en cine, etc.) depende de las oportunidades que ofrecen, de modo inseparable los diferentes mercados –familiar, escolar o profesional– *para su acumulación, su ejecución y su valorización*, es decir, del grado en el que favorecen la adquisición de esta competencia con la promesa y la seguridad de unos beneficios que constituyen otros tantos refuerzos e incitaciones para nuevas inversiones. Las posibilidades de utilizar y “rentabilizar” la competencia cultural en los distintos mercados contribuyen en particular a definir la propensión a las inversiones “escolares” y a las a veces llamadas “libres” porque, a diferencia de las que organiza la escuela, parecen no deber nada a las coacciones o a las incitaciones de la institución.

La competencia es tanto más imperativamente exigida y tanto más “gratificante”, y la incompetencia tanto más rigurosamente sancionada y tanto más “costosa”, cuanto mayor es el grado de legitimidad de un determinado campo⁹⁸. Pero esto no basta para explicar el hecho de que cuanto más se va hacia los campos más legítimos, más importantes son las diferencias estadísticas asociadas con el capital escolar, mientras que cuanto más se va hacia los campos menos legítimos, que los menos informados creen que están abandonados a la libertad de gustos y colores –como la cocina o la decoración del hogar, la elección de amigos o del mobiliario– más se ve crecer la importancia de las diferencias estadísticas ligadas con la trayectoria social (y con la estructura del capital), ocupando una posición intermedia los campos en vía de legitimación, como son la canción llamada “intelectual”, la fotografía o el jazz. También aquí, en la relación entre las propiedades del campo (en especial las posibilidades de sanciones positivas o negativas que ofrece “como media” para cualquier agente) y las propiedades del agente es donde se determina la “eficacia” de dichas propiedades: por eso la propensión a las inversiones “libres” y el campo hacia el cual se orientan estas inversiones dependen, rigurosamente, no de la tasa “media” de beneficios proporcionada por el dominio considerado, sino de la tasa de beneficio que éste promete a cada agente o a cada categoría particular de agentes en función del volumen y de la estructura de su capital.

⁹⁸ Sería ingenuo tratar de obtener argumentos del hecho de que la definición legítima de la cultura o de la relación con la cultura o también la jerarquía de los diferentes campos, géneros, obras o autores sea la apuesta de una lucha permanente por poner en duda la existencia en cada momento de una jerarquía legítima: las luchas que tienen por objeto, por ejemplo, transformar o invertir las jerarquías establecidas por medio de la legitimación de un campo o de un género aún ilegítimo, fotografía o *comics*, por la rehabilitación de autores menos considerados o no tomados en consideración, etc., o también imponer un nuevo modo de apropiación, vinculado con un nuevo modo de adquisición, son precisamente lo que hace la legitimidad, engendrando la creencia no en el valor de tal o cual apuesta sino en el valor del juego en el que se produce y reproduce el valor de todas las apuestas. No sería menos ingenuo tratar a estas jerarquías que reproducen en su propia lógica, es decir, bajo una forma transfigurada, las relaciones de orden entre los grupos, como un orden absoluto, fundado por naturaleza, aunque deban lo esencial de su eficacia simbólica, es decir, de su legitimidad, al hecho de que son vividas como tales.

La jerarquía de las tasas “*medias*” de beneficio se corresponde, *grosso modo*, con la jerarquía de los distintos grados de legitimidad, proporcionando una fuerte cultura en materia de literatura clásica o incluso vanguardista –tanto en el mercado escolar como en cualquier otra parte– unos beneficios “*medios*” superiores a los que proporciona una fuerte cultura en materia cinematográfica o, *a fortiori*, en materia de *comics*, de novela policíaca o de deportes; pero los beneficios *específicos*, y por tanto las propensiones a la inversión que ellos imponen, sólo se definen en la relación entre un dominio determinado y un agente particular, caracterizado por sus propiedades particulares. Así, por ejemplo, aquellos que deben lo esencial de su capital cultural a la Escuela, como los maestros y los profesores originarios de las clases populares y medias, se muestran particularmente sumisos a la definición escolar de la legitimidad y tienden a proporcionar sus inversiones, de manera muy estricta, al valor que la Escuela reconoce en los diferentes dominios. Al contrario, unas artes medias como el cine y el jazz y, más aún, los *comics*, la ciencia-ficción o la novela policíaca, están predispuestas a atraer las inversiones, ya sea de quienes no han logrado por completo la reconversión de su capital cultural en capital escolar, ya sea de quienes, no habiendo adquirido la cultura legítima según el modo de adquisición legítimo (es decir, mediante una familiarización precoz), mantienen con ella una relación objetiva y/o subjetivamente desafortunada: estas artes en vía de legitimación, que los grandes poseedores de capital escolar desdeñan u olvidan, ofrecen un refugio y una revancha a aquellos que, al apropiárselas, hacen la mejor aplicación productiva de su capital cultural (sobre todo si éste no está escolarmente reconocido en su totalidad), atribuyéndose el mérito de poner en duda la jerarquía establecida de legitimidades y beneficios. Dicho de otra manera, la propensión a aplicar a las “*artes medias*” una disposición ordinariamente reservada a las artes legítimas –por ejemplo, la que mide el conocimiento de directores cinematográficos– depende mucho menos del capital escolar que de una relación global con la cultura escolar y con la escuela, que a su vez depende del grado en el que el capital cultural poseído se reduce al capital adquirido en la escuela y reconocido por la escuela. (De esta forma es como los miembros de la nueva pequeña burguesía que, aunque hayan heredado un capital cultural más importante, poseen más o menos el mismo capital escolar que los maestros, tienen un conocimiento de los directores cinematográficos muy superior al de éstos, mientras que conocen peor a los compositores). En realidad, nunca es posible escapar por completo a la jerarquía objetiva de las legitimidades. Dado que el sentido y el valor mismos de un bien cultural varían según el sistema de bienes en el que se encuentran insertos, la novela policíaca, la ciencia ficción o los *comics* pueden ser unas propiedades culturales muy prestigiosas como manifestaciones de audacia y libertad, o, por el contrario, pueden ser reducidas a su valor ordinario, según que estén asociadas a los descubrimientos de la vanguardia literaria o musical, o que se reúnan entre ellos, formando entonces una constelación típica del “*gusto medio*” y apareciendo así como lo que son, simples sustitutivos de los bienes legítimos.

Dado que cada uno de los espacios sociales, familia o escuela, por ejemplo, funcionan simultáneamente como uno de los lugares en los que se produce la competencia y uno de los lugares en los que ésta recibe su premio, se podría esperar que cada uno de los campos otorgara la máxima recompensa a los productos que allí se engendran. El mercado escolar concedería el mayor valor a la

competencia cultural escolarmente certificada y a la modalidad escolar, mientras que los mercados dominados por valores extra-escolares —ya se trate de salones y cenas “mundanas” o de cualquier ocasión de la existencia profesional (entrevistas previas a la designación para un puesto de trabajo, conferencias de dirección, coloquios, etc.) e incluso escolar (gran examen oral de la ENA o de Ciencias Políticas) en las que se trata de evaluar la *persona total*— concederían el más alto precio a la relación familiar con la cultura, devaluando, al mismo tiempo, todas las disposiciones y competencias que recuerdan las condiciones escolares de adquisición. Esto sería no contar con los efectos de dominación que hacen que los productos del modo de producción escolar puedan estar devaluados como “escolares” en el propio mercado escolar⁹⁹. El signo más claro de la heteronomía del mercado escolar reside, en efecto, en la ambivalencia del tratamiento que reserva a los productos del *habitus* «escolar» y que es tanto más marcado cuanto más débil es la autonomía del sistema escolar en su conjunto (variable según los momentos y según los países) y de tal o cual de las instituciones que lo constituyen en relación con las demandas de las fracciones dominantes de la clase dominante¹⁰⁰.

Lo que sí es cierto es que existe una afinidad inmediata entre las disposiciones que se adquieren mediante la familiarización con la cultura legítima y el mercado “mundano” (o las formas más “mundanas” del mercado escolar): las ocasiones ordinarias de la vida social excluyen pruebas tan brutales como el cuestionario cerrado, límite de la interrogación escolar con la que la propia institución escolar se niega todas las veces que, al aceptar implícitamente la mundana depreciación de lo “escolar”, hace de la interrogación destinada a verificar y medir la competencia una variante de la conversación mundana. De forma opuesta a las situaciones escolares más escolares, que tienen como mira la de desarmar y desalentar las estrategias de *bluff*, las ocasiones mundanas ofrecen libre curso a un arte de interpretar la competencia que es a la competencia lo que, en el juego de cartas, la manera de jugar es a la mano: se puede elegir terreno, esquivar las pruebas, transformar en cuestiones de preferencia las cuestiones de conocimiento, las ignorancias en desdeñoso rechazo, y tantas y tantas estrategias en las que se manifiestan la seguridad o la inseguridad, la comodidad o la incomodidad, y que dependen tanto del capital escolar como del modo de adquisición y de la familiaridad o distancia correlativas. Es decir, que la falta de un conocimiento profundo, metódico y sistemático en un campo particular de la cultura legítima no impide, de ninguna manera, satisfacer las exigencias culturales inscritas en la mayor parte de las situaciones sociales, aunque se trate de la situación casi escolar que crea la relación de encuesta¹⁰¹.

⁹⁹ Las maneras dominantes, pronunciación, “naturalidad”, “distinción”, tienden a imponerse a las clases dominadas y no pueden ser devaluadas si no es en nombre de principios completamente “extra-culturales”, como pueden ser los valores de la virilidad, que conducen a constituir la modalidad dominante como un índice de disposiciones afeminadas.

¹⁰⁰ Sobre todos estos puntos, y en particular sobre la oposición entre la ENA y la Politécnica, véase P. BOURDIEU y M. DE SAINT-MARTIN, “Le Patronat”, *loc. cit.*

¹⁰¹ Ya se sabe cómo desprecian los miembros de la clase dominante, y muy especialmente las fracciones más ricas en capital cultural, los juegos de erudición de la radio o de la televisión que, a la manera de los cuestionarios sociológicos, les parecen negaciones caricaturescas de la relación legítima con la cultura legítima.

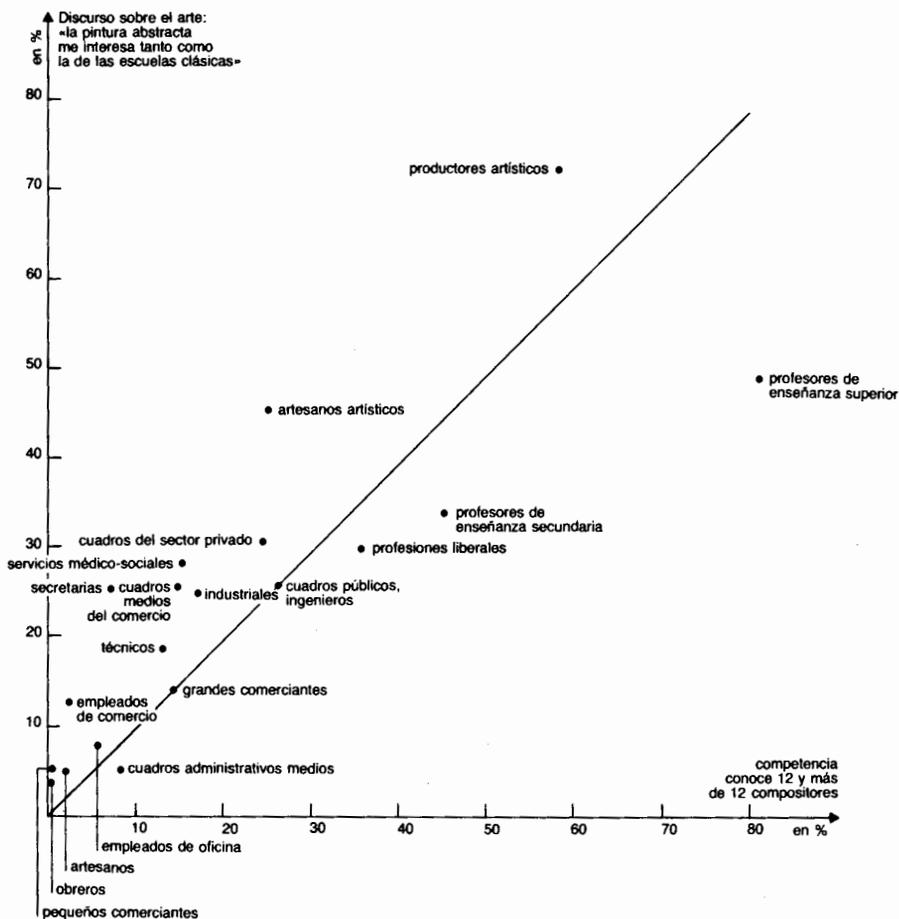
Al interrogar sobre los pintores de tal manera que el conocimiento profesado no pudo ser objeto de verificación alguna, intentábamos proporcionarnos menos el medio de medir la competencia específica (de la que puede suponerse que depende de los mismos factores que el conocimiento de los compositores) que el de captar de manera indirecta la relación con la cultura legítima y los efectos diferenciales de la situación de encuesta. Así es como los sujetos cuyos conocimientos no están a la medida de su familiaridad han podido sentirse autorizados a utilizar estrategias de *bluff*, que son altamente provechosas en los usos ordinarios de la cultura (es el caso, en particular, de la nueva pequeña burguesía). Pero el propio *bluff* no es rentable si no está orientado por el confuso conocimiento que da la familiaridad; de tal forma que si la libertad que esta pregunta dejaba ha permitido a los más ignorantes asirse a nombres propios que no corresponden ni a un conocimiento ni a una preferencia, como Picasso (citado por el 21 % de los obreros especializados y peonaje) o Braque (el 10 %) que era objeto de diversas conmemoraciones en el momento de la encuesta, funcionaba también como una trampa con Rousseau (el 10 %) que, prácticamente nunca fue nombrado por las otras clases, ha sido confundido sin duda con el escritor (por el contrario Bruegel no ha sido nunca citado por el peonaje o los obreros especializados, sin duda porque no se atreven a correr el riesgo de pronunciar un nombre que tienen pocas probabilidades de haber oído).

Para manifestar esta especie de sentido mundano, irreductible a una suma de conocimientos estrictamente controlables, que, lo más a menudo, se encuentra asociado a un fuerte capital cultural heredado, basta con comparar las variaciones de estas dos dimensiones de la competencia cultural, la posesión de conocimientos específicos, tales como el conocimiento de los compositores, y el "buen olfato" que se necesita para valorizarla, medida en la capacidad de reconocer lo que Flaubert hubiera llamado las "opiniones *chics*" entre diversos juicios propuestos¹⁰². Sobre el diagrama donde se han llevado, para cada categoría, el porcentaje de individuos que conocen a los compositores de por lo menos doce obras musicales y el porcentaje de los que responden que "la pintura abstracta les interesa tanto como la de las escuelas clásicas", se distinguen las fracciones (profesores de enseñanza secundaria y de enseñanza superior) en las que la competencia estricta prevalece sobre el sentido de la buena respuesta y las que, por el contrario, tienen un sentido de la postura legítima sin relación con su competencia específica (nueva pequeña y gran burguesía y productores artísticos), encontrándose las diferencias reducidas al mínimo en las fracciones pequeño burguesas o burguesas en ascensión (maestros, cuadros administrativos medios, ingenieros, cuadros superiores del sector público).

El horror que los burgueses (y sobre todo los burgueses en decadencia) manifiestan por lo "académico" encuentra sin duda uno de sus fundamentos en la devaluación que el mercado escolar impone, *a pesar de todo*, a los conocimientos aproximados y a las intuiciones confusas de la familiaridad. Así, por ejemplo, puede comprenderse mejor la denuncia de la rutina escolar que se encuentra en la base de la mayor parte de las innovaciones de los nuevos intermediarios culturales

¹⁰² No se han podido recoger los juicios sobre la música porque —a diferencia de la serie de juicios sobre la pintura que preveía un juicio mediador ("Me gustan mucho los impresionistas")— la serie de juicios propuestos presentaba una discontinuidad muy marcada entre la opinión típicamente "media" ("Me gustan los vals de Strauss") y la opinión *chic* ("Cualquier música de calidad me interesa"), de suerte que la elección del juicio más legítimo se ha impuesto con más fuerza a todos los que tenían la intención de no darse por satisfechos con un juicio demasiado visiblemente "ingenuo".

Gráfico 4—Competencia específica y discursos sobre el arte



(animadores, educadores, etc.) si se sabe que la pequeña burguesía establecida dispone de un capital escolar relativamente importante para una herencia cultural relativamente pequeña, mientras que la nueva pequeña burguesía (de la que los artistas representan el límite) tiene una gran herencia cultural para un capital escolar relativamente pequeño. El maestro parisién o incluso provinciano, que puede superar al pequeño patrono, al médico de provincias o al anticuario parisién en las pruebas de puro conocimiento, tiene todas las probabilidades de resultar incomparablemente inferior en todas las situaciones que requieren *seguridad* o *perspicacia* —e incluso el *bluff* apropiado para disimular las lagunas— más que la prudencia, la discreción y la conciencia de las limitaciones vinculadas con el modo de adquisición escolar: es posible confundir Buffet y Dubuffet y mostrarse completamente capaz de enmascarar la ignorancia con los lugares comunes del discurso de celebración o con el entendido silencio de una mueca, de un movimiento de cabeza o de una actitud inspirada: es posible identificar la filosofía con Saint-Éxupéry,

Teilhard de Chardin y hasta con Leprince-Ringuet y sin embargo afirmarse a la altura de los mercados más cotizados hoy día, recepciones, coloquios, entrevistas, debates, seminarios, comisiones, comités, etc. Y ello sólo con tal de que se posea el conjunto de rasgos distintivos –porte, prestancia, aplomo, dicción y pronunciación–, maneras y usos sin los cuales, por lo menos en estos mercados, de poco o de nada sirve toda la erudición escolar, y que, en parte porque la Escuela no los enseña nunca o nunca por completo, definen exactamente la distinción burguesa¹⁰³.

En definitiva, la manera que designa el gusto infalible del *taste maker* y que denuncia los mal asegurados gustos de los poseedores de una cultura mal adquirida debe toda su importancia, en todos los mercados y en especial en el mercado en el que se decreta el valor de las obras literarias y artísticas, al hecho de que las elecciones deben siempre una parte de su valor al valor del que las realiza, y este valor se hace conocer y reconocer, principalmente, por la manera de hacerlas. Ahora bien, lo que se aprende por inmersión en un espacio en el que la cultura legítima es como el aire que respiramos, es un sentido de la elección legítima tan seguro que puede imponerse por la única manera de su realización, al modo de un *bluff* logrado: esto no es sólo un sentido de los terrenos adecuados para una aplicación productiva, para las buenas inversiones culturales –los directores mejor que los actores, las obras de vanguardia mejor que las clásicas– o, lo que viene a ser lo mismo, un sentido del momento oportuno para invertir o desinvertir, cambiar de terreno, cuando los beneficios de distinción se hacen demasiado inciertos; es, al límite, esa seguridad en sí mismo, esa arrogancia, esa confianza que, siendo de ordinario monopolio de los individuos más seguros del rendimiento de sus aplicaciones productivas, tienen todas las probabilidades, en un universo donde todo es cuestión de fe, de que sus inversiones sean reconocidas como las más legítimas y por ello como las más rentables.

Lo propio de la imposición de legitimidad es impedir que jamás pueda determinarse si el dominante aparece como distinguido o noble porque es dominante, es decir, porque tiene el privilegio de definir, mediante su propia existencia, lo que es noble o distinguido como algo que no es otra cosa que lo que él es –privilegio que se manifiesta precisamente por su seguridad– o si sólo porque es dominante es por lo que aparece como dotado de esas cualidades y como único legitimado para definir las. No es una casualidad que, para denominar las maneras o el gusto legítimos, el lenguaje ordinario pueda contentarse con decir *las* “maneras” o *el* “gusto”, “*absolutamente* empleados”, como dicen los gramáticos: las propiedades asociadas con los dominantes –“acentos” de París o de Oxford, “distinción” burguesa, etc.– tienen el poder de desalentar la intención de discernir lo que dichas propiedades son “en realidad”, en sí mismas y para ellas mismas, y el valor distintivo que les confiere la referencia inconsciente a su distribución entre las clases.

¹⁰³ Individuos escolarmente equivalentes (los alumnos de las grandes escuelas, por ejemplo) pueden estar profundamente separados desde el punto de vista de la *hexis* corporal, de la pronunciación, de la manera de vestirse, de la relación de familiaridad con la cultura legítima, por no hablar de todo el conjunto de competencias y capacidades específicas que funcionan como derechos de entrada en el universo burgués –como la práctica de la danza, de deportes raros o de juegos de sociedad (en particular el bridge)– y que, mediante las ocasiones de reunión que aseguran y del capital social que permiten acumular, se encuentran sin lugar a dudas en la base de las ulteriores diferencias de carrera.

Al fin, resulta claro que la dificultad del análisis se debía al hecho de que la representación de lo que designan los propios instrumentos de análisis –nivel de instrucción u origen social– se encuentra en juego en las luchas cuyo objeto de análisis –el arte y la relación con la obra de arte– es la apuesta en la propia realidad: estas luchas enfrentan a aquellos que están totalmente de acuerdo con la definición escolar de la cultura y del modo escolar de adquisición y aquellos que se erigen en defensores de una cultura y de una relación con la cultura más “libres”, menos estrictamente subordinadas a los aprendizajes y controles escolares, y que, si se reclutan sobre todo entre los sectores más antiguos de la burguesía, encuentran una indiscutida caución en los escritores y en los artistas, y en la representación carismática de la producción y del consumo de la obra artística de los que ellos son sus inventores y sus garantes. Las querellas de autores o escuelas que ocupan la delantera de la escena literaria o artística, ocultan unas luchas sin duda más importantes, como las que enfrentan a los profesores (entre los cuales, a lo largo de todo el siglo XIX, surgían a menudo los críticos) y los escritores (más vinculados en general, por su origen y sus relaciones, con las fracciones dominantes de la clase dominante), o las que no cesan de enfrentar a las fracciones dominadas en su conjunto con las fracciones dominantes a propósito de la definición del hombre consumado y de la educación encargada de producir tal hombre. Así, por ejemplo, lo que está en juego en la creación, a finales del siglo XIX, de una enseñanza privada que daba una gran importancia al deporte –con, entre otros, el fundador de la *École des Roches*, Demolins, discípulo de Frédéric Le Play, lo mismo que el barón de Coubertin, otro defensor de una educación nueva–, es la imposición, en el seno de la propia institución escolar, de una definición aristocrática de la educación que contrapone al conocimiento, a la erudición y a la docilidad “escolar” simbolizada por el “liceo cuartel” (es aquí donde nace el tema, tantas veces repetido), y a todos los criterios de evaluación favorables a los niños de la pequeña burguesía, mediante los cuales la escuela afirma su autonomía, “valores” tales como la “energía”, la “intrepidez”, la “voluntad”, virtudes de jefes (militares o empresariales –en aquella época más o menos lo mismo–), y sobre todo, quizá, la “iniciativa” (privada), bautizada *self-help*, el “espíritu de empresa”, todas ellas virtudes vinculadas con la práctica de los deportes. Valorizar la *educación* frente a la *instrucción*, el *carácter* frente a la *inteligencia*, el *deporte* frente a la *cultura*, es afirmar, en el propio mundo escolar, la existencia de una jerarquía irreducible a la jerarquía propiamente escolar que privilegia al segundo término de estas contraposiciones¹⁰⁴.

Estas luchas no pertenecen sólo al pasado, como puede verse por la existencia de dos vías de acceso a la dirección de las grandes empresas, una que conduce desde la *École des Roches* o de los grandes colegios jesuíticos y de los grandes liceos burgueses (del distrito 16) a la facultad de Derecho o, cada vez más, a Ciencias Políticas o a la HEC, y la otra que lleva desde el liceo normal de

¹⁰⁴ Véase especialmente E. DEMOLINS, *A quoi tient la supériorité des anglosaxons?*, Paris, Firmin-Didot, 1897; *L'éducation nouvelle, l'École des Roches*, Paris, Firmin-Didot, 1898; *L'avenir de l'éducation nouvelle*, Paris, Firmin-Didot, 1899; P. DE COUBERTIN, *L'éducation en Angleterre*, Paris, Hachette, 1888; *L'éducation anglaise en France*, Paris, Hachete, 1889.

provincia o de París a la Escuela Politécnica¹⁰⁵, y más claramente todavía, como puede verse por la contraposición, a nivel de las “escuelas de élites”, de dos mercados escolares profundamente distintos tanto en el contenido de la competencia cultural exigida como en el valor otorgado a las maneras y en los criterios empleados para evaluarlas, con, en un extremo, la Escuela normal superior y la Politécnica, y, en el otro, Ciencias Políticas y la Escuela nacional de administración. Estas luchas, mantenidas a propósito de la definición legítima de la cultura y de la manera legítima de evaluarla, no representan sino una dimensión de las incesantes luchas que dividen a toda clase dominante y que, por medio de las virtudes del hombre consumado, intentan conseguir los títulos legítimos para el ejercicio de la dominación: así es como la exaltación del deporte, escuela del carácter, y la valorización de la cultura económico-política en detrimento de la cultura literaria o artística, forman parte de las estrategias con que los miembros de las fracciones dominantes de la clase dominante se esfuerzan por desacreditar los valores que reconocen las fracciones “intelectuales” de la clase dominante y de la pequeña burguesía —cuyos hijos constituyen para los hijos de los burgueses unos temibles rivales en el terreno de la competencia escolar más escolarmente definida—. Pero en su sentido más profundo, estas manifestaciones de anti-intelectualismo no son sino una dimensión de un antagonismo que, mucho más allá de la cuestión de los usos legítimos del cuerpo o de la cultura, afecta a todas las dimensiones de la existencia, ya que las fracciones dominantes tienden siempre a pensar su relación con las fracciones dominadas por medio de la contraposición entre lo masculino y lo femenino, lo serio y lo frívolo, lo útil y lo fútil, lo responsable y lo irresponsable, el realismo y el irrealismo.

Los principios de división lógica que emplea la estadística para producir sus clases, y los “datos” que “registra” con respecto a aquéllas, son también principios de división socio-lógica: no es posible interpretar correctamente las variaciones estadísticas asociadas a las dos variables principales en su definición simple —el nivel de instrucción y el origen social— si no es a condición de tener en mente que son solidarias con definiciones antagónicas de la cultura legítima y de la relación legítima con la cultura o, con mayor precisión, con mercados diferentes en los que las propiedades asociadas con una o con otra reciben precios diferentes. Nada sería más falso que situar en estos “factores” una eficacia que no aparece más que en cierta *relación* y que puede, pues, encontrarse anulada o invertida en otro campo o en otro estado del campo. Las disposiciones constitutivas del *habitus* cultivado no se forman, ni funcionan, ni valen más que en un campo, en la *relación* con un campo que, como dice Bachelard del campo físico, es en sí mismo un “campo de fuerzas posibles”, una “situación dinámica”¹⁰⁶ donde las fuerzas sólo se manifiestan en la relación con determinadas disposiciones: es así como las mismas prácticas pueden recibir sentidos y valores opuestos en campos diferentes, en estados diferentes o en sectores opuestos del mismo campo.

El examen retrospectivo y reflexivo de los instrumentos del análisis no es, por tanto, un escrúpulo epistemológico sino una condición indispensable del conocimiento científico del objeto: la pereza positivista conduce a concentrar la inten-

¹⁰⁵ Véase P. BOURDIEU y M. DE SAINT-MARTIN, “Le Patronat”, *loc. cit.*

¹⁰⁶ G. BACHELARD, *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*, París, PUF, 2ª edición, 1965, p. 60.

ción, completamente defensiva, de verificación, en la intensidad de las relaciones comprobadas, en vez de situar la interrogación en las propias condiciones de la medida de las relaciones, que pueden estar en la base misma de la intensidad relativa de las diferentes relaciones. Para creer en la independencia de las “variables independientes” de la metodología positivista es preciso ignorar que los “factores explicativos” son, en realidad, “poderes” que no pueden valer ni ejercerse más que en cierto campo, y que son por ello tributarios de las luchas que se llevan a cabo, en el interior de cada campo, para transformar los mecanismos de formación de los precios que lo definen: si es fácil imaginar unos campos en los que los pesos de los dos “factores” dominantes estuvieran invertidos (y unas pruebas que constituirían su realización experimental y que proporcionarían, por ejemplo, un mayor lugar para objetos y formas de interrogación menos “académicas”), es porque las luchas cotidianas a propósito de la cultura tienen como última apuesta la transformación de los mecanismos de formación de los precios que definen el valor relativo de las producciones culturales asociadas con el capital escolar y con la trayectoria social (y de las variables primarias mediante las cuales se las capta).

Si es cierto que las relaciones estadísticas entre las propiedades atribuidas a los agentes y las prácticas no se definen por completo si no es en la relación entre las disposiciones constitutivas de un *habitus* y de cierto campo, no es posible definir los límites en los que las relaciones comprobadas conservan su validez, mediante una restricción aparente que es la condición de la plena generalización, si no es a condición de interrogar a la relación en la cual han sido establecidas estas relaciones: como la situación de examen con la que tiene un gran parecido (aunque le falte la apuesta de una sanción institucional), la relación que insta una encuesta realizada mediante un cuestionario cerrado, centrado principalmente en la cultura legítima, es al mercado escolar lo que un mercado como lugar concreto de intercambios es al mercado de la teoría económica. Tanto por su objeto como por la forma que impone al intercambio (la interrogación que, como lo hizo notar Bally, implica siempre una forma de intrusión, de violencia, de duda —de aquí las atenuaciones con que ordinariamente se acompaña), la encuesta mediante cuestionario, sobre todo cuando toma la forma de un interrogatorio metódico y asimétrico¹⁰⁷, se contrapone a la conversación ordinaria, ya se trate de discusiones de café o de *campus* donde se elabora la “contra-cultura”, o de intercambios mundanos en los que la precisión pedante y la pesadez didáctica están descartadas. Las variaciones que se observan en el peso relativo de la titulación escolar y del capital cultural heredado cuando, dentro de esta situación casi escolar, se va desde lo más escolar en la forma y en el objeto a lo menos escolar en la forma (preguntas que miden la familiaridad sin un control estricto de los conocimientos) o en el objeto (preguntas sobre el conocimiento del cine o las preferencias en materia de cocina), permiten hacerse una idea de esta relación entre los “factores” y los mercados. Si todos los índices (difíciles de obtener mediante cuestionario) de la *manera* de realizar o de dirigir, de hacer ver o de hacer valer la competencia (seguridad, arrogancia, desenvoltura, modestia, seriedad, inquietud, etc.) dependen estrechamente, tanto en su significación como en su valor del mercado en el que se sitúan, es porque llevan las

¹⁰⁷ Todo hace creer que la violencia ejercida es tanto mayor cuanto mayor es la distancia de las personas interrogadas con respecto a la cultura legítima —simbolizada, con razón o sin ella, por el encuestador y su cuestionario.

huellas visibles de un modo de adquisición (familiar o escolar), es decir, de un mercado. También, porque todos los mercados que están en condiciones de afirmar su autonomía con relación al mercado escolar, le conceden la prioridad; poner de relieve las maneras, y por medio de éstas el modo de adquisición, es concederse la posibilidad de hacer de la antigüedad en la clase el principio de la jerarquía en el seno de la clase¹⁰⁸; es también conferir a los poseedores estatutarios de la manera legítima un poder absoluto y absolutamente arbitrario de reconocimientos o de exclusión. La manera no existe por definición más que para el otro y los poseedores estatutarios de la manera legítima y del poder de definir el valor de las maneras —pronunciación, porte, aplomo— tienen el privilegio de la indiferencia con respecto a su propia manera (que les dispensa de *hacer* maneras); por el contrario, los “recién llegados” que pretenden incorporarse al grupo de los poseedores legítimos, esto es, hereditarios, de la buena manera sin ser producto de las mismas condiciones sociales, se encuentran reducidos, hagan lo que hagan, a la alternativa de la hiper-identificación angustiada o del negativismo que confiesa su derrota en su propia rebelión: o la conformidad con una conducta “prestada” cuya corrección o incluso hipercorrección recuerda que *imita* y aquello que *imita*, o la ostentosa afirmación de la diferencia que está destinada a manifestarse como una confesión de la impotencia para identificarse¹⁰⁹.

Las competencias culturales, por el hecho de ser adquiridas en campos sociales que inseparablemente son mercados en los que reciben sus precios, son solidarias de estos mercados, y todas las luchas relacionadas con la cultura tienen como apuesta la creación del mercado más favorable para los productos que llevan en las maneras la marca de una clase particular de condiciones de adquisición, es decir, de un determinado mercado. Por eso, lo que hoy día se llama “contra-cultura” podría ser el producto del esfuerzo de los autodidactas a la nueva manera para liberarse de las leyes del mercado escolar (a las que los autodidactas a la antigua, menos seguros, continúan sometidos, aunque dichas leyes condenen de antemano sus productos), produciendo otra clase de mercado dotado de sus propias instancias de consagración, y capaz de poner en duda prácticamente, al modo de los mercados mundano o intelectual, la pretensión de la institución escolar de imponer a un mercado de bienes culturales perfectamente unificado los principios de evaluación de las competencias y de las maneras que se imponen al mercado escolar, o por lo menos a los sectores más “escolares” de este mercado.

¹⁰⁸ Se sabe que la división que se establece dentro de la burguesía financiera e industrial según la especie de capital dominante (económico o escolar) coincide con la división según la antigüedad en la clase.

¹⁰⁹ Uno de los fantasmas más típicos de todos los *racismos* es el que menciona Hoffmann en la parábola del “joven cultivado”, un mono que, educado en el hogar de un consejero, había aprendido a hablar, leer, escribir y a ejecutar música, pero que no podía dejar de revelar “su origen exótico” en “algunos pequeños detalles” tales como los “movimientos interiores” que le excitaban cuando oía partir nueces (HOFFMANN, *Kreisleriana*, París, Gallimard, 1949, p. 150).

LA ECONOMIA DE LAS PRACTICAS

“De aquellas cosas cuyas reglas y principios le había enseñado su madre, la forma de preparar algunos platos, de interpretar las sonatas de Beethoven y de recibir con amabilidad, ella estaba segura de poseer una idea exacta de la perfección y de discernir si las otras se acercaban más o menos a esa idea. Por lo demás, la perfección era casi idéntica para las tres cosas: una especie de sencillez en los medios, de sobriedad y de encanto. Rechazaba con horror que se pusieran especias en los platos que no las exigen en absoluto, que se tocara el piano con afectación y abuso de pedales y que, al recibir, se abandonara una perfecta naturalidad y se hablara de uno mismo con exageración. Desde el primer bocado, por las primeras notas, por una simple esquila, tenía ya la pretensión de saber si estaba ante una buena cocinera, un verdadero músico, y una mujer bien educada. ‘Puede tener unos dedos mucho más ágiles que los míos, pero carece de gusto al interpretar con tanto énfasis este andante tan sencillo’. ‘Quizá sea una mujer muy brillante y llena de cualidades, pero es una falta de tacto hablar de sí misma en esta circunstancia’. ‘Quizá sea una cocinera muy entendida, pero no sabe hacer un filete con patatas’. ¡Un filete con patatas!, pieza ideal para un certamen, difícil por su misma sencillez, especie de ‘sonata patética’ de la cocina, equivalente gastronómico de lo que es, en la vida social, la visita de una dama que viene a pedir información sobre un sirviente y que, en un acto tan sencillo, puede demostrar verdaderamente que tiene o carece de tacto y educación”.

M. PROUST, *Pastiches et mélanges*.

EL ESPACIO SOCIAL Y SUS TRANSFORMACIONES

Hubiérase podido, sin duda, detener la investigación en este punto sin llegar a provocar grandes objeciones. Tan evidente parece la idea de la irreductibilidad del gusto artístico. Ahora bien, como ya lo ha puesto de manifiesto el análisis de las condiciones sociales de la disposición estética, no es posible comprender totalmente las disposiciones que orientan las elecciones entre los bienes de la cultura legítima si no es a condición de reinsertarlos en la unidad del sistema de disposiciones, de *hacer entrar* la “cultura”, en el sentido restringido y normativo del uso ordinario, en la “cultura” en el sentido amplio de la etnología, y de relacionar el gusto elaborado por los objetos más depurados con el gusto elemental de los sabores alimenticios¹. El doble sentido de la palabra gusto, que sirve de ordinario para justificar la ilusión de la *generación espontánea* que tiende a producir esa disposición cultivada al presentarla bajo las apariencias de la disposición innata, debe servir, por una vez, para recordar que el gusto como “facultad de juzgar los valores estéticos de manera inmediata e intuitiva” es inseparable del gusto en el sentido de capacidad para discernir los sabores propios de los alimentos que implica la preferencia por algunos de ellos. La abstracción que lleva a aislar las disposiciones con respecto a los bienes de cultura legítima lleva consigo, en efecto, una nueva abstracción en el sistema de los factores explicativos que, siempre presente y activo, no se deja observar más que a través de aquellos de sus elementos (el capital cultural y la trayectoria en el caso analizado a continuación) que constituyen el origen de su eficacia en el campo considerado.

El consumo de los bienes culturales más legítimos es un caso particular de la competencia con respecto a bienes y prácticas singulares, cuya particularidad obedece más, sin duda, a la lógica de la oferta o, si se prefiere, a la forma específica que adopta la competencia entre productores, que a la lógica de la demanda y de los gustos o, si se quiere, a la lógica de la competencia entre los consumidores.

¹ Al elegir que la interrogación recaiga sobre el conjunto de los consumos materiales o culturales, legítimos o no, que pueden ser objeto de juicios del gusto —cocina y pintura, vestimenta y música, cine y decoración— se pretendía precisamente conseguir los medios necesarios para examinar la relación entre las disposiciones que comúnmente se tratan como estéticas y el sistema de disposiciones que constituyen el *habitus*.

Basta, en efecto, con abolir la barrera mágica que hace de la cultura legítima un universo aparte para darse cuenta de las inteligibles relaciones entre unas “elecciones” en apariencia inconmensurables, como las preferencias en materia de música o de cocina, de deporte o de política, de literatura o de peinados. Esta temeraria reintegración de los consumos estéticos en el universo de los consumos ordinarios (contra los cuales no cesan aquéllos de definirse) tiene, entre otras virtudes, la de recordar que el consumo de bienes sin duda supone siempre, en grados distintos según los bienes y según los consumidores, un trabajo de apropiación; o, con mayor exactitud, que el consumidor contribuye a producir el producto que consume al precio de un trabajo de localización y desciframiento que, en el caso de la obra de arte, puede constituir la totalidad del consumo y de las satisfacciones que éste procura, y que requiere un tiempo y unas disposiciones adquiridas con el tiempo.

Importándoles poco una abstracción más o menos, los economistas pueden ignorar lo que les sucede a los productos en su relación con los consumidores, es decir, con las disposiciones que definen sus *propiedades útiles* y sus *usos reales*: plantear como hipótesis, como hacen algunos de ellos, que los consumidores perciben los mismos atributos decisivos, lo que viene a suponer que los productos poseen unas características objetivas —o, como se dice, “técnicas”— capaces de imponerse como tales a todos los sujetos perceptores, es hacer como si la percepción se aplicara sólo a las características que señalan los descriptivos propuestos por los productores (y la publicidad denominada “informativa”) y como si los *usos sociales* pudieran deducirse de los *modos de empleo*. Los objetos, aunque de productos industriales se trate, no son objetivos en el sentido que de ordinario se da a esta palabra, es decir, no son independientes de los intereses y de los gustos de quienes los aprehenden y no imponen la evidencia de un sentido universal y unánimemente aprobado. La tarea del sociólogo sería mucho más fácil si, ante cada relación estadística entre una “variable independiente” y una “variable dependiente”, no estuviera obligado a determinar cómo la percepción y la apreciación de lo que designa la “variable dependiente” varían según las clases que determina la “variable independiente” o, si se prefiere, cuál es el sistema de características pertinentes con arreglo al cual ha sido realmente determinada cada una de las clases de agentes². Lo que la ciencia debe demostrar es esa objetividad del objeto que se establece en la relación entre un objeto definido en las posibilidades e imposibilidades que ofrece y que no se ponen de manifiesto más que en el universo de los usos sociales (entre los cuales se encuentra, si se trata de un objeto técnico, el uso en vista o con arreglo al cual el productor lo ha concebido), y las disposiciones de un agente o de una clase de agentes, es decir, los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituirán su *utilidad* objetiva en un *uso* práctico³. No se trata, por supuesto, de reintroducir una forma cualquiera de lo que se denomina lo “vivido” y que no es otra cosa, la mayor parte de las veces, que una proyección apenas enmascarada de lo “vivido” por el investigador⁴. Se trata de

² ¿Es necesario decir que los sociólogos que tienen conciencia de esta tarea previa no constituyen legión, sobre todo entre los que hacen profesión de metodología?

³ Podría sin duda mostrarse, a propósito de numerosos objetos técnicos, lo mismo que lo hemos hecho respecto a la fotografía (véase P. BOURDIEU *et al.*, *op. cit.*), que, dejando aparte lo que está implicado en los determinismos negativos, los límites, no puede deducirse casi nada referente a los usos sociales a partir de las propiedades técnicas de los objetos.

⁴ Los economistas —a quienes en la actualidad emulan aquellos sociólogos que lo que menos les

sustituir la relación abstracta entre consumidores con gustos intercambiables y productos con propiedades uniformemente percibidas y apreciadas por una relación entre unos gustos que varían de manera necesaria según las condiciones económicas y sociales de su producción y unos productos a los que confieren sus diferentes identidades sociales. Basta, en efecto, con plantear la cuestión, extrañamente ignorada por los economistas, de las *condiciones económicas de la producción de las disposiciones postuladas por la economía*, es decir, en este caso particular⁵, la cuestión de los determinantes económicos y sociales de los gustos, para percibir la necesidad de inscribir en la definición completa del producto las *experiencias diferenciales* que de ellos hacen los consumidores con arreglo a las disposiciones debidas a su posición en el espacio económico. No es preciso haber vivido estas experiencias para comprenderlas con una comprensión que puede no deber nada a la experiencia vivida y, menos aún, a la simpatía: relación objetiva entre dos objetividades, el *habitus* permite establecer una relación inteligible y necesaria entre unas prácticas y una situación de las que el propio *habitus* produce el sentido con arreglo a categorías de percepción y apreciación producidas a su vez por una condición objetivamente perceptible.

CONDICIÓN DE CLASE Y CONDICIONAMIENTOS SOCIALES

Debido a que no puede dar razón de las prácticas si no es sacando sucesivamente a la luz la serie de *efectos* que se encuentran en su origen, el análisis hace desaparecer en primer lugar la estructura del estilo de vida característico de un agente o de una clase de agentes, es decir, la unidad que se disimula bajo la diversidad y la multiplicidad del conjunto de unas prácticas realizadas en campos dotados de lógicas diferentes, luego capaces de imponer unas formas de realización diferentes (de acuerdo con la fórmula: [(*habitus*) (capital)] + campo = práctica): el análisis hace desaparecer también la estructura del espacio simbólico que resalta el conjunto de estas prácticas estructuradas, de todos *estos estilos de vida distintos y distintivos* que se definen siempre objetivamente, y a veces subjetivamente, en y por sus relaciones mutuas. Se trata, pues, de recomponer lo que ha sido descompuesto, primero a título de verificación, pero también para redescubrir lo que hay de verdad en el enfoque característico del conocimiento común, a saber, la intuición de la sistematicidad de los estilos de vida y del conjunto que éstos constituyen. Para ello se hace necesario volver al principio unificador y generador de las prácti-

preocupa es el sentido de la interrogación teórica y la atención a la complejidad de lo real—son maestros en el arte de formalizar una vivencia o un inconsciente de clase. Y cuesta trabajo resistirse al perverso placer de evocar un reciente estudio en el que Gary S. Becker —que en otras ocasiones ha conseguido situar mejor su imaginación modelizadora— trata de dar cuenta de la paradoja que pretende que la demanda de ciertos bienes aumente constantemente con la experiencia (G. J. STIGLER y G. S. BECKER “De gustibus no est disputandum”, *American Economic Review*, 67, marzo 1977, pp. 76-90). Para dar cuenta de disposiciones como la “melomanía”, típica de las “manías benéficas”, y la “toxicomanía”, característica de las “manías nocivas”, Becker invoca, en el primer caso, el descenso del coste de producción del “placer musical” que resulta de la acumulación de capital humano específico, y en el segundo, por el contrario, apela al aumento del coste de producción de la “euforia” que resulta del debilitamiento de la aptitud para la euforia. *Quod erat demonstrandum*.

⁵ Para encontrar otro ejemplo de este paradójico olvido, véase P. BOURDIEU, *Travail et travailleurs en Algérie*, París, Mouton, 1963, y *Algérie 60*, París, Éd. de Minuit, 1978.

cas, es decir, al *habitus* de clase como forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta condición impone; por consiguiente, hay que construir la *clase objetiva* como conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades *objetivadas*, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o *incorporadas*, como los *habitus* de clase (y, en particular, los sistemas de esquemas clasificadores)⁶.

Variables y sistemas de variables

Al designar a esas clases (clases de agentes o, lo que bajo este punto de vista viene a ser lo mismo, clases de condiciones de existencia) por un nombre de profesión, no se hace otra cosa que manifestar que la posición en las relaciones de producción impone las prácticas, especialmente por conducto de los mecanismos que rigen el acceso a las distintas posiciones y que producen o seleccionan una clase determinada de *habitus*. Pero esto no es una forma de volver a una variable pre-construida como es la "categoría socio-profesional": en efecto, los individuos reunidos en una clase que está construida bajo una relación particular, pero particularmente determinante, llevan siempre consigo, además de las propiedades pertinentes que constituyen el origen de su enclasmiento, unas *propiedades secundarias* que se introducen así de contrabando en el modelo explicativo⁷. Es decir, que una clase o una fracción de clase se define no sólo por su posición en las relaciones de producción, tal como ella puede ser reconocida por medio de indicadores como la profesión, los ingresos o incluso el nivel de instrucción, sino también por un cierto *sex-ratio*, una distribución determinada en el espacio geográfico (que nunca es socialmente neutra) y por un conjunto de *características auxiliares* que, a título de exigencias tácitas, pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales, sin estar nunca formalmente enunciadas (es, por ejemplo, el caso de la pertenencia étnica o de sexo); numerosos criterios oficiales sirven, en efecto, de careta a unos criterios ocultos, pudiendo ser el hecho de exigir una titulación determinada una forma de exigir, en realidad, un origen social determinado⁸.

⁶ La clase objetiva no debe confundirse con la clase *movilizada*, conjunto de agentes reunidos, sobre la base de la homogeneidad de las propiedades objetivadas o incorporadas que definen la clase objetiva, con vistas a la lucha destinada a salvaguardar o a modificar la estructura de la distribución de las propiedades objetivadas.

⁷ Esto es lo que expresa bien Jean Benzécri cuando dice: "Tomemos unos individuos $\alpha \beta_1 \gamma_1, \alpha \beta_2 \gamma_2, \dots, \alpha \beta_n \gamma_n$, descritos cada uno por la posesión de tres características (o caracteres). Haciendo abstracción de los dos últimos elementos de cada descripción, se dirá que todos estos individuos encajan en una sola especie definida por la característica α , y que se podrá llamar, en pocas palabras, la especie α . Pero incluso si la característica α permite definir esta especie y reconocer en ella a los individuos, no puede estudiarse aquélla sin tener en cuenta las características β , y de éstos. Desde este punto de vista, si denominamos B al conjunto de modalidades β que puede revestir el segundo carácter, y C al conjunto de modalidades γ del tercer carácter, estudiar la especie α será estudiar αBC , esto es, además de la primera característica que se ha fijado, todo lo que puede ser la segunda (B) o la tercera (C); y además las asociaciones permitidas entre éstas últimas (como β con γ mejor que con γ' o γ''). J. BENZÉCRI, "Definition logique et definition statistique: Notes de lecture sur un chapitre de Ernst Cassirer", *Cahiers de l'analyse des données*, Vol. III, 1978, n.º 2, pp. 239-242.

⁸ Sería necesario examinar lo que la lista de criterios utilizados por el analista debe al estado de la

Así es como los miembros de los grupos basados en la cooptación, como son la mayor parte de los *cuerpos* a los que protege explícita o tácitamente un *numerus clausus* (médicos, arquitectos, profesores de enseñanza superior, ingenieros, etc.), tienen siempre en común algo más y distinto que las características exigidas de forma explícita: la percepción ordinaria de las profesiones, que sin duda constituye uno de los principios reales de las “vocaciones”, es menos abstracta e irreal que la de los estadísticos y tiene en cuenta no sólo la naturaleza del puesto o el importe de los ingresos que proporciona, sino también esas características secundarias que a menudo se encuentran en la base de su valor social (prestigio y descrédito) y que, aunque ausentes de la definición oficial, funcionan como exigencias tácitas, orientando de forma más o menos abierta, como la edad, el sexo o el origen social o étnico, las elecciones de cooptación, a partir de la entrada en la profesión y a todo lo largo de la carrera, de manera que los miembros del cuerpo desprovistos de estas características son excluidos o rechazados hacia posiciones marginales (las mujeres médicos o abogados están condenadas a clientelas femeninas, y los médicos o abogados negros a clientes negros o a la investigación). En resumen, la propiedad destacada por el nombre empleado para designar una categoría, es decir, la profesión en la mayoría de los casos, puede disimular la eficacia de todas las propiedades secundarias que, aunque realmente constitutivas de la categoría así definida, no están mencionadas de forma expresa. Igualmente, pueden cometerse errores de bulto si, tratando de apreciar la evolución de una posición social (definida por la profesión), se ignoran, por el solo hecho de tener en cuenta *una sola de las propiedades pertinentes* aunque se trate de la más importante, todos los *efectos de sustitución* en los que también se expresa esta evolución: la trayectoria colectiva de una clase social puede ponerse de manifiesto en el hecho de que se “feminice” o se “masculinice”, envejezca o rejuvenezca, se empobrezca o se enriquezca, transformaciones todas ellas que pueden ser simultáneas o alternativas (pudiendo manifestarse la decadencia de una posición del mismo modo por el hecho de que se feminice –lo que puede ir acompañado de una elevación del origen social– o de que se “democratice” o de que “envejezca”). Lo mismo valdría para *cualquier grupo definido por la ocupación de una posición en un campo* –por ejemplo, una disciplina universitaria en la jerarquía de las distintas disciplinas, un título nobiliario o académico en la jerarquía de los títulos, etc.

Las relaciones singulares entre una variable dependiente (como puede ser la opinión política) y unas variables llamadas independientes como el sexo, la edad y la religión, o incluso el nivel de instrucción, los ingresos y la profesión, tienden a disimular el sistema completo de las relaciones que constituyen el verdadero princi-

lucha entre los distintos grupos separados por estos criterios, o, con mayor exactitud, a la capacidad de los grupos definidos por estos criterios para hacerse *reconocer* como tales: es probable que habría menos posibilidades de olvidar que los O.S. son en una gran parte mujeres y emigrados si unos grupos fundados en el sexo o en la nacionalidad de origen se hubieran constituido como tales en el seno de la clase obrera. Por otra parte, el paralogismo del factor aparente no sería tan frecuente si no fuera la simple retraducción en el terreno científico de los juegos de legitimación mediante los cuales los grupos tienden a colocar en primera posición tal o cual propiedad legítima, principio declarado de su constitución, para ocultar los fundamentos reales de su existencia. Así es como los grupos más selectivos (como un público de concierto o de alumnos de gran escuela) pueden enmascarar(se) en cierto modo dos veces el verdadero principio de su selección: al renunciar a pregonar los principios reales de su existencia y de su reproducción, se condenan a tener que contar con la eficacia de mecanismos que, al no tener el rigor específico y sistemático de un derecho de entrada explícito, admiten *excepciones* (a diferencia de los clubes y de todas las “élites” basadas en la cooptación, no pueden controlar el *conjunto de propiedades* de los “elegidos”, esto es, la totalidad de la persona).

pio de la fuerza y de la forma específica de los efectos registrados en tal correlación particular. La más independiente de las variables “independientes” oculta toda una red de relaciones estadísticas que están presentes, de forma soterrada, en la relación que mantiene con tal opinión o tal práctica. También aquí, en lugar de pedir a la tecnología estadística la resolución de un problema con el que no puede hacer otra cosa que desplazarlo, se necesitaría interrogarse, mediante un análisis de las divisiones y variaciones que introducen las diferentes variables secundarias (sexo, edad, etc.) en el seno de la clase definida por la variable principal, sobre todo lo que, presente en la definición real de la clase, no se ha tenido en cuenta conscientemente en la definición nominal, la que resume el nombre empleado para designarla y, en consecuencia, en la interpretación de las relaciones en las que se le hace entrar.

La relación entre la titulación académica y la profesión es un ejemplo típico de la falsa independencia entre las variables llamadas independientes: no sólo porque, por lo menos en algunos sectores del espacio social (a los que se tienen más o menos acceso según la titulación académica), la profesión depende de la titulación, sino también porque el capital cultural que se piensa que garantiza la titulación depende de la profesión ejercida, que puede suponer el mantenimiento o el aumento del capital adquirido en la familia y/o en la escuela (por y para la promoción profesional) o por el contrario la disminución de este capital (debida al hecho de la descualificación). A este efecto de la situación profesional —en la que también habría que distinguir el efecto del trabajo propiamente dicho que, por su misma naturaleza, puede reclamar una inversión más o menos grande y más o menos constante de capital cultural, y por tanto una conservación más o menos continua del mismo, y al efecto de la posible carrera que requiere o excluye unas inversiones culturales apropiadas para asegurar la promoción profesional o para legitimarla— se añade el *efecto del medio profesional*, es decir, el refuerzo ejercido sobre las disposiciones y, en particular, sobre las disposiciones culturales (o religiosas y políticas) por un grupo homogéneo en la mayor parte de las relaciones que lo definen: sería necesario así examinar en cada caso la medida en que las condiciones de existencia profesional favorecen o perjudican la realización de este efecto, lo que nos llevaría a tomar en cuenta las características propias del trabajo (penosidad, etc.), las condiciones en las que se realiza —ruido o silencio favorable para la comunicación, etc.— los ritmos temporales que impone y el tiempo libre que concede, y sobre todo la forma de relaciones horizontales o verticales que favorece en los lugares de trabajo —durante éste y en los intervalos de descanso— o fuera del mismo, etc. Este efecto se encuentra, sin duda, en el origen de muchas de las diferencias que separan a los empleados de oficina (empleados contables, empleados de banca, agentes de empresas, mecanógrafos) de los empleados de comercio (vendedores de almacenes en su mayor parte), y de las cuales no dan cuenta en su totalidad ni las diferencias ligadas con la fracción de clase de origen (con alguna mayor frecuencia los empleados de oficina son descendientes de agricultores autónomos y los empleados de comercio de pequeños patronos) ni las diferencias de capital escolar (los primeros tienen con alguna más frecuencia el BEPC y los segundos un CAP)⁹. Entre los efectos que la relación entre la fracción

⁹ Los empleados de comercio y los empleados de oficina, que presentan una distribución más o menos igual según el sexo, la edad y los ingresos, están separados por diferencias importantes en lo que se refiere a disposiciones y prácticas. Así, los empleados de oficina, más ascéticos, esperan con mayor frecuencia de sus amigos que sean concienzudos o educados, desean más a menudo un hogar claro, limpio y cuidado, les gusta Brel. Guétary, Luis Mariano, la *Rapsodia húngara*, La *Arlesiana*, Rafael.

de clase y las prácticas desvela y vela a la vez, se encuentra el efecto de la posición en la distribución de las propiedades secundarias atribuidas a una clase: así ocurre que los miembros de la clase que no poseen todas las propiedades modales —por ejemplo, los hombres en una profesión fuertemente feminizada o los hijos de obreros en la Escuela nacional de administración— están profundamente marcados en su identidad social por esa pertenencia y por la imagen social que ella impone y con respecto a la cual deben inevitablemente situarse, tanto si la asumen como si la rechazan.

Del mismo modo, unas relaciones como las que unen el capital escolar o la edad con los ingresos disimulan la relación que enlaza entre sí a las dos variables aparentemente independientes, determinando la edad los ingresos con una fuerza que varía según el capital escolar y la profesión, determinada a su vez, en alguna medida, por el capital escolar al mismo tiempo que por otros factores menos visibles, como son el sexo o el capital cultural y social heredado. En algún otro caso, una de las variables no es, en cierto modo, más que una forma transformada de la otra: así la edad escolar (esto es, la edad para un nivel escolar determinado) es una forma transformada del capital cultural heredado, al ser el retraso una etapa hacia la relegación o la eliminación; de manera más general, el capital escolar que se posee en un momento dado del tiempo expresa, entre otras cosas, el nivel económico y social de la familia de origen (al término de un proceso más o menos largo que no tiene nada que ver con una relación mecánica, puesto que el capital cultural de origen puede no ser reconvertido en capital escolar más que de una manera imperfecta, o puede ejercer unos efectos irreductibles a los del título escolar, como se ve en todos los casos en los que el origen social distingue a individuos de nivel escolar idéntico). Igualmente, en toda relación entre el capital escolar y una determinada práctica, se percibe el efecto de las disposiciones asociadas con el sexo que contribuyen a determinar la lógica de la reconversión del capital heredado en capital escolar, es decir, y con mayor precisión, a determinar la “elección” de la especie de capital escolar que se obtendrá a partir del mismo capital de origen, de preferencia literario en el caso de una chica y científico en el de un chico. También de igual modo, la relación de una determinada práctica con la edad puede ocultar una relación con el capital escolar cuando la edad señala de hecho unos modos de acceso diferentes a la posición —por el título o por la promoción profesional— y/o unas generaciones escolares y unas oportunidades desiguales de acceso al sistema de enseñanza (al tener los agentes de mayor edad un capital escolar menor que los más jóvenes), o incluso con la clase social, en razón de las variaciones de la definición social de la precocidad o del retraso en los diferentes campos y en particular en el campo escolar¹⁰. Y de igual modo, por último, no se puede imputar las variaciones de la práctica cultural según el tamaño de la aglomeración residencial al efecto propio de la distancia puramente espacial y a las variaciones de la oferta cultural, antes de haber verificado si las diferencias subsisten

Watteau, Vinci. Por el contrario, los empleados de comercio buscan, con mayor frecuencia que los de oficina, amigos sociables, *bons vivants*, divertidos y elegantes, un hogar confortable e íntimo, y también con mayor frecuencia dicen que les gusta Brassens, Ferré, Françoise Hardy, *El crepúsculo de los Dioses*, *Las cuatro estaciones*, *La Rapsodia en blue*, Utrillo o Van Gogh.

¹⁰ En realidad, la transformación de las probabilidades de acceso no es más que un aspecto de un cambio más sistemático que afecta también a la propia definición de la competencia, impidiendo, en circunstancias extremas, toda comparación entre las generaciones (los conflictos que enfrentan a los poseedores de competencias con edades y niveles escolares distintos —antiguo diploma elemental frente al nuevo bachillerato— se concentran precisamente en la definición de la competencia, reprochando la antigua generación a la nueva el no poseer las competencias juzgadas como elementales y fundamentales en la antigua definición: “ya no saben ortografía”, “no saben ni siquiera contar”).

cuando se elimina el efecto de las desigualdades de capital escolar que encubre (hasta en la misma categoría profesional) la distribución en el espacio geográfico¹¹.

Al conducir el análisis variable a variable, como frecuentemente se hace, se corre el riesgo de atribuir a una de las variables (por ejemplo el sexo o la edad, que pueden *expresar a su manera* toda la situación o el devenir de una clase) lo que es efecto del conjunto de las variables (error que resulta favorecido por la inclinación consciente o inconsciente de sustituir las alienaciones específicas, vinculadas a la clase, por las *alienaciones genéricas*, vinculadas al sexo o a la edad, por ejemplo). La condición económica y social, tal como es aprehendida a través de la profesión, impone su forma específica a todas las propiedades de edad o de sexo, de tal suerte que lo que se pone de manifiesto en las correlaciones entre la edad o el sexo y las prácticas es la eficacia de toda la *estructura de los factores* asociados a la posición en el espacio social: la ingenuidad de la inclinación a imputar las diferencias según la edad a un efecto genérico de envejecimiento biológico salta a la vista cuando se observa, por ejemplo, que el envejecimiento, que en los miembros de las clases más favorecidas está asociado con un deslizamiento hacia la derecha, en los obreros se acompaña de un deslizamiento hacia la izquierda. Igualmente, en la precocidad relativa de los cuadros, que mide, por ejemplo, la edad a la que acceden a una posición determinada, se expresa todo lo que, por encima de las apariencias de identidad puntual de condición, los divide, es decir, toda su trayectoria anterior y posterior, y el volumen y la estructura del capital que la determinan.

La clase construida

La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de propiedades (propiedades de sexo, de edad, de origen social o étnico –proporción de blancos y negros, por ejemplo, de indígenas y emigrados, etc.–, de ingresos, de nivel de instrucción, etc.) ni mucho menos por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación de causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas¹².

¹¹ Habría que someter la oposición entre París y las provincias a un análisis semejante al que se ha sometido la noción de “nivel de instrucción”: en las relaciones en las que entra la variable “residencia” se expresan no sólo el efecto de la oferta cultural, ligada con la densidad del capital cultural objetivado, y en consecuencia con las oportunidades objetivas ofrecidas así al consumo cultural y al correlativo refuerzo de las aspiraciones a consumir, sino también todos los efectos que resultan de la desigual distribución en el espacio de las propiedades y de los propietarios (por ejemplo, de los poseedores de un importante capital escolar), y en particular el efecto de refuerzo circular que todo grupo ejerce sobre sí mismo, por ejemplo en el sentido de la intensificación de la práctica cultural, si es cultivado; en el sentido de la indiferencia e incluso de la hostilidad a esta práctica, si no lo es.

¹² Para construir las clases y fracciones de clase que han servido de base a los análisis que siguen se ha tenido en cuenta, de manera sistemática, no sólo la profesión y/o el nivel de instrucción (que se encuentran en la base de la CSP del INSEE) sino también, en cada caso, los índices disponibles del volumen de las diferentes especies de capital así como el sexo, la edad y la residencia.

Construir, como se ha hecho aquí, unas clases lo más homogéneas posible con respecto a los determinantes fundamentales de las condiciones materiales de existencia y de los condicionamientos que éstas imponen es, pues, tomar en cuenta conscientemente, *en la misma construcción de estas clases*, y en la interpretación de las variaciones, según las mismas, de la distribución de las propiedades y de las prácticas, la red de características secundarias que se manipula de manera más o menos inconsciente siempre que se recurre a unas clases construidas sobre la base de un criterio único, aunque sea tan pertinente como la profesión; es también comprender el principio de las divisiones objetivas, es decir, incorporadas u objetivadas en unas propiedades distintivas, con arreglo a las cuales los agentes tienen el máximo de probabilidades de dividirse y reagruparse realmente en sus prácticas ordinarias, al mismo tiempo que de movilizarse o ser movilizados (con arreglo, por supuesto, a la lógica específica, vinculada a una historia específica, de las organizaciones movilizadoras) por y para la acción política, individual o colectiva¹³

No es posible justificar de manera unitaria y a la vez específica la infinita diversidad de las prácticas si no es a condición de romper con el *pensamiento lineal*, que sólo conoce las estructuras simples de orden de la determinación directa, para dedicarse a la reconstrucción de las *redes* de las enmarañadas relaciones que se encuentran presentes en cada uno de los factores¹⁴. La causalidad estructural de una red de factores es completamente irreductible a la eficacia acumulada del con-

¹³ Los principios de división lógica que se emplean para producir las clases están con toda evidencia, muy desigualmente constituidos socialmente en unos enclasmientos sociales preexistentes (con la simple existencia de un nombre de oficio o profesión, o de "categoría social", producto de la acción clasificatoria de un organismo administrativo—como el INSEE—o de transacciones sociales muy próximas por ejemplo a las convenciones colectivas en un extremo, y en el otro con los grupos dotados de una verdadera identidad social, de organismos permanentes encargados de expresar y defender sus intereses, etc.). Los principios de división secundarios (como la nacionalidad de origen o el sexo), que tienen todas las posibilidades de permanecer ignorados por el análisis ordinario *mientras que no sirvan de base a una forma cualquiera de movilización*, indican unas líneas potenciales de división según las cuales un grupo percibido socialmente como unitario puede llegar a escindirse de manera más o menos profunda y durable. Debido al hecho de que los diferentes factores que entran en el sistema de las determinaciones constitutivas de la condición de clase, y que pueden funcionar como principios de divisiones reales entre unos grupos objetivamente separados o realmente movilizados, poseen pesos funcionales diferentes y tienen por ello una eficacia estructurante muy desigual, estos principios de división están a su vez jerarquizados, y los grupos movilizados con arreglo a un criterio secundario (como el sexo o la edad) tienen todas las probabilidades de resultar unidos por unas afinidades y solidaridades menos duraderas y menos profundas que los grupos movilizados con arreglo a los determinantes fundamentales de la condición.

¹⁴ No se ha hecho nada, y sobre todo no han hecho nada ni la lógica práctica de la recolección o del análisis de datos ni la representación de la científicidad que es moneda corriente en las ciencias sociales, para hacer accesible y aceptable un modo de pensamiento parecido. Por el contrario, todo lleva a pedir a la tecnología la resolución de un problema que ella misma no hace otra cosa que desplazarlo: es el caso, por ejemplo, de Goldberg, cuando en un artículo de un rigor real que es poco corriente en este tipo de ejercicio, recurre a la técnica de "la inferencia causal" para probar diferentes modelos explicativos mediante las correlaciones parciales que expresan las "relaciones causales" más determinantes para un campo particular como es el del voto (A. S. GOLDBERG, "Discerning Causal Pattern among Data on Voting Behavior", *American Political Science Review*, 1966, 60, pp. 913-922). Y sin embargo, quizá no sea ofrecer un sacrificio en el altar de la nostalgia metafísica el hecho de rehusar darnos por satisfechos con los innumerables modelos parciales que han sido producidos, aquí o allí, campo a campo, golpe a golpe, para dar cuenta de las prácticas religiosas, de las elecciones políticas o de los consumos alimenticios, etc., y preguntarnos si la atomización de las teorías explicativas se debe a la lógica de lo que se trata de explicar o a la lógica del modo de explicación.

junto de las relaciones lineales de fuerza explicativa diferente que las necesidades del análisis obligan a aislar, las que se establecen entre los distintos factores tomados uno a uno y la práctica considerada; por medio de cada uno de los factores se ejerce la eficacia de todos los demás, ya que la multiplicidad de determinaciones no conduce a la indeterminación sino por el contrario a la *sobredeterminación*: de este modo, la superposición de determinaciones biológicas o psicológicas y de determinaciones sociales en la formación de la identidad sexual socialmente definida (dimensión fundamental de la personalidad social) no es otra cosa que un caso particular, pero particularmente importante, de una lógica que está también actuando en el caso de otras determinaciones biológicas (como es el envejecimiento).

No hace falta decir que los factores constitutivos de la clase construida no dependen todos entre sí en el mismo grado y que la estructura del sistema que constituyen está determinada por aquellos de entre los mismos que tienen el peso funcional más importante: así es como el volumen y la estructura del capital confieren su forma y su valor específico a las determinaciones que los demás factores (edad, sexo, residencia, etc.) imponen a las prácticas. Las propiedades de sexo son tan indisociables de las propiedades de clase como el amarillo del limón es inseparable de su acidez: una clase se define en lo que tiene de más esencial por el lugar y el valor que otorga a los dos sexos y a sus disposiciones socialmente constituidas. Es esto lo que hace que existan tantas maneras de vivir la feminidad como clases y fracciones de clase existen, y que la división del trabajo entre los sexos tome formas completamente distintas, tanto en las prácticas como en las representaciones, en el seno de las diferentes clases sociales. La verdad de una clase o de una fracción de clase *se expresa*, pues, en su distribución según el sexo o según la edad y, quizá más todavía, porque se trata entonces de su futuro, en la evolución en el curso del tiempo de esta distribución: las posiciones más bajas se caracterizan por el hecho de incluir una parte importante –y creciente– de extranjeros y/o de mujeres (O. S., peonaje) o de mujeres extranjeras (mujeres de servicio doméstico)¹⁵; del mismo modo, no es casual el hecho de que estén prácticamente reservadas a las mujeres las profesiones de *servicio y de cuidados personales* –servicios médico-sociales, establecimientos de cuidados personales, antiguos como los de peluquería o nuevos como los dedicados a la estética corporal, y sobre todo los servicios de hogar– que acumulan las dos dimensiones de la tradicional definición de las tareas femeninas, el servicio y la casa. Tampoco es casual el hecho de que las clases o las fracciones de clase de más edad sean también las clases en decadencia, como los agricultores y los patronos industriales y comerciales, no pudiendo encontrar la mayor parte de los jóvenes originarios de estas clases otro medio de escapar a la decadencia colectiva que el de su reconversión hacia algunas de las profesiones en expansión. De igual modo, en el aumento de la proporción de mujeres se expresa todo el devenir de una profesión y, en particular, la devaluación absoluta o relativa que puede

¹⁵ Entre 1968 y 1975 las categorías obreras más cualificadas se han masculinizado aún más de prisa que en el pasado, mientras que las menos cualificadas, por el contrario, se han ido feminizando muy rápidamente: la proporción de mujeres entre los obreros especializados y el peonaje, después de haber disminuido entre 1962 y 1968, ha aumentado de nuevo, pasando del 24 % en 1968 al 28 % en 1975 (véase L. THÉVENOT, “Les catégories sociales en 1975. L’extension du salariat”, *Economie et statistique*, 91, julio-agosto 1977, p. 6).

resultar de las transformaciones de la naturaleza y organización del propio trabajo (es el caso, por ejemplo, de los empleos de oficina, con la multiplicación de tareas mecánicas y repetitivas, comúnmente dejadas a las mujeres) o de los cambios de posición relativa en el espacio social (es el caso de los profesores cuya posición ha resultado afectada por la translación global del cuerpo resultante del aumento global del número de posiciones ofertadas). Sería necesario analizar de la misma forma la relación entre el estatus matrimonial y la clase o la fracción de clase: se ha demostrado suficientemente, por ejemplo, que el celibato de los hombres del pequeño campesinado no es una propiedad secundaria de éste sino que es una manifestación esencial de la crisis que afecta a esta fracción de la clase campesina; la alteración de los mecanismos de reproducción biológica y social que determina la lógica específica de la dominación simbólica es una de las mediaciones a través de las cuales se realiza el proceso de concentración que conduce a una transformación profunda de la clase. Pero incluso en este caso sería necesario, como se ha hecho para el nivel de instrucción, someter la noción común a un verdadero trabajo de análisis; el hecho de estar casado no se contrapone simplemente al hecho de estar soltero como el hecho de tener un cónyuge legítimo al de no tenerlo. Basta con pensar en algunos casos límites (muy desigualmente frecuentes), como son el de la mujer sin profesión, el del artista que vive a costa de su mujer, el del patrón o el del cuadro industrial que debe su posición al estatus de yerno, para ver que es difícil caracterizar a un individuo sin hacer intervenir a todas las *propiedades* que sobrevienen a cada uno de los cónyuges —y no sólo a las mujeres— por mediación del otro, un nombre (a veces una preposición nobiliaria), unos bienes, unos ingresos, unas relaciones, un estatus social (al resultar caracterizados, en grados distintos según su sexo, su posición social y la diferencia entre las dos posiciones, por la posición social de su cónyuge). Para dejar de incluir las propiedades adquiridas y/o poseídas *por matrimonio* en el sistema de las propiedades que pueden determinar las prácticas y las propiedades, es preciso olvidar, como de ordinario se hace, preguntarse cuál es el sujeto de las prácticas o, más sencillamente, si el “sujeto” interrogado es realmente el sujeto de las prácticas sobre las que se le interroga. Basta, en efecto, con formular la pregunta para darse cuenta de que numerosas estrategias no se definen concretamente más que en la relación entre los miembros del grupo doméstico (pareja o, a veces, familia extensa), relación que depende de la relación entre los dos sistemas de propiedades asociados a los dos cónyuges. Los bienes comunes, sobre todo cuando tienen alguna importancia económica y social, como la vivienda o el mobiliario, o incluso los bienes personales, como la vestimenta, constituyen —como en otras sociedades la elección de un esposo o esposa para el hijo o la hija— la resultante de esas relaciones de fuerza (negadas) que definen a la unidad doméstica: así por ejemplo, todo hace suponer que, dada la lógica de la división del trabajo entre los sexos, que confiere a las mujeres la precedencia en materia de gusto (como a los hombres en materia de política), el peso del gusto propio del hombre en la elección de su vestuario (y por consiguiente el grado en que su vestido expresa su gusto) depende no sólo del capital cultural heredado y del capital escolar de que dispone (la división tradicional de los papeles tiende a debilitarse, tanto en este campo como en otros, cuando aumenta el capital escolar) sino también del capital escolar y cultural poseídos por su esposa y de la diferencia que los separa (y lo mismo vale para el peso de las preferencias propias de la mujer en materia de política, al tener el efecto de asignación estatutaria que hace de ella un

asunto de hombres, tantas menos probabilidades de ejercitarse cuanto más importante es el capital escolar de la esposa y más débil o más a su favor es la diferencia entre su capital y el de su marido).

Clase social y clase de trayectorias

Pero esto no es todo. Por una parte los agentes no están completamente definidos por las propiedades que poseen en un momento dado del tiempo y cuyas condiciones de adquisición sobreviven en los *habitus* (efecto de histéresis de los *habitus*), y por otra parte la relación entre el capital de origen y el capital de llegada o, si se prefiere, entre las posiciones original y actual en el espacio social, es una relación *estadística* de intensidad muy variable. Aunque siempre se perpetúen en las disposiciones constitutivas del *habitus*, las condiciones de adquisición de las propiedades sincrónicamente detalladas no se evocan más que en el caso de que exista *discordancia* entre las condiciones de adquisición y las de utilización¹⁶, es decir, cuando las prácticas engendradas por el *habitus* aparecen como mal adaptadas porque se ajustan a un estado anterior de las condiciones objetivas (es lo que podría llamarse el efecto Don Quijote). El análisis estadístico que compara las prácticas de agentes que poseen las mismas propiedades y ocupan la misma posición social en un momento determinado, pero que resultan separados por su origen, realiza una operación análoga a la percepción ordinaria que, en un grupo, descubre a los “advenedizos” y a los desclasados, basándose en los sutiles indicios de las maneras o del aspecto en los que se traiciona el efecto de unas condiciones de existencia diferentes de las condiciones presentes o, lo que viene a ser lo mismo, el efecto de una trayectoria social diferente de la trayectoria modal en el grupo considerado.

Los individuos no se desplazan al azar en el espacio social, por una parte porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos (mediante, por ejemplo, los mecanismos objetivos de eliminación y de orientación), y por otra parte porque ellos oponen a las fuerzas del campo su propia inercia, es decir, *sus propiedades*, que pueden existir en estado incorporado, bajo la forma de disposiciones, o en estado objetivo, en los bienes, titulaciones, etc. A un volumen determinado de capital heredado corresponde un *haz de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes —es el *campo de los posibles* objetivamente ofrecido a un agente determinado—; y el paso de una trayectoria a otra depende a menudo de acontecimientos colectivos —guerras, crisis, etc.— o individuales —ocasiones, amistades, protecciones, etc.— que comúnmente son descritos como casualidades (afortunadas o desafortunadas) aunque ellas mismas dependen estadísticamente de la posición y de las disposiciones de aquellos a quienes afectan (por ejemplo, el sentido de las “relaciones” que permite a los poseedores de un fuerte capital social conservar o aumentar este capital), cuando no están expresamente preparadas por determinadas intervenciones institucionalizadas (clubes, reuniones familiares, asociaciones de anti-

¹⁶ El hecho de que el modo de adquisición sea particularmente visible en algunos terrenos y en algunas situaciones es una manifestación particular de este efecto (p. ej., la discordancia entre el modo de adquisición escolar y las situaciones “mundanas”).

guos alumnos, asociaciones de profesionales, etc.) o “espontáneas” de los individuos o de los grupos. De ello se desprende que la posición y la trayectoria individual no son estadísticamente independientes, no siendo igualmente probables todas las posiciones de llegada para todos los puntos de partida: esto implica que existe una correlación muy fuerte entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan o, lo que viene a ser lo mismo, las trayectorias que han llevado a ocuparlas, y que, en consecuencia, la *trayectoria modal* forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase (al ser las prácticas tanto más irreductibles al efecto de la posición sincrónicamente definida cuanto más dispersas son las trayectorias, como es el caso en la pequeña burguesía).

La homogeneidad de las disposiciones asociadas a una posición y su aparentemente milagroso ajuste a las exigencias inscritas en la misma son el producto, de una parte, de los mecanismos que orientan hacia las posiciones a unos individuos ajustados de antemano, sea porque se sienten hechos para unos puestos que parecen a su vez hechos para ellos —esto es la “vocación” como adhesión anticipada al destino objetivo que se impone mediante la referencia práctica a la trayectoria modal en la clase de origen—, sea porque se presentan como tales a los ocupantes de estos puestos —es la cooptación fundada en la inmediata armonía de las disposiciones— y, por otra parte, de la dialéctica que se establece, a lo largo de toda una existencia, entre las disposiciones y las posiciones, entre las aspiraciones y las realizaciones. El *envejecimiento social* no es otra cosa que este lento trabajo de duelo* o, si se prefiere, de *desinversión* (socialmente asistida y alentada) que lleva a los agentes a ajustar sus aspiraciones a sus oportunidades objetivas, conduciéndoles así a admitir su condición, a *devenir lo que son*, a *contentarse con lo que tienen*, aunque sea esforzándose en engañarse ellos mismos sobre lo que son y sobre lo que tienen, con la complicidad colectiva, para *fabricar su propio duelo*, de todos los posibles acompañantes, abandonados poco a poco en el camino, y de todas las esperanzas reconocidas como irrealizables a fuerza de haber permanecido irrealizadas.

El carácter *estadístico* de la relación que se establece entre el capital de origen y el capital de llegada es lo que hace que no se puedan justificar por completo las prácticas con arreglo solamente a las propiedades que definen la posición ocupada en un momento dado del tiempo en el espacio social: decir que los miembros de una clase que disponen en origen de un cierto capital económico y cultural están destinados, con una probabilidad dada, a una trayectoria escolar y social que conduce a una posición dada es decir, en efecto, que una fracción de la clase (que no puede ser determinada *a priori* en los límites del sistema explicativo considerado) está destinada a desviarse con respecto a la trayectoria más frecuente para la clase en su conjunto, tomando la trayectoria, superior o inferior, con más probabilidades para los miembros de alguna otra clase, y desclasándose así por arriba o por abajo¹⁷. El efecto de trayectoria que se manifiesta en este caso tiene todas las

* Véase P. FEDIDA, *op. cit.* (N. de la T.).

¹⁷ La orientación de estas trayectorias “desviantes” no se deja en absoluto al azar: todo parece indicar, por ejemplo, que, en caso de decadencia, los individuos originarios de profesiones liberales van más bien hacia las nuevas fracciones de las clases medias, mientras que los hijos de profesores descienden más a menudo hacia la pequeña burguesía establecida.

posibilidades de ser mal entendido, como ocurre en todos los casos en que unos individuos que ocupan posiciones semejantes en un momento dado resultan separados por unas diferencias asociadas a la evolución, en el curso del tiempo, del volumen y de la estructura de su capital, es decir, por su *trayectoria individual*. La correlación entre una determinada práctica y el origen social (medido por la posición del padre cuyo valor real puede haber sufrido una degradación oculta debida a la permanencia del valor nominal) es la resultante de dos efectos (del mismo sentido o no): por una parte el efecto de inculcación ejercido directamente por la familia o por las condiciones de existencia originales; por otra parte, el efecto de trayectoria social propiamente dicho¹⁸, es decir, el efecto que ejerce sobre las disposiciones y sobre las opiniones la experiencia de la ascensión social o de la decadencia, ya que la posición de origen no es otra cosa, en esta lógica, que el punto de partida de una trayectoria, el hito con respecto al cual se define la *pendiente* de la carrera social. Esta distinción se impone con evidencia en todos los casos en los que unos individuos originarios de la misma fracción o de la misma familia, y sometidos en consecuencia a unas inculcaciones morales, religiosas o políticas que pueden suponerse idénticas, se encuentran propensos a unas posturas divergentes en materia de religión o de política a causa de las diferentes relaciones con el mundo social que deben a unas trayectorias individuales divergentes, y según que, por ejemplo, hayan tenido éxito o no lo hayan tenido las estrategias de reconversión necesarias para escapar a la decadencia colectiva de su clase. Este efecto de trayectoria contribuye sin duda, en una parte muy importante, a hacer confusa la relación entre la clase social y las opiniones religiosas o políticas, debido al hecho de que dicho efecto impone la representación de la posición ocupada en el mundo social y con ello, la visión de este mundo y de su porvenir: de forma opuesta a los individuos o grupos en ascensión, plebeyos de nacimiento o de la cultura, que tienen su porvenir, es decir, su ser, delante de ellos, los individuos o los grupos en decadencia reinventan eternamente el discurso de todas las noblezas, la fe esencialista en la eternidad de las naturalezas, la celebración del pasado y de la tradición, el culto integrista de la historia y de sus rituales, porque no pueden esperar del porvenir otra cosa que el retorno del antiguo orden del que esperan la restauración de su ser social¹⁹. Esta ofuscación es particularmente visible en las clases medias y, en especial, en las nuevas fracciones de estas clases que, en calidad de lugares de indeterminación situados en *posición inestable en la estructura social*, personifican en su más alto grado la propiedad, característica de la clase en su conjunto, de hacer coexistir individuos y trayectorias extremadamente dispersas. Esta dispersión de trayectorias se observa incluso *en la unidad doméstica*, que tiene más probabilidades que en las demás clases de reunir unos cónyuges (relativamente) desiguales no sólo por su origen y trayectoria social sino también por su estatus profesional y su nivel escolar (lo que produce el resultado, entre otras cosas, de llevar a primer plano lo que la nueva vulgata denomina “los problemas de la pareja”, es decir,

¹⁸ Este efecto es a su vez una dimensión esencial del efecto de inculcación por el hecho de que la pendiente de la trayectoria paterna contribuye a formar la experiencia originaria de la inserción dinámica en el universo social.

¹⁹ Hay que evitar imaginar a los grupos en ascensión por simple simetría: si la titulación escolar es para los grupos en ascensión —y tanto más cuanto más dominados están— una protección y un instrumento de defensa contra la explotación, tiende siempre a funcionar, incluso en este caso, como un instrumento de distinción y de legitimación.

esencialmente los problemas de la división sexual del trabajo y de la división del trabajo sexual).

Por oposición con el efecto de la trayectoria individual que, como *desviación* con respecto a la trayectoria colectiva (que puede ser de pendiente nula), es inmediatamente visible, el efecto de la *trayectoria colectiva* corre el riesgo de no ser visto como tal: cuando el efecto de trayectoria se ejerce sobre el conjunto de una clase o de una fracción de clase, es decir, sobre un conjunto de individuos que tienen en común el ocupar una posición idéntica y estar comprometidos en la misma *trayectoria colectiva* —la que define la clase en ascensión o en decadencia— se corre el riesgo de imputar a las propiedades sincrónicamente vinculadas a la clase unos efectos (por ejemplo, unas opiniones políticas o religiosas) que en realidad son producto de unas transformaciones colectivas. El análisis se ve complicado por el hecho de que algunos miembros de una fracción de clase pueden estar embarcados en una trayectoria individual de sentido opuesto a la de la fracción en su conjunto: lo que no significa que sus prácticas no estén marcadas por el destino colectivo (podemos preguntarnos, por ejemplo, si los artesanos o los agricultores cuyo logro individual parece ir a contracorriente de la decadencia colectiva cesan de resultar afectados por ésta)²⁰. Pero aquí también se hace preciso evitar el substantialismo. Así es como algunas de las propiedades asociadas a la clase social que pueden no tener eficacia ni valor alguno en un campo determinado —como la naturalidad y la familiaridad cultural en un campo estrictamente controlado por la institución escolar— pueden adquirir todo su peso en otro campo —por ejemplo, en un universo mundano— o en *otro estado del campo*, como las aptitudes que, después de la Revolución francesa, permitieron a los aristócratas franceses llegar a ser, según palabras de Marx, “los maestros de baile de Europa”.

Capital y mercado

Pero todo sería demasiado simple si fuera suficiente con sustituir un factor, incluso uno particularmente importante como es la categoría socio-profesional, que debe una parte considerable de sus efectos a las variables secundarias que exige, o un índice establecido una vez por todas, por un sistema de factores definidos, primordialmente, por su estructura²¹. En realidad, según el dominio considerado, lo que resulta eficiente es una configuración particular del sistema de propie-

²⁰ Sería necesario preguntarse si la decadencia individual tiene los mismos efectos sociales que la decadencia colectiva. Puede suponerse que la segunda autoriza o favorece más las reacciones colectivas (tales como el movimiento Poujade) que la primera.

²¹ Es evidente que no se trata de excluir el uso de indicadores que permitan acumular lo esencial de la información contenida en un conjunto de factores, como el indicador de estatus socio-cultural construido por Ludovic Lebart y Nicole Tabard para “resumir” la información sobre cada familia proporcionada por la profesión de los ascendientes paternos y maternos, la profesión, la edad de terminación de los estudios y el nivel de instrucción de los dos cónyuges. No es menos cierto que, como lo hacen notar estos autores muy acertadamente, no puede reconocérsele un poder “explicativo” a esta variable sintética si no es a condición de entender la palabra “explicativo” en un sentido estrictamente estadístico (véase L. LEBART, A. MORINEAU y N. TABARD, *Techniques de la description statistique*, París, Dunod, 1977, p. 22): lejos de hacer avanzar la investigación, el uso ingenuo de tales índices tendría por efecto excluir la cuestión de la configuración particular de las variables que en cada caso es operante.

dades constitutivas de la clase construida, definida de manera completamente teórica por el conjunto de todos los factores que operan en todos los dominios de la práctica: volumen y estructura del capital definidos puntualmente y en su evolución (trayectoria), sexo, edad, estatus matrimonial, residencia, etc. Es la lógica específica del campo, de lo que en él se encuentra en juego y de la especie de capital que se necesita para participar, lo que impone las propiedades mediante las cuales se establece la relación entre la clase y la práctica²². Para comprender el hecho de que el mismo sistema de propiedades (que determina la posición ocupada en el campo de las luchas de clases y que es determinado por ella) tenga siempre la mayor eficacia explicativa, sea cual sea el campo considerado —consumos alimenticios, prácticas crediticias o de fecundidad, opiniones políticas o prácticas religiosas, etc.— y que, simultáneamente, el peso relativo de los factores que lo constituyen varíe de un campo a otro, al venir a primer plano tal o cual factor, según los casos —aquí el capital escolar, allí el capital económico, más allá el capital de relaciones sociales, y así sucesivamente—, basta con darse cuenta de que, al ser el capital una relación social, es decir, una energía social que ni existe ni produce sus efectos si no es en el campo en la que se produce y se reproduce, cada una de las propiedades agregadas a la clase *recibe su valor y su eficacia de las leyes específicas de cada campo*: en la práctica, esto es, en un campo particular, todas las propiedades incorporadas (disposiciones) u objetivadas (bienes económicos o culturales) vinculadas a los agentes no siempre son simultáneamente eficientes; la lógica específica de cada campo determina aquellas que *tienen valor* en ese mercado, que son pertinentes y *eficientes* en el juego considerado, que, *en la relación con ese campo*, funcionan como capital específico y, en consecuencia, como factor explicativo de las prácticas. Esto significa, en concreto, que el rango social y el poder específico que los agentes reciben en un campo particular dependen en primer lugar del capital específico que puedan movilizar, sea cual sea por otra parte su riqueza en cualquier otra especie de capital (que, sin embargo, puede ejercer un efecto de contaminación). Así se explica que la relación que el análisis descubre entre la clase y las prácticas parezca establecerse en cada caso por la mediación de un factor o de una combinación particular de factores que varía según el campo. Esta apariencia se encuentra en la base del error que consiste en inventar tantos sistemas explicativos como campos existen, en lugar de ver en cada uno de ellos una forma transformada de todos los demás o, lo que es peor, en instaurar en principio de explicación universal una combinación particular de factores eficientes en un campo particular de prácticas. La configuración singular del sistema de los factores explicativos que hace falta construir para explicar un estado de la distribución de una clase particular de bienes o de prácticas, es decir, de un balance, confeccionado en un momento dado del tiempo, de la lucha de clases que tiene como apuesta

²² Si no se realiza esta doble relación de cada factor explicativo, nos exponemos a todas las clases de errores que tienen por principio el hecho de ignorar que lo que “actúa” en el factor considerado depende del sistema en el cual está inserto y de las condiciones en las cuales “actúa”; o, más sencillamente, el hecho de omitir el plantear la cuestión del verdadero principio de la eficacia de la “variable independiente”, haciendo como si la relación comprobada entre el factor designado por lo que no es con respecto a él, lo más a menudo, más que un *indicador* (por ejemplo, el nivel de instrucción) y una determinada práctica (por ejemplo, el porcentaje de respuesta a las preguntas sobre política o, en un orden completamente distinto, la aptitud para adoptar la disposición estética, la frecuentación de los museos o el conocimiento de los músicos, etc.) no tuviera que ser también *explicada*.

esa categoría particular de bienes o de prácticas (caviar o pintura de vanguardia, premio Nobel o mercado de Estado, opinión avanzada o deporte elegante, etc.), es la forma que toma, *en este campo*, el capital objetivado (propiedades) e incorporado (*habitus*) que define en propiedad la clase social y que constituye el principio de producción de prácticas distintivas, es decir, enclasadadas y enclasantas; representa un estado del sistema de propiedades que hacen de la clase un principio de explicación y de clasificación universal, que define el rango ocupado en todos los campos posibles.

UN ESPACIO EN TRES DIMENSIONES

Es posible construir un espacio cuyas tres dimensiones fundamentales estarían definidas por el volumen del capital, la estructura del capital y la evolución en el tiempo de estas dos propiedades (puesta de manifiesto por la trayectoria pasada y potencial en el espacio social)²³, obedeciendo así a la preocupación por recomponer las unidades más homogéneas desde el punto de vista de las condiciones de producción de los *habitus*, es decir, bajo el aspecto de las condiciones elementales de existencia y de los condicionamientos que éstas imponen.

Las diferencias primarias, aquellas que distinguen las grandes clases de condiciones de existencia, encuentran su principio en el volumen global del capital como conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables, capital económico, capital cultural, y también capital social: las diferentes clases (y fracciones de clase) se distribuyen así desde las que están mejor provistas simultáneamente de capital económico y de capital cultural hasta las que están más desprovistas en estos dos aspectos (véase más adelante el gráfico 5). Los miembros de profesiones liberales que tienen altos ingresos y elevadas titulaciones, que muy a menudo (52,9 %) son originarios de la clase dominante (profesiones liberales o cuadros superiores), que reciben mucho y consumen mucho, tanto en bienes materiales como en bienes culturales, se contraponen casi en todos los aspectos a los empleados de oficina, con pocas titulaciones, frecuentemente originarios de las clases populares y medias, que reciben poco, gastan poco y dedican una parte importante de su tiempo al cuidado de su coche y al *bricolage*, y aún más rotundamente, a los obreros cualificados o especializados y sobre todo al peonaje y a los asalariados agrícolas, con ingresos más escasos, desprovistos de titulaciones escolares y originarios en su casi totalidad (a razón de un 90,5 % para los asalariados agrícolas y de un 84,5 % para el peonaje) de las clases populares²⁴.

²³ Para no complicar excesivamente el análisis de lo que constituye el objeto central de este trabajo, se ha dejado para otra obra, dedicada a las clases sociales, la exposición de los principios fundamentales de esta construcción, es decir, la teoría de las especies de capital, de sus propiedades específicas y de las leyes que rigen las conversiones entre estos diferentes estados de la energía social, que inseparablemente es una teoría de las clases y de las fracciones de clase definidas por la posesión de un capital de volumen y estructura determinados.

²⁴ Las diferencias son más claras y en todo caso más visibles en materia de instrucción que en materia de ingresos porque la información sobre los ingresos (basada en las declaraciones de impuestos) es mucho menos fiable que la información sobre las titulaciones: y esto sobre todo para los patronos industriales y comerciales (que, en la encuesta CESP -F.C., V-, tenían, junto con los médicos, los porcentajes más altos de "no contestan" a las preguntas sobre los ingresos), para los artesanos, los pequeños comerciantes y para los agricultores autónomos.

Las diferencias que tienen como base el volumen global del capital disimulan casi siempre, tanto para el conocimiento común como para el conocimiento “erudito”, las diferencias secundarias que, dentro de cada una de las clases definidas por el volumen global de su capital, separan distintas fracciones de clase, definidas por unas *estructuras patrimoniales* diferentes, es decir, por unas formas diferentes de distribución de su capital global entre las distintas especies de capital²⁵. Tomar en cuenta la estructura del patrimonio –y no sólo, como implícitamente se ha hecho siempre, la *especie dominante* en una estructura determinada, “nacimiento”, “fortuna” o “talento”, como se decía en el siglo XIX– es conseguir el medio de proceder a unas divisiones más precisas al mismo tiempo que el de aprehender los efectos específicos de la propia estructura de la distribución entre las diferentes especies, que, por ejemplo, puede ser simétrica (como en el caso de los miembros de las profesiones liberales que unen con unos ingresos muy altos un capital cultural muy fuerte) o asimétrica (en el caso de los profesores o de los patronos, la especie dominante es en los primeros el capital cultural y en los segundos el capital económico). Se tienen así dos conjuntos de posiciones homólogas. Las fracciones cuya reproducción depende del capital económico, casi siempre heredado –industriales y grandes comerciantes en el nivel superior²⁶, artesanos y pequeños comerciantes en el nivel medio– se contraponen a las fracciones más desprovistas de capital económico (relativamente, por supuesto) y cuya reproducción depende principalmente del capital cultural –profesores en el nivel superior, maestros en el nivel medio²⁷.

Dado que el volumen del capital económico va aumentando de manera continuada mientras que decrece el volumen del capital cultural cuando se va desde los artistas hacia los patronos de la industria y del comercio, se ve que la clase dominante se organiza según una *estructura en quiasma*. Para demostrarlo es preciso examinar sucesivamente, por medio de diferentes indicadores tomados de una encuesta que tiene el mérito de distinguir entre los cuadros del sector público y los

²⁵ Entre las dificultades de las que este modelo intentaba explicar de manera unitaria y sistemática, la más visible es la observación, hecha también por otros con frecuencia (por ej. F.C., VII), de que las jerarquías comprobadas, tanto en el seno de la clase dominante, entre los cuadros superiores por un lado y los patronos industriales y comerciales por otro, como en el seno de las clases medias, entre los cuadros medios y los artesanos o los comerciantes, varían según las prácticas y los bienes considerados –lo que parecía dar argumentos a la crítica relativista de las clases sociales mientras que no se percibió la relación entre la naturaleza de esas prácticas o de esos bienes, por ejemplo, la frecuentación del teatro por una parte y la posesión de televisión en color por la otra, y las características del capital de los correspondientes grupos.

²⁶ Los industriales, que en las encuestas realizadas con muestras representativas –en las que son muy poco numerosos– son agrupados con los comerciantes, declaran unos ingresos netamente superiores a estos últimos (el 33,6 % declara más de 100.000 F. de ingresos frente al 14,5 % de los comerciantes). Los que en la encuesta del INSEE (F.C., I) destacan así están mucho más cercanos de la nueva burguesía que los comerciantes: declaran con más frecuencia salarios, remuneraciones, acciones, y con menos frecuencia beneficios industriales, comerciales o no comerciales.

²⁷ Para las clases populares, fuertemente jerarquizadas según el volumen global del capital, los datos disponibles no permiten apreciar las diferencias en la segunda dimensión: y esto aunque diferencias como las que separan los OS de origen rural de una fábrica de provincia, sin titulación, que viven en el campo en una granja heredada, y los OQ de una empresa de la región parisienne, que pertenecen a la clase obrera desde hace varias generaciones, que tienen una especialidad o unos títulos técnicos, estén sin duda en la base de diferencias tanto en el estilo de vida como en las opiniones religiosas o políticas.

del sector privado (F.C., V), la distribución del capital económico y la distribución del capital cultural entre las fracciones, y poner en relación las estructuras de estas distribuciones.

Evidente cuando se toman en consideración unos indicadores de patrimonio (como se hará más abajo), la jerarquía que se establece entre las fracciones para la posesión de capital económico y que va desde patronos industriales y comerciales a profesores, es ya menos aparente cuando no se trata como aquí más que con índices de *consumo* (automóvil, barco, hotel) que no son ni perfectamente adecuados ni perfectamente unívocos: el primero depende también del tipo de práctica profesional y los otros dos del tiempo libre que, como por otra parte se sabe, varía casi en razón inversa del capital económico; la posesión de una vivienda depende también de la estabilidad en la misma ciudad de residencia (más baja en los cuadros, los ingenieros y los profesores). En cuanto a los ingresos, están rebajados de forma muy desigual (el porcentaje de no declarantes puede ser considerado como un indicador de la tendencia a declarar por bajo) y asimismo muy desigualmente acompañados de ingresos secundarios, como comidas o viajes de negocios (de los que por otra parte se sabe que aumenta conforme se va de los profesores a los cuadros del sector privado y a los patronos).

Tabla 6—Variaciones de algunos indicadores del capital económico según la fracción de la clase dominante (F.C., V)

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
propietarios de vivienda	51	38	54	44	40	70	70
propietarios de automóviles de categoría superior	12	20	28	21	22	34	33
propietarios de barcos	8	8	14	10	12	14	33
vacaciones en hoteles	15	17	23	17	21	26	32
ingresos medios (en millares de F)	33	32	41	36	37	36	33
porcentaje de no declarantes de ingresos	6	8	27	9	13	28	24

En lo que concierne al capital cultural, con la excepción de algunas inversiones en las que se expresa la acción de variables secundarias tales como el lugar de residencia, con la oferta cultural que le es solidaria, y los ingresos, con los medios que asegura, las diferentes fracciones se organizan según una jerarquía inversa (las diferencias según la especie de capital poseído—literario, científico o económico, político— se ven sobre todo en el hecho de que los ingenieros testimonian más interés por la música, y también por los juegos “intelectuales” como el bridge o el ajedrez, que por las actividades literarias—lectura de *Le Figaro littéraire* o frecuentación del teatro).

Tabla 7—Variaciones de algunos indicadores de la práctica cultural según las diferentes fracciones de la clase dominante (F.C., V)

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
lectores de libros no profesionales (1)	21	18	18	16	16	10	10
espectadores de teatro (2)	38	29	29	28	34	16	20
oyentes de música clásica	83	89	86	89	89	75	73
visitantes de museos	75	66	68	58	69	47	52
visitantes de galerías	58	54	57	45	47	37	34
poseedores de radio de FM	59	54	57	56	53	48	48
no poseedores de TV	46	30	28	33	28	14	24
lectores de <i>Le Monde</i> (3)	410	235	230	145	151	82	49
lectores de <i>Le Figaro littéraire</i> (3)	168	132	131	68	100	64	24

(1) 15 y más horas por semana.

(2) Una vez cada dos o tres meses por lo menos.

(3) Índice de penetración por 1.000.

Estos indicadores tienden sin duda a reducir mucho la importancia de las diferencias entre las diferentes fracciones: en efecto, la mayor parte de los consumos culturales implican también un coste económico, por ejemplo la frecuentación del teatro, que depende no sólo del nivel de instrucción sino también de los ingresos; además, unos aparatos como los receptores de frecuencia modulada o los equipos de alta fidelidad pueden ser objeto de muy distintas utilizaciones (p. ej., la escucha de música clásica o de música de baile) y resultar dotados con valores tan desiguales, por referencia a la jerarquía dominante de los usos posibles, como las diferentes formas de lectura o de teatro. En realidad, el rango de las diferentes fracciones, jerarquizadas según el interés que otorgan a los diferentes tipos de lectura, tiende a aproximarse a su rango en la jerarquía establecida según el volumen del capital cultural poseído, a medida que se va hacia las lecturas más especiales y, ya se sabe por lo que hemos visto en otro lugar, más vinculadas con el nivel de instrucción y situadas más alto en la jerarquía de los grados de legitimidad cultural (véase tabla 8).

Asimismo se observa (F. C., XIV, tabla 215 a) que la sobre-representación de los profesores (y de los estudiantes) en el público de los diferentes teatros decrece continuamente, mientras que aumenta la sobre-representación de las otras fracciones (jefes de empresa, cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, desafortunadamente mezclados en la estadística), cuando se pasa del teatro de vanguardia, o percibido como tal, al teatro clásico y sobre todo cuando se pasa de este último al teatro de bulevar, que obtiene entre la tercera y la cuarta parte de su público de las fracciones menos "intelectuales" de la clase dominante.

Tabla 8—Tipo de lectura según las diferentes fracciones de la clase dominante (F.C., V)*

	profesores	cuadros públicos	membros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
novelas policíacas	25 (6)	29 (1)	27 (4)	28 (3)	29 (1)	27 (4)	25 (6)
novelas de aventuras	17 (7)	20 (3)	18 (6)	24 (1)	22 (2)	19 (4)	19 (4)
relatos históricos	44 (4)	47 (2)	49 (1)	47 (2)	44 (4)	36 (6)	27 (7)
libros de arte	28 (2)	20 (3)	31 (1)	19 (5)	20 (3)	17 (6)	14 (7)
novelas	64 (2)	68 (1)	59 (5)	62 (3)	62 (3)	45 (6)	42 (7)
filosofía	20 (1)	13 (3)	12 (5)	13 (3)	15 (2)	10 (7)	12 (5)
política	15 (1)	12 (2)	9 (4)	7 (5)	10 (3)	5 (6)	4 (7)
economía	10 (1)	8 (3)	5 (6)	7 (5)	9 (2)	8 (3)	5 (6)
ciencias	15 (3)	14 (4)	18 (2)	21 (1)	9 (7)	10 (6)	11 (5)

* Se ha recalcado la tendencia más fuerte en cada línea. La cifra entre paréntesis representa el rango de cada fracción. Se ha puesto aparte la lectura de las obras de economía y ciencias en la medida en que el interés por este género de literatura depende de factores secundarios, a saber, el tipo de práctica profesional para los unos (de ahí el rango de los cuadros del sector privado y de los patronos) y el tipo de formación intelectual para los otros (de ahí el rango de los ingenieros).

Después de establecer que la estructura de la distribución del capital económico es simétrica e inversa de la estructura de la distribución del capital cultural, se puede plantear la cuestión de la jerarquía de los dos principios de jerarquización (sin olvidar que esta jerarquía es en cada momento lo que está en juego en las luchas y que, en algunas coyunturas, el capital cultural puede ser, como sucede actualmente en Francia, una de las condiciones del acceso al control del capital económico). Como indicador del estado de la relación de fuerzas entre estos dos principios de dominación, se puede tomar la frecuencia de los desplazamientos intergeneracionales entre las fracciones. Si se consideran como índices de la rareza de una posición (o, lo que viene a ser lo mismo, de su cerramiento) la proporción de sus miembros que son originarios de la clase dominante en su conjunto o de la fracción considerada en sí misma, se ve que la jerarquía así obtenida se corresponde con bastante precisión, para uno y otro índice, con la jerarquía establecida según el volumen del capital económico: la proporción de los miembros de cada fracción que son originarios de la clase dominante, así como la proporción de los individuos originarios de la fracción a la cual pertenecen, decrecen paralelamente cuando se va desde los patronos industriales hacia los profesores, con un marcado corte entre las tres fracciones de rango superior (patronos industriales y comerciales y profesiones liberales) y las tres fracciones de rango inferior (ingenieros, cuadros del sector público y profesores).

A la utilización de estos indicadores puede oponerse el hecho de que las diferentes fracciones tienen un control muy desigual de las condiciones de su repro-

Tabla 9— Variaciones del origen social de los miembros de la clase dominante según la fracción de clase (F.C., II)

Hijos:						
	patronos industriales	patronos comerciales	profesores liberales	ingenieros públicos	cuadros	profesores
Padres:						
patronos industriales	33,5	2,8	2,3	6,1	4,4	1,5
patronos comerciales	1,9	31,0	-	1,8	5,0	0,8
miembros de profesiones liberales	0,6	0,9	20,0	0,9	2,4	7,6
ingenieros	-	-	6,4	6,7	2,3	4,6
cuadros del sector público	1,9	3,3	9,9	13,2	14,2	7,6
profesores	0,6	-	2,9	2,7	0,3	6,1
conjunto de la clase	38,5	38,0	41,5	31,4	28,7	29,2

ducción social, de manera que la alta proporción de patronos endógenos puede no expresar otra cosa que la capacidad propia de estas fracciones (o por lo menos de una parte de sus miembros) para transmitir sin mediación ni control sus poderes y privilegios. En realidad, esta capacidad es en sí misma uno de los privilegios más especiales que, al dar una libertad mayor con respecto a los veredictos escolares, hace menos indispensables o menos urgentes las inversiones culturales a que no pueden escapar aquellos que dependen por completo del sistema de enseñanza para su reproducción. De hecho, las fracciones más ricas en capital cultural se inclinan a invertir preferentemente en la educación de sus hijos al mismo tiempo que en las prácticas culturales apropiadas para mantener y acrecentar su particularidad específica; las fracciones más ricas en capital económico relegan las inversiones culturales y educativas en beneficio de las inversiones económicas, mucho más, sin embargo, los patronos industriales y comerciales que la nueva burguesía de los cuadros del sector privado, que manifiesta la misma preocupación por la *inversión racional* tanto en el terreno económico como en el de la educación; relativamente provistos de las dos formas de capital pero demasiado poco integrados en la vida económica como para comprometer en ella de forma activa su capital, los miembros de las profesiones liberales (y en particular los médicos y los abogados) invierten en la educación de sus hijos, pero también, y sobre todo, en unos consumos apropiados para simbolizar la posesión de los medios materiales y culturales aptos para ajustarse a las reglas del arte de vivir burgués y capaces de asegurarles con ello un *capital social*, capital de relaciones mundanas que pueden, llegado el caso, proporcionar “apoyos” útiles, capital de honorabilidad y de respetabilidad que a menudo es indispensable para atraerse o asegurarse la confianza de la buena sociedad y, con ello, su clientela, y que puede convertirse, por ejemplo, en una carrera política.

Debido al hecho de que el éxito escolar depende principalmente del capital cultural heredado y de la propensión a invertir en el sistema escolar (y de que ésta es tanto mayor, para un individuo o para un grupo determinado, cuanto más completamente depende de ella el mantenimiento o la mejora de su posición social), se comprende que la proporción de alumnos originarios de las fracciones más ricas en capital cultural sea tanto mayor en una institución escolar determinada cuanto más alto esté situada ésta en la jerarquía *propriadamente escolar* de las instituciones de enseñanza (medida, por ejemplo, por el índice de éxitos escolares anteriores), llegando a su máximo en la institución encargada de asegurar la reproducción del cuerpo profesoral (Escuela normal superior). En realidad, de igual modo que la clase dominante que contribuye a reproducir, las instituciones de enseñanza superior se organizan según *dos principios opuestos de jerarquización: la jerarquía dominante en el interior de la institución escolar*, esto es, la que ordena las instituciones según los criterios propriadamente escolares y, correlativamente, según la proporción que dentro de su público corresponde a las fracciones más ricas en capital cultural, se contrapone diametralmente a la *jerarquía dominante fuera de la institución escolar*, esto es, la que ordena las instituciones según la proporción en su público de las fracciones más ricas en capital económico o en poder y según la posición en la jerarquía del capital económico y del poder de las profesiones a las que conducen. Si los hijos de las fracciones dominadas están menos representados en las instituciones temporalmente más altas (como la ENA o la HEC) de lo que podrían dejar esperar sus éxitos escolares anteriores y la posición de estas instituciones en la jerarquía propriadamente escolar, ello se debe, por supuesto, a que estas instituciones se separan con respecto a los criterios propriadamente escolares, pero también a que la jerarquía escolar se impone de manera tanto más exclusiva (determinando, por ejemplo, a elegir Ulm Ciencias* mejor que la Politécnica, o la facultad de Letras mejor que Ciencias Políticas) cuanto que la dependencia con respecto al sistema escolar es más total (la ceguera ante los otros principios de jerarquización nunca es tan perfecta como en los hijos de profesores, inclinados por toda su formación familiar a identificar cualquier logro con el logro escolar).

La misma estructura en quiasma se observa en las clases medias, en las que se ve también decrecer el volumen del capital cultural mientras que aumenta el volumen del capital económico, cuando se va desde los maestros a los patronos medios de la industria y del comercio, ocupando los cuadros medios, los técnicos y los empleados una posición intermedia, homóloga de la que ocupan los ingenieros y los cuadros superiores en el espacio superior. Los artesanos y comerciantes artísticos que, por vivir de beneficios industriales y comerciales, están próximos, bajo este aspecto, a los demás pequeños patronos, se distinguen de ellos, sin embargo, por un capital cultural relativamente importante, que los aproxima a la nueva pequeña burguesía. En cuanto a los miembros de los servicios médico-sociales, originarios, en una proporción relativamente importante, de la clase dominante²⁸, ocupan una posición central, casi homóloga de la de los miembros de las profesiones liberales (aunque estén ligeramente más desplazados hacia el polo del capital cultural): son los únicos que disponen no sólo de salarios sino también, en algunos

* Escuela normal superior de la calle de Ulm. Comprende una sección de Ciencias y otra de Letras. (*N. de la T.*)

²⁸ La categoría de los miembros de los servicios médico-sociales se caracteriza por el hecho de que acoge a hombres que han nacido, la mayor parte de ellos, en las clases populares, y mujeres de las que una buena parte (25 %) es originaria de las clases superiores (véanse los dos histogramas).

casos, de beneficios no comerciales (como los miembros de las profesiones liberales).

De inmediato se ve que la homología entre el espacio de la clase dominante y el espacio de las clases medias se explica por el hecho de que su estructura es producto de los mismos principios: en los dos casos se ve la contraposición entre los propietarios (poseedores de su vivienda, de propiedades rurales o urbanas y de valores mobiliarios), que con frecuencia tienen más edad, disponen de poco tiempo libre y a menudo son hijos de patronos o de agricultores autónomos, y los no-propietarios, dotados sobre todo de capital escolar y de tiempo libre, originarios de fracciones asalariadas de las clases medias y superiores o de la clase obrera. Los ocupantes de posiciones homólogas, maestros y profesores, por ejemplo, o pequeños comerciantes y grandes comerciantes, están separados principalmente por el volumen de la especie de capital dominante en su estructura patrimonial, es decir, por unas diferencias de grado que separan a individuos desigualmente provistos de los mismos recursos especiales. Las posiciones inferiores –y, correlativamente, las disposiciones de sus ocupantes– deben una parte de sus propiedades al hecho de que están objetivamente referidas a las posiciones correspondientes del nivel superior hacia las que tienden y a las que pretenden; esto se ve claramente en el caso de la pequeña burguesía asalariada, cuyas virtudes ascéticas y buena voluntad cultural –que manifiesta de todas las maneras posibles, siguiendo cursos de tarde, inscribiéndose en bibliotecas, haciendo colecciones– expresan con toda claridad la aspiración de la ascensión a la posición superior, destino objetivo de los ocupantes de la posición inferior que manifiestan estas disposiciones²⁹.

Para explicar mejor las diferencias de estilo de vida entre las distintas fracciones –y particularmente en materia de cultura– habría que tener en cuenta su *distribución en un espacio geográfico socialmente jerarquizado*. En efecto, las probabilidades que un grupo puede tener de apropiarse una clase cualquiera de bienes singulares (y que miden las esperanzas matemáticas de acceso) dependen, de una parte, de sus capacidades de apropiación específica, definidas por el capital económico, cultural y social que puede utilizar para apropiarse material y/o simbólicamente los bienes considerados, es decir, de su posición en el espacio social, y de otra parte de la relación entre su distribución en el espacio geográfico y la distribución de los bienes singulares en ese espacio (relación que puede medirse en distancias medias a unos bienes o a unos equipos, o en tiempos de desplazamiento –lo

²⁹ Para reconstruir tan completamente como sea posible las condiciones sociales de producción de los *habitus*, es preciso tener en cuenta también la trayectoria social de la clase y de la fracción de clase de pertenencia que, a través de la pendiente probable del porvenir colectivo, impone las disposiciones progresivas o regresivas con respecto al porvenir, y la evolución a través de varias generaciones del patrimonio de las dos líneas genealógicas que, perpetuándose en los *habitus*, introduce divisiones en el interior de grupos tan homogéneos como las fracciones. Para dar una idea de la diversidad de los casos, bastará con indicar que una *trayectoria social* representa la *combinación* de la evolución en el curso de la vida de ego del volumen de su capital que puede ser descrito, de forma muy *grosera*, como creciente; decreciente o estacionario, del volumen de cada una de las especies (susceptibles de las mismas distinciones), y por tanto de la estructura del capital (un volumen global constante puede ocultar una transformación de la estructura) y, del mismo modo, del volumen y de la estructura de los patrimonios paternos y maternos y de sus pesos respectivos bajo sus diferentes especies (p. ej., asimetría en favor del padre con respecto al capital económico y de la madre con respecto al capital cultural o a la inversa, o equivalencia), y por consiguiente del volumen y de la estructura del capital de los abuelos paternos y maternos.

que hace intervenir al acceso a unos medios de transporte, individuales o colectivos—³⁰. Dicho de otra manera, la distancia social real de un grupo a unos bienes debe integrar la distancia geográfica, que a su vez depende de la distribución del grupo en el espacio, y con mayor precisión, de su distribución con respecto al “centro de los valores” económicos y culturales, es decir, con respecto a París o a las grandes metrópolis regionales (se conocen, por ejemplo, las obligaciones en materia de residencia que implican algunas carreras en las que el acceso a la profesión —v. g., algunos servicios postales— o el ascenso en la misma está subordinado a un exilio más o menos prolongado)³¹. Así, por ejemplo, la distancia de los agricultores a los bienes de la cultura legítima no sería tan inmensa si, a la distancia propiamente cultural correlativa a su escaso capital cultural, no viniera a añadirse el alejamiento geográfico resultante de la dispersión en el espacio que caracteriza a esta clase. De igual modo, las numerosas diferencias observadas en las prácticas (culturales o de cualquier otro tipo) de las distintas fracciones de la clase dominante tienen mucho que ver, sin duda alguna con su distribución según el tamaño de la ciudad de residencia: así, la contraposición entre los ingenieros y los cuadros del sector privado, de un lado, y los patronos industriales y comerciales, del otro, obedece, por una parte, al hecho de que los primeros son de preferencia parisien- ses y pertenecen a empresas relativamente importantes (solamente el 7 % de los cuadros del sector privado trabajan en empresas que tienen de 1 a 5 asalariados, frente al 34 % que lo hacen en empresas medias y el 40 % que trabajan en empresas de más de 50 asalariados), mientras que los segundos se encuentran en su mayor parte a la cabeza de empresas pequeñas (el 6 % de los industriales de la encuesta SOFRES 1966—F.C., V— emplean de 1 a 5 asalariados; el 70 %, de 6 a 49, el 24 % emplean a más de 50; de estos porcentajes corresponden a los patronos de comercio el 30 %, el 42 % y el 12 % respectivamente) y en su mayor parte son provincianos, e incluso rurales (según el censo de 1968, el 22,3 % y el 15,5 % de los patronos comerciales residen en un municipio rural; el 14,1 % y 11,8 % en un municipio de menos de 10.000 habitantes).

La representación que de este modo se obtiene no sería tan difícil de alcanzar si no supusiera una ruptura con la representación espontánea del mundo social que resume la metáfora de “la escala social” y que evoca todo el lenguaje corriente de la “movilidad”, con sus “ascensiones” y sus “decadencias”; y una ruptura, no menos resuelta, con toda la tradición sociológica que, cuando no se contenta con recuperar tácitamente y por su cuenta la representación unidimensio-

³⁰ Sería preciso detallar todas las propiedades culturales que obtienen los individuos por el hecho de su posición en el espacio geográfico, y, entre otras cosas, por medio de la calidad de los contactos sociales (las “frecuentaciones”) que favorece la proximidad espacial. Una de las que más marcan es, sin lugar a dudas, la pronunciación, que evidencia de la manera más infalible un origen más o menos estigmatizado o valorizado.

³¹ Además de constituir una de las manifestaciones de su posición en el espacio social, la distribución de una clase o de una fracción de clase en el espacio geográfico socialmente jerarquizado —y en particular su distancia con respecto a los “centros” económicos y culturales— es casi siempre una manifestación de sus jerarquías internas. Así, por ejemplo, si es posible establecer mediante el análisis secundario de la encuesta sobre el tiempo libre realizada por el INSEE en 1968 que, en todas las categorías socio-profesionales, la práctica cultural aumenta cuando el tamaño de la aglomeración urbana (un buen indicador de la oferta cultural) va siendo más grande es, sin duda y en parte, porque la homogeneidad aparente de las categorías utilizadas oculta diferencias, dentro de cada una de las categorías, según el tamaño de la aglomeración, en particular con respecto al capital cultural poseído.

nal del espacio social –como hacen, por ejemplo, las investigaciones sobre “movilidad social”– la somete a una elaboración falsamente científica, reduciendo el universo social a un *continuum* de estratos abstractos (*upper middle class, lower middle class, etc.*), obtenidos mediante la agregación de especies diferentes de capital que permite la construcción de índices (los instrumentos por excelencia de la destrucción de las estructuras)³². La proyección sobre un solo eje que supone la construcción de la serie continua, lineal, homogénea y unidimensional a la que ordinariamente se identifica la jerarquía social, implica una operación extremadamente difícil (y en particular arriesgada cuando es inconsciente), que consiste en reducir a un único patrón las distintas especies de capital y en medir con la misma vara, por ejemplo, la contraposición entre patronos de industrias y profesores (o entre artesanos y maestros) y la contraposición entre patronos y obreros (o entre cuadros superiores y empleados). Esta operación abstracta encuentra un fundamento objetivo en la posibilidad, siempre disponible, de convertir una especie de capital en otra –con unos porcentajes de conversión variables según los momentos, es decir, según el estado de la relación de fuerza entre los poseedores de las diferentes especies–. Al obligar a formular el postulado de la *convertibilidad de las diferentes especies de capital* que es la condición para la reducción del espacio a la unidimensionalidad, la construcción de un espacio en dos dimensiones permite, en efecto, darse cuenta de que los porcentajes de conversión de las diferentes especies de capital es una de las apuestas fundamentales de las luchas entre las diferentes fracciones de clase cuyos poderes y privilegios están vinculados a una u a otra de estas especies y, en particular, de la lucha sobre el principio dominante de dominación (capital económico, capital cultural o capital social, este último estrechamente vinculado con la antigüedad en la clase por mediación de la notoriedad del nombre y de la extensión y calidad de la red de relaciones) que enfrenta en todos los momentos a las diferentes fracciones de la clase dominante.

LAS ESTRATEGIAS DE RECONVERSIÓN

Las estrategias de reproducción, conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos a las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase, constituyen un sistema que, al ser producto de un mismo principio unificador y generador, funciona y se transforma como tal sistema. Por medio de la disposición con respecto al porvenir, determinado a su vez por las oportunidades objetivas de reproducción del grupo, estas estrategias dependen en primer lugar del volumen y de la estructura del capital que hay que reproducir, esto es, del volumen actual y potencial del capital económico, del capital cultural y del capital

³² Gerhard Lenski, que ha tenido el mérito de darse cuenta del problema de las discordancias entre las diferentes especies de capital, y de señalar algunos de los más ocultos efectos que pueden ejercer (en particular la propensión al “liberalismo” asociada a una fuerte “descristalización” del estatus), no se ha permitido sin duda sacar todas las consecuencias posibles de su intuición al mostrarse sumiso al ritual positivista de la construcción de un índice (Véase G. LENSKI, “Status Crystallisation: A Non-vertical Dimension of Social Status”, *American Sociological Review*, 19, 1954, pp. 405-413).

Una de las dificultades del discurso sociológico obedece al hecho de que, como todo discurso, se desarrolla de forma estrictamente lineal mientras que, para escapar al simplismo y a la falsedad de las apreciaciones parciales y de las intuiciones unilaterales, se necesitaría poder reflexionar, en cada uno de esos puntos, sobre la totalidad de la red de relaciones que en ellos se encuentra, en cierta manera, implicada. Por eso nos ha parecido necesario dar —en forma de un esquema que tiene la propiedad, como dice Saussure, de poder “ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones”— el medio de captar la correspondencia entre la estructura del espacio social, cuyas dos dimensiones fundamentales corresponden al volumen y a la estructura del capital de los grupos que en dicha estructura se distribuyen, y la estructura del espacio de las propiedades simbólicas vinculadas con los grupos distribuidos en este espacio. Pero este esquema no quiere ser la bola de cristal que, según los alquimistas, permitía apreciar con una sola mirada todo lo que ocurre sobre la tierra y que, a la manera de los matemáticos que tratan siempre lo que ellos llaman “imaginaria” como un mal inevitable, el mismo movimiento realizado para darlo lleva en sí la tentación de retirarlo. ¿Cómo no temer, en efecto, que dicho esquema no favorezca las lecturas que reducirían las homologías entre unos sistemas de variaciones diferenciales a unas relaciones directas y mecánicas entre grupos y propiedades? ¿O cómo no temer que no aliente esa forma de *voyeurismo* inherente a la intención objetivista, situando al sociólogo en el papel del Diablo cojuelo que levanta los tejados y descubre a su maravillado lector los secretos de las intimidades domésticas?

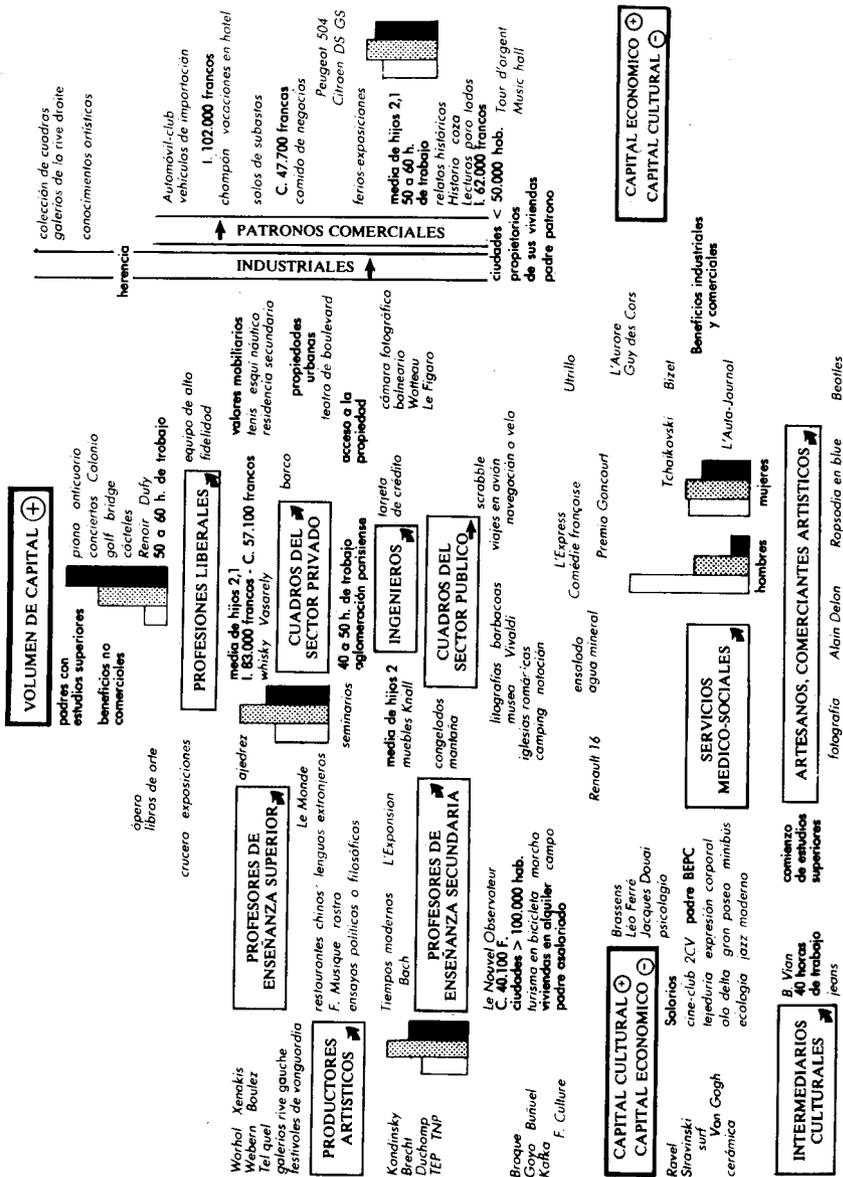
Para darnos una idea tan exacta como sea posible del modelo teórico propuesto, hace falta imaginar que se sobreponen (en la forma en que puede hacerse con unas láminas transparentes) tres esquemas: el primero (gráfico 5) presentaría el espacio de las condiciones sociales tal como lo organiza la distribución sincrónica y diacrónica del volumen y de la estructura del capital en

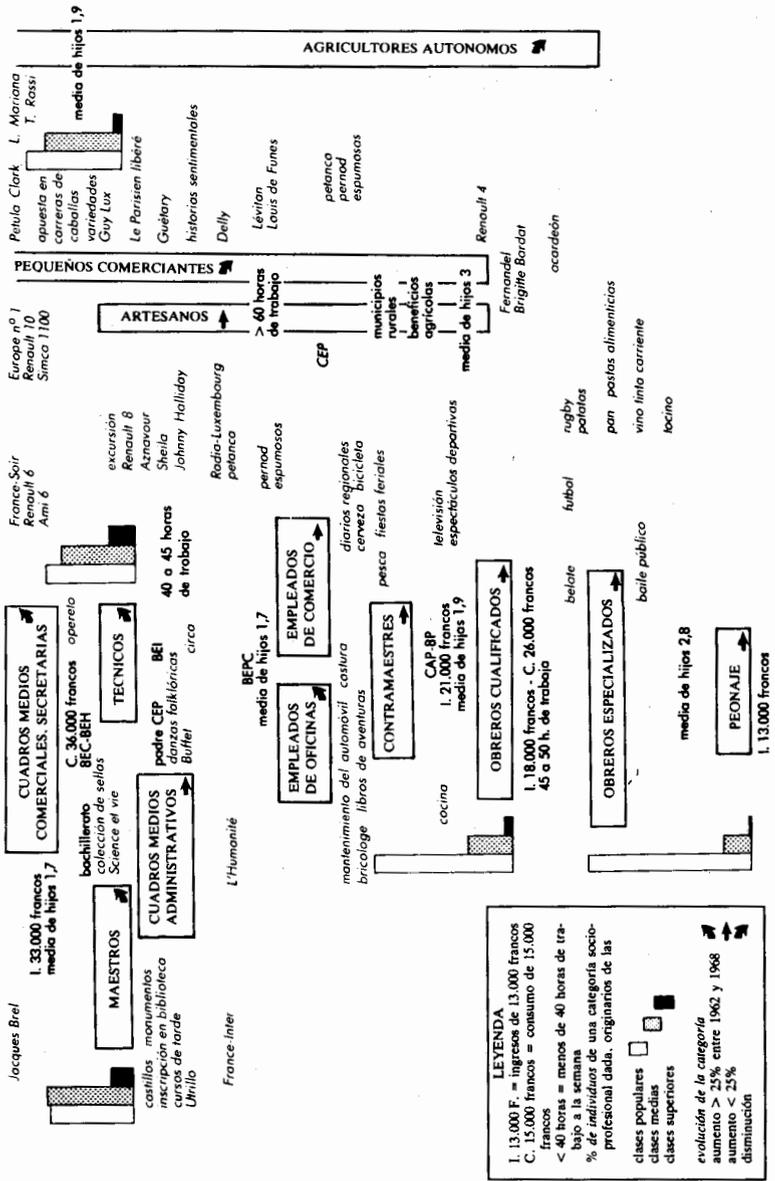
sus diferentes especies encontrándose determinada, la posición de cada uno de los grupos (fracciones de clase) en este espacio por el conjunto de las propiedades características en las relaciones así definidas como pertinentes; el segundo (gráfico 6) presentaría el espacio de los estilos de vida, es decir, la distribución de las prácticas y de las propiedades que son constitutivas del estilo de vida en el que se manifiesta cada una de las condiciones; por último, entre los dos esquemas precedentes, sería necesario introducir además un tercero que presentara el espacio teórico de los *habitus*, es decir, de las fórmulas generadoras (por ejemplo, para los profesores, el ascetismo aristocrático) que se encuentran en la base de cada una de las clases de prácticas y de propiedades, esto es, de la *transformación* en un estilo de vida distinto y distintivo de las necesidades y de las habilidades características de una condición y de una posición¹.

Entre las limitaciones de una construcción de este tipo, las más importantes provienen de las lagunas de la estadística, que mide mucho mejor los consumos o incluso, en rigor, los *ingresos* (dejando aparte los beneficios secundarios y ocultos) y el patrimonio, como conjunto de propiedades destinadas a unos individuos o a unas familias, que el *capital* propiamente dicho (en particular el capital invertido en el ahorro): les siguen las que provienen de las imperfecciones de las categorías de análisis que son muy desigualmente homogéneas, incluso desde el punto de vista de los criterios pertinentes, y que, en el caso de los industriales y de los grandes comerciantes, impiden aislar, por ejemplo, a los poseedores de un capital capaz de ejercer un poder sobre el capital —es decir,

¹ Los esquemas aquí presentados *no son unos diagramas-plano de análisis de correspondencias*, aunque tengan de ello una cierta apariencia y se hayan apoyado en distintos análisis de las correspondencias para construirlos, y aunque numerosos análisis de dichas correspondencias hayan producido unos espacios que se organizan según la misma estructura (comenzando por los análisis de datos de nuestra encuesta que se presentarán más adelante).

Gráfico 5—Espacio de las posiciones sociales
Gráfico 6—Espacio de los estilos de vida





el gran patronato—. (A falta de poder disponer de rigurosos indicadores de la dispersión de las diferentes categorías, se ha hecho patente la dispersión económica y cultural de las categorías más heterogéneas —agricultores, patronos industriales y comerciales, artesanos y comerciantes— escribiendo verticalmente, entre los límites extremos que la definen, la denominación correspondiente.) Es preciso tener presente que la posición marcada por la denominación no representa nunca otra cosa que el punto central de un espacio más o menos extenso que puede organizarse, en algunos casos, como campo de competencia.

Al no poder contar con la encuesta (quizá prácticamente irrealizable) que suministrara, respecto a la misma muestra representativa, el conjunto de indicadores del patrimonio económico, cultural y social, y de su evolución que son necesarios para construir una representación adecuada del espacio social, se ha construido un *modelo simplificado* de este espacio a partir de conocimientos adquiridos en el curso de investigaciones anteriores y sobre la base de un conjunto de datos sacados de diferentes encuestas, realizadas todas por el INSEE y en consecuencia homogéneas por lo menos en lo que concierne a la construcción de categorías (véase anexo 3): de la encuesta realizada por el INSEE, en 1967, sobre la utilización del tiempo libre (en las tablas referidas a los hombres) se han tomado unos indicadores del mismo tales como el del tiempo de trabajo (F. C., IV); de la encuesta sobre la formación y la calificación profesional, de 1970 (tablas referidas a los hombres), se han tomado los datos sobre la categoría socio-profesional del padre (trayectoria social), la titulación del padre (capital cultural heredado) y la titulación del sujeto (capital escolar) (F. C., II); de la encuesta sobre los ingresos, de 1970, se han tomado las informaciones sobre el importe de los ingresos, las propiedades rurales y urbanas, las acciones, los beneficios industriales y comerciales y los salarios (capital económico) (F. C., I); y por último, de la encuesta sobre el consumo de las familias, de 1972, se han tomado

los datos sobre el importe del consumo, la posesión de lava-vajillas, teléfono, el estatus de ocupación de la vivienda y de la segunda vivienda (F. C., III), y del censo de 1968, los datos sobre el tamaño del lugar de residencia.

Se ha representado así, para cada uno de los grupos que figuran, en primer lugar, la distribución de los ocupantes de cada una de las posiciones consideradas según la *trayectoria social* que les ha conducido a ellas, con los histogramas que representan la proporción en cada fracción de los individuos originarios de las diferentes clases², y en segundo lugar, la *historia* de la fracción en su conjunto: a ello responden las flechas ascendentes, descendentes y horizontales que señalan que entre 1962 y 1968 la fracción considerada ha aumentado —por lo menos en un 25 %—, ha disminuido o ha permanecido estable, y que hacen visible así la contraposición entre las fracciones nuevas, en fuerte expansión, y las fracciones establecidas, estables o en decadencia. Nos hemos esforzado así por poner de manifiesto simultáneamente el estado de la relación de fuerzas entre las clases que forma parte de la estructura del espacio social en un momento dado del tiempo y lo que constituye a la vez uno de los efectos y uno de los factores de la transformación de esta estructura, a saber, las estrategias de reconversión mediante las cuales los individuos (y los grupos) se esfuerzan por mantener o por mejorar su posición en el espacio social.

Al yuxtaponer informaciones per-

² A fin de no perjudicar la legibilidad del esquema, sólo se han incluido estos histogramas para algunas de las categorías definidas: lo que basta para dejar ver que la proporción de los individuos originarios de las clases superiores —en negro— aumenta claramente a medida que nos elevamos en la jerarquía social, mientras que disminuye la proporción de los que son originarios de las clases populares —en blanco— (el histograma de los obreros especializados, que no ha podido ser incluido, presenta unas características intermedias entre las del peonaje y las de los obreros cualificados). Habría sido preciso, por lo menos para las clases superiores y medias, poder dar la distribución por *fracción* de origen.

tenecientes a unos campos que los sistemas ordinarios de clasificación separan—hasta el punto de hacer impensable o escandalosa la simple asociación— y al poner así de manifiesto las relaciones—que la intuición inmediata capta y sobre la que se guían las clasificaciones de la existencia ordinaria— entre todas las propiedades y prácticas características de un grupo, el esquema sinóptico obliga a buscar el fundamento de cada uno de los sistemas de “elección”, por una parte, en las condiciones y condicionamientos sociales característicos de una posición determinada en el espacio objetivo en el que se expresan, aunque bajo una forma irreconocible y, por otra, en la relación con los otros sistemas de “elección” con respecto a los cuales se definen su significación y su valor propiamente simbólicos: debido al hecho de que los estilos de vida son esencialmente distintivos, numerosas características no toman todo su sentido si no se relacionan, no sólo con las posiciones sociales que expresan, sino también con otras características situadas en otro polo del espacio: es, por ejemplo, el caso de las oposiciones que se establecen primordialmente entre las posiciones más alejadas en una y/o en otra de las dos dimensiones fundamentales del espacio social (es decir, con respecto al volumen y a la estructura del capital): Goya y Renoir, teatro de vanguardia y teatro de boulevard, Jacques Brel y Tino Rossi, France-Musique y France-Inter o Radio-Luxembourg, cine-club y variedades, etc. Además de las informaciones recogidas directamente por la encuesta, se ha utilizado un conjunto de índices de consumo cultural, tales como la posesión de piano o discos, la utilización de la televisión, la frecuentación de museos, exposiciones, espectáculos de variedades, cine; la inscripción en una biblioteca, cursos; la posesión de una colección, la práctica de algún deporte, tomados todos ellos de la encuesta del INSEE, de 1967, sobre la utilización del tiempo libre; informaciones sobre los consumos y el estilo de vida de los miembros de la clase dominante (equipo de alta fidelidad, barco, crucero, bridge, colección de cuadros, champán,

whisky, deportes practicados, etc.) sacadas de las encuestas de la SOFRES y del CESP (F. C., V y VI); y también informaciones sobre la frecuentación del teatro suministradas por la encuesta de la SEMA (F. C., XIV); sobre los actores favoritos, por las encuestas IFOP (F. C., IX y X); sobre la lectura de diarios, semanarios, revistas, por las encuestas del CSE y del CESP (F. C., XXVIII); sobre diferentes actividades y prácticas culturales (cerámica, alfarería, ferias, etc.), por la encuesta del Secretariado de estado para la cultura (F. C., VII).

Sobre el diagrama así construido, cada información pertinente no figura más que una sola vez y vale, pues, para toda una zona (*más o menos amplia según el caso*) del espacio social, aunque caracterice tanto más a una categoría cuanto más cerca figure de su denominación (así la mención *salarios* que, situada a media altura en la parte izquierda del gráfico 5, se contrapone a *beneficios industriales y comerciales*, vale para toda la mitad izquierda del espacio social, es decir, tanto para los profesores, cuadros o ingenieros como para los maestros, cuadros medios, técnicos, empleados u obreros; del mismo modo, la posesión de *valores mobiliarios*—en la parte de arriba a la derecha— vale a la vez para los patronos, los miembros de profesiones liberales, los cuadros del sector privado y los ingenieros). Puede, pues, leerse de forma inmediata que la posesión de un *piano* y la elección de *El concierto para la mano izquierda* corresponden sobre todo a los miembros de las profesiones liberales; o que la *marcha* y la *montaña* son particularmente características al mismo tiempo de los profesores de enseñanza secundaria y de los cuadros del sector público; o que la *natación*, situada a media distancia entre la nueva pequeña burguesía y los cuadros del sector privado o los ingenieros, participa de los estilos de vida de estos dos conjuntos de profesiones. De esta forma, alrededor de la denominación de cada fracción se encuentran reunidas las características más pertinentes, puesto que son las más *distintivas*, de su estilo de vida—que, por otra parte, puede compartir con otros grupos.

social que el grupo posee, y de su peso relativo en la estructura patrimonial; y, en segundo lugar, del estado del sistema de los instrumentos de reproducción, institucionalizados o no (estado de la costumbre y de la ley sucesoria, del mercado de trabajo, del sistema escolar, etc.), con arreglo a su vez, al estado de la relación de fuerzas entre las clases: con mayor precisión, estas estrategias dependen de la relación que se establece en cada momento entre el patrimonio de los diferentes grupos y los diferentes instrumentos de reproducción, y que define la transmisibilidad del patrimonio, fijando las condiciones de su transmisión, es decir, dependen del rendimiento diferencial que los distintos instrumentos de reproducción pueden ofrecer a las inversiones de cada clase o fracción de clase.

Debido a que las estrategias de reproducción constituyen un sistema y a que dependen del estado del sistema de los instrumentos de reproducción y del estado (volumen y estructura) del capital a reproducir, todo cambio en relación con cualquiera de ellos lleva consigo una *reestructuración* del sistema de las estrategias de reproducción: la *reconversión* del capital poseído bajo una particular especie en otra especie distinta, más accesible, más rentable y/o más legítima en un estado dado del sistema de instrumentos de reproducción, tiende a determinar una transformación de la estructura patrimonial.

Las reconversiones se traducen en otros tantos desplazamientos en un espacio social que no tiene nada en común con el espacio simultáneamente irreal e ingenuamente realista de los estudios denominados de “movilidad social”. La misma ingenuidad positivista que lleva a describir como “movilidad ascendente” los efectos de las transformaciones morfológicas de las diferentes clases o fracciones de clase, conduce a ignorar que la reproducción de la estructura social puede, en determinadas condiciones, exigir una muy escasa “herencia profesional”: esto sucede siempre que los agentes no pueden mantener su *posición* en la estructura social ni las propiedades ordinales inherentes a la misma más que al precio de una *translación* asociada a un cambio de *condición* (tal como el paso de la condición de pequeño propietario de tierras a la de pequeño funcionario o de la condición de pequeño artesano a la de empleado de oficina o de comercio).

El hecho de que el espacio social esté jerarquizado en sus dos dimensiones —por una parte la del volumen del capital global, desde el más importante al menos importante, y por otra, la de la especie de capital dominante a la especie de capital dominado— permite dos formas de desplazamiento que los tradicionales estudios de movilidad confunden, aunque de ninguna manera sean equivalentes y aunque sean muy desigualmente probables: en primer lugar, los *desplazamientos verticales*, ascendentes o descendentes, en el mismo sector vertical del espacio, es decir, en el mismo campo (como el maestro que llega a profesor, el pequeño patrono que llega a gran patrono); después, los *desplazamientos transversales*, que implican el paso de un campo a otro distinto y que pueden realizarse ya sea en el mismo plano horizontal (cuando el maestro, o su hijo, se hacen pequeños comerciantes), ya sea en planos diferentes (como el maestro —o su hijo— que llegan a patrón de industria). Los desplazamientos verticales, que son los más frecuentes, suponen sólo una modificación del volumen de la especie de capital ya dominante en la estructura patrimonial (del capital escolar en el caso del maestro que llega a profesor), y por consiguiente un desplazamiento en la estructura de la distribución del volumen global de capital que toma la forma de un desplazamiento en los límites de un campo específico (campo empresarial, campo escolar, campo administrativo, cam-

po médico, etc.) Por el contrario, los desplazamientos transversales suponen el paso a un campo distinto, y en consecuencia la *reconversión* de una especie de capital en otra especie diferente, o de una sub-especie de capital económico o de capital cultural en otra distinta (por ejemplo, de propiedad agrícola en capital industrial, o de una cultura literaria o histórica en una cultura económica), y, por tanto, una transformación de la estructura patrimonial que es la condición de la salvaguardia del volumen global del capital y del mantenimiento de la posición en la dimensión vertical del espacio social.

La probabilidad de acceder a una fracción determinada de la clase dominante a partir de otra clase cualquiera es tanto más baja, ya se ha visto, cuanto más alto sea el rango que dicha fracción ocupe en la jerarquía de las fracciones según el capital económico (la única discordancia proviene de las profesiones liberales que, pudiendo en muchos casos acumular la transmisión de capital cultural y de capital económico, tienen el porcentaje más elevado de reclutamiento endógeno). De igual modo, los desplazamientos de gran amplitud dentro de la clase, hijos de patronos que se hacen profesores o hijos de profesores que se hacen patronos, son extremadamente raros: así, en 1970, las probabilidades de llegar a ser patrono industrial o comercial son, para un hijo de profesor, del 1,9 %, mientras que las probabilidades de llegar a ser profesor son, para un hijo de patrono industrial, del 0,8 %, y para un hijo de patrono comercial, del 1,5 % (representando, sin duda, las profesiones liberales una especie de punto de pasaje obligado entre los dos polos de la clase dominante); las probabilidades de hacerse artesano o comerciante son del 1,2 % para un hijo de maestro, y las de llegar a ser maestro para un hijo de artesano son del 2,4 %, y del 1,4 % para un hijo de pequeño comerciante (F. C., II, análisis secundario).

Enclasmiento, desclasmiento, reenclasmiento

Las recientes transformaciones de la relación entre las diferentes clases sociales y el sistema de enseñanza, que han tenido como consecuencia la explosión escolar y todos los cambios correlativos del sistema de enseñanza en sí mismos —y también todas las transformaciones de la estructura social que (por lo menos en parte) resultan de la transformación de las relaciones establecidas entre las titulaciones y los puestos— son el resultado de una intensificación de la competencia por las titulaciones académicas a la que ha contribuido mucho, sin duda, el hecho de que las fracciones de la clase dominante (patronos industriales y comerciales) y de las clases medias (artesanos y comerciantes) más ricas en capital económico, para asegurar su reproducción, han tenido que intensificar con gran fuerza la utilización que antes hacían del sistema de enseñanza.

La diferencia entre el capital escolar de los adultos de una clase o de una fracción de clase (medida por el porcentaje de los poseedores de una titulación igual o superior al BEPC) y el porcentaje de escolarización de los correspondientes adolescentes es claramente más marcada en los artesanos, los comerciantes y los industriales que en los empleados y los cuadros medios, siendo la ruptura de la correspondencia que de ordinario se observa en las probabilidades de escolarización de los jóvenes y el patrimonio cultural de los adultos el índice de una profunda transformación de las disposiciones con respecto a la inversión escolar. Mien-

tras que la proporción de los poseedores del BEPC o de una titulación superior es claramente más baja en los pequeños artesanos y en los comerciantes de edades comprendidas entre los 45 y 54 años que en los empleados de oficina (referido a 1962, el 5,7 % frente al 10,1 %), sus hijos, a los 18 años, están escolarizados en las mismas proporciones (el 42,1 % y el 43,3 % respectivamente en 1962). Del mismo modo, los industriales y los grandes comerciantes que tienen un capital escolar más bajo que el de los técnicos y cuadros medios (respectivamente el 20 % y el 28,9 % de los poseedores de una titulación por lo menos equivalente al BEPC) escolarizan a sus hijos en las mismas proporciones (el 65,8 % y el 64,2 % respectivamente). Por lo que se refiere a los agricultores, se ha iniciado el mismo proceso, como lo muestra el muy rápido aumento de los porcentajes de escolarización entre 1962 y 1975 de los niños originarios de esta clase. (Fuentes: M. Praderie, «Héritage social y chances d'ascension», en Darras, *Le partage des bénéfiques*, París, Ed. de Minuit, 1966, p. 348; INSEE, *Recensement général de la population de 1968, Résultats du sondage au 1/20e pour la France entière, Formation*, París, Imprimerie nationale, 1971.)

La entrada en la carrera y en la competencia por la titulación académica de fracciones que hasta entonces han utilizado poco la escuela, ha tenido como efecto obligar a las fracciones de clase cuya reproducción estaba asegurada principal o exclusivamente por la escuela, a intensificar sus inversiones para mantener la particularidad relativa de sus titulaciones y, correlativamente, su posición en la estructura de las clases, llegando a ser así la titulación académica y el sistema escolar que la otorga una de las apuestas privilegiadas de una competencia entre las clases que engendra un aumento general y continuo de la demanda de educación y una inflación de las titulaciones académicas³³.

Relacionando el número de poseedores de una titulación cualquiera con el número de jóvenes en edad modal de aprobación de cada uno de los exámenes correspondientes, puede hacerse una *estimación rudimentaria* de la evolución de la particularidad relativa de los poseedores de una titulación: por cada 100 jóvenes de 15 años había 6,8 nuevos titulados de un BEPC, BE o BS en 1936, 7,9 en 1946, 23,6 en 1960, 29,5 en 1965. Por cada 100 jóvenes de 18 años, había 3 bachilleres en 1936, 4,5 en 1946, 12,6 en 1960, 16,1 en 1970. Por cada 100 jóvenes de 23 años, había 1,2 nuevos diplomados de enseñanza superior en 1936, 2 en 1946, 1,5 en 1950, 2,4 en 1960 y 6,6 en 1968.

La comparación de los puestos que ocupan en dos épocas distintas los poseedores de una misma titulación de una idea aproximada de las variaciones en el valor de las titulaciones en el mercado de trabajo. Mientras que los hombres de 15 a 24 años que no tienen ninguna titulación o sólo poseen el CEP ocupan en 1968

³³ A los efectos de la competencia entre los grupos que luchan por el reenclasmamiento y contra del desclasamiento que se organiza alrededor de la titulación académica (y, más generalmente, alrededor de cualquier clase de títulos mediante los cuales los grupos afirman y constituyen su particularidad con relación a los otros grupos), es preciso añadir un factor de inflación que se puede llamar *estructural*. El aumento generalizado de la escolarización tiene como efecto el aumento de la masa del capital cultural que, en cada momento, existe en estado incorporado, de manera que, sabiendo que el éxito de la acción escolar y la durabilidad de sus efectos dependen de la importancia del capital cultural directamente transmitido por las familias, se puede suponer que el rendimiento de la acción escolar tiende continuamente a acrecentarse, si todo lo demás, por otra parte, permanece igual. En resumen, el rendimiento de una misma inversión escolar es mayor, lo que contribuye sin duda a producir un efecto inflacionista al hacer accesibles las titulaciones a un mayor número de personas.

posiciones completamente iguales a las que ocupaban sus homólogos en 1962, los titulados con el BEPC que pertenecen a las mismas clases de edad y que, en 1962, ocupaban principalmente posiciones de empleados, en 1968 han visto aumentar sus posibilidades de llegar a ser contra maestros, obreros profesionales o incluso obreros especializados. Mientras que en 1962 los titulados de bachillerato que entraban en la vida activa directamente llegaban en su gran mayoría a ser maestros, en 1968 tenían grandes probabilidades de llegar a ser técnicos, empleados de oficina o incluso obreros. La misma tendencia se observa para los poseedores de una titulación superior al bachillerato con edades entre 25 y 34 años, que tenían en 1968 más probabilidades que en 1962 de llegar a ser maestros o técnicos y claramente menos de llegar a ser cuadros administrativos superiores, ingenieros o miembros de profesiones liberales³⁴.

Cada 100 jóvenes (varones) de 15 a 24 años, titulados con el BEPC y que ocupaban un empleo en 1962, había 41,7 empleados frente a sólo 36,3 en 1968, y, a la inversa, 5,8 obreros especializados y 2 peones en 1962 frente a 7,9 y 3,8 respectivamente en 1968. Los jóvenes de la misma edad que sólo poseían el título de bachiller tenían muchas menos probabilidades de llegar a ser cuadros medios en 1968 (57,4 %) que en 1962 (73,9 %), y a la inversa, muchas más probabilidades de llegar a ser empleados (19,9 % frente a 8,8 %) o incluso obreros (11 % frente a 6,4 %). En cuanto a los hombres de 25 a 34 años que estaban en posesión de una titulación superior al bachillerato, tenían menos probabilidades de ejercer profesiones superiores en 1968 (68 %) que en 1962 (73,3 %) y en particular menos de ser miembros de profesiones liberales (7,6 % frente a 9,4 % respectivamente); por el contrario, tenían mayores probabilidades de ser maestros (10,4 % frente a 7,5 %) o técnicos (5,4 % frente a 3,7 %). Por lo que respecta a las jóvenes, se observan fenómenos análogos, pero ligeramente atenuados. Para ellas la titulación que ha sufrido una mayor devaluación ha sido la de bachiller: en 1968 una joven de 15 a 24 años con título de bachiller, siempre que trabajase, tenía más probabilidades de llegar a ser empleada que en 1962 (23,7 % frente a 12 %) y menos de llegar a ser maestra (50 % frente a 71,7 %).

Si tenemos en mente que el volumen de los puestos correspondientes puede haber variado también en el mismo intervalo, es posible considerar que una titulación tiene todas las posibilidades de haber sufrido una devaluación ya que el aumento del número de poseedores de titulaciones académicas es más rápido que el aumento del número de puestos a los que esas titulaciones conducían al principio del período considerado. Todo parece indicar que el bachillerato y las titulaciones inferiores han sido las más afectadas por la devaluación: en efecto, entre los hombres activos, el número de los titulados con el BEPC o con bachillerato (con exclusión de un diploma de enseñanza superior) ha aumentado en un 97 % entre 1954 y 1968, mientras que el número de empleados y cuadros medios no ha aumentado en el mismo tiempo más que en un 41 %; del mismo modo, el número de los poseedores de una titulación superior al bachillerato, entre los hombres, ha aumentado en un 85 %, mientras que el número de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales no ha aumentado más que en un 68 % en el período considerado (el conjunto de las profesiones superiores ha aumentado en un 49 %).

³⁴ Véase C. DELCOURT, "Les jeunes dans la vie active", *Economie et statistique*, n.º 18, diciembre 1970, pp. 3-5.

Sin duda la diferencia es más fuerte de lo que las cifras muestran; en efecto, la proporción de los que poseen los medios para resistir a la devaluación, y en particular los que poseen un capital social vinculado a un origen social elevado, aumenta a medida que se llega más alto dentro de la jerarquía de las titulaciones.

A lo cual hay que añadir una devaluación más encubierta que es la que resulta del hecho de que las posiciones (y las titulaciones que a ellas conducen) pueden haber experimentado pérdidas en su valor distintivo, aunque el número de puestos haya aumentado en la misma proporción que las titulaciones que al principio del período considerado daban paso a estos puestos, y por esta misma razón: es el caso, por ejemplo, de la posición de profesor que ha perdido su rareza en todos los niveles.

El rapidísimo aumento que ha conocido la escolarización de las chicas tiene bastante que ver con la devaluación de las titulaciones académicas. Y esto tanto más cuanto que la transformación de las representaciones de la división del trabajo entre los sexos (que el aumento del acceso de las jóvenes a la enseñanza superior ha contribuido mucho, sin duda, a determinar) ha sido acompañada de un aumento de la proporción de mujeres que lanzan al mercado de trabajo unas titulaciones hasta entonces parcialmente mantenidas en reserva (y "situadas" sólo en el mercado matrimonial); aumento que resulta tanto más marcado cuanto más elevada es la titulación poseída: así es como la proporción de mujeres de 25 a 34 años, poseedoras de una titulación superior a la de bachiller, que ejercen una profesión ha pasado del 67,9 % en 1962 al 77,5 % en 1968 y alcanzaba cerca del 85 % en 1975.

De paso esto supone decir que por el hecho de que toda segregación (según el sexo o según cualquier otro criterio) contribuye a frenar la devaluación por un efecto de *numerus clausus*, toda integración tiende a restituir su plena eficacia a los mecanismos de devaluación (lo que hace que, como lo ha puesto de relieve un estudio norteamericano sobre los efectos económicos de la integración racial, son los que menos titulaciones han conseguido los que experimentan más directamente los efectos).

Puede adelantarse, sin que ello resulte una paradoja, que las principales víctimas de la devaluación de las titulaciones académicas son aquellos que entran

Tabla 10—Porcentaje de actividad de las mujeres entre los 25 y los 34 años según las titulaciones en 1962 y 1968

	CEP	CAP	BEPC	bachiller	> bachiller
1962	43,8	59,7	59,8	67,1	67,9
1968	46,3	60,6	63,5	74,3	77,5

Fuente: INSEE, *Recensement général de la population de 1968. Résultats du sondage au 1/20ème pour la France entière. Formation*. París. Imprimerie nationale, 1971 (no ha sido posible aislar a las mujeres que no tienen titulación alguna).

en el mercado de trabajo sin poseer ninguna de ellas. En efecto, la devaluación de las titulaciones se acompaña de la progresiva extensión del monopolio de los poseedores de las mismas sobre unas posiciones hasta entonces abiertas a los no titulados, lo que tiene como efecto el limitar la devaluación de las titulaciones al limitar la competencia, pero al precio de una restricción de las posibilidades de carrera que se ofrecen a los no titulados (es decir, "por la puerta pequeña") y de un fortalecimiento de la predeterminación escolar de las posibilidades de trayectoria profesional. Entre los cuadros administrativos medios (hombres entre 25 y 34 años), sólo existía en 1975 un 43,1 % que no tenían ninguna titulación de enseñanza general o sólo tenían el CEP, frente al 56 % en 1962; para los cuadros administrativos superiores las proporciones eran respectivamente del 25,5 % y 33 %, y para los ingenieros, del 12 % y 17,4 %. Por el contrario, la proporción de los poseedores de una titulación de enseñanza superior pasaba entre 1962 y 1975 del 7,4 % al 13,8 % para los cuadros administrativos medios, del 32,2 % al 40,1 % para los cuadros administrativos superiores, y del 68 % al 73,4 % para los ingenieros. De aquí se desprende, para algunos sectores del espacio social y en especial para la función pública, una disminución de la dispersión de los poseedores de las mismas titulaciones entre puestos diferentes y de la dispersión según la titulación académica de los ocupantes de un mismo puesto, o lo que es lo mismo, un fortalecimiento de la dependencia entre la titulación académica y el puesto ocupado.

Se ve que el mercado de los puestos ofertados a la titulación académica no ha cesado de aumentar, en detrimento, por supuesto, de los no titulados. La generalización del reconocimiento otorgado a la titulación académica tiene como resultado, sin lugar a dudas, la unificación del sistema oficial de los títulos y cualidades que dan derecho a la ocupación de unas posiciones sociales, y la reducción de los efectos de aislamiento, vinculados con la existencia de espacios sociales dotados de sus propios principios de jerarquización: sin que por ello la titulación académica llegue nunca a imponerse por completo, al menos fuera de los límites del sistema escolar, como el patrón único y universal del valor de los agentes económicos.

Fuera del mercado propiamente escolar, la titulación vale lo que vale económica y socialmente su poseedor, siendo el rendimiento del capital escolar función del capital económico y social que puede ser dedicado a su valorización. De manera general, los cuadros tienen tantas más probabilidades de acceder a las funciones de dirección en lugar de a las de producción, fabricación, mantenimiento, cuanto más alto es su origen social: el análisis secundario que hemos realizado de la encuesta efectuada por el INSEE en 1964 sobre la movilidad profesional demuestra que el 41,7 % de los hijos de miembros de profesiones liberales y el 38,9 % de los hijos de profesores que son ingenieros, cuadros administrativos superiores o medios, o técnicos en las empresas, ocupan puestos administrativos y de dirección general frente al 25,7 % del conjunto. Por el contrario, el 47,9 % de los hijos de obreros cualificados, el 43,8 % de los hijos de contramaestres y el 41,1 % de los hijos de técnicos cumplen funciones de producción, fabricación o mantenimiento frente al 29,7 % del conjunto. Se sabe también que los cuadros superiores originarios de familias de empleados recibían en 1962 un salario anual medio de 18.027 francos frente a 29.470 francos para los hijos de industriales o de grandes comerciantes; los ingenieros hijos de asalariados agrícolas y de los agricultores autónomos recibían 20.227 francos frente a 31.388 francos para los hijos de industriales y grandes comerciantes.

La transformación de la distribución de los puestos entre los poseedores de titulaciones que se produce automáticamente por el aumento del número de titulados hace que, en cada momento, una parte de los poseedores de las titulaciones —y en primer lugar, sin duda alguna, aquellos que están más desprovistos de medios heredados para hacer valer sus titulaciones— sea víctima de la devaluación. Las estrategias con las que los más expuestos a la devaluación se esfuerzan por luchar a corto plazo (en el curso de su propia carrera) o a largo plazo (mediante estrategias de escolarización de sus hijos) contra esta devaluación constituyen uno de los factores determinantes del aumento de las titulaciones distribuidas, factor que a su vez contribuye a la devaluación. La dialéctica de la devaluación y de la recuperación tiende así a alimentarse a sí misma.

Estrategias de reconversión y transformaciones morfológicas

Las estrategias a las que recurren los individuos y las familias para salvaguardar o mejorar su posición en el espacio social se manifiestan en unas transformaciones que afectan inseparablemente al *volumen* de las diferentes fracciones de clase y a su *estructura patrimonial*.

Para dar una idea aproximada de estas transformaciones, se ha construido una tabla que permite relacionar unos índices de la evolución del volumen de las diferentes fracciones con unos indicadores (por desgracia muy imperfectos) del volumen y de la estructura del capital que dichas fracciones poseen. No habiéndose podido establecer, como se habría deseado, la evolución por categorías afinadas del importe de los ingresos, por una parte, y de la estructura de los mismos, por otra, para el período 1954-1975 (lo que nos ha llevado a reproducir una tabla —12— que presenta esta evolución mediante categorías más imprecisas para el período 1954-1968), se ha indicado, además de la distribución por procedencias de los ingresos, el total de los ingresos declarados a los servicios fiscales, fuente explotada por el INSEE, aun sabiendo que están subestimados en proporciones muy variables: según A. Villeneuve —“Les revenus primaires des ménages en 1975”, *Economie et statistique*, 103, sept. 1978, p. 61— habría que multiplicar por 1,1 los salarios y las remuneraciones, por 3,6 los beneficios agrícolas, por 2,9 las rentas de capitales mobiliarios, etc.; como puede verse, basta con aplicar estas correcciones para situar en su verdadero sitio a las profesiones independientes y en particular a los agricultores y artesanos o a los pequeños comerciantes. Las categorías más ricas (relativamente) en capital económico (tal como puede captarse a través de indicadores de la posesión de valores mobiliarios, propiedades rurales o urbanas, etc.) tienden a sufrir una fortísima regresión como lo muestran la disminución de su volumen (es el caso de los agricultores, artesanos y de los comerciantes e industriales) y el hecho de que la proporción de jóvenes disminuya en ellas o aumente más despacio que en otros casos (el hecho de que la evolución de los 25-34 años sea en los pequeños comerciantes y artesanos igual o ligeramente superior a la del conjunto de la categoría puede explicarse por la llegada de comerciantes y artesanos de un estilo nuevo). Una parte del aumento aparente del capital escolar (y también del económico) en estas categorías se debe, sin duda, al hecho de que el éxodo que ha originado su decadencia numérica les ha afectado sobre todo en sus capas inferiores. Al contrario que las fracciones precedentes, las fracciones ricas en capital cultural (medido, por ejemplo, por el porcentaje de posee-

Tabla 11—Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1975)

	Volumen en 1975	Índice de evolución Base 100 en 1954		Evolución del capital escolar				Capital económico								
		Conjunto	hombres	conjunto	hombres	conjunto	hombres	conjunto	hombres	conjunto	hombres	conjunto				
	Propor- ción de hombres en 1975 (%)	de 20 a 34 años		en 1962		en 1975		en 1975		en 1975		en 1970				
		conjunto	hombres	conjunto	hombres	BEP	Bachillerato	dipl. facultad o gran escuela	BEP	Bachillerato	dipl. facultad o gran escuela	Ingresos medios por familia (en francos) en 1975	salarios y remuneraciones	beneficios indust. y comerc.	rentas propiedades urbanas	valores inmobiliarios
asalariados agrícolas	375 480	32	33	27	27	0.5	0.2	0.1	2.7	0.6	0.3	27 740	86.0	1.5	0.8	6.3
agricultores autónomos	1 650 865	42	46	26	31	0.9	0.5	0.2	3.5	0.9	0.6	22 061	19.3	5.3	6.4	16.5
peonaje	1 612 725	143	115	146	108	0.4	0.1	-	2.9	0.7	0.4	27 027	93.4	1.3	2.3	3.3
obreros especializados	2 946 860	162	167	185	186	1.0	0.2	0.1	3.5	0.5	0.2	35 515	97.7	2.2	2.4	3.6
obreros cualificados	2 985 865	112	126	120	128	2.1	0.5	0.1	5.5	0.7	0.3	39 527	98.2	2.2	2.7	3.6
contramaestres	443 305	94.1				6.0	1.7	0.5	10.4	2.5	1.1	56 692	99.5	1.4	4.1	6.7
empleados para oficina	3 104 105	35.0	191	141	168	11.5	2.9	1.2	19.6	5.3	2.6	42 785	98.8	2.1	5.1	8.6
empleados de comercio	736 595	40.6	167	138	158	6.5	3.6	1.3	13.4	5.2	2.2	46 196	97.5	3.4	8.9	9.5
artesanos	533 635	71	77	81	88	2.8	1.0	0.5	6.1	1.8	1.3	50 335	34.1	96.9	12.9	14.2
pequeños comerciantes	912 695	73	78	73	81	4.7	2.4	0.9	9.3	3.7	2.3	60 160	24.3	93.2	20.2	19.2
técnicos	758 890	39.3	36.7	417	374	16.3	7.0	2.7	25.8	9.6	6.0	59 003	98.5	2.4	5.8	8.7
servicios médicos-sociales	298 455	21.0	26.9	345	340	9.7	7.7	6.1	17.7	18.1	20.3	53 450	84.2	-	10.0	12.4
maestros	737 420	36.5				10.0	55.0	14.5	11.3	39.4	29.4	54 013	83.0	-	10.0	12.4
industriales	59 845	86.5	71	66	65	8.5	6.7	7.5	12.9	6.1	6.3	132 594	84.0	26.0	34.7	40.0
grandes comerciantes	186 915	69.2	103	100	95	9.0	7.3	5.7	14.6	9.1	6.3	132 435	64.0	47.5	29.7	30.2
cuadros admivos. superiores	653 755	236	217	293	254	15.5	18.9	25.5	19.3	16.2	32.0	107 342	99.6	3.6	27.7	27.7
ingenieros	256 290	338	305	272	263	7.3	9.0	59.8	10.0	18.1	63.2	105 989	98.7	3.1	15.5	30.4
profesores	377 215	53.0	469	612	517	2.7	10.8	71.4	3.6	8.4	77.7	87 795	97.6	2.1	10.4	21.0
profesiones liberales	172 025	143	130	145	137	4.5	10.3	65.1	4.2	6.2	79.9	150 108	41.0	17.5	30.3	40.6

Fuentes: INSEE. Censos de 1954, 1962, 1968 y 1975; para la evolución del capital escolar: INSEE, *Recensement général de la population de 1968: résultats du sondage au 1/20ème pour la France entière*, Formation, Paris, Impr. nationale 1971 (este fascículo presenta también los datos sobre formación para el censo de 1962); e INSEE, Censo de 1975, *Tabla de población total de más de 16 años por categoría socio-profesional, edad, sexo, diploma de enseñanza general*, (Datos comunicados por L. Thevenot); para los ingresos: INSEE, *Enquêtes revenus 1975 y 1970*, (Datos comunicados por A. Villeneuve para la encuesta de 1975 y P. Ghigliazza para la encuesta de 1970).

Tabla 12—Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1968)

	Volumen de la categoría (1968)		Índice de evolución de la categoría (base 100 en 1954)	Porc. de evolución de los menores de 35 años (base 100 en 1962) (1)	Capital escolar Porc. de titulados (hombres) en 1968 BEPIC (1) Bachillerato (1) Dipl. ens. super. (1)	Importe de los ingresos primarios (2) (en 1965)	Patrimonio medio por familia (1-1-1966) (3)		Porcentaje de familias poseedoras de				Estructura de los ingresos (1965)			Evolución de la estructura de los ingresos			
	Conjunto (1)	Hombres sólo (1)					Valores mobiliarios (4)	Propiedades urbanas (4)	Efectos comerciales (5)	Bienes inmobiliarios (5)	Ingresos trabajo (2)	Transferencias (2)	Rentas empresariales (2)	Rentas de capital (2)	Remuneraciones, pensiones (4)	Propiedades rurales, urbanas y valores mobiliarios (4)	1956	1965	1966
asalariados agrícolas	588 200	527 200	51	67	1.0	9 859 F	10.2	2.3			59.5	29.8	9.2	1.5	96.7	95.9	1.4	1.8	
agricultores autónomos	2 459 840	1 527 780	62	72	1.6	23 854 F	27.6	5.2			6.9	10.9	78.5	3.7	23.8	23.5	16.4	9.9	
obreros	7 698 600	6 128 840	119	123	2.3	14 811 F	35 000 F	4.8	2.9	3.2	39	66.7	27.9	4.6	0.8	98.0	97.5	0.8	0.8
empleados	3 029 900	1 188 300	146	121	13.3	16 149 F	46 000 F	11.8	6.0	6.6	40.8	69.6	23.2	5.4	1.8	95.9	95.9	2.6	2.1
cuadros medios	2 014 000	1 197 360	177	168	15.1	26 887 F	92 000 F	14.0	8.1	8.5	50.3	73.1	18.5	6.8	1.8	91.6	94.4	4.9	2.1
artesanos	622 800	532 340	85	88	109	4.1	1.5	1.0											
pequeños comerciantes	1 028 160	515 440	81	85	107	6.7	2.8	1.4											
grandes comerciantes	213 500	143 840	116	110	148	14.1	8.0	5.2											
industriales	79 160	68 940	93	98	10.8	6.1	7.5												
conjunto de patronos industriales y comerc. profesionales liberales	1 943 620	1 360 560	86	96	110	6.4	3.0	1.9											
	142 520	114 920	119	112	122	5.1	6.3	76.8											
cuadros superiores	840 280	691 680	196	183	144	12.6	13.3	45.0											
						28.6	20.7												
						214 000 F	38.2	18.9	33.1	66.3									
						45 851 F													
						58 021 F													

Fuentes: 1) INSEE, *Recensements*; 2) H. Roze, «Prestations sociales, impôt direct et échelle des revenus», *Economie et statistique*, febrero 1971; 3) P. L'Hardy, «Les disparités du patrimoine», *Economie et statistique*, febrero 1973; 4) G. Banderier, «Les revenus des ménages en 1965», *Collections de l'INSEE*, M. 7, diciembre 1970; 5) P. L'Hardy, «Structure de l'épargne et du patrimoine des ménages en 1966», *Collections de l'INSEE*, M. 13, marzo 1972.

dores del BEPC, del bachillerato o de una titulación de estudios superiores) han conocido un aumento muy fuerte que implica un rejuvenecimiento y que con mayor frecuencia se manifiesta en una fuerte feminización y en una elevación de los porcentajes de titulados (siendo las categorías más típicas en este proceso las de los empleados de oficina y comercio, técnicos, cuadros medios y superiores, maestros y sobre todo profesores, en los que los distintos procesos vinculados entre sí son excepcionalmente intensos y muy particularmente en la generación más joven —a diferencia de los ingenieros, en los que el proceso parece haberse detenido, siendo el porcentaje de crecimiento más bajo para la generación más joven que para el conjunto). Otra característica notable es la estabilidad relativa de las profesiones liberales que, al precio de una deliberada política de *numerus clausus*, han podido limitar su crecimiento numérico así como la feminización de las mismas (habiendo permanecido ambos más débiles que en las profesiones superiores con fuerte capital escolar) y escapar gracias a ello a la pérdida de singularidad y sobre todo a la redefinición más o menos crítica del puesto que lleva a la multiplicación de los titulares y, todavía más, a la existencia de un excedente de poseedores de títulos en relación con los puestos.

Las modificaciones en las estrategias de reproducción que se encuentran en la base de los cambios morfológicos se hacen notar, por una parte, en el aumento de la proporción de salarios en los ingresos de las categorías denominadas independientes, y, por otra, en la diversificación de los activos y de las inversiones de los cuadros superiores, que tienden a conservar su capital tanto en especie económica como en especie cultural, contrariamente a los patronos, poseedores sobre todo de capital económico. La proporción de salarios, remuneraciones y pensiones en los ingresos de los patronos pasa del 12,9 % en 1956 al 16,4 % en 1965; en 1975, al haberse modificado los reagrupamientos, se sabe que representa el 19,2 % de los ingresos de los artesanos y pequeños comerciantes y el 31,8 % de los industriales y grandes comerciantes. (En los agricultores autónomos, por el contrario, ha permanecido más o menos constante: el 23,8 % en 1956, el 23,5 % en 1965 y el 24,8 % en 1975.) Por otra parte se sabe que en 1965 la proporción en los recursos de las rentas correspondientes a propiedades territoriales urbanas o rurales y de las del capital mobiliario es más alta en los cuadros superiores del sector privado (5,9 %) que en los cuadros superiores del sector público (2,7 %). (Datos comunicados por A. Villeneuve.)

La reconversión del capital económico en capital escolar es una de las estrategias que permiten a la burguesía industrial y comercial mantener la posición de una parte o de la totalidad de sus herederos, al permitirle apropiarse de una parte de los beneficios de las empresas industriales y comerciales bajo forma de salarios, modo de apropiación mejor disimulado —y sin lugar a dudas más seguro— que la renta. Así es como, entre 1954 y 1975, la proporción relativa de industriales y grandes comerciantes disminuye de forma brutal mientras que se acrecienta muchísimo la proporción de asalariados que deben su posición a sus titulaciones académicas, cuadros, ingenieros, profesores e intelectuales (pero que, igual que los cuadros del sector privado, pueden obtener gracias a sus acciones una parte importante de sus recursos) (véase tabla 13). De igual modo, la desaparición de muchas pequeñas empresas comerciales o artesanales encubre el trabajo de reconversión, más o menos logrado, que realizan unos agentes individuales, según lógicas que dependen en cada caso de su situación singular y que tienen como resultado una transformación del peso de las diferentes fracciones de la clase media (véase tabla 14): también aquí, la proporción de pequeños comerciantes y artesanos, así como

la de agricultores, experimenta una marcada caída, mientras que aumenta la proporción de maestros, técnicos o personal de los servicios médico-sociales. Además, la relativa estabilidad morfológica de un grupo profesional puede encubrir una transformación de su estructura, resultante de la *reconversión en la misma posición* de los agentes presentes en el grupo al comienzo del período (o de sus hijos) y/o de su sustitución por agentes originarios de otros grupos. Así, por ejemplo, la relativamente débil disminución del volumen global de la categoría de los comerciantes, poseedores en su gran mayoría (93 %) de pequeñas empresas individuales, que en parte han debido al aumento del consumo doméstico el poder resistir a la crisis, oculta una transformación de la estructura de esta profesión: el estancamiento o la disminución de los pequeños comercios de alimentación —particularmente afectados por la competencia de los supermercados— o del vestido están casi compensados por un aumento del comercio del automóvil y del relacionado con el mueble y la decoración domésticos, y sobre todo con el comercio deportivo, del ocio y de la cultura (librerías, tiendas de discos, etc.), y de las farmacias. Es posible suponer que incluso dentro del campo de la alimentación, la evolución que las cifras indican enmascara unas transformaciones que conducen a una progresiva redefinición de la profesión, pudiendo coexistir el cierre de tiendas de alimentación general, las más fuertemente afectadas por la crisis, y de panaderías situadas en zonas rurales, con la apertura de *boutiques* de dietética, de productos naturales de las distintas regiones, de alimentos biológicos o de panaderías especializadas en la fabricación artesana del pan. Estas transformaciones de la naturaleza de las empresas comerciales —que son correlativas con las transformaciones, en el mismo período, de la estructura del consumo doméstico, que a su vez está en correlación con el incremento de los ingresos y sobre todo, quizá, con el aumento del capital cultural ocasionado por la traslación de la estructura de las oportunidades de acceso al sistema de enseñanza— están vinculadas por una relación dialéctica con una elevación del capital cultural de los propietarios o de los directivos. Todo hace pensar que la categoría de los artesanos ha experimentado unas transformaciones internas más o menos parecidas a las experimentadas por los comerciantes, al compensar la decadencia de las capas más desfavorecidas del artesanado tradicional el impulso experimentado por el artesanado de lujo y el artesanado artístico, que exigen la posesión de un patrimonio económico pero también la de un capital cultural. Se comprende que la disminución del volumen de estas categorías medias se vea acompañada de una elevación del capital cultural medido por el nivel de instrucción.

Artesanos o comerciantes de lujo, culturales o artísticos, gerentes de *“boutiques”* de confección, revendedores de prendas a las que se les ha quitado la etiqueta de marca, vendedores de vestidos y joyas exóticas u objetos rústicos, de discos; anticuarios, decoradores, propietarios de *boutiques* de objetos “diseño”, fotógrafos, o incluso dueños de restaurantes o patronos de “tabernas” a la moda, “alfareros” provenzales y librereros de vanguardia afanados en prolongar más allá del tiempo de los estudios el estado de indistinción entre el ocio y el trabajo, el militantisismo y el “diletantismo”, característico de la condición de estudiante, vendedores todos ellos de bienes o servicios culturales, encuentran en unas profesiones ambiguas a la medida de sus deseos, en las que el éxito depende por lo menos tanto de la distinción sutilmente desenvuelta del vendedor y de sus productos como de la naturaleza y calidad de las mercancías, un medio de obtener el mejor rendimiento para un capital cultural donde la competencia técnica cuenta menos que la familia-

Tabla 13—Cambios morfológicos en el seno de la clase dominante

	Estructura (%)				Porcentaje anual de variación (%)			Proporción de mujeres (%)			
	1954	1962	1968	1975	1954 1962	1962 1968	1968 1975	1954	1962	1968	1975
grandes comerciantes	22.0	17.0	16.4	11.0	-1.5	0.0	-4.2	29.2	30.2	32.9	30.8
miembros de profesiones liberales	11.0	7.9	6.3	3.5	-0.6	3.3	-1.7	14.9	14.2	1.7	13.5
cuadros admvos. sup.	14.6	12.3	10.8	10.1	0.5	2.0	2.9	15.6	17.3	19.3	22.2
ingenieros	33.5	37.0	35.3	38.3	3.9	3.1	5.3	8.6	11.1	13.4	17.1
profesores	9.2	13.5	14.5	15.0	7.8	5.1	4.7	2.1	3.2	3.4	4.4
profesiones literarias y científicas	9.7	12.3	16.6	22.1	5.7	9.3	8.5	39.9	43.0	44.7	47.0

Tabla 14—Cambios morfológicos en el seno de la clase media

	Estructura (%)				Porcentaje anual de variación (%)			Proporción de mujeres (%)			
	1954	1962	1968	1975	1954 1962	1962 1968	1968 1975	1954	1962	1968	1975
artesanos	14.6	11.2	9.3	16.6	-2.1	-0.5	-2.1	18.3	16.0	14.7	11.9
pequeños comerciantes	24.1	20.0	15.4	11.3	-1.2	-1.7	-1.7	51.7	51.3	50.2	48.2
empleados de comercio	8.5	9.0	9.4	9.1	1.9	3.4	2.4	52.0	57.0	57.7	59.4
empleados de oficina	31.3	33.2	35.7	38.5	1.9	3.9	3.0	53.0	59.4	61.9	65.0
cuadros admvos. medios	10.2	11.0	11.1	12.0	2.0	2.8	3.9	24.6	31.9	34.9	44.9
maestros	7.4*	7.4	8.4	9.1	4.1*	4.9	4.0	68.3*	65.1	62.7	63.5
técnicos	3.7	6.1	8.0	9.4	7.5	7.5	5.2	7.1	7.9	11.3	14.4
miembros de los servicios médico-sociales	1.9	2.6	3.7		7.8	8.1		84.8	83.2	79.0	

* Comprendiendo en ellos los miembros de los servicios médico-sociales

Fuente: L. Thévenot. «Las categorías sociales en 1975: l'extension du salariat». *Economie et statistique*, 91, julio-agosto 1977, pp. 4-5. Los datos de esta tabla proceden de un análisis exhaustivo de los censos de 1954 y 1962, del sondeo al 25% de la población realizado en 1968 y del sondeo al 20% de la misma realizado en 1975. Constituyen los más precisos datos comerciales de que se puede disponer sobre este período.

Se sabe que entre 1954 y 1975 la estructura de la población activa se ha modificado notablemente: mientras que el porcentaje de agricultores en general, autónomos y asalariados, pasaba del 26.7% al 9.3% y el porcentaje de obreros aumentaba muy ligeramente (del 33.8% al 37.7%), el conjunto de la clase media conocía un alto porcentaje de incremento (pasando del 27% al 37% de la población activa) debido —como lo muestra la tabla 14— al aumento de la población asalariada en este sector, y la clase dominante veía pasar sus efectivos del 4.3% al 7.8%.

ridad con la cultura de la clase dominante y el dominio de los signos y emblemas de la distinción y del gusto. Todos estos rasgos predisponen a este nuevo tipo de artesanado y de comercio con una fuerte inversión cultural, que permite rentabilizar la herencia cultural transmitida directamente por la familia, a servir de refugio a los hijos de la clase dominante eliminados por la Escuela.

Tiempo para comprender

Entre los efectos más importantes del proceso de inflación de las titulaciones académicas y de la correlativa devaluación que, poco a poco, ha forzado a todas las clases y fracciones de clase, comenzando por las más grandes usufructuarias de la escuela, a intensificar sin descanso su utilización de la misma y a contribuir así por su parte a la superproducción de titulaciones, el principal es, sin duda alguna, el conjunto de estrategias que los poseedores de titulaciones devaluadas han elaborado para mantener su posición heredada o para obtener de sus titulaciones el equivalente real de aquello que garantizaban en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos.

Al saber que lo que garantiza la titulación académica, más próxima en esto al título de nobleza que a esa especie de título de propiedad que de la misma hacen las definiciones estrictamente técnicas, es infinitamente más, y algo distinto, en la experiencia social, que el derecho a ocupar una posición y la capacidad para desempeñarla, es fácil imaginar que los poseedores de titulaciones devaluadas sean poco dados a darse cuenta (cosa siempre difícil) —y a confesárselo a sí mismos— de la devaluación de aquéllas con las que se sienten fuertemente identificados, tanto objetivamente (puesto que en gran medida son constitutivos de su *identidad social*) como subjetivamente. Pero la preocupación por salvaguardar la estima de sí mismo que lleva a asirse al *valor nominal* de los títulos y de los puestos no llegaría a sostener e imponer el desconocimiento de esta devaluación si no encontrara la complicidad de mecanismos objetivos, entre los cuales los más importantes son la histéresis de los *habitus*, que lleva a aplicar al nuevo estado del mercado de las titulaciones unas categorías de percepción y apreciación que corresponden a un estado anterior de las posibilidades objetivas de evaluación, y la existencia de unos mercados relativamente autónomos en los que el debilitamiento del valor de las titulaciones académicas se opera a un ritmo más lento.

El efecto de histéresis es tanto más marcado cuanto mayor es la distancia con el sistema escolar y tanto más débil o más abstracta es la información sobre el mercado de las titulaciones académicas. Entre las informaciones constitutivas del capital cultural heredado, una de las que más valor tienen es el conocimiento práctico o intelectual de las fluctuaciones del mercado de las titulaciones académicas, el *sentido de la inversión* que permite obtener el mejor rendimiento del capital cultural heredado en el mercado escolar o del capital escolar en el mercado laboral, sabiendo, por ejemplo, abandonar a tiempo las vías o carreras devaluadas para orientarse hacia vías o carreras de porvenir, en lugar de aferrarse a los valores escolares que procuraban los más altos beneficios en un estado anterior del mercado. La histéresis de las categorías de percepción y apreciación hace, por el contrario, que los poseedores de titulaciones devaluadas de alguna manera se hagan cómplices de su propia mistificación puesto que, mediante un efecto típico de

alodoxia, conceden a las titulaciones devaluadas que les otorgaron, un valor que no les es reconocido objetivamente: así se explica que los más desprovistos de información sobre el mercado de las titulaciones, que desde hace mucho tiempo saben reconocer el debilitamiento del salario real que hay detrás del mantenimiento del salario nominal, puedan continuar aceptando y buscando el “papel moneda” académico que reciben en pago de sus años de estudios (y ello aunque sean los primeros afectados, al estar faltos de capital social, por la devaluación de las titulaciones).

El apego a una antigua representación del valor de titulación que la *histéresis* del *habitus* favorece sin duda, contribuye a la existencia de mercados donde las titulaciones pueden escapar (por lo menos en apariencia) a la devaluación; en efecto, el valor objetiva o subjetivamente vinculado a una titulación académica sólo se define dentro de la totalidad de los usos sociales que de ella puede hacerse. Así es como la evaluación de las titulaciones que se efectúa en los grupos de interconocimientos más directamente vividos, como el conjunto de parientes, de vecinos, de condiscípulos (la “promoción”), de colegas, puede contribuir a enmascarar bastante los efectos de la devaluación. Todos estos efectos de desconocimiento individual y colectivo no tienen nada de ilusorios puesto que pueden orientar de manera real las prácticas y, en particular, las estrategias individuales y colectivas que intentan afirmar o restablecer en la objetividad el valor subjetivamente atribuido a la titulación o al puesto y que pueden también contribuir a determinar la revalorización real de ambos.

Conociendo que en las transacciones en las que se define el valor de mercado de la titulación académica, la fuerza de los vendedores de la fuerza de trabajo depende, si se deja de lado su capital social, del valor de sus titulaciones escolares y ello tanto más estrechamente cuanto más rigurosamente codificada esté la relación entre la titulación y el puesto (lo que ocurre en las posiciones establecidas, por oposición a las nuevas posiciones), se ve que la devaluación de las titulaciones académicas sirve directamente los intereses de los poseedores de puestos: si los poseedores de titulaciones están totalmente a favor del valor nominal de las mismas —esto es, de lo que por derecho éstas garantizaban en el estado anterior—, los poseedores de puestos están totalmente a favor del valor real, el que se determina en el momento considerado en la competencia entre los titulados (los efectos de esta especie de descalificación estructural vienen a añadirse a todas las estrategias de descalificación elaboradas por las empresas desde hace mucho tiempo). En esta lucha tanto más desigual cuanto menos valor relativo tiene una titulación en la jerarquía de las titulaciones y más devaluada esté, puede ocurrir que el poseedor de alguna titulación no tenga otro recurso, para defender el valor de la suya, que el de rehusar vender su fuerza de trabajo al precio que se le ofrece; la opción de permanecer en paro reviste entonces el sentido de una huelga (individual)³⁵.

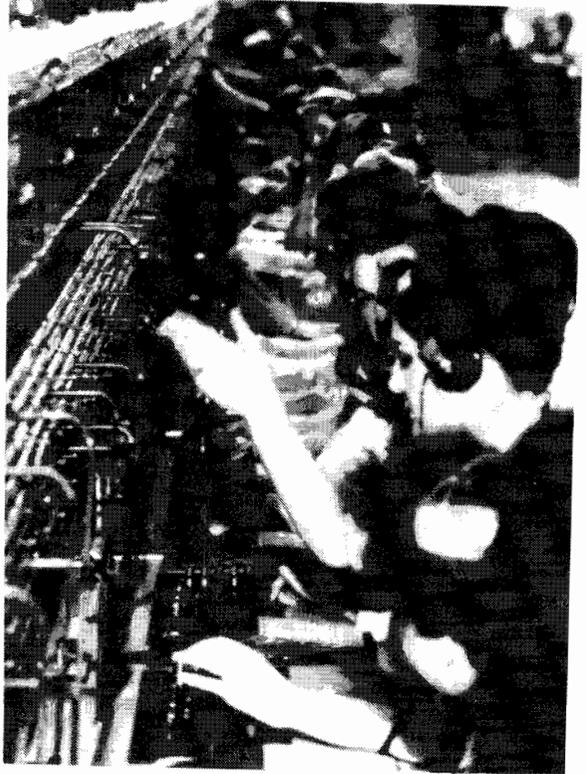
³⁵ El estudio de la evolución de las demandas y de las ofertas de empleo permite hacerse una idea, sin duda completamente parcial e imperfecta, del desajuste entre las aspiraciones de los agentes y los empleos que de manera efectiva les proponen: se observa así que desde septiembre de 1958 a septiembre de 1967, el número de solicitantes de empleo con edades menores de 18 años se había casi triplicado mientras que el número de ofertas de empleo permanecía estacionario; el desajuste es particularmente importante en lo que concierne a los empleos de oficina y asimilados, que son los más buscados: las demandas con respecto a estos empleos representan el 30,2 % del conjunto de las demandas, mientras que las ofertas correspondientes no representan más que el 3,3 % del conjunto de las

El desajuste entre las aspiraciones que el sistema de enseñanza produce y las oportunidades que realmente ofrece, en una fase de inflación de las titulaciones, es un hecho estructural que afecta, en diferentes grados según la singularidad de las mismas y según el origen social, al conjunto de los miembros de una generación escolar. Las clases recientemente llegadas a la enseñanza secundaria están expuestas a esperar de ella, por el sólo hecho de haber tenido acceso a la misma, lo que proporcionaba en el tiempo en que estaban prácticamente excluidas de dicha enseñanza. Estas aspiraciones que, en otros tiempos y para otro público, eran perfectamente realistas, puesto que se correspondían con unas posibilidades objetivas, son frecuentemente desmentidas, con mayor o menor rapidez, por los veredictos del mercado escolar o del mercado laboral. La menor paradoja de lo que se denomina la “democratización escolar” no es que habrá sido preciso que las clases populares, que hasta entonces no pensaban demasiado en la ideología de la “escuela liberadora” o la aceptaban sin saber lo que era, pasen por la enseñanza secundaria para descubrir, mediante la relegación y la eliminación, a la escuela conservadora. La desilusión colectiva que resulta del desajuste estructural entre las aspiraciones y las oportunidades –entre la identidad social que el sistema de enseñanza parece prometer y la que propone a título provisional y la identidad social que realmente ofrece, al salir de la escuela, el mercado de trabajo– se encuentra en la base de la desafección con respecto al trabajo y de las manifestaciones del *rechazo de la finitud social*, que está en la raíz de todas las fugas y de todos los rechazos constitutivos de la “contra-cultura” adolescente. Sin duda esta discordancia –y el desencanto que en ella se engendra– reviste formas objetiva y subjetivamente distintas según las clases sociales. Así es como, para los hijos de la clase obrera, el paso por la enseñanza secundaria y por el ambiguo estatus de “estudiante” provisionalmente liberado de las necesidades del mundo del trabajo, tiene como efecto el de introducir fracasados en la dialéctica de las aspiraciones y oportunidades que llevaba a aceptar, a veces con impaciencia (como ocurría con los hijos de mineros que identificaban su entrada en el estatus de hombre adulto con su bajada a la mina), casi siempre como inevitable, el destino social. El malestar en el trabajo que sienten y expresan de forma particularmente viva las víctimas más evidentes del desclasamiento, como esos bachilleres condenados a un papel de OS o de cartero, es, en cierta manera, común a toda una generación; y si se expresa en formas de lucha, de reivindicación o de evasión insólitas, a menudo mal comprendidas por las tradicionales organizaciones de lucha sindical o política, es porque está en juego algo más y distinto que el puesto de trabajo, la “situación”, como se decía antaño. Profundamente dudosos de su identidad social, de su propia imagen, por un sistema escolar y un sistema social que les han pagado con vanas promesas, no pueden restablecer su integridad personal y social de otra forma que oponiendo a estos veredictos un rechazo global. Todo ocurre como si sintieran que lo que está en

mismas. La mayor parte de los jóvenes que se encuentran buscando empleo parecen por lo menos tan preocupados por obtener uno que se corresponda con su cualificación como por tener un salario conforme con sus aspiraciones: el 44 % no aceptarían un empleo que no se correspondiera con su cualificación; el 35 % rechazarían percibir un salario inferior al que piensan que pueden pretender (véase M. MANGENOT, N. ALISÉ, F. REMOUSSIN, *Les jeunes face à l'emploi*, París, Ed. Universitaires, 1972, p. 230).



Las nuevas cadenas



Los desencantados

“Primero hice encuestas. Había encontrado a un amigo de L. que las hacía. Yo tenía la lista de todas las empresas de encuestas de París. Telefonéé, busqué durante dos meses y al final pues encontré. Después, al cabo de varios meses, ya no me han vuelto a llamar más, ya no les quedaban encuestas. Tenía derecho al paro (1.000 francos al mes) y así hemos vivido siete meses, después me fui a la vendimia durante dos meses. Luego he vuelto a hacer encuestas durante siete meses más o menos, yo estaba harta, he dejado la empresa, allí dentro no había más que lesbianas que daban el trabajo a su capricho, me fui. De todas maneras mi marido y yo trabajamos un poco por turno. En un tipo de sociedad así el trabajo no es esencial para mí. Si se concibiera como en China, quizá yo pudiera trabajar diez horas diarias” (F., 24 años, casada, bachillerato y algunos meses en la facultad de letras, padre rentista).

“Cuando no se ha conseguido terminar el bachillerato, uno ya se ha quedado en la cuneta; en un momento dado ya no hay orientación que valga y además los trabajos que se encuentran no son trabajos a los que se les vea la utilidad.

Siempre he hecho trabajos poco apasionantes, entonces ahorro lo que puedo para poder parar algunos meses. De todos modos, me gusta parar para no dejarme ganar por la costumbre.

Después de mi fracaso con el examen final de bachillerato, estuve en un campamento al aire libre durante las vacaciones. Después encontré un trabajo en un periódico de Dreux. Era redactor en prácticas, pero al cabo de dos meses necesitaba sacar el carnet de periodista para poder ser redactor fijo, y entonces pasé a trabajar como destajista en esa tarea, y además no debía encajar bien con ellos. Todo lo que escribía era corregido y deformado. También hacía fotos. Pero existían unas relaciones de fuerza en el trabajo, yo no era bastante combativo y además no tenía ganas de pelearme. Al cabo de seis meses ya no me daban trabajo y me fui. Después de esto me dejé enganchar por el mito de la administración, y me inscribí para trabajar en los P.T.T. Estuve seleccionando cartas tres semanas. Esto me encogió el corazón, caí en un mundo de trabajo que no conocía. No son las personas las que me han impresionado sino quizá las relaciones entre ellas, la denuncia, no existía ningún tipo de solidaridad. Al cabo de tres semanas presenté la dimisión: éramos cinco auxiliares, y hubo uno al que echaron de la noche a la mañana (se había tomado un cuarto de hora de más en el descanso) y entonces todos presentamos la dimisión. Lo que es el colmo es que tú acabas de fracasar en tu bachillerato y que los estudios no te han interesado nunca, y en seguida te encuentras considerado como un intelectual.

Luego a través de la A.N.P.E. encontré un trabajo de contabilidad en un organismo de regularización de la carne de bovino. En seguida hubo una historia de una prima de mercado que no se repartía entre todo el mundo y entonces, después de una agarrada, me largué. Y así pasaron otros dos meses y medio. En septiembre estuve un mes en la vendimia y después volví a la A.N.P.E. para tratar de encontrar trabajo. He sido mensajero en una *mobylette* durante seis meses. Es la cosa más dura que he hecho en mi vida. Es un trabajo infernal, pronto estás completamente “paranoico” en tu *mobylette*, tienes la impresión de que todos quieren tu pellejo; lo he dejado, ya tenía bastante.

Después de dos meses de paro, me inscribí en la S.C.N.F., estuve contratado en algo relacionado con las vacaciones, hacía reservas electrónicas (operador o algo parecido...) y allí duré cuatro meses pero me fui porque tenía la intención de irme a vivir al campo, y desde entonces sigo aquí” (G., 21 años, no consiguió obtener el título de bachillerato D, padre agente de policía, madre asistenta).

Véase C. Mathey, “Recherche de travail y temps de chômage”, entrevistas a 50 jóvenes trabajadores sin empleo, *L'entrée dans la vie active*, Cahiers du centre d'études de l'emploi, 15, París, PUF, 1977, pp. 479-658.

juego no es ya, como antes, un fracaso individual vivido —con los estímulos del sistema escolar— como imputable a las limitaciones de la persona, sino la propia lógica de la institución escolar. La descualificación estructural que afecta al conjunto de los miembros de esta generación, destinados a obtener de sus titulaciones menos de lo que hubiera obtenido de ellas la generación precedente, se encuentra en la base de una especie de desilusión colectiva que lleva a esta generación engañada y desengañada a hacer extensiva a todas las instituciones la rebeldía unida al resentimiento que le inspira el sistema escolar. Esta especie de carácter anti-institucional (que se nutre de crítica ideológica y científica) conduce, en última instancia, a una especie de denuncia de unos supuestos tácitamente asumidos en el orden social, a una suspensión práctica de la adhesión dóxica a las metas que éste propone, a los valores que profesa, y al rechazo de las inversiones que constituyen la condición *sine qua non* para su funcionamiento.

Puede comprenderse que el conflicto entre las generaciones —que se expresa no sólo en el seno de las familias sino también en la institución escolar, en las organizaciones políticas o sindicales y sobre todo, quizá, en el medio de trabajo, siempre que, por ejemplo, unos autodidactas a la antigua usanza, que empezaron hace treinta años con un certificado de estudios o un diploma de enseñanza general y una inmensa buena voluntad cultural, se encuentran enfrentados a unos jóvenes bachilleres o a unos autodidactas de nuevo estilo que llevan con ellos a la institución su carácter anti-institucional— tome a menudo la forma de un conflicto final sobre los propios fundamentos del orden social: más radical y también más problemático que el conflicto político en su forma ordinaria, esta especie de carácter desencantado que evoca el de la primera generación romántica, dirige sus ataques, en efecto, contra los dogmas fundamentales del orden pequeño-burgués, “carretera”, “situación”, “promoción”, “progreso”.

La lucha contra el desclasamiento

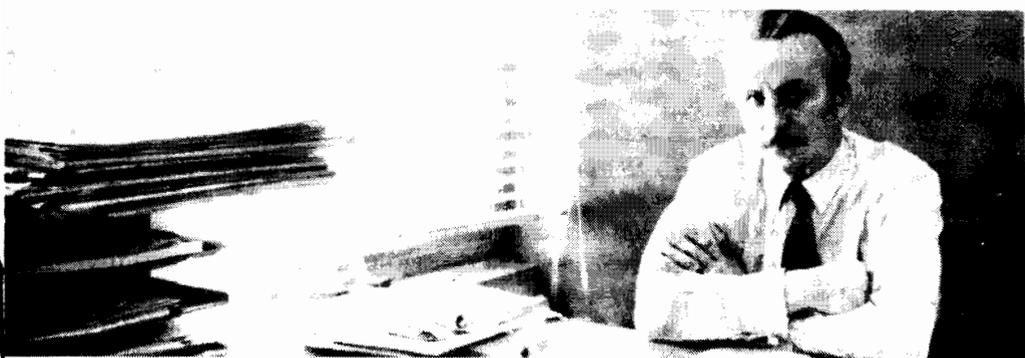
La contradicción específica del modo de reproducción con componente escolar reside en la oposición entre los intereses de la clase que la Escuela sirve *estadísticamente* y los intereses de los miembros de esta clase que la misma sacrifica, es decir, los de aquéllos que se denominan “fracasados” y que se ven amenazados de desclasamiento al no poseer las titulaciones formalmente exigidas a los miembros de pleno derecho; sin olvidar a los poseedores de titulaciones que “normalmente” dan derecho —“normalmente”, es decir, en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos— a una profesión burguesa que, no siendo originarios de la clase, no cuentan con el capital social necesario para obtener el pleno rendimiento de sus titulaciones académicas. La superproducción de titulaciones y su consecuencia, la correspondiente devaluación de las mismas, tienden a devenir una constante estructural cuando se ofrecen a todos los hijos de la burguesía (tanto los últimos como los primogénitos, tanto las chicas como los chicos) unas probabilidades teóricamente iguales de obtener determinadas titulaciones, mientras que aumenta también (en números absolutos) el acceso de las otras clases a esas titulaciones. Las estrategias que emplean los unos para intentar escapar al desclasamiento e incorporarse a su trayectoria de clase y los otros para

prolongar el curso interrumpido de una trayectoria que se daba por descontada, constituyen en la actualidad uno de los factores más importantes de la transformación de las estructuras sociales: en efecto, las estrategias individuales de recuperación que permiten a los poseedores de un capital social de relaciones heredadas suplir la ausencia de titulaciones u obtener el máximo rendimiento de las que han podido conseguir, mediante su orientación hacia regiones todavía poco burocratizadas del espacio social (donde las disposiciones sociales cuentan más que las "competencias" escolarmente garantizadas), se conjugan con las estrategias colectivas de reivindicación que intentan hacer valer las titulaciones y obtener de ellas la contrapartida que les estaba asegurada en un estado anterior, para favorecer la creación de un gran número de *posiciones semi-burguesas*, nacidas de la redefinición de antiguas posiciones o de la invención de posiciones nuevas y bien proyectadas para evitar el desclasamiento a los "herederos" desprovistos de titulaciones, y para ofrecer a los advenedizos una contrapartida aproximada a sus devaluados títulos.

Las estrategias que emplean los agentes para evitar la devaluación de las titulaciones correlativa a la multiplicación de los titulados encuentran su fundamento en el desajuste, particularmente señalado en ciertas coyunturas y en ciertas posiciones sociales, entre las oportunidades objetivamente ofrecidas en un momento dado del tiempo y las aspiraciones realistas, que no son otra cosa que el producto de un estado distinto de las oportunidades objetivas: este desajuste es, con frecuencia, el efecto de una decadencia con respecto a la trayectoria individual o colectiva que se encontraba inscrita como potencialidad objetiva en la posición anterior y en la trayectoria que conducía a esa posición. Este efecto de *trayectoria interrumpida* hace que las aspiraciones, a semejanza de un proyectil arrastrado por su propia

Mientras que en 1962 únicamente el 1,5 % de los obreros especializados con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años están en posesión del BEPC y el 0,02 tienen el bachillerato o un título superior, en 1975 los porcentajes correspondientes son del 8,2 % y del 1,0 %. Entre los empleados, en los que en 1962, e incluso entre los de más edad, se contabilizaba una proporción relativamente alta de poseedores de titulaciones, la proporción de los diplomas más importantes aumenta más rápidamente entre los jóvenes que entre los de más edad, de manera que la proporción de titulaciones elevadas deviene más alta en los primeros que en los segundos (en 1962, el 25 % de los empleados de edades comprendidas entre los 15 y los 24 años tenían el diploma de estudios del primer ciclo de enseñanza secundaria, el 2 %, el título de bachiller, el 0,2 %, un título de facultad o gran escuela, frente al 38 %, 8 % y 1,7 % en 1975, siendo los porcentajes correspondientes para los de más edad del 16,1 %, 3,3 % y 1,4 % respectivamente). Además de todas las transformaciones en las relaciones entre colegas de generaciones diferentes que se encuentran inscritas en estas distribuciones, es preciso tener en cuenta las transformaciones en las relaciones con el trabajo que resultan de la instalación en unos *puestos a menudo degradados* (con la automatización y todas las formas de mecanización de las tareas que hacen de numerosos empleados los obreros especializados (OS) de las grandes burocracias) de agentes provistos de *titulaciones más altas* que en el pasado. Todo permite suponer que la oposición entre el rigor un poco estricto de los de mayor edad y la relajación, percibida sin duda como negligencia, de los más jóvenes, con la combinación, en particular, de la barba y los cabellos largos, atributos tradicionales de la bohemia, expresa otra cosa que un simple enfrentamiento entre generaciones.





inercia, tracen, por encima de la trayectoria real —la del hijo y la del nieto del politécnico que se han hecho ingeniero comercial o psicólogo, o la del licenciado de derecho que, no teniendo capital social, se ha hecho animador cultural— una trayectoria no menos real y que en todo caso no tiene nada de imaginaria en el sentido que de ordinario se da a este término: inscrita en lo más profundo de las disposiciones, esta imposible potencialidad objetiva, especie de esperanza o de promesa traicionada, es lo que puede reconciliar, a despecho de todas las diferencias, a los hijos de la burguesía que no han obtenido del sistema escolar los medios para proseguir la trayectoria más probable para su clase, y a los hijos de las clases medias y populares que, careciendo de capital cultural y social, no han obtenido de sus titulaciones académicas lo que éstas aseguraban en otro estado distinto del mercado, dos categorías particularmente impulsadas a orientarse hacia las nuevas posiciones.

Aquellos que intentan escapar al desclasamiento pueden, en efecto, o bien producir nuevas profesiones más ajustadas a sus pretensiones (fundadas socialmente en un estado anterior de las relaciones entre las titulaciones y los puestos), o bien acomodar confortablemente a sus pretensiones, mediante una redefinición que implique una revalorización, aquellas profesiones a las que sus titulaciones les dan acceso³⁶. La llegada a un puesto de agentes que, dotados de titulaciones distintas de las de sus ocupantes ordinarios, introducen en su relación con el puesto —considerado tanto en su definición técnica como en su definición social— aptitudes, disposiciones y exigencias desconocidas, lleva consigo necesariamente unas transformaciones del mismo: entre las que se observan cuando los recién llegados poseen titulaciones superiores, las más visibles son el *acrecentamiento de la división del trabajo* que resulta de la autonomización de una parte de las tareas que hasta entonces estaban teórica o prácticamente aseguradas por unas profesiones con una extensión más amplia (piénsese en la diversificación de las profesiones de enseñanza o de asistencia), y, a menudo, la redefinición de las carreras vinculada con la aparición de reivindicaciones nuevas tanto en su forma como en su contenido. Todo permite suponer que la amplitud de la redefinición de un puesto que resulta del cambio de las propiedades escolares de sus ocupantes —y de todas las propiedades asociadas— tiene todas las probabilidades de ser tanto mayor cuanto más importante es la *elasticidad* de la definición técnica y social del mismo (la cual es probable que aumente conforme más alto sea el puesto dentro de su jerarquía), y cuanto más elevado sea el origen social de los nuevos ocupantes, que estarán, por consiguiente, menos inclinados a aceptar las ambiciones limitadas, progresivas y previsibles en la escala de toda una vida, de los pequeños-burgueses normales. Estas dos propieda-

³⁶ Contra la representación realista e inmovilista que se encuentra implicada en algunas tradiciones de la sociología del trabajo, es preciso recordar que el *puesto* no es reducible ni al puesto teórico, es decir, a la actividad tal como puede ser descrita en los reglamentos, circulares, organigramas, ni al puesto real tal como puede ser descrito mediante la observación de la actividad real del que lo ocupa, ni siquiera a la relación entre los dos. En verdad, los puestos, tanto en su definición teórica como en su realidad práctica, constituyen la apuesta de las luchas permanentes que pueden enfrentar a los que los ocupan con sus superiores o sus subordinados o con los ocupantes de puestos próximos y competidores, o incluso entre ellos mismos (por ejemplo entre los antiguos y los recién llegados, los titulados y los no titulados, etc.). Los pretendientes a un puesto o sus ocupantes actuales pueden tener interés en redefinir en hecho y/o en derecho el puesto de tal manera que no pueda ser ocupado por otros que no sean los poseedores de propiedades idénticas a las suyas (véanse las luchas entre los antiguos alumnos de la ENA y de la X, o en las clases medias entre las enfermeras de las diferentes generaciones).

des no son, sin duda, independientes: en efecto, bien porque se vean llevados por su sentido de la inversión rentable o por su preocupación de no degradarse al orientarse hacia las profesiones establecidas, particularmente odiosas en su transparente univocidad, los hijos de la burguesía amenazados de desclasamiento se dirigen prioritariamente hacia las más indeterminadas de las antiguas profesiones y hacia los sectores donde se elaboran las nuevas profesiones. El efecto de redefinición creadora se observa sobre todo en las ocupaciones que tienen una mayor dispersión y están poco profesionalizadas, y en los sectores más nuevos de la producción cultural y artística, como las grandes empresas públicas o privadas de producción cultural (radio, televisión, *marketing*, publicidad, investigación en ciencias sociales, etc.), en los que los puestos y las carreras no han adquirido todavía la rigidez de las viejas profesiones burocráticas y el reclutamiento aún se hace, casi siempre, por cooptación, es decir, en base a las “relaciones” y a las afinidades de *habitus*, mucho más que en nombre de las titulaciones académicas (de suerte que los hijos de la burguesía parisiense, que tienen más oportunidades de acceder a los estatus intermedios entre los estudios y la profesión que ofrecen, por ejemplo, las grandes burocracias de la producción cultural, y que pueden “mantenerse” en ellas mucho más tiempo, en lugar de entrar directamente en una ocupación bien definida pero definitiva –como la de profesor–, tienen más probabilidades de entrar y de triunfar en unas profesiones que las titulaciones específicas –diploma del Instituto de altos estudios cinematográficos o de la Escuela técnica de foto y cine, licenciatura de sociología o de psicología, etc.– no abren, en realidad, más que a aquellos que se encuentran en condiciones de añadir a sus títulos formales unos títulos reales)³⁷.

El peso relativo de las diferentes categorías que participan en el sistema de producción cultural se ha transformado profundamente en el curso de los dos últimos decenios; las nuevas categorías de productores asalariados surgidas del desarrollo de la radio y la televisión o de los organismos públicos o privados de investigación (en especial en ciencias sociales) han conocido un considerable aumento, así como también el profesorado, sobre todo en sus capas inferiores, mientras que decaían las profesiones artísticas y las jurídicas, esto es, el artesanado intelectual; estos cambios morfológicos, que se acompañan con el desarrollo de nuevas entidades para la organización de la vida intelectual (comisiones de reflexión, de estudios, etc.) y de nuevos modos institucionalizados de comunicación (coloquios, debates, etc.), resultan apropiados para favorecer la aparición de productores intelectuales más directamente subordinados a la demanda de los poderes económicos y políticos, y portadores de nuevos modos de pensamiento y de expresión, de nuevas temáticas y de nuevas maneras de concebir el trabajo intelectual y la función del intelectual. Pudiera ser que estas transformaciones, a las que hay que añadir el considerable acrecentamiento de la población de estudiantes, situados en una posición de aprendices intelectuales, y el desarrollo de todo un conjunto de profesiones semi-intelectuales, hubieran tenido como principal efecto el de proporcionar a la producción “intelectual” aquello de lo que antes sólo podía

³⁷ Estas nuevas estrategias vienen a unirse o a reemplazar a unas estrategias ya experimentadas, como la concesión de una ayuda financiera directa, especie de herencia anticipada, o la reconversión del capital social de la familia en un rico matrimonio, o también la orientación hacia mercados menos tensos, donde la rentabilidad del capital económico, cultural o social es más alta (como en otros tiempos lo fueron las colonias o unas instituciones prestigiosas, o por lo menos honorables, como podían ser el ejército o la iglesia, cuyo acceso no estaba subordinado ni a la posesión de capital económico ni siquiera a la posesión de capital cultural).

disponer el "arte burgués", esto es, un público lo suficientemente importante como para justificar el desarrollo y el funcionamiento de entidades de producción y difusión específicas, y la aparición, en las márgenes del campo universitario y del intelectual, de una especie de alta vulgarización —de la que los "nuevos filósofos" representan el espécimen límite—. (Sobre la evolución de las diferentes categorías socio-profesionales, véase L. Thévenot, "Les catégories sociales en 1975. L'extension du salariat", *Economie et statistique*, n.º 91, julio-agosto 1977, pp. 3-31; y sobre el desenvolvimiento regular, entre 1962 y 1975, del sector de los "estudios y asesoramientos prestados a las empresas" —asesores jurídicos, contables y financieros, publicitarios, estudios de arquitectura, etc.—, que emplea a muchas mujeres y constituye una importante salida para los diplomados, véase P. Trogan, "Croissance régulière de l'emploi dans les activités d'études et de conseils", *Economie et statistique*, n.º 93, oct. 1977, pp. 73-80).

Pero el lugar por excelencia de esta forma de cambio debe buscarse en todo el conjunto de profesiones que tienen en común el asegurar el máximo rendimiento al capital cultural transmitido de forma más directa por la familia, buenas maneras, buen gusto o encanto físico: profesiones artísticas o semi-artísticas, inte-

L AURORE *8 avril 1966*

Cette école où l'on acquiert la « classe »

Si vous pensez, Madame, que votre mari n'est pas le parfait gentleman que vous aimeriez avoir à vos côtés; si vous trouvez, Mademoiselle, que votre fiancé, ou votre soupirant, manque de raffinement, donnez-lui donc cette adresse avec tact: 50, rue de Ponthieu. C'est là, en effet, que Claude Lelief, déjà directrice de la célèbre école de mannequins Lucky, vient d'ouvrir la première « école de bon goût et de galanterie française ».

Les élèves — dont l'âge varie entre 18 et 60 ans — y apprennent, en dix leçons particulières d'une heure et demie, à s'habiller avec chic et recherche (tout comme Cary Grant et le duc de Windsor, qui figurent parmi les hommes les plus élégants du monde), à se conduire d'une manière irréprochable, à bien se tenir à table, à connaître les fleurs et à les offrir.

On se familiarise également avec la façon de marcher comme un grand de ce monde et d'éternuer discrètement (ce que, paraît-il, une personne sur sept sait faire). En un mot, cette école de bon goût dispense ce qui passait pour impossible à acquérir: la classe. Les représentants du sexe faible, quant à elles, y apprendront l'art de descendre d'une voiture sans attirer les regards indiscrets des messieurs et de repousser avec tact les avances d'un patron trop entreprenant.

Les célibataires désirant se perfectionner auront une raison supplémentaire de fréquenter cet établissement: Michael, fils d'un grand diplomate, qui tient à conserver l'anonymat, a mis au point un « cours accéléré de séduction » dont les leçons ouvrent — affirme-t-il — tous les cœurs féminins.

Esa escuela en la que se adquiere "clase"

Si usted cree, señora, que su marido no es el perfecto caballero que le gustaría tener a su lado; si usted encuentra, señorita, que su novio, o su pretendiente, no tiene el suficiente refinamiento, déle, pues, con tacto, la siguiente dirección: 50 rue de Ponthieu. Es ahí, en efecto, donde Claude Lelief, hasta ahora directora de la célebre escuela de maniqués Lucky, acaba de abrir la primera "escuela de buen gusto y de galantería francesa".

Los alumnos —cuya edad varía desde los 18 a los 60 años— aprenden en ella, en diez lecciones particulares de hora y media, a vestirse con elegancia y refinamiento (lo mismo que Cary Grant y el duque de Windsor, que figuran entre los hombres más elegantes del mundo), a portarse de una manera irrepachable, a conducirse con elegancia en la mesa, a conocer las flores y a saber regalarlas.

Se familiarizan también con la forma de andar como un grande de este mundo y con la de estornudar con discreción (lo que, al parecer, sólo una persona entre siete sabe hacer). En una palabra, esta escuela de buen gusto enseña lo que parecía imposible de adquirir: la clase. Por lo que se refiere a las representantes del sexo débil, adquirirán en ella el arte de bajarse de un vehículo sin atraer las miradas indiscretas de los caballeros y el de rechazar con tacto las insinuaciones de un jefe demasiado atrevido.

Los solteros que deseen perfeccionarse tendrán una razón suplementaria para visitar este establecimiento: Michael, hijo de un importante diplomático, que desea conservar el anonimato, ha preparado un "curso acelerado de seducción" cuyas lecciones abren —según él afirma— todos los corazones femeninos.

lectuales o semi-intelectuales, asesoras (psicólogos, orientadores, ortofonistas, esteticistas, consejeros conyugales, dietéticos, etc.), profesiones pedagógicas o para-pedagógicas (educadores, animadores culturales, etc.), profesiones de presentación y de representación (animadores de turismo, azafatas, guías artísticos, presentadores de radio o de televisión, agregados de prensa, etc.).

La necesidad que tienen las burocracias públicas y sobre todo las privadas de ejercitar funciones de recepción y acogida que difieren profundamente, tanto por su amplitud como por su estilo, de las que tradicionalmente confiaban a hombres (diplomáticos, miembros de gabinetes ministeriales) originarios frecuentemente de las fracciones más ricas en capital social de la clase dominante (aristocracia, burguesía con tradición) y también más ricas en técnicas de sociabilidad indispensables para el mantenimiento de este capital, ha determinado la aparición de todo un conjunto de profesiones femeninas y de un *mercado legítimo para las propiedades corporales*. El hecho de que algunas mujeres obtengan un beneficio profesional de su encanto, de que la belleza reciba así un valor en el mercado de trabajo, ha contribuido sin duda a determinar, además de numerosos cambios en las normas del vestido, de la cosmética, etc., todo un conjunto de transformacio-

Una profesión que prolonga vuestra vocación de mujer

Una azafata, según el Sr. Tunon -Presidente-fundador de la Escuela- es "una muchacha, una mujer joven, que os sirve sonriendo".

¿Ha comprobado usted alguna vez la gentileza, la amabilidad, la alegría de vivir de quienes han elegido esta vía?

¡Su sonrisa no es una "sonrisa profesional"!

Es simplemente la manifestación externa de la alegría y la dicha que les proporciona una profesión en armonía con sus deseos y con su personalidad.

Porque la azafata, en el ejercicio de su profesión, hace valer sus cualidades de mujer y prolonga su vocación femenina.

El encanto, la elegancia, la distinción, la gracia, todas esas cualidades que concurren en el éxito profesional de una azafata son indispensables para el éxito de la vida personal de toda mujer. Y elegir la profesión de azafata es querer dar también a su propia vida equilibrio y armonía.

Segundo episodio: cómo adelgazar sin valerse de la voluntad

Recorte su cabeza de una foto de carnet de identidad y adhiérala en la parte correspondiente a esta silueta. Ver el resultado, el fin de un régimen ayuda a soportar el hambre.

Une profession qui prolonge votre vocation de femme.

Une hôtesses, selon Monsieur TUNON - Président-fondateur de l'École - est « une jeune fille, une jeune femme qui vous rend service avec le sourire ».

Avez-vous jamais constaté la gentillesse, l'amabilité, la joie de vivre de celles qui ont choisi cette voie ?

Leur sourire n'est pas un « sourire professionnel » ?

Il est simplement la manifestation extérieure du plein épanouissement et du bonheur que leur procure une profession en harmonie avec leurs désirs et leur personnalité.

Car l'hôteesse, dans l'exercice de sa profession, met en valeur au premier chef ses qualités de femme et prolonge sa vocation féminine.

renseignement



Le charme, l'élegance, la distinction, la grâce, toutes ces qualités qui concourent à la réussite professionnelle d'une hôtesses sont indispensables au succès de la vie personnelle de toute femme. Et choisir la profession d'hôteesse, c'est vouloir aussi donner à sa propre vie équilibre et harmonie.

DEUXIEME EPISODE: COMMENT MAIGRIR SANS S'USER LA VOLONTÉ



nes éticas, al mismo tiempo que una redefinición de la imagen legítima de la feminidad: las revistas femeninas y todas las entidades legítimas en materia de definición de la imagen y del uso legítimo del cuerpo difunden la imagen de la mujer encarnada por estas profesionales del encanto burocrático, seleccionadas y formadas racionalmente, de acuerdo con una carrera rigurosamente programada (con sus escuelas especializadas, sus concursos de belleza, etc.) con vistas a cumplir, según las normas burocráticas, las funciones femeninas más tradicionales.

En los sectores más indeterminados de la estructura social es donde se da el máximo de probabilidades de que tengan éxito los esfuerzos para lograr producir unas especialidades reservadas, en especial de “asesoramiento”, cuyo ejercicio no exige más que una forma racionalizada de una competencia cultural de clase. La constitución de un cuerpo socialmente reconocido de especialistas del asesoramiento en materia de sexualidad, que está a punto de realizarse a través de la progresiva profesionalización de asociaciones gratuitas, filantrópicas o políticas, representa la forma paradigmática del proceso por el que unos agentes tienden a satisfacer sus intereses indiscutibles con la íntima convicción de desinterés que se encuentra en la base de cualquier tipo de proselitismo, considerándose autorizados —ante las clases excluidas de la cultura legítima, y por la parcela de legitimidad cultural de que han sido dotados por el sistema de enseñanza— para producir a la vez la necesidad y la singularidad de su cultura de clase. Desde los consejeros conyugales a los vendedores de productos dietéticos, todos cuantos hoy día hacen profesión del hecho de ofrecer los medios de cubrir la separación entre el ser y el deber ser para todo aquello que tiene relación con la imagen o el uso del cuerpo, nada podrían hacer sin la inconsciente colusión de los que contribuyen a producir un mercado inagotable para los productos que ofrecen, al imponer unos nuevos usos del cuerpo y una nueva hexis corporal, la que la nueva burguesía de la sauna, de la sala de gimnasia y del esquí ha descubierto para ella misma, y al producir al mismo tiempo otras tantas necesidades, expectativas e insatisfacciones: médicos y dietéticos que imponen, con la autoridad de la ciencia, su definición de la *normalidad* —“tablas de proporción entre el peso y la estatura en el hombre normal”, regímenes alimenticios equilibrados o modelos de la plena realización sexual—, modistas que confieren la sanción del buen gusto a las imposibles medidas de las modelos, publicitarios que encuentran en los nuevos y obligados usos del cuerpo la ocasión para llamadas al orden sin cuento (“vigilad vuestro peso”, etc.), periodistas que dejan ver y hacen valer su propio arte de vivir en los semanarios femeninos y en las revistas para ambientes “dorados” que producen y en las que se producen, todos compiten, en la propia competencia que a veces los enfrenta, en hacer progresar una causa a la que sólo sirven tan bien porque no siempre tienen conciencia de que la están sirviendo ni incluso de que se sirven de ella al servirla. Y no es posible comprender la propia aparición de esta nueva pequeña burguesía, que pone al servicio de su función de intermediaria entre las clases nuevos instrumentos de manipulación y que determina, con su misma existencia, una transformación de la posición y de las disposiciones de la pequeña burguesía tradicional, si no es por referencia a las transformaciones del modo de dominación que, al sustituir la represión por la seducción, la fuerza pública por las relaciones públicas, la autoridad por la publicidad, la manera fuerte por la manera suave, espera de la imposición de unas necesidades, más que de la inculcación de unas normas, la integración simbólica de las clases dominadas.

Vemos, pues, cuán ingenuo sería tratar de reducir a un proceso *mecánico* de inflación y devaluación el conjunto de transformaciones que, tanto en el sistema escolar como fuera de él, han estado determinadas por el masivo crecimiento de la población escolarizada; y en particular todos los cambios que, a través de las transformaciones morfológicas ocurridas en todos los niveles del sistema escolar, pero también mediante las reacciones de defensa de los tradicionales usuarios del sistema, han afectado a la organización y al funcionamiento del mismo, como por ejemplo la multiplicación de vías de carrera sutilmente jerarquizadas y de vías muertas sabiamente enmascaradas que contribuyen a complicar la percepción de las jerarquías. Para una mayor claridad, podemos enfrentar dos estados del sistema de enseñanza secundaria: en el estado más antiguo, la propia organización de la institución, las vías que proponía, las enseñanzas que aseguraba, los títulos que otorgaba, descansaban en unos cortes claros, en unas fronteras netas, determinando la división entre la enseñanza primaria y la secundaria unas diferencias sistemáticas en todas las dimensiones de la cultura enseñada, unos métodos de enseñanza, unas carreras aseguradas (es significativo que el corte se haya mantenido e incluso *reforzado* en aquellos lugares en los que, de ahora en adelante, se juega el acceso a la clase dominante, es decir, en el momento de la entrada en el bachillerato, con la oposición entre la sección de "élite", la secundaria C, y las demás, y el nivel de la enseñanza superior, con la oposición entre las grandes escuelas o, con mayor precisión, las escuelas del poder, y las demás instituciones). En el estado actual, la exclusión de la gran masa de los hijos de las clases populares y medias no se opera ya a la entrada en el bachillerato, sino progresivamente, insensiblemente, a lo largo de los primeros años del mismo, mediante unas formas *negadas* de eliminación como son el *retraso* como eliminación diferida, la *relegación* a unas vías de segundo orden que implica un efecto distintivo y de *estigmatización*, adecuado para imponer el reconocimiento anticipado de un destino escolar y social, y por último la *concesión de títulos devaluados*³⁸.

Si la representación de los hijos de las diferentes categorías socioprofesionales en las clases de 4.º y de CPPN refleja el reparto global de la población activa de Francia, las diferencias entre las clases están ya puestas de manifiesto en la distribución entre las secciones: la proporción de los chicos que son eliminados *de facto* de la enseñanza extensa (esto es, que quedan relegados a unos CPPN o a unas clases prácticas) varía en razón inversa de la jerarquía social, pasando del 42 % en los asalariados agrícolas al 29 % en los obreros y personal de servicios, al 4 % en los cuadros medios y al 1 % en los cuadros superiores. Los chicos originarios de las clases populares están sobre-representados en la enseñanza técnica corta, pero la proporción de hijos de cuadros medios y de empleados aumenta de forma regular conforme se va de la formación en un año (Certificado de estudios profesionales), pasando por las Clases preparatorias para el aprendizaje (en las

³⁸ Es notable que haya sido en el mismo momento en que la división en dos vías —en rigor, siempre ha habido tres, con la primaria superior y sobre todo con el conjunto de formaciones y concursos internos que ofrecían todas las grandes administraciones— tendía a desaparecer para reconstruirse a un nivel distinto, cuando Baudelot y Establet descubrieron esta oposición, cuya existencia nadie hubiera soñado con ponerla en duda, puesto que constituía la más evidente manifestación de los mecanismos escolares de reproducción.

que son más numerosos los hijos de artesanos) y el primer año de CAP, hasta el Diploma de enseñanza profesional (de segundo nivel) y la secundaria técnica, mientras que la proporción de los hijos de obreros disminuye paralelamente (la proporción de hijos de la clase dominante permanece ínfima). Pero si se va más lejos, se observa que, en el nivel del CAP, los muchachos de las clases medias se orientan más hacia la electricidad que hacia la construcción y tienen un abanico de opciones más amplio que los otros; que las chicas de clases medias se dirigen con mayor frecuencia hacia un tipo de formación económica y financiera mientras que los chicos de las clases populares están más representados en el sector del vestido. O también, que en el nivel del BEP, los jóvenes de las clases medias, bastante más representados que en el nivel del CAP, se orientan más hacia los servicios comerciales, mientras que los hijos de obreros son mayoritarios en el diseño industrial. Hay, pues, que entendedérselas con toda una selva de vías jerarquizadas desde la más teórica y la más abstracta hasta la más técnica y la más práctica, conteniendo cada una de ellas una jerarquía que obedece a los mismos principios –con la contraposición, por ejemplo, entre la electricidad y la construcción (véase F. Oeuvarard, en un artículo de próxima aparición)–. En el nivel de la enseñanza secundaria, las diferencias entre las clases sociales de origen, que pueden verse con toda claridad en los propios porcentajes de representación, se manifiestan con toda precisión en el reparto entre las secciones, con la clase de “élite” en uno de los polos, la segunda o secundaria C, en la que los hijos de cuadros medios, cuadros superiores, miembros de profesiones liberales, y de industriales y grandes comerciantes representan más de la mitad de los efectivos, y en el otro polo las segundas o secundarias especiales, “pasarela” entre el segundo ciclo corto y el segundo ciclo largo, reservado de hecho a un pequeño número, en el que los hijos de obreros están sobre-representados; y, entre los dos polos, las secciones A, AB o T. La devaluación impuesta por la recuperación, que actúa como mecanismo de entrenamiento, y la transformación de los puestos profesionales más cualificados que, a causa del progreso tecnológico, exige de una minoría una competencia técnica incrementada, hacen que el recurso a la enseñanza técnica más o menos extensa se imponga cada vez más a los hijos de la clase obrera y en particular a los que son originarios de las capas más “favorecidas” de la misma (técnicos, obreros cualificados), como condición para el mantenimiento en la posición y como único medio de escapar a la carrera negativa que conduce al sub-proletariado.

Mientras que el sistema de fronteras muy definidas hacía interiorizar unas divisiones escolares que claramente se correspondían con unas divisiones sociales, el sistema de clasificaciones vagas y confusas favorece o consiente (por lo menos en los niveles *intermedios* del espacio escolar) unas aspiraciones a su vez vagas y confusas, al imponer, de manera menos estricta y también menos brutal que el sistema antiguo, simbolizado por el implacable rigor de la oposición, el ajuste de unos “niveles de aspiración” con unas barreras y unos niveles escolares. Si bien es cierto que a una gran parte de sus utilizadores les paga en titulaciones académicas devaluadas –jugando con unos errores de percepción que favorecen la anárquica floración de vías y titulaciones a la vez relativamente insustituibles y sutilmente jerarquizadas–, no es menos cierto que no les impone una *desinversión* tan brutal como la que les imponía el sistema antiguo, y que la confusión de jerarquías y fronteras entre los elegidos y los excluidos, entre los verdaderos y los falsos títulos, contribuye a imponer la eliminación suave y la aceptación también suave de esta eliminación, pero favoreciendo la instauración de una relación menos realista y

menos resignada con el porvenir objetivo que la que favorecía el antiguo *sentido de las limitaciones* que se encontraba en la base de un sentido muy agudizado de las jerarquías. La *alodoxia* que el nuevo sistema fomenta de mil maneras es lo que hace que los relegados ayuden a su propia relegación al sobreestimar las vías en las que se internan, al sobrevalorar sus titulaciones y al concederse unas posibilidades que en realidad les son negadas, pero también lo que hace que no acepten realmente la verdad objetiva de su posición y de sus titulaciones. Y las posiciones nuevas o renovables no ejercerían un atractivo como el que ejercen si, vagas y mal definidas, mal localizadas en el espacio social, sin ofrecer a menudo —a la manera del oficio de artista o de intelectual de antaño— ninguno de los criterios materiales o simbólicos —promoción, recompensas, subidas de salarios— con los que se siente y se mide el *tiempo social* y asimismo las jerarquías sociales, no dejaran un margen tan grande a las aspiraciones, permitiendo así escapar a la brutal y definitiva desinversión que imponen las profesiones con límites y perfil bien trazados, desde la entrada en ellas y hasta la jubilación: el indeterminado porvenir que ofrecen, reservado hasta ahora a los artistas e intelectuales, permite hacer del presente una especie de *prórroga constantemente renovada*, y tratar aquello que la vieja lengua denominaba un *estado* como una condición provisional, a la manera del pintor que, aunque trabaje en la publicidad, continúa considerándose como un “verdadero” artista y haciendo protestas de que ese oficio mercenario no es más que una ocupación temporal que abandonará en el momento en que haya ganado lo bastante como para asegurarse su independencia económica³⁹. Estas profesiones ambiguas permiten ahorrarse el trabajo de desinversión y reinversión que implica la reconversión de una “vocación” de filósofo en “vocación” de profesor de filosofía, de artista pintor en dibujante publicitario o en profesor de dibujo; ahorrarse ese trabajo o, por lo menos, remitirlo indefinidamente para más tarde. Se comprende que estos agentes en situación de prórroga estén totalmente de acuerdo con la educación permanente (o con la permanencia en el sistema educativo) que, perfecta antítesis del sistema de las grandes oposiciones, partidario de marcar los límites temporales, de dejar bien claro de una vez por todas y lo más pronto posible que lo que está acabado está acabado, ofrece un porvenir abierto, sin límites⁴⁰. Y se comprende también que, a la manera de los artistas, se consagren con tanta diligencia a las modas y a los modelos estéticos y éticos de la *juventud*, una manera de poner de manifiesto, para sí y para los otros, que después de todo, no se está acabado, definido, en final de trayecto. Las brutales discontinuidades del todo o del nada entre los estudios y la profesión, la profesión y la jubilación, se sustituyen por unas transiciones, por unos deslizamientos insensibles e infinitesimales (piénsese en todas las ocupaciones temporales o semi-permanentes, desempeñadas a menudo por estudiantes al final de sus estudios, que circundan las posiciones establecidas de la investigación científica

³⁹ M. GRIFF, “Les conflits intérieurs de l'artiste dans une société de masse”, *Diogène*, n.º 46, 1964, pp. 61-94. En el mismo artículo de Mason Griff se puede encontrar una descripción muy precisa de los procedimientos que los publicitarios, “artistas comerciales”, imponen a sus aprendices, con frecuencia artistas en potencia, para determinar la desinversión (“hacer los recados”, etc.) y la reinversión en un campo “inferior”.

⁴⁰ Así es como una parte de los productos sobrantes del sistema de enseñanza encuentra su empleo en la gestión de los problemas y conflictos sociales engendrados por la “superproducción” escolar y por las nuevas “demandas” que ésta a su vez ha engendrado (por ejemplo, la “necesidad” de educación permanente, etc.).

o de la enseñanza superior o, en otro orden distinto, en la jubilación progresiva que ofrecen las empresas de “vanguardia”). *Todo ocurre como si* la nueva lógica del sistema escolar y del sistema económico alentara a diferir el mayor tiempo posible el momento en el que acaba por determinarse el límite hacia el que tienden todos los cambios infinitesimales, esto es, el balance final que toma a veces la forma de una “crisis personal”. ¿Es necesario decir que el ajuste entre las oportunidades objetivas y las aspiraciones que así se obtiene es a la vez más sutil y más sutilmente logrado, pero también más arriesgado y más inestable? La vaguedad en las representaciones del presente y del porvenir de la posición es una forma de aceptar los límites, pero con un esfuerzo por enmascararlos que equivale a rechazarlos o, si se prefiere, una manera de rechazarlos pero con la mala fe de un revolucionarismo ambiguo basado en el resentimiento contra el desclasamiento con respecto a unas expectativas imaginarias. Mientras que el sistema antiguo tendía a producir unas identidades sociales bien definidas, dejando poco sitio al onirismo social, pero tan confortables y tranquilizadoras en la propia renuncia que exigían sin concesiones, la especie de *inestabilidad estructural* de la representación de la identidad social y de las aspiraciones que en ella se encuentran legítimamente incluidas tiende a llevar a los agentes, mediante un movimiento que no tiene nada de personal, desde el terreno de la crisis y de la crítica sociales al terreno de la crítica y de la crisis personales.

Las luchas competitivas y la translación de la estructura

Podemos ver cuán ingenua es la pretensión de resolver el problema del “cambio social” asignando a la “novación” o a la “innovación” un *lugar* en el espacio social —en lo más alto para los unos, en lo más bajo para los otros, siempre en otra parte, en todos los grupos “nuevos”, “marginales”, “excluidos”— para todos aquellos cuya primera preocupación es la de introducir a cualquier precio la “novación” en el discurso: caracterizar una clase como “conservadora” o “novadora” (incluso sin precisar con respecto a qué), recurriendo tácitamente a un patrón ético, necesariamente situado socialmente, es producir un discurso que no dice apenas otra cosa que el lugar donde se produce porque hace desaparecer lo esencial, esto es, el *campo de lucha* como sistema de relaciones objetivas en el que las posiciones y las tomas de posición se definen *relacionalmente* y que domina además a las luchas que intentan transformarlo: sólo por referencia al espacio de juego que las define y que ellas tratan de mantener o de redefinir más o menos por completo en tanto que tal espacio de juego, pueden comprenderse las estrategias individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, que tienen como punto de mira el conservar, el transformar o el transformar para conservar.

Las estrategias de reconversión no son sino un aspecto de las acciones y reacciones permanentes mediante las cuales cada grupo se esfuerza por mantener o cambiar su posición en la estructura social; o, con mayor exactitud, en un estadio de la evolución de las sociedades divididas en clases en las que no es posible conservar si no es cambiando, cada grupo se esfuerza *por cambiar para conservar*. En el caso particular, pero que es el que se da con mayor frecuencia, en que las acciones mediante las cuales cada clase o fracción de clase trabaja para conquistar

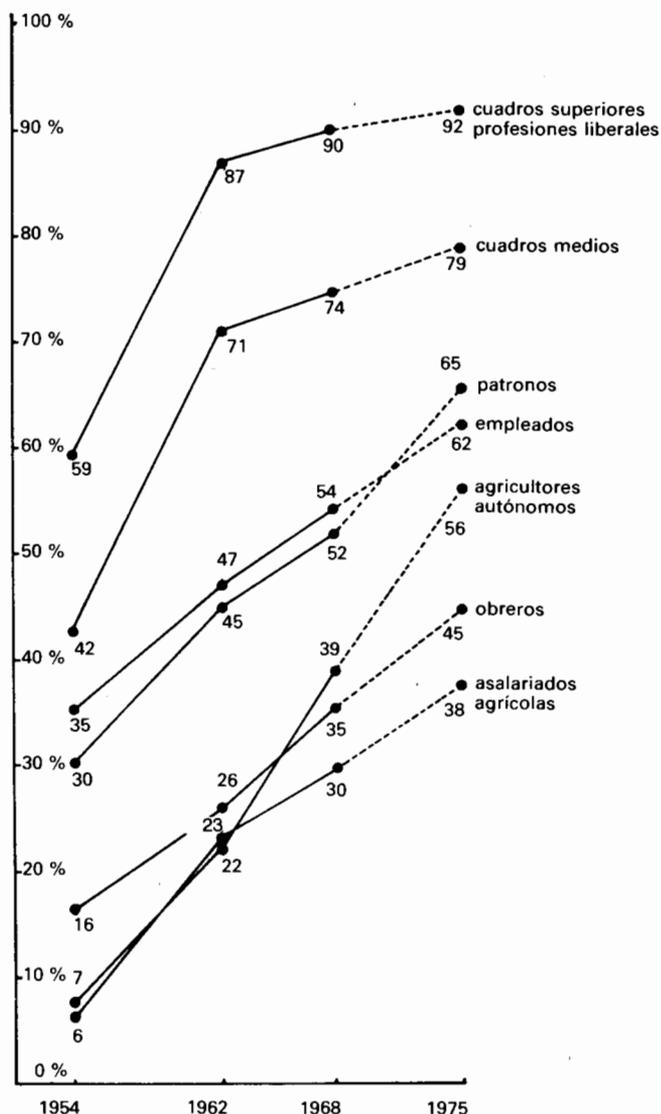
nuevas mejoras —es decir, para aventajar a las demás clases y por consiguiente, objetivamente, para *deformar la estructura* de las relaciones objetivas entre las clases (las que registran las *distribuciones* estadísticas de propiedades)— están compensadas (luego *ordinalmente* anuladas) por las reacciones, orientadas hacia los mismos objetivos, de las demás clases, la resultante de estas acciones enfrentadas, que se anulan en el propio movimiento que ellas suscitan, es una *translación global* de la estructura de la distribución entre las clases o las fracciones de clases de los bienes que están en juego en la competencia (es el caso de las oportunidades de acceso a la enseñanza superior) (véanse tabla 15 y gráfico 7).

Puede verse en la tabla la relación entre la evolución morfológica de las diferentes clases y fracciones de clases y la evolución del grado en que los miembros de las mismas utilizan el instrumento escolar de reproducción: el volumen de los grupos cuyo modo de reproducción estaba fundado sobre todo, al principio del período, en la transmisión del patrimonio económico, tiende a disminuir o a permanecer estacionario, mientras que se acrecienta durante el mismo tiempo la utilización de la escuela por parte de los chicos originarios de estos grupos que, en una parte importante, irán a engrosar las categorías asalariadas situadas en un mismo nivel de la jerarquía social; los miembros de las fracciones de clase en expansión morfológica (cuadros medios, cuadros superiores, empleados) que, ricos sobre todo en capital cultural, aseguraban su reproducción principalmente gracias a la escuela, tienden a incrementar la escolarización de sus hijos casi en la misma proporción que las categorías independientes que ocupan una posición equivalente en la estructura de las clases. La inversión de la posición relativa de los patronos comerciales y de los empleados por una parte, de los agricultores y de los obreros por la otra, se explica simultáneamente por la intensificación de su recurso a la escuela que se ha impuesto para las dos categorías, en decadencia numérica, y por la elevación de las características estadísticas globales de esas categorías (visible, por ejemplo, en materia de titulaciones académicas) que resulta de la trans-

Tabla 15—Evolución morfológica de las diferentes clases y evolución de su relación con el sistema de enseñanza (1954-1968)

	Porcentaje de evolución morfológica (base 100 en 1954)	Porcentaje de titulados del BEPC y más (hombres) (%)		Probabilidades de acceso a la enseñanza superior (%)		Porcentaje de escolarización de los 16 a los 18 años (%)		
		1962	1968	1961 1962	1965 1966	1954	1962	1968
asalariados agrícolas	53.7	0.8	1.6	0.7	2.7	8.0	23.3	29.7
agricultores autónomos	65.2	1.6	2.7	3.6	8	7.5	22.5	38.8
obreros	122.8	2.0	2.9	1.4	3.4	16.3	22.5	38.8
patronos industriales y comerciales	89	8.5	11.3	16.4	23.2	30	45.0	51.7
empleados	120.4	14.7	19.2	9.5	16.2	34.9	47.0	54.3
cuadros medios	168.3	39.9	43.3	29.6	35.4	42.6	71.0	74.6
cuadros superiores, profesiones liberales	167.8	69.5	73.4	48.5	58.7	59.3	87.0	90.0

Gráfico 7—Translación de los porcentajes de escolarización de los jóvenes con edades comprendidas entre los 16 y los 18 años, entre 1954 y 1968.



* Con la línea de trazos se han indicado los porcentajes de escolarización en 1975 de los jóvenes de 18 años.

Fuentes: INSEE, *Recensements de la population 1954, 1962, 1968*; "Probabilités d'accès à l'enseignement supérieur", P. Bourdieu, J. C. Passeron, *Les héritiers*, Paris, Ed. de Minuit, 1964, p. 15, y P. Bourdieu, J. C. Passeron, *La reproduction*, Paris, Ed. de Minuit, 1970, p. 260; "Taux de scolarisation de 16 à 18 ans", *Données sociales*, INSEE, 1973, p. 105 (para 1975 los cálculos están hechos a partir del sondeo a 1/5 del censo, tabla SCO 38 C).

formación de su estructura interna —en el sentido de una menor dispersión— y, con mayor precisión, del hecho de que sus capas inferiores han resultado particularmente afectadas por la crisis y se han visto forzadas a la desaparición o a la reconversión. Las tasas de escolaridad que figuran en el gráfico están, sin duda, sobreestimadas debido al hecho de que las estadísticas no tienen en cuenta más que a los jóvenes censados en su familia —con exclusión de los que viven solos o en un internado, una residencia colectiva, etc.— y sin duda tanto más cuanto más se descende en la jerarquía social. El ligero acortamiento del abanico que parece dibujarse en el período reciente es imputable, por una parte, al efecto de saturación que afecta a las categorías más elevadas, y, por otra parte, al hecho de que la estadística ignora la distribución de los adolescentes de las diferentes clases entre las vías de enseñanza que están a su vez fuertemente jerarquizadas. Entre 1967-1968 y 1976-1977, la proporción de hijos de obreros en clase de segunda de la enseñanza pública (que representaban en 1975 el 40,7 % de los jóvenes de 17 años) ha permanecido constante (pasando del 25,7 % al 25,9 %) mientras que la proporción de hijos de cuadros y de miembros de profesiones liberales pasaba durante el mismo período del 15,4 % al 16,8 %. Además, en 1976-77, entre los alumnos de segunda el 57,6 % de los hijos de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales estaban en la sección C (con dominante científica) frente al 20,6 % de los hijos de asalariados agrícolas y el 23,5 % de los hijos de obreros. A la inversa, sólo el 9,8 % de los primeros estaban en una sección con dominante técnica frente al 24,6 % de los hijos de asalariados agrícolas y el 28,7 % de los obreros (véase F. Oeuvarard, artículo citado). Análogas tendencias se observan en el nivel de la enseñanza superior, en el que los estudiantes originarios de las clases populares son cada vez más y más relegados a las facultades de letras y de ciencias o a las formaciones cortas de carácter técnico, mientras que los estudiantes originarios de la clase dominante se dirigen hacia las grandes escuelas, la facultad de medicina y, en los casos de un menor éxito escolar, hacia las pequeñas escuelas de comercio y de gestión.

En el caso de las ciencias sociales, el discurso científico no puede ignorar las condiciones de su propia recepción: ésta depende, en efecto, en cada momento, del estado de la *problemática social* en vigor, definida a su vez, por lo menos en parte, por las reacciones a un estado anterior de este discurso. Quienes, con el alibi de la claridad pedagógica, simplifican hasta el simplismo los análisis propuestos en *Les héritiers* y en *La reproduction*, y profundizados posteriormente por todo un conjunto de trabajos que han tenido al menos como efecto mostrar que los primeros pecaban aún de exceso de simplificación, tienen en común con los que los critican sin comprenderlos, además del gusto por las verdades simples, la incapacidad de pensar *relacionalmente*. La obstinación ideológica no basta, en efecto, para explicar ingenuidades tales como la que consiste en hablar de un “alza de reclutamiento medio” de la universidad entre 1950 y 1960 (lo que más o menos no quiere decir nada) y en deducir de ello la transformación de la universidad burguesa en “universidad dominada por las clases medias” (Véase R. Boudon, “La crise universitaire française: essai de diagnostic sociologique”, *Annales*, 3, mayo-junio 1969, pp. 747-748). Una simple ojeada sobre la posición que ocupan las facultades —y en particular las facultades de letras y de ciencias— en la distribución de las instituciones de enseñanza superior, según el origen social de su clientela, basta para dar la medida de un análisis estadístico de tal clase, muy celebrado por el autor de *Le Mal français* que deplora que dicho análisis no haya conocido todo el éxito que merece, dando así otra prueba más de su gran conocimiento de las realidades universitarias (véase A. Peyrefitte, *Le Mal français*, París, Plon, 1978, *passim* y especialmente, pp. 408-409 y pp. 508-509): situadas en el punto más bajo de un campo evidentemente dominado por las grandes escuelas, más bajo incluso

actualmente, si se juzga por el rendimiento económico y social de las titulaciones que proporcionan, que las menos prestigiosas y las más recientes de las escuelas de comercio que han proliferado desde hace algunos años, las facultades de letras y de ciencias tienen todas las propiedades de los lugares de relegación, comenzando por el porcentaje de “democratización” (y de feminización) particularmente alto, del que se maravillan los medidores. ¿Qué podría decirse de quien midiera la “democratización” de la enseñanza secundaria por la estructura social de un CET de Aubervilliers o de un CES de Saint Denis? Para hablar de universidad “dominada por las clases medias” es preciso, además, operar una confusión, consciente o inconsciente, entre el porcentaje *de representación* de las clases medias en la población de las facultades (expresado por el porcentaje de estudiantes originarios de las clases medias en la población de las facultades) y las *probabilidades de acceso a las facultades* que están objetivamente vinculadas a estas clases, entre el cambio de la *composición social* de las facultades (que puede tener efectos importantes—por ejemplo en materia de comunicación pedagógica, con la multiplicación de estudiantes desprovistos de pre-requisitos implícitamente exigidos en el sistema antiguo—, y esto aunque un grupo pueda permanecer *socialmente dominado* incluso cuando es *numéricamente dominante*) y la evolución de la *estructura de las probabilidades de escolarización* características de las diferentes clases, tal como pueden ser calculadas relacionando la proporción de supervivientes escolares de cada clase (para un nivel dado de la carrera) *con el conjunto de su clase de origen* (y no con el *conjunto de sus condiscípulos*), estructura que ha sufrido una simple translación hacia arriba y no una verdadera transformación.

Un proceso semejante de *desarrollo homotético* se observa, según parece, siempre que las fuerzas y los esfuerzos de los grupos en competencia por una especie determinada de bienes o de titulaciones especiales tienden a equilibrarse como en una *carrera* en la que, al término de una serie de adelantamientos y recuperaciones, se mantienen las diferencias iniciales, es decir, siempre que las tentativas de los grupos inicialmente más carentes por apropiarse los bienes y las titulaciones poseídos hasta entonces por los grupos situados inmediatamente *por encima de ellos* en la jerarquía social, o inmediatamente *delante de ellos* en la carrera, resultan casi compensadas, en todos los niveles, por los esfuerzos que hacen los grupos mejor situados por mantener la singularidad y la distinción de sus bienes y de sus titulaciones. Piénsese en la lucha que la venta de títulos nobiliarios, suscitó, en la segunda mitad del siglo XVI, en el seno de la nobleza inglesa, al desencadenar un proceso automantenido de inflación y devaluación de estos títulos: los más bajos, como el de *Esquire* o el de *Arms*, fueron los primeros afectados, después le tocó el turno al título de *Knight*, que se devaluó de forma tan rápida que los más antiguos poseedores del mismo tuvieron que presionar para obtener la creación de uno nuevo, el de *Baronet*; pero este nuevo título, que venía a ocupar un vacío entre el de *Knight* y el de par del reino, se presentó como una amenaza para los poseedores del título superior, cuyo valor estaba ligado con una cierta *diferencia*⁴¹. Así, los pretendientes fraguaron la ruina de los poseedores por el hecho de apropiarse los títulos que constituían su singularidad: no hay nada mejor para devaluar un título nobiliario como comprarlo cuando se es plebeyo. Por lo que respecta a los poseedores, éstos persiguen objetivamente la desvalorización de los

⁴¹ L. STONE, “The Inflation of Honours, 1558-1641”, *Past and Present*, 14, 1958, pp. 45-70.

pretendientes, ya sea abandonándoles de alguna manera sus títulos para procurarse otros más escasos, ya sea introduciendo entre los titulados unas diferencias vinculadas con la antigüedad en el acceso al título (como la manera). Se desprende de ello que todos los grupos que se encuentran comprometidos en la carrera, sea en el puesto que sea, no pueden conservar su posición, su singularidad, su rango, si no es a condición de correr para mantener la separación con los que les siguen inmediatamente y amenazar así en *su diferencia* a los que les preceden; o, bajo otro punto de vista, a condición de aspirar a tener lo que los grupos situados justo delante de ellos poseen en ese momento y que ellos mismos llegarán a tener, pero *en un tiempo ulterior*.

Los poseedores de las titulaciones más escasas pueden también colocarse de alguna manera fuera de carrera, fuera de concurso, fuera de competencia, instaurando un *numerus clausus*. El recurso a medidas de este tipo se impone, en general, cuando se muestran insuficientes los mecanismos estadísticos que aseguran “normalmente” la protección de la singularidad del grupo privilegiado y cuya eficacia discreta y lógica verdadera (en particular los criterios reales de eliminación) sólo pueden captarse por el análisis estadístico: el *laissez-faire*, que resulta conveniente mientras esté asegurada la protección de los intereses del grupo privilegiado, se sustituye por una especie de *proteccionismo* consciente, que reclama de las *instituciones* que hagan *al descubierto* lo que de manera invisible hacían unos mecanismos que presentaban todas las apariencias de la necesidad natural. Para protegerse contra un número excesivo de individuos, los poseedores de las titulaciones especiales y de los puestos también especiales a que aquéllas dan acceso, deben defender una definición del puesto que no es otra que la definición de los que ocupan ese puesto en un estado determinado de la singularidad de la titulación y del puesto: declarando que el médico, el arquitecto o el profesor del porvenir deben ser lo que hoy día son, es decir, lo que ellos mismos son, inscriben para toda la eternidad en la definición del puesto todas las propiedades que le son conferidas por el pequeño número de sus ocupantes (como pueden ser las propiedades secundarias asociadas a una fuerte selección, tales como un origen social alto), esto es, por los límites impuestos a la competencia y con ello a las transformaciones del puesto que aquélla no dejaría de ocasionar.

A las fronteras estadísticas —que trazan alrededor de los grupos ese terreno “espúreo” de que habla Platón, a propósito de la frontera del ser y del no-ser, desafío lanzado al poder de discriminación de los sistemas de enclasmientos sociales (¿Joven o viejo? ¿De ciudad o de pueblo? ¿Rico o pobre? ¿Burgués o pequeño-burgués?, etc.)— las sustituye el *numerus clausus*, en la forma límite que le dan las medidas discriminatorias, por unos límites netos, rígidos; a los principios de selección, de inclusión y de exclusión, fundados en una pluralidad de criterios más o menos estrechamente ligados entre sí y la mayor parte de las veces implícitos, los sustituye una operación institucionalizada, y por tanto consciente y organizada, de segregación, de discriminación, fundada en un solo y único criterio (no a las mujeres, o a los judíos, o a los negros) que no deja lugar a nadie que no haya tenido éxito en el enclasmiento. En realidad, los grupos más selectivos prefieren ahorrarse la brutalidad de las medidas discriminatorias y acumular los encantos de la aparente ausencia de criterios, que deja a los miembros del grupo la ilusión de una elección fundada en la singularidad de la persona, y las garantías de la selección, que asegura al grupo el máximo de *homogeneidad*.

Los clubes elegantes protegen su *homogeneidad* sometiendo a los pretendientes a unos procedimientos muy estrictos, acta de candidatura, recomendación, a veces presentación –en el sentido propio del término– por unos padrinos miembros del club, con cierto número de años de antigüedad en el mismo, elección confiada al conjunto de los miembros o a una comisión de admisión, pago de derechos de entrada a veces extremadamente altos –5.000 F por persona en 1973 en el Círculo del Bois de Boulogne, 9.500 F en el golf de Saint-Cloud en 1975, a los que vienen a añadirse unas cotizaciones anuales, 2.050 F en Saint-Cloud–. En realidad, sería inútil tratar de determinar si las reglas formales que sirven sobre todo para proteger al grupo frente al exterior –no tanto frente a las otras clases, excluidas de antemano, como frente a las otras fracciones de clase o frente a los advenedizos de la propia fracción– y que lo más frecuente es que no tengan necesidad de funcionar, están hechas para disimular la arbitrariedad de la elección o si, por el contrario, la arbitrariedad pregonada, que deja a un tacto indefinible el cuidado de la elección, está hecha para disimular las reglas oficiales: “Es a decisión del cliente”, dice un presidente de un círculo; y otro: “Hay clubes en los que es preciso tener dos padrinos y en los que se recibe a todo el mundo; hay otros en los que es preciso tener dos padrinos y en los que se recibe casi a todo el mundo; y hay otros clubes con dos padrinos en los que se ponen muchas dificultades para recibir a la gente.” Además, todo depende del peso de los padrinos: “La duración de la espera es de dos o tres años: con buenos padrinos no hay que esperar nada” (Director de sociedad, miembro del Círculo del Bois de Boulogne). De igual modo, aunque los derechos de pertenencia no sean oficialmente hereditarios, a cualquier mujer joven que desea inscribirse en dicho círculo se le pregunta si su padre o su hermano primogénito forma parte del mismo. Todo parece indicar que, aunque muchos de ellos se organicen oficialmente alrededor de una actividad singular y selectiva, pero que a menudo no es más que un pretexto –golf, polo, caza, caballo, tiro de pichón, vela–, los clubes elegantes se contraponen a los clubes especializados cuyos miembros se definen por la posesión de una propiedad común –por ejemplo un barco en el caso del Círculo de la Vela de París– en que aquéllos tienen en cuenta toda la persona social, toda la capacidad social de la que esa persona es portadora, y esto tanto más cuanto más prestigiosos son y más se preocupan por hacer realidad una comunidad total de intereses y de valores.

Por el hecho de que la verdad de los criterios de selección no puede venir más que del exterior, es decir, de una *objetivación* que de antemano es rechazada como reductora y superficial, el grupo puede persuadirse de que su propia reunión no tiene otro principio que un sentido indefinible de la conveniencia que sólo puede proporcionar la pertenencia. El milagro de la elección mutua alcanza su perfección con los grupos de intelectuales que no tienen la ingenuidad de conceder el mínimo de objetivación necesario para constituirse en club: por el hecho de que ellos se fían, en el sentido casi místico, de la participación que precisamente define a los participantes, obligan a los excluidos, que no pueden dar otra prueba de la existencia del grupo exclusivo que la que ellos dan con su propia denuncia, a abrirse camino en las sombras cuando quieren indicar los límites invisibles que les separan de los elegidos. Si los grupos intelectuales, y sobre todo los más prestigiosos, están protegidos de manera tan formidable contra la objetivación, no es sólo porque sea preciso estarlo para dominar prácticamente los mecanismos que definen la pertenencia y porque quienes en ellos están no sean evidentemente los más llamados a objetivarlos, mientras que los que no están dentro corren siempre el riesgo de ignorar lo esencial y en todo caso son sospechosos de verse empujados por su exclusión a una visión resentida, y por tanto reductora; es también porque no se puede objetivar el juego intelectual si no es a condición de poner en juego su propia pertenencia al juego, riesgo a la vez irrisorio y absoluto.

La dialéctica del desclasamiento y del reenclasamiento que se encuentra en la base de todas las clases de procesos sociales implica e impone que todos los grupos afectados corran en el mismo sentido, hacia los mismos objetivos, las mismas propiedades, aquellas que les son marcadas por el grupo que ocupa la primera posición en la carrera y que, por definición, son inaccesibles para los siguientes, puesto que, cualesquiera que sean en sí mismas y para ellas mismas, resultan modificadas y calificadas por su rareza distintiva y *no serán más lo que son* a partir del momento en que, multiplicadas y divulgadas, sean accesibles a unos grupos de rango inferior. Así, por una paradoja aparente, el mantenimiento del orden, es decir, del conjunto de las *variaciones*, de las diferencias, de los rangos, de las precedencias, de las prioridades, de las exclusividades, de las distinciones, de las *propiedades ordinales* y, por ello, de las *relaciones de orden* que confieren su estructura a una formación social, está asegurado por un cambio incesante de las propiedades substanciales (esto es, no relacionales). Lo que implica que el orden establecido en un momento dado del tiempo es inseparablemente un orden temporal, un *orden de sucesiones*, teniendo cada grupo como pasado el grupo inmediatamente inferior y como porvenir el grupo superior (es comprensible la fertilidad de los modelos evolucionistas). Los grupos en competencia están separados por unas diferencias que, para lo esencial, se sitúan en el *orden del tiempo*. No es casualidad que este sistema deje tanto lugar al *crédito*: la imposición de legitimidad que se realiza mediante la lucha competitiva y que acrecientan todas las acciones de proselitismo cultural, suave violencia ejercida con la complicidad de las víctimas y capaz de dar a la arbitraria imposición de determinadas necesidades las apariencias de una misión liberadora, reclamada por quienes la sufren, tiende a producir la pretensión como necesidad que preexiste a los medios de satisfacerse de forma adecuada; y contra un orden social que reconoce a los más desposeídos el derecho a todas las satisfacciones, pero sólo a plazo, a largo plazo, la pretensión no tiene otra opción que el crédito, que permite tener el goce inmediato de los bienes prometidos pero que lleva consigo la aceptación de un porvenir que no es sino la continuación del presente, o la imitación, falsos vehículos de lujo y vacaciones de lujo falso. Pero la dialéctica del desclasamiento y del reenclasamiento está predispuesta a funcionar también como un *mecanismo ideológico* cuyo discurso conservador se esfuerza por intensificar los efectos y que, en la impaciencia misma que empuja al goce inmediato mediante el crédito, tiende a imponer a los dominados, sobre todo cuando comparan su condición presente con su condición pasada, la ilusión de que les basta con esperar para obtener lo que en realidad no obtendrán más que a través de sus luchas: situando la diferencia entre las clases en el orden de las sucesiones, la lucha competitiva instaura una diferencia que, a la manera de la que separa al *predecesor del sucesor* en un orden social regido por unas leyes sucesorias bien establecidas, es a la vez la más absoluta, la más infranqueable —puesto que no tiene otra cosa que hacer que esperar, a veces durante toda una vida, como esos pequeño-burgueses que entran en su casa en el momento de la jubilación; a veces varias generaciones, como todos los que se esfuerzan por prolongar en sus hijos su propia trayectoria truncada⁴²— y la más irreal, la más evanescente, puesto que se

⁴² Sería preciso analizar todas las consecuencias sociales del retraso colectivo e individual: el acceso tardío (por contraposición a precoz) no tiene como único efecto el de reducir el *tiempo de utilización*; implica también una relación menos familiar, menos “cómoda” con la práctica o el bien

sabe que de todas maneras se tendrá, si se sabe esperar, aquello que es dado esperar por las leyes ineluctables de la evolución. En resumen, lo que la lucha competitiva eterniza no son unas condiciones diferentes, sino la *diferencia de las condiciones*.

Comprender este mecanismo es percibir ante todo la inanidad de los debates que se engendran en la alternativa académica de la permanencia y de la alteración, de la estructura y de la historia, de la reproducción y de la “producción de la sociedad”, y que tienen como principio real la dificultad de admitir que las contradicciones y las luchas sociales no están todas ni siempre en contradicción con la perpetuación del orden establecido; que, más allá de las antítesis del “pensamiento por parejas”, la permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento; que las “expectativas frustradas” que necesariamente engendra el desajuste entre la imposición de las necesidades legítimas (lo que en el lenguaje más *in* de los profesionales del *marketing*, que las importan, las adoptan y las imponen, se denomina *must*) y el acceso a los medios necesarios para satisfacerlas, y que producen unos efectos económicos al permitir obtener, directa o indirectamente (por medio del crédito), un trabajo extra, no amenazan necesaria ni automáticamente la supervivencia del sistema: que la variación estructural y las frustraciones correlativas se encuentran en el principio mismo de la reproducción por translación que asegura la perpetuación de la estructura de las posiciones mediante la transformación de la “naturaleza” de las condiciones. Es también comprender que los que, apoyándose en las propiedades que pueden llamarse cardinales, hablan de “aburguesamiento” de la clase obrera, y los que tratan de refutarlos invocando las propiedades ordinales tienen en común, evidentemente, el ignorar que los aspectos contradictorios de la realidad que ellos retienen son, de hecho, unas dimensiones indisociables de un mismo proceso. La reproducción de la estructura social puede realizarse dentro y por medio de una lucha competitiva que conduce a una simple translación de la estructura de las distribuciones mientras, y sólo mientras, que los miembros de las clases dominadas entren en la lucha *en orden disperso*, esto es, con acciones y reacciones que sólo se totalicen *estadísticamente* por los *efectos externos* que las acciones de los unos ejercen sobre las acciones de los otros fuera de toda interacción y de toda transacción, y por consiguiente en la objetividad, fuera del control colectivo o individual, y casi siempre contra los intereses individuales y colectivos de los agentes⁴³. Esta forma particular de lucha

considerados (lo que puede tener unas consecuencias técnicas —si se trata de un automóvil— o simbólicas —si se trata de un bien cultural); puede además representar el equivalente disimulado de la pura y simple privación cuando el valor del bien o de la práctica proviene de su poder *distintivo* (vinculado, evidentemente, con la apropiación privilegiada o exclusiva —“filmes en exclusividad”—, o prioritaria —“reestrenos”— más que de las satisfacciones intrínsecas que proporciona. (Los vendedores de servicios o de bienes, que están interesados en los efectos de *alodoxia*, juegan al máximo con estos desajustes, ofreciendo por ejemplo fuera de tiempo —viajes organizados fuera de estación— o con retraso —vestidos o prácticas pasadas de moda— unos bienes que sólo tienen todo su valor en su tiempo o en su momento.)

⁴³ El límite de estos procesos de acción estadística está constituido por los procesos de pánico o de *desbandada* en los que cada agente contribuye a lo que teme al realizar unas acciones determinadas por el efecto temido (es el caso de los pánicos financieros): en todos estos casos, la acción colectiva, simple suma estadística de acciones individuales no coordinadas, acaban en un resultado colectivo irreductible o antinómico a los intereses colectivos e incluso a los intereses particulares que persiguen las acciones individuales (esto se ve bien cuando el efecto de desmoralización que ejerce una representa-

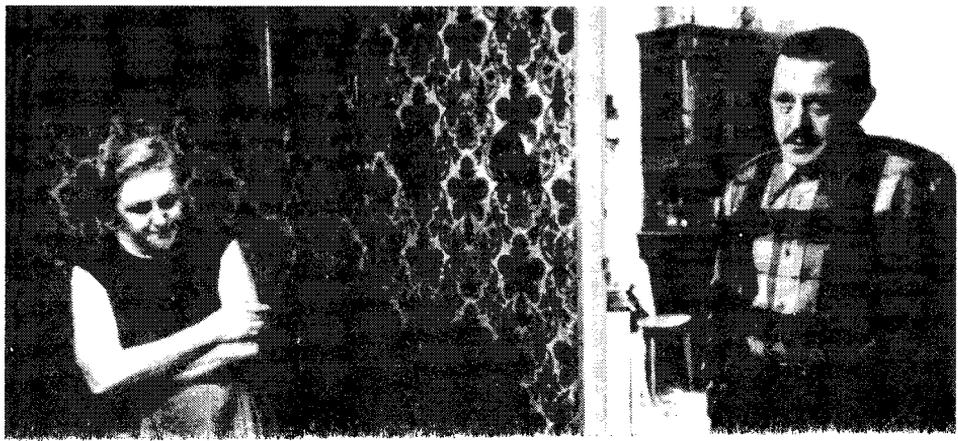
de clases que es la lucha competitiva es la que los miembros de las clases dominadas se dejan imponer cuando aceptan las apuestas que les proponen los dominantes, lucha *integradora* y, a causa de su *handicap* inicial, *reproductora*, puesto que los que entran en esta especie de carrera-persecución en la que parten necesariamente derrotados, como testimonia la constancia de las diferencias, reconocen implícitamente, por el solo hecho de competir, la legitimidad de los fines perseguidos por aquellos a quienes persiguen.

Una vez establecida la lógica de los procesos competitivos (o de desbandada) que condenan a cada agente a reaccionar *de forma aislada* ante el efecto de las innumerables reacciones de los otros agentes, o con mayor exactitud, al resultado de la *agregación estadística* de sus acciones aisladas, y que reducen a la clase al estado de *masa* dominada por su propio número y por su propia masa, se está en condiciones de plantear la cuestión, muy debatida entre los historiadores de estos momentos⁴⁴, de las condiciones (crisis económica, crisis económica que sobreviene después de un período de expansión, etc.) en las cuales viene a interrumpirse la dialéctica de las oportunidades objetivas y de las esperanzas subjetivas que se reproducen mutuamente: todo permite suponer que un brusco desenganche de las oportunidades objetivas con respecto a las esperanzas subjetivas suscitadas por el estado anterior de las oportunidades objetivas puede determinar una ruptura de la adhesión que las clases dominadas, objetiva y subjetivamente excluidas de la carrera de repente, otorgan a los objetivos dominantes hasta ese momento tácitamente aceptados, y puede también hacer posible por ello un verdadero vuelco de la tabla de valores.

ción pesimista del porvenir de la clase contribuye a la decadencia de la clase que la determina, al contribuir los miembros de las clases en decadencia con muchas de sus conductas a la decadencia colectiva, como ocurre con los artesanos que empujan a sus hijos hacia los estudios al mismo tiempo que reprochan al sistema escolar el desvío de los jóvenes respecto del oficio de los padres).

⁴⁴ Véase L. STONE, "Theories of Revolution", *World Politics*, 18 (2), enero 1966.





EL HABITUS Y EL ESPACIO DE LOS ESTILOS DE VIDA

El hecho de que pueda presentarse bajo la forma de un esquema bastaría para recordar que el espacio social, tal como ha sido descrito, es una *representación abstracta*, producida al precio de un trabajo específico de construcción y que proporciona, a la manera de un mapa, una visión a vista de pájaro, un punto de vista sobre el conjunto de puntos a partir de los cuales los agentes ordinarios (entre los cuales se encuentran el sociólogo o el propio lector en sus conductas ordinarias) dirigen sus miradas hacia el mundo social. Al hacer existir en la simultaneidad de una totalidad perceptible en un solo golpe de vista –y esto es lo que le confiere su virtud heurística– unas posiciones que los agentes jamás pueden aprehender todas juntas y en la multiplicidad de sus relaciones, el espacio social es al espacio práctico de la existencia cotidiana, con sus distancias guardadas y marcadas y con sus allegados que pueden estar más distantes que los extraños, lo que el espacio geométrico es al espacio hodológico de la experiencia ordinaria, con sus lagunas y sus discontinuidades. Pero lo más importante es, sin duda, que la cuestión de este espacio se plantea en este propio espacio, que los agentes tienen sobre este espacio, del que no sería posible negar la objetividad, unos puntos de vista que dependen de la posición que en el mismo ocupan, y en los que a menudo se expresa su voluntad de transformarlo o de conservarlo. Así es como muchas de las palabras que emplea la ciencia para designar a las clases que ella misma construye están tomadas del uso ordinario, en el que sirven para expresar la visión, frecuentemente polémica, que los grupos se fabrican unos de otros. Como llevados por su entusiasmo hacia una mayor objetividad, los sociólogos olvidan casi siempre que los “objetos” que ellos enclasan son productores de prácticas objetivamente enclasables, pero también lo son de operaciones no menos objetivas de enclasamiento, operaciones por otra parte también enclasables. La división en clases que opera la ciencia conduce a la raíz común de las prácticas enclasables que producen los agentes y de los juicios clasificatorios que éstos aplican a las prácticas de los otros o a sus propias prácticas: el habitus es a la vez, en efecto, el principio generador de prácticas objetivamente enclasables y el sistema de enclasamiento (principium divisionis) de esas prácticas. Es en la relación entre las dos capacidades que definen al *habitus* –la capacidad de

(producir unas prácticas y unas obras enclasables y la capacidad de diferenciar y de apreciar estas prácticas y estos productos (gusto)— donde se constituye el *mundo social representado*, esto es, el *espacio de los estilos de vida*.

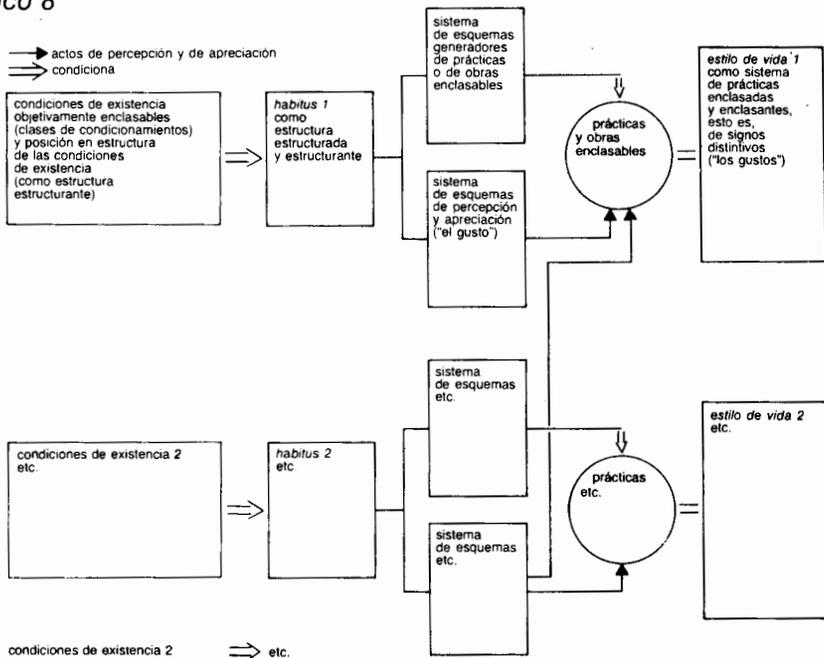
La relación que se establece de hecho entre las características pertinentes de la condición económica y social (el volumen y la estructura del capital aprehendidos sincrónicamente y diacrónicamente) y las características distintivas asociadas con la posición correspondiente en el espacio de los estilos de vida, sólo llega a ser una relación inteligible gracias a la construcción del *habitus* como fórmula generadora que permite justificar simultáneamente las prácticas y los productos enclasables, y los juicios, a su vez enclasados, que constituyen a estas prácticas y a estas obras en un sistema de *signos distintivos*. Hablar del ascetismo aristocrático de los profesores o de la pretensión de la pequeña burguesía no es sólo describir a estos grupos por medio de una de sus propiedades, aunque se trate de la más importante, sino que es también intentar distinguir mediante un nombre el principio generador de todas sus propiedades y de todos sus juicios sobre sus propiedades o las de los demás. Necesidad incorporada, convertida en disposición generadora de prácticas sensatas y de percepciones capaces de dar sentido a las prácticas así engendradas, el *habitus*, en tanto que disposición general y transportable, realiza una aplicación sistemática y universal, extendida más allá de los límites de lo que ha sido directamente adquirido, de la necesidad inherente a las condiciones de aprendizaje: es lo que hace que el conjunto de las prácticas de un agente (o del conjunto de agentes que son producto de condiciones semejantes) sean a la vez sistemáticas, porque son producto de la aplicación de idénticos esquemas (o mutuamente convertibles), y sistemáticamente distintas de las prácticas constitutivas de otro estilo de vida.

Debido al hecho de que unas condiciones de existencia diferentes producen unos *habitus* diferentes, sistemas de esquemas generadores susceptibles de ser aplicados, por simple transferencia, a los dominios más diferentes de la práctica, las prácticas que engendran los distintos *habitus* se presentan como unas configuraciones sistemáticas de propiedades que expresan las diferencias objetivamente inscritas en las condiciones de existencia bajo la forma de sistemas de variaciones diferenciales que, *percibidas* por unos agentes dotados de los necesarios esquemas de percepción y de apreciación para descubrir, interpretar y evaluar en ellos las características pertinentes, funcionan como unos estilos de vida¹.

Estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas, el *habitus* es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales. Cada condición está definida, de modo inseparable, por sus propiedades intrínsecas y por las propiedades relacionales que debe a su posición en el sistema de condiciones, que es también un *sistema de diferencias*, de posiciones diferenciales, es decir, por todo lo que la distingue de todo lo que no es y en particular de todo aquello a que se opone: la *identidad social* se define y se afirma en la diferencia. Esto es lo mismo que decir que inevitablemente se encuentra inscrita en las disposiciones del *habitus* toda la estructura del sistema de condiciones tal como se realiza en la experiencia de una condición que ocupa una posición determinada en esta estructura: las más fundamentales oposi-

¹ Es decir, que la relación entre las condiciones de existencia y las prácticas o el sentido de las prácticas no debe entenderse ni en la lógica del mecanismo ni en la lógica de la consciencia.

Gráfico 8



ciones de la estructura de las condiciones (alto/bajo, rico/pobre, etc.) tienden a imponerse como los principios fundamentales de estructuración de las prácticas y de la percepción de las prácticas. Sistema de esquemas generadores de prácticas que expresa de forma sistemática la necesidad y las libertades inherentes a la condición de clase y la *diferencia* constitutiva de la posición, el *habitus* aprehende las diferencias de condición, que retiene bajo la forma de diferencias entre unas prácticas enclasadas y enclasantes (como productos del *habitus*), según unos principios de diferenciación que, al ser a su vez producto de estas diferencias, son objetivamente atribuidos a éstas y tienden por consiguiente a percibir las como naturales². Si es preciso reafirmar, contra todas las formas de mecanismo, que la experiencia ordinaria del mundo social es un conocimiento, no es menos importante hacer resaltar, contra la ilusión de la generación espontánea de la conciencia a la que se reducen tantas teorías de la "toma de conciencia", que el conocimiento primero es desconocimiento, reconocimiento de un orden establecido que también lo está en el cerebro. Los estilos de vida son así productos sistemáticos de los *habitus* que, percibidos en sus mutuas relaciones según los esquemas del *habitus*,

² El observador que divide una población en clases realiza una operación que tiene su equivalente en la práctica social. Si no lo sabe, además de que está expuesto a dar como clasificación científica una forma más o menos modificada de una clasificación indígena (numerosas "tipologías" no son otra cosa que esto), no tiene ninguna probabilidad de llevar al nivel de la conciencia la verdad de sus operaciones de clasificación que, parecidas en esto a las del conocimiento indígena, suponen una relación, unas comparaciones, y que, incluso cuando parecen situarse en el terreno de la física social, producen e interpretan en realidad unas distinciones significativas; para resumirlo en pocas palabras, se sitúan en el orden de lo simbólico.

devienen sistemas de signos socialmente calificados (como “distinguidos”, “vulgares”, etc.). La dialéctica de las condiciones y de los *habitus* se encuentra en la base de la alquimia que transforma la distribución del capital, resultado global de una relación de fuerzas, en sistema de diferencias percibidas, de propiedades distintivas, es decir, en distribución de capital simbólico, capital legítimo, desconocido en su verdad objetiva.

En tanto que productos estructurados (*opus operatum*) que la misma estructura estructurante (*modus operandi*) produce al precio de unas *retraducciones* impuestas por la lógica propia de los diferentes campos, todas las prácticas y todas las obras de un mismo agente están objetivamente armonizadas entre sí, fuera de toda búsqueda intencional de coherencia, y objetivamente orquestadas, fuera de toda concertación consciente, con las de todos los miembros de la misma clase: el *habitus* engendra continuamente metáforas prácticas, esto es, en un lenguaje distinto, transferencias (de las que la transferencia de costumbres motrices no es más que un ejemplo particular) o, mejor, *transposiciones sistemáticas* impuestas por las condiciones particulares de su puesta en práctica, pudiendo el mismo *ethos* ascético, del que pudiera esperarse que se exprese siempre en el ahorro, manifestarse, en un contexto determinado, por una manera particular de usar del crédito. Las prácticas de un mismo agente y, más ampliamente, las prácticas de todos los agentes de una misma clase, deben la *afinidad de estilo* que hace de cada una de ellas una metáfora de cualquiera de las demás, al hecho de que son producto de unas transferencias de un campo a otro de los mismos esquemas de acción: paradigma familiar de este operador analógico que es el *habitus*, la disposición que denominamos “escritura”, es decir, una manera singular de trazar unos caracteres, produce siempre la misma escritura, es decir, unos trazos gráficos que, a pesar de diferencias de tamaño, de materia y de color vinculadas con el soporte –hoja de papel o pizarra– o con el instrumento –estilográfica o tiza– presentan una semejanza inmediatamente perceptible, al modo de todos los rasgos estilísticos o de manera por los que se reconoce a un pintor o a un escritor de forma tan infalible como a un hombre por su modo de andar³.

La sistematicidad existe en el *opus operatum* porque existe en el *modus operandi*⁴: sólo existe en el conjunto de las “propiedades”, en el doble sentido del término, de que se rodean los individuos o los grupos –casas, muebles, cuadros, libros, automóviles, licores, cigarrillos, perfumes, vestidos– y en las prácticas en las que manifiestan su distinción –deportes, juegos, distracciones culturales– porque existe en la unidad originariamente sintética del *habitus*, principio unificador y generador de todas las prácticas. El gusto, propensión y aptitud para la apropiación (material y/o simbólica) de una clase determinada de objetos o de prácticas encla-

³ El verdadero “pastiche”, del que Proust da ejemplo, reproduce no los rasgos más notables de un estilo —como lo hacen la parodia o la caricatura— sino el *habitus*, lo que Jacques Rivière denomina el “centro de la actividad mental”, donde se engendra el discurso original: “Nosotros nos divertimos viendo a cada escritor ‘resurgir’ por completo y volver a hacer, al contacto con un acontecimiento que no ha conocido, exactamente los mismos gestos con los que reaccionaba ante aquellos acontecimientos que le aportaba la vida. Ha vuelto a encontrar el centro de su actividad mental, la luz ha vuelto a hacerse en su cerebro” (J. RIVIÈRE, en M. PROUST y J. RIVIÈRE, *Correspondance, 1914-1922*, París, Gallimard, 1976, Apéndice B, p. 326).

⁴ Contra el atomismo de una psicología social que, rompiendo la unidad de la práctica, establece unas “leyes” parciales que pretenden justificar los productos, del *opus operatum*, se intenta establecer así las leyes generales que reproducen las leyes de producción, el *modus operandi*.

sadas y enclasantes, es la fórmula generadora que se encuentra en la base del estilo de vida, conjunto unitario de preferencias distintivas que expresan, en la lógica específica de cada uno de los sub-espacios simbólicos –mobiliario, vestidos, lenguaje o hexis corporal– la misma intención expresiva. Cada dimensión del estilo de vida “simboliza con” los otros, como decía Leibniz, y los simboliza: la visión del mundo de un viejo artesano ebanista, su manera de administrar su presupuesto, su tiempo o su cuerpo, su uso del lenguaje y sus elecciones de vestimenta, están enteramente presentes en su ética del trabajo escrupuloso e impecable, de lo cuidado, de lo esmerado, de lo acabado, y en su estética del trabajo por el trabajo que le hace medir la belleza de sus productos por el cuidado y la paciencia que le han exigido.

El sistema de propiedades *bien avenidas*, entre las cuales hay que contar a las personas –se habla de “matrimonio bien avenido” y a los amigos les gusta decir que tienen los mismos gustos–, tiene como principio el gusto, sistema de esquemas de enclasamiento que pueden no tener acceso a la conciencia más que de forma muy parcial aunque, a medida que sube el grado en la jerarquía social, el estilo de vida deje una parte cada vez más importante a lo que Weber llama la “estilización de la vida”. El gusto se encuentra en la base de este mutuo ajuste de todas las características asociadas con cada persona que la antigua estética recomendaba para el *refuerzo mutuo* que se aportan: las innumerables informaciones que, consciente o inconscientemente, suministra una persona que se repiten y se confirman de modo indefinido, ofreciendo al observador atento esa especie de placer que procuran al aficionado al arte las simetrías y las correspondencias resultantes de una distribución armónica de las redundancias. El efecto de sobredeterminación que resulta de estas redundancias es experimentado con tanta mayor fuerza cuanto más fuertemente interpenetradas están, para la percepción ordinaria, las diferentes características que la observación o la medición obligan a aislar, al estar contaminado cada uno de los elementos de información suministrados por la práctica (por ejemplo, un juicio sobre pintura) –y en caso de desviación con respecto a una característica probable, *corregido*– por el efecto del conjunto de las características anterior o simultáneamente percibidas. De ahí viene que la encuesta que tiende a aislar las características –disociando por ejemplo las cosas dichas de la manera de decir las–, a arrancarlas del sistema de características correlativas, tienda a minimizar la distancia con respecto a cada punto, entre las clases, y en especial la distancia entre los pequeño-burgueses y los burgueses: en las situaciones ordinarias de la existencia burguesa, las trivialidades sobre el arte, la literatura o el cine tienen la voz grave y bien impostada, la dicción lenta y desenvuelta, la sonrisa distante o segura, el gesto mesurado, el traje de buen corte y el salón burgués de aquél que las dice⁵.

⁵ De tal manera que las lagunas pueden convertirse en desdenoso rechazo y las confusiones en distracciones. Los burgueses se distinguen muy especialmente por su aptitud para *dominar la situación de encuesta* (lo que debería tomar en cuenta cualquier análisis de resultados). El dominio de la relación social en la que funciona la cultura les es dado sobre todo por la aptitud, repartida de forma muy desigual, para adoptar el tipo de relación con el lenguaje requerida en cualquier situación de conversación mundana (p. ej., charleta sobre cine o sobre viajes) y que supone un arte de tratar superficialmente, de insinuar, de enmascarar, utilizando abundantemente todas las muletillas, todos los términos de relleno y todas las prudenciales sintácticas reconocidos por los lingüistas como característicos del lenguaje burgués.

De esta forma, el gusto es el operador práctico de la transmutación de las cosas en signos distintos y distintivos, de las distribuciones continuas en oposiciones discontinuas; el gusto hace penetrar a las diferencias inscritas en el *orden físico* de los cuerpos en el *orden simbólico* de las distinciones significantes. Transforma unas prácticas objetivamente enclasadadas, en las que una condición se significa a sí misma (por su propia mediación), en prácticas enclasantas, es decir, en expresión simbólica de la posición de clase, por el hecho de percibir las en sus relaciones mutuas y con arreglo a unos esquemas de enclasmamiento sociales. Así ocurre con el principio del sistema de las características distintivas, que está destinado a ser percibido como una expresión sistemática de una clase particular de condiciones de existencia, esto es, como un estilo de vida distintivo, por quienquiera que posea el conocimiento práctico de las relaciones entre los signos distintivos y las posiciones en las distribuciones, entre el espacio de las propiedades objetivas, que la construcción científica muestra, y el espacio no menos objetivo de los estilos de vida, que existe como tal para y por la existencia ordinaria. Este sistema de enclasmamiento, que es producto de la incorporación de la estructura del espacio social tal como ésta se impone a través de la experiencia de una posición determinada en este espacio, es, en los límites de las posibilidades y de las imposibilidades económicas (que él mismo tiende a reproducir en su lógica), el principio de prácticas ajustadas a las regularidades inherentes a una condición; opera continuamente la transfiguración de necesidades en estrategias, de represiones en preferencias, y engendra, fuera de cualquier tipo de determinación mecanicista, el conjunto de “elecciones” constitutivas de *estilos de vida* enclasadados y enclasantas que obtienen su sentido, es decir, su valor, de su posición en un sistema de oposiciones y de correlaciones⁶. Necesidad hecha virtud, el *habitus* inclina continuamente a hacer de la necesidad virtud inclinando a unas “elecciones” ajustadas a la condición de la que es producto: como puede verse en todos los casos en que, después de un cambio de posición social, las condiciones en las que se ha producido el *habitus* no coinciden con las condiciones en las que funciona y en las que es posible aislar de entre ellas la propia eficacia, es el gusto, *gusto de necesidad* o *gusto de lujo*, y no unos ingresos más o menos fuertes, el que impone las prácticas objetivamente ajustadas a estos recursos. Es el *habitus* el que hace que se tenga lo que gusta porque gusta lo que se tiene, esto es, las propiedades que de hecho resultan atribuidas en las distribuciones y que de derecho resultan asignadas en los enclasmamientos⁷.

LA HOMOLOGÍA ENTRE LOS ESPACIOS

Teniendo presente todo lo que precede y en particular el hecho de que los esquemas generadores del *habitus* se aplican, por simple transferencia, a los más

⁶ La teoría económica, que trata a los agentes económicos como actores intercambiables, omite, paradójicamente, tomar en cuenta las condiciones económicas de posibilidad de las disposiciones económicas y, con ello, se incapacita para justificar realmente los sistemas de preferencias que definen unas utilidades subjetivas incomparables e independientes.

⁷ La ética, que pretende imponer como norma universal los principios de un *ethos*, es decir, las elecciones forzadas por una condición, es también una manera, más o menos sutil, de sucumbir al *amor fati*, de contentarse con lo que se es y con lo que se tiene. Tal es el fundamento de la manifiesta antinomia entre la ética y la intención revolucionaria.

diferentes campos de la práctica, se comprende de inmediato que las prácticas, o los bienes que están asociados con las diferentes clases en los diferentes campos de la práctica, se organicen de acuerdo con unas estructuras de oposición que son perfectamente homólogas entre sí, porque son totalmente homólogas del espacio de las oposiciones objetivas entre las condiciones. Sin pretender demostrar aquí, en unas pocas páginas, lo que todo cuanto sigue deberá establecer, sino únicamente para dar a entrever en su globalidad un conjunto de relaciones que el detalle de los análisis corre el riesgo de disimular, nos contentaremos con indicar, de manera muy esquemática, cómo los dos grandes principios organizativos del espacio social imponen la estructura y el cambio del espacio de los consumos culturales y, más generalmente, de todo el espacio de los estilos de vida de los que estos consumos son sólo un aspecto. En materia de consumos culturales, la oposición principal, según el volumen global del capital, se establece aquí entre los consumos designados como *distinguidos*, por su propia singularidad, de las fracciones mejor provistas tanto de capital económico como de capital cultural, y los consumos socialmente considerados como *vulgares*, porque son a la vez *fáciles y comunes*, de los más desprovistos de esos dos tipos de capital, con, en posiciones intermedias, las prácticas condenadas a parecer *pretenciosas* por el hecho de la discordancia existente entre la ambición y las posibilidades que en aquellas prácticas se manifiesta. A la condición dominada, caracterizada, desde el punto de vista de los dominantes, por la combinación de la ascesis forzada y del laxismo injustificado, la estética dominante, de la que la obra de arte y la disposición estética son las realizaciones mejor acabadas, enfrenta la combinación de la soltura y de la ascesis, es decir, el ascetismo electivo como restricción deliberada, economía de medios, moderación, reserva, que se afirman en esa manifestación absoluta de la excelencia que es la relajación en la tensión.

Esta oposición fundamental se especifica según la estructura del capital: gracias a la mediación de los medios de apropiación de los que disponen, exclusiva o principalmente culturales por un lado, o más bien económicos por otro, y las diferentes formas de relacionarse con las obras de arte que de ello resultan, las distintas fracciones de la clase dominante se encuentran orientadas hacia unas prácticas culturales tan diferentes en su estilo y en su objeto, y a veces tan abiertamente antagónicas (como las de los "artistas" y las de los "burgueses"⁸), que se acaba por olvidar que son variantes de una misma relación fundamental con la necesidad y con los que permanecen sometidos a ella, y que tienen en común la búsqueda de la apropiación exclusiva de los bienes culturales legítimos y de los beneficios de distinción que esta apropiación proporciona. Al contrario que los miembros de las fracciones dominantes, que reclaman del arte un alto grado de negación del mundo social y tienden hacia una estética hedonista de la soltura y de la facilidad, simbolizada por el teatro de bulevar o la pintura impresionista, los miembros de las fracciones dominadas están completamente de acuerdo con la estética en lo que ésta tiene de esencialmente ascético y se ven por ello impelidos a adherirse a todas las revoluciones artísticas realizadas en nombre de la pureza y de la purificación, del rechazo de la ostentación y del gusto burgués por el ornato,

⁸ El término "burgués" es empleado aquí como una abreviación de "fracciones dominantes de la clase dominante", y el término "intelectual" funciona de la misma manera para "fracciones dominadas de la clase dominante".

además, las disposiciones con respecto al mundo social que deben a su estatus de *parientes pobres* les inclina a acoger una representación pesimista del mundo social.

Si es demasiado evidente que el arte le ofrece su terreno por excelencia, no es tampoco menos cierto que no existe un campo de la práctica en el que la intención de someter a la depuración, al refinamiento, a la sublimación las pulsiones fáciles y las necesidades primarias pueda afirmarse; no existe un campo en el que la “estilización de la vida”, es decir, la prioridad conferida a la *forma* sobre la *función*, que conduce a la *negación de la función*, produzca los mismos efectos. En materia de lenguaje, es la oposición entre la libertad de expresión popular y el lenguaje muy censurado de la burguesía, entre la búsqueda expresionista de lo pintoresco o del efecto y la decisión por la reserva y la sencillez fingida (*litotes* en griego). Y la misma economía de medios en el uso del lenguaje corporal: también aquí, la gesticulación y la prisa, las muecas y las mímicas, se contraponen a la lentitud —“los gestos lentos, la mirada lenta” de la nobleza según Nietzsche⁹—, a la reserva y a la imposibilidad con las que se expresa la altura. Y no existe nada incluso en el campo del gusto primario que no se organice según la oposición fundamental, con la antítesis entre la cantidad y la calidad, la gran comilona y los platos delicados, la materia y las maneras, la substancia y la forma.

La forma y la substancia

El hecho de que en materia de consumos alimenticios la oposición principal corresponda *grosso modo* a unas diferencias de ingresos ha disimulado la oposición secundaria que, tanto en el seno de las clases medias como en el de la clase dominante, se establece entre las fracciones más ricas en capital cultural y menos ricas en capital económico y las fracciones que tienen un patrimonio de estructura inversa. Los observadores ven así un efecto simple de los ingresos en el hecho de que, a medida que se sube en la jerarquía social, la proporción de consumos alimenticios disminuye, o de que decrece la proporción de los consumos de alimentos pesados y grasos y que hacen engordar, pero que también son alimentos baratos, pastas, patatas, judías, tocino, cerdo (F. C., XXXIII) y el del *vino*, mientras que aumenta la proporción de los consumos de alimentos sin grasas, ligeros (fáciles de digerir) y de los que no hacen engordar (vaca, ternera, cordero pascual y lechal, y sobre todo frutas y legumbres frescas, etc.)¹⁰. Por el hecho de que el verdadero principio de las preferencias es el gusto como necesidad hecha virtud, la teoría que hace del consumo una función simple de los ingresos es, en apariencia, verdad, puesto que los ingresos contribuyen, en una parte muy importante, a determinar la distancia con respecto a la necesidad. Sin embargo, es incapaz de explicar aquellos casos en los que ingresos iguales se encuentran asociados con unos consumos de estructuras totalmente distintas: así los contraamaestres perma-

⁹ F. NIETZSCHE, *Der Wille zur Macht*, Stuttgart, Alfred Kröner Verlag, 1964. Aph. 943, p. 360.

¹⁰ El plátano es la única fruta de la que los obreros y los asalariados agrícolas tienen un consumo anual por persona (23,36 F y 25,20 F) superior al de todas las demás clases y en particular a la de los cuadros superiores (19,15 F), que van en cabeza en el consumo de *patatas* (31,60 F frente a 21,00 F para los obreros), mientras que las frutas y frutos caros y ricos, *uvas*, *melocotones*, *nueces* y *avellanas*, se consumen principalmente por los miembros de profesiones liberales, los industriales y los grandes comerciantes (29,04 F, 19,09 F, 17,23 F frente a 6,74 F, 11,78 F y 4,90 F para los obreros).

necen anclados en el gusto “popular”, aunque disponen de ingresos superiores a los de los empleados, cuyo gusto, sin embargo, marca una ruptura brutal con el de los obreros y se aproxima al de los profesores.

Para dar cuenta verdaderamente de las variaciones que la ley de Engel no hace sino registrar, es preciso considerar el conjunto de características de la condición social que se encuentran asociadas (estadísticamente) desde la primera infancia hasta la posesión de unos ingresos más o menos altos, y que son de índole suficiente como para modelar unos gustos ajustados a esas condiciones¹¹. El verdadero principio de las diferencias que se observan en el terreno del consumo y bastante más allá, es la oposición entre los *gustos de lujo (o de libertad)* y los *gustos de necesidad*: los primeros son propios de aquellos individuos producto de unas condiciones materiales de existencia definidas por *la distancia con respecto a la necesidad*, por las libertades o, como a veces se dice, por las *facilidades* que asegura la posesión de un capital; los segundos expresan, en su propio ajustamiento, las necesidades de las que son producto. Así es como se pueden “deducir” los gustos populares por los *alimentos* a la vez más *alimenticios* y más *económicos* (el doble pleonasma muestra la reducción a la pura función primaria) de la *necesidad de reproducir al menor coste la fuerza de trabajo* que se impone, como su propia definición, al proletariado. La idea de gusto, típicamente burguesa, puesto que supone la absoluta libertad de elección, está tan estrechamente asociada con la idea de libertad que cuesta trabajo concebir las paradojas del gusto de necesidad. Ya sea que pura y simplemente se la anule, haciendo de la práctica un producto directo de la necesidad económica (los obreros comen judías porque no pueden pagarse otra cosa) e ignorando que la necesidad no puede satisfacerse, la mayor parte del tiempo, si no es porque los agentes estén inclinados a satisfacerla, porque *tengan el gusto* de aquéllo a lo que de todas formas están condenados. Ya sea que se haga de ella un gusto de libertad, olvidando los condicionamientos que la han producido y que se la reduzca así a una preferencia patológica o mórbida hacia las cosas de (primera) necesidad, una especie de indigencia congénita, pretexto para un racismo de clase que asocia al pueblo con lo grueso y con lo graso rojo fuerte, toscos zuecos, trabajos pesados, risotadas, bromas pesadas, burdo buen sentido, bromas groseras, etc...*. El gusto es *amor fati*, elección del destino, pero una elección forzada, producida por unas condiciones de existencia que, al excluir como puro sueño cualquier otra posible, no deja otra opción que el gusto de lo necesario.

Basta con describir los gustos por necesidad como si se tratase de gustos de lujo¹² (lo que inevitablemente sucede siempre que se ignora la *modalidad de las prácticas*) para producir falsas coincidencias entre las dos posiciones extremas del espacio social: ya se trate de fecundidad o de celibato (o, lo que viene a ser lo mismo, de retraso en el matrimonio), se ve que lo que es un lujo electivo para unos es para otros un efecto de la privación. Por esta razón, el análisis de Nicole Tabard sobre las actitudes con respecto al trabajo femenino es ejemplar: para las mujeres

¹¹ Todo este párrafo está apoyado en un análisis secundario de las tablas de la encuesta del INSEE sobre el consumo de las familias en 1972, según la categoría socio-profesional, en 39 puestos.

* Los adjetivos *gros, grasse, grosse*, al traducirlos al español, no permiten hacer el juego de palabras. (*Nota de la T.*)

¹² Diremos mejor gustos de lujo que gustos de libertad para evitar que pueda olvidarse que los gustos de libertad son producto también de una necesidad social que se define por las “facilidades”, es decir, por la distancia con respecto a la necesidad que aquélla ofrece.

de la clase obrera, “el trabajo es una opresión que se alivia cuando aumentan los ingresos del marido”; por el contrario, para las clases privilegiadas, el trabajo femenino es una opción, como lo testimonia el hecho de que “la tasa de actividad femenina no disminuye cuando se eleva el status”¹³. Debería tenerse presente este ejemplo cuando se leen estadísticas en las que la identidad nominal que impone la homogeneidad de la pregunta oculta, como ocurre a menudo cuando se pasa de un extremo al otro del espacio social, unas realidades totalmente distintas: si en un caso las mujeres que trabajan se muestran favorables al trabajo femenino, mientras que en el otro se muestran desfavorables aunque trabajen, es porque el trabajo al que tácitamente se refieren las mujeres de la clase obrera es el único que les es permitido esperar, esto es, un trabajo manual penoso y mal remunerado que no tiene nada en común con el que la palabra trabajo evoca para las mujeres de la burguesía. Y para dar una idea de los efectos ideológicos que ejerce la visión dominante cuando, esencialista y antigenética, naturaliza, consciente o inconscientemente, el gusto por necesidad (“el gusto bárbaro” de Kant) convirtiéndolo en inclinación natural por el solo hecho de disociarlo de sus *razones de ser* económicas y sociales, bastará con recordar una experiencia de psicología social que ha demostrado que un mismo acto, donar sangre, es percibido como voluntario o forzado según que lo realicen miembros de las clases privilegiadas o miembros de las clases populares¹⁴.

El gusto por necesidad sólo puede engendrar un estilo de vida en sí, que sólo es definido como tal negativamente, por defecto, por *la relación de privación* que mantiene con los demás estilos de vida. Para los unos los emblemas electivos, para los otros los estigmas que llevan hasta en su propio cuerpo. “Del mismo modo que el pueblo elegido llevaba inscrito en la frente que pertenecía a Yaveh, la división del trabajo imprime en el obrero fabril un sello que lo consagra como propiedad del capital.” Este sello, del que Marx habla, no es otra cosa que el estilo de vida mismo, por medio del cual los más desposeídos se denuncian de inmediato, hasta en su utilización del tiempo libre, dedicándose así a servir de *contraste* a todas las empresas de distinción y a contribuir, de manera completamente negativa, a la dialéctica de la pretensión y de la distinción que se encuentra en la base de los incesantes cambios del gusto. No contentos con no poseer casi ninguno de los conocimientos o de las maneras que reciben su valor en el mercado de los exámenes escolares o de las conversaciones mundanas, y con tener sólo unas habilidades carentes de valor en esos mercados, ellos son los que “no saben vivir”, los que más dinero dedican a los alimentos materiales, y a los más pesados, a los más groseros y a los que más engordan de entre aquéllos—pan, patatas y grasas— a los más vulgares también—como el vino—, los que menos dedican al vestido y a los cuidados corporales, a la cosmética y a la estética, los que “no saben descansar”, los que “siempre encuentran algo que hacer”, los que van a plantar sus tiendas en las *campings* superpoblados, los que se instalan con sus meriendas en los bordes de las carreteras nacionales, los que se introducen con su Renault 5 o su Simca 1000 en los embotellamientos de comienzos de las vacaciones, los que se abandonan a diversiones prefabricadas concebidas para ellos por los ingenieros de la producción cultural de gran serie, los que, con todas sus “elecciones” tan mal inspiradas, confirman el

¹³ N. TABARD, *Besoins et aspirations des familles et des jeunes*, CREDOC y CNAF, s.d., p. 153.

¹⁴ J.W. THIBAUT y A.W. RIECKEN, “Some Determinants and Consequences of the Perception of Social Psychology”, *Journal of Personality*, 1956, vol. 24, pp. 113-133.

racismo de clase, si es necesario, en la convicción de que no tienen más que lo que se merecen.

El arte de beber y de comer es sin duda uno de los pocos terrenos que quedan en los que las clases populares se oponen explícitamente al arte de vivir legítimo. A la nueva ética de la sobriedad en favor de la esbeltez, que es tanto más reconocida cuanto más alto se está en la jerarquía social, los campesinos y sobre todo los obreros contraponen una *moral de la buena vida*. El “vividor” no es sólo aquél a quien le gusta comer bien y beber bien. Es también el que sabe entrar en la relación generosa y *familiar*, eso es, sencilla y libre a la vez, que el beber y el comer en común favorecen y simbolizan, y en la que desaparecen por completo las reticencias, las reservas que manifiestan la distancia con el rechazo de mezclarse y de abandonarse.

El 64% de los cuadros superiores, miembros de profesiones liberales e industriales, y el 60% de los cuadros medios y empleados juzgan que “el francés come demasiado”. Los agricultores (que son con mucho los más inclinados a pensar que come “normalmente” —el 54% frente al 32% en las clases superiores—) y los obreros son los menos dados a aceptar la nueva norma cultural (el 40 y el 46%), que es más reconocida entre las mujeres que entre los hombres y más también entre los *jóvenes* que entre los viejos. En materia de bebida, sólo los agricultores se oponen claramente a la opinión dominante (el 32% dicen que “el francés bebe normalmente”), que los obreros aceptan no obstante con menos frecuencia que las demás categorías. El 63% de los obreros (y el 56% de los campesinos frente al 48% de los cuadros, miembros de profesiones liberales e industriales) dicen tener una opinión favorable de quien gusta de comer y beber bien. Otro índice de su propensión a reivindicar en este campo unas prácticas heterodoxas que en materia de cultura se esfuerzan por disimular, es que dicen que en un restaurante escogerían más bien un plato cocinado que una carne a la parrilla (como hacen los cuadros superiores) o que tomarían en la misma comida queso y postre (lo que se comprende si se sabe que, por su propia singularidad, la visita a un restaurante es para la mayor parte de ellos —el 51% de los agricultores y el 44% de los obreros no van casi nunca a restaurantes, frente al 6% de los miembros de las clases superiores— algo extraordinario, asociado a la idea de abundancia y de supresión de las restricciones ordinarias). Incluso en materia de consumo de alcohol, en la que el peso de la legitimidad es sin duda mayor, los miembros de las clases populares son los menos inclinados (el 35% para los agricultores y el 46% para los obreros frente al 55% para las clases superiores) a situar más allá de los 15 años la edad en que un niño puede ser autorizado a beber alcohol (F. C., XXXIV).

La frontera que marca la ruptura de la relación popular con los alimentos pasa sin lugar a dudas entre los obreros y los empleados: gastando menos que los obreros cualificados, tanto en valor absoluto (9.377 F frente a 10.347 F) como en valor relativo (34,2% frente a 38,3%), para la alimentación, los empleados consumen menos cantidad de pan, cerdo, embutidos, de leche y quesos, de conejos y aves, de legumbres secas y materias grasas y, dentro de un presupuesto alimenticio más restringido, gastan lo mismo en carne —vaca, ternera, cordero pascual y lechal— y un poco más en pescado, frutas frescas y aperitivos. Estas transformaciones de la estructura de los consumos alimenticios se acompañan de un aumento de los gastos en materia de higiene o de cuidados personales (esto es, tanto para la salud como

Tabla 16—Estructura de los consumos alimenticios de los empleados, capataces y obreros cualificados (F. C., III)

	obreros cualificados		capataces		empleados	
número medio de personas por familia	3.61		3.85		2.95	
gasto medio total por familia (en F)	26.981		35.311		27.376	
gasto alimenticio medio por familia (en F)	10.347		12.503		9.376	
gasto alimenticio en % del gasto total	38,3		35,4		34,2	
gasto medio en F y % del gasto alimenticio total:	F	%	F	%	F	%
Cereales, entre ellos:	925	8,9	1.054	8,4	789	8,4
· pan	464	4,5	512	4,1	349	3,7
· productos de pastelería, <i>biscottes</i>	331	3,2	439	3,5	322	3,4
· arroz	27	0,3	28	0,2	24	0,2
· pastas	65	0,6	46	0,4	49	0,5
· harinas	37	0,3	27	0,2	45	0,5
Legumbres y hortalizas, entre ellas:	858	8,3	979	7,8	766	8,2
· patatas	141	1,4	146	1,2	112	1,2
· verduras frescas	556	5,4	656	5,2	527	5,6
· legumbres secas y en conserva	162	1,6	177	1,4	127	1,3
Frutas y frutos, entre ellos:	515	5,0	642	5,1	518	5,5
· Frutas frescas	248	2,4	329	2,6	278	3,0
· cítricos, plátanos	202	1,9	229	1,8	177	1,9
· frutos secos	65	0,6	86	0,7	62	0,7
Carnes, entre ellas:	1.753	16,9	2.176	17,4	1.560	16,5
· vaca	840	8,1	1.086	8,7	801	8,5
· ternera	302	2,9	380	3,0	296	3,1
· cordero pascual y lechal	169	1,6	170	1,3	154	1,6
· caballo	88	0,8	112	0,9	74	0,8
· cerdo	354	3,4	428	3,4	235	2,5
Chacinería, platos preparados	893	8,6	1.046	8,4	758	8,0
Pescados, crustáceos, mariscos	268	2,6	330	2,6	280	3,0
Aves	389	3,7	403	3,2	317	3,4
Conejos, caza	173	1,7	156	1,2	131	1,4
Huevos	164	1,6	184	1,5	146	1,5
Leche	342	3,3	337	2,7	252	2,7
Quesos, yogures	631	6,1	700	5,6	521	5,5
Materias grasas, entre ellas:	547	5,3	629	5,0	439	4,7
· mantequilla	365	3,5	445	3,5	292	3,1
· aceites	149	1,4	146	1,2	125	1,3
· margarina	30	0,3	37	0,3	21	0,2
· manteca de cerdo	2	-	-	-	1	-
Azúcar, bombones y caramelos, cacao	345	3,3	402	3,2	290	3,1
Alcoholes, entre ellos:	883	8,6	1.459	11,7	771	8,2
· vinos	555	5,4	1.017	8,1	466	5,0
· cerveza	100	1,0	109	0,9	68	0,7
· sidra	13	-	5	-	8	-
· aperitivos, licores, etc.	215	2,1	328	2,6	229	2,4
Bebidas no alcohólicas	236	2,3	251	2,0	224	2,4
Café, té	199	1,9	252	2,0	179	1,9
Comidas en restaurantes	506	4,9	583	4,7	572	6,1
Comidas en cantinas	457	4,4	559	4,5	473	5,0
Varios	263	2,5	359	2,9	389	4,1

para la belleza) y de vestuario, así como con un ligero aumento de los gastos culturales y para diversiones. Basta con observar que la restricción de los gastos alimenticios, y en particular de los más *terrestres*, de los más prosaicos y de los más *materiales* de entre ellos, se acompaña de una restricción de los nacimientos, para tener derecho a suponer que constituye un aspecto de una transformación global de la relación con el mundo: el *gusto "modesto"*, que sabe sacrificar los apetitos y placeres inmediatos a los deseos y a las satisfacciones futuras, se contrapone con el materialismo espontáneo de las clases populares que rehúsan entrar en la contabilidad benthamiana de los placeres y de las penas, de los beneficios y de los costes (por ejemplo para la salud y la belleza). Quiere decirse que estos dos tipos de relación con los alimentos terrestres tienen como base dos tipos de disposiciones con respecto al porvenir, que están ellos mismos en una relación de causalidad circular con dos futuros objetivos: contra la antropología imaginaria de la ciencia económica que nunca ha retrocedido ante la formulación de leyes universales de la "preferencia temporal", hay que recordar que la propensión a subordinar los deseos presentes a los deseos futuros depende del grado en que este *sacrificio* sea "razonable", es decir, de las probabilidades que existen de obtener *en cualquier caso* unas satisfacciones futuras superiores a las satisfacciones sacrificadas¹⁵. Al número de las condiciones económicas de la propensión a sacrificar las satisfacciones inmediatas a las satisfacciones esperadas, hay que añadir la probabilidad de esas satisfacciones futuras que está inscrita en la condición presente. Es también una especie de cálculo económico el que disuade de someter la existencia al cálculo económico: el hedonismo que lleva a tomar al día las raras satisfacciones ("los buenos momentos") del presente inmediato es la única filosofía concebible para aquellos que, como suele decirse, no tienen futuro y que en todo caso poco tienen que esperar del futuro¹⁶. Se comprende mejor que el materialismo práctico que se manifiesta sobre todo en lo que respecta a los alimentos sea uno de los componentes más fundamentales del *ethos*, e incluso de la ética popular: la presencia en el presente que se afirma en la preocupación por aprovechar los buenos momentos y por tomar los tiempos conforme vienen es, en sí, una afirmación de solidaridad con los otros (que son, por lo demás, la única garantía presente frente a las amenazas del porvenir), en la medida en que esta especie de inmanentismo temporal es un reconocimiento de los límites que definen la condición. Por eso la sobriedad del pequeño-burgués se siente como una ruptura: al abstenerse de divertirse y de divertirse con los otros, el aspirante pequeño-burgués revela su ambición de sustra-

¹⁵ Será suficiente un buen ejemplo, tomado de Böhm-Bawerk, de esos falsos análisis de esencia: "We must now consider a *second* phenomenon of human experience —one that is heavily fraught with consequence. That is the fact that we feel less concerned about future sensations of joy and sorrow simply because they do lie in the future, and the lessening of our concern is in proportion to the remoteness of that future. Consequently we accord to goods which are intended to serve future ends a value which falls short of the true intensity of their future marginal utility. *We systematically undervalue our future wants and also the means which serve to satisfy them*" (E. BOHM-BAWERK, *Capital and Interest*, vol. 2, South Holland, IL 1959, p. 268, citado por G. J. STIGLER y G. S. BECKER, *loc. cit.*).

¹⁶ Puede suponerse que la relación profunda con el porvenir (y también con su propia persona —a la que se concede tanto más valor cuanto más alto se está situado en la jerarquía social) se expresa en el hecho de que la proporción de los que dicen que "después de la muerte existe una vida nueva" es muy pequeña en los obreros (el 15 % frente al 18 % en los artesanos y comerciantes o en los empleados y cuadros medios y el 32 % en los cuadros superiores) (SOFRES, Antenne 2, *Les Français et la mort*, octubre 1977).

erse al presente común, cuando no construye toda su imagen de sí alrededor de la oposición entre la casa y el café, la abstinencia y la intemperancia, esto es, también entre la salvación individual y las solidaridades colectivas.

El café no es un lugar al que se va para beber sino un lugar al que se va para beber *en compañía* y en el que se pueden establecer relaciones de familiaridad fundadas en la supresión momentánea de las censuras, de las convenciones y de las conveniencias que son moneda corriente en los contactos entre extraños: en oposición al café o al restaurante burgués o pequeño burgués, en los que cada mesa constituye un pequeño territorio separado y apropiado (se solicita permiso para tomar prestados una silla o un salero), el café popular es una compañía (lo que indica el “Salud a la compañía” o “Buenos días a todo el mundo” o “Salud a los amigos” del que acaba de llegar) en la que cada uno se integra. Tiene como centro el mostrador, en el que se acodan los habituales después de haber estrechado la mano del “patrón”, situado así en posición de anfitrión (a menudo es él quien lleva el juego), y a veces incluso a todos los presentes (las mesas –no siempre las hay– se dejan a los “forasteros” o a las mujeres que llegan para darles algo de beber a sus hijos o para hacer una llamada telefónica). Es en el café donde llega a su perfección el arte típicamente popular de la *broma*, el arte de tomar todo a broma (de ahí los *fuera de broma* o *déjate de bromas*, con los que se indica la vuelta a las cosas serias que, por otra parte, pueden servir de introducción a una broma en segundo grado), pero también el arte de decir o de hacer bromas, cuya víctima propiciatoria es el gordo reconocido, porque se presta a ellas más que nadie gracias a una propiedad que, según el código popular, constituye más una singularidad pintoresca que una tara, y porque el buen carácter que se le supone le predispone a aceptarlas y a tomarlas por el lado bueno; el arte, en una palabra, de burlarse de los otros sin que se enfaden, por medio de burlas o insultos rituales que resultan neutralizados por su propio exceso y que, al suponer una gran familiaridad tanto por la información que utilizan como por la libertad que manifiestan, son en realidad testimonios de atención o de afecto, maneras de valorizar bajo la apariencia de criticar, de asumir bajo la apariencia de condenar –aunque también puedan servir para poner a prueba a aquellos que quisieran tomar distancias con respecto al grupo¹⁷.

Tres maneras de distinguirse

La principal oposición entre los gustos de lujo y los gustos por necesidad se especifica en tantas oposiciones cuantas maneras diferentes existen de afirmar su distinción con respecto a la clase obrera y a sus necesidades primarias, o, lo que viene a ser lo mismo, cuantos poderes permiten mantener a distancia a la necesidad. Así, en la clase dominante se puede, para simplificar, distinguir tres estructuras de consumos distribuidas en tres categorías principales: alimentación, cultura y gastos de presentación de sí mismo y de representación (vestidos, cuidados de belleza, artículos de tocador, personal de servicio). Estas estructuras toman formas estrictamente inversas –como las estructuras de su capital– en los profesores y en los industriales o los grandes comerciantes: mientras que estos últimos tienen con-

¹⁷ No parece inútil indicar que este arte, que tiene sus virtuosos, los bromistas reconocidos, puede caer en la caricatura con burlas y murmuraciones que aparecen como estereotipos, estúpidas y groseras *según los propios criterios del gusto popular*.

Tabla 17—Estructura de los gastos entre los profesores, miembros de profesiones liberales, industriales y grandes comerciantes (F. C., III)

	profesores		miembros de profesiones liberales		industriales, grandes comerciantes	
	F	%	F	%	F	%
alimentación*	9.969	24,4	13.956	24,4	16.578	37,4
presentación**	4.912	12,0	12.680	22,2	5.616	12,7
cultura***	1.753	4,3	1.298	2,3	574	1,3

* Alimentación: incluidas comidas en restaurante o en cantina.

** Presentación: incluye vestidos, calzados, reparaciones y limpiezas, artículos de tocador, peluquería, empleados de hogar.

*** Cultura: incluye libros, periódicos, papelería, discos, deportes, juguetes, música, espectáculos.

sumos alimenticios excepcionalmente altos (de más del 37% de sus presupuestos), gastos culturales muy bajos y gastos de presentación y representación medios, los primeros, cuyo gasto total medio es muy reducido, tienen gastos alimenticios bajos (inferiores, relativamente, a los de los obreros), gastos de presentación y representación moderados (con unos gastos para la salud que se encuentran entre los más elevados) y gastos culturales (libros, periódicos, espectáculos, deportes, juguetes, música, radio y tocadiscos) relativamente altos. Tanto a los unos como a los otros se oponen los miembros de las profesiones liberales, que dedican a la alimentación una parte de su presupuesto igual a la de los profesores (24,4%) para un gasto global mucho más elevado que el de éstos (57.122 F en lugar de 40.884 F), y cuyos gastos de presentación y representación rebasan con mucho los de todas las demás fracciones, sobre todo si se le añaden los gastos en personal de servicio, mientras que sus gastos culturales son más bajos que los de los profesores (o incluso que los de los ingenieros y cuadros superiores, que se sitúan a medio camino entre los profesores y los miembros de profesiones liberales, aunque más cerca de estos últimos, para casi todos los consumos).

Es posible precisar el sistema de diferencias observando más de cerca cómo se distribuyen los consumos alimenticios: los industriales y los comerciantes difieren profundamente, en este punto, de los miembros de profesiones liberales y, *a fortiori*, de los profesores, en razón de la importancia que conceden a los productos a base de cereales (en especial la pastelería), a los vinos, las conservas de carne, la caza, y de la parte relativamente débil que dejan a la carne y a las frutas frescas y hortalizas. Los profesores, cuyos gastos alimenticios tienen una estructura casi idéntica a la de los empleados de oficina, dedican más que todas las otras fracciones al pan, a los productos lácteos, al azúcar, a las confituras, a las bebidas no alcohólicas, menos siempre a los vinos y a los alcoholes, y claramente menos que los miembros de las profesiones liberales a los productos caros, como las carnes —y sobre todo a las más caras de entre las mismas, como el cordero pascual y lechal—, las frutas y las hortalizas. En cuanto a los miembros de las profesiones liberales, se

Tabla 18—Estructura de los consumos alimenticios según las distintas fracciones de la clase dominante (F. C., III)

	profesores		cuadros superiores		miembros de prof. liberales		ingenieros		industriales, grandes com.	
número medio de personas por familia	3.11		3.6		3.5		3.6		3.6	
gasto medio total por familia (en F)	40.844		52.156		57.122		49.822		44.339	
gasto alimenticio medio por familia (en F)	9.969		13.158		13.956		12.666		16.578	
gasto alimenticio en % del gasto total	24.4		2.52		24.4		25.4		37.4	
gasto medio en F y % del gasto alimenticio total:	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%
Cereales, entre ellos:	865	8.7	993	7.5	1.011	7.2	951	7.5	1.535	9.2
· pan	322	3.2	347	2.6	326	2.3	312	2.5	454	2.5
· productos de pastelería. <i>biscottes</i>	452	4.5	552	4.1	548	4.0	539	4.2	989	5.6
· arroz	16	0.2	27	0.2	33	0.2	28	0.2	29	0.1
· pastas	35	0.3	32	0.2	62	0.4	41	0.3	33	0.1
· harinas	40	0.4	35	0.2	41	0.3	31	0.2	28	0.1
Legumbres y hortalizas, entre ellas:	766	7.7	1.015	7.7	1.100	7.9	899	7.1	1.222	7.4
· patatas	81	0.8	94	0.7	95	0.7	98	0.7	152	0.8
· verduras frescas	555	5.6	729	5.5	811	5.8	647	5.1	915	5.1
· legumbres secas y en conserva	131	1.3	191	1.4	216	1.5	154	1.2	153	0.8
Frutas y frutos, entre ellos:	632	6.3	871	6.6	990	7.2	864	6.8	877	5.2
· frutas frescas	295	2.9	405	3.1	586	4.2	424	3.3	547	3.1
· cítricos, plátanos	236	2.4	343	2.6	303	2.2	324	2.5	256	1.4
· frutos secos	102	1.0	122	0.9	98	0.7	116	0.9	73	0.4
Carnes, entre ellas:	1.556	15.6	2.358	18.0	2.552	18.3	2.073	16.4	2.323	14.0
· vaca	814	8.1	1.291	9.8	1.212	8.7	1.144	9.0	1.273	7.2
· ternera	335	3.4	452	3.4	630	4.5	402	3.1	377	2.3
· cordero pascual y lechal	156	1.6	315	2.3	438	3.2	242	1.9	390	2.2
· caballo	31	0.3	49	0.3	31	0.2	37	0.3	94	0.5
· cerdo	221	2.2	251	1.7	239	1.7	247	1.9	187	1.3
Chacinería. platos preparados	634	6.3	741	5.6	774	5.5	705	5.6	812	4.9
Pescados, crustáceos, mariscos	336	3.4	503	3.8	719	5.1	396	3.1	588	3.5
Aves	235	2.3	311	2.4	399	2.8	310	2.4	333	2.0
Conejos, caza	36	0.3	97	0.7	148	1.1	89	0.7	289	1.7
Hucvos	149	1.4	172	1.3	190	1.4	178	1.4	185	1.1
Leche	299	3.0	271	2.0	249	1.8	287	2.3	309	1.9
Quesos, yogures	692	6.9	776	5.9	843	6.0	785	6.1	1.090	6.5
Materias grasas, entre ellas:	399	4.0	564	4.3	525	3.8	504	4.0	551	3.3
· mantequilla	320	3.2	408	3.1	379	2.7	371	2.9	405	2.4
· aceites	66	0.6	136	1.0	132	1.0	103	0.8	112	0.6
· margarina	12	0.1	17	0.1	12	0.1	29	0.2	19	0.1
· manteca de cerdo	1	-	2	-	1	-	1	-	13	0.1
Azúcar, bombones y caramelos, cacao	304	3.0	395	3.0	265	1.9	327	2.6	407	2.4
Alcoholes, entre ellos:	711	7.1	1.365	10.3	1.329	9.5	937	7.4	2.218	13.4
· vinos	457	4.6	869	6.6	899	6.4	392	3.1	1.881	11.8
· cerveza	82	0.8	91	0.7	40	0.3	184	1.4	93	0.5
· sidra	13	0.1	391	3.0	389	2.8	352	2.8	237	1.4
· aperitivos, licores, etc.	157	1.6	391	3.0	389	2.8	352	2.8	237	1.4
Bebidas no alcohólicas	344	3.4	342	2.6	267	1.9	295	2.3	327	2.0
Café, té	152	1.5	215	1.5	291	2.1	178	1.4	298	1.8
Comidas en restaurantes	829	8.3	1.863	13.0	1.562	11.2	1.372	10.8	1.179	7.1
Comidas en cantinas	745	7.5	562	4.0	221	1.6	773	6.1	299	1.8
Varios	264	2.6	379	2.7	258	1.8	432	3.4	324	1.9

distinguen principalmente por la importante parte de sus gastos que va a productos caros y en particular a las carnes (el 18,3% de los gastos de alimentación) y sobre todo a las más caras de entre las mismas (ternera, cordero pascual y lechal), a las hortalizas y a las frutas frescas, a los pescados y crustáceos, a los quesos y a los aperitivos¹⁸.

Así, cuando se va desde los obreros a los patronos comerciales e industriales, pasando por los capataces y los artesanos y pequeños comerciantes, el freno económico tiende a debilitarse sin que cambie el principio fundamental de las elecciones en consumo: la oposición entre los dos extremos se establece entonces entre el *pobre* y el (nuevo) *rico*, entre la “*bouffe*” y la “*gran bouffe*”^{*}; los alimentos consumidos son cada vez más ricos (es decir, cada vez más costosos y más ricos en calorías) y cada vez más pesados (caza, *foie gras*). Por el contrario, el gusto de los miembros de profesiones liberales o de los cuadros superiores constituye negativamente el gusto popular como gusto de lo pesado, de lo graso, de lo grosero, al orientarse hacia lo ligero, lo fino, lo refinado: la abolición de los frenos económicos se acompaña con el refuerzo de las censuras sociales que prohíben la grosería y la gordura en beneficio de la distinción y de la esbeltez. El gusto por los alimentos selectos y aristocráticos inclina a una cocina con tradición, rica en productos caros o selectos (hortalizas, carnes, etc.). Por último, los profesores, más ricos en capital cultural que en capital económico, y llevados por ello hacia consumos ascéticos en todos los campos, se oponen casi conscientemente, mediante una búsqueda de la originalidad, al menor coste económico que orienta hacia el exotismo (cocina italiana, china, etc.) y el populismo culinario (platos campesinos), a los (nuevos) ricos y a sus ricos alimentos, vendedores y consumidores de “*gruesa bouffe*”, a los que a veces se les llama los “*gruesos*”, gruesos de cuerpo y groseros de espíritu, que tienen los medios económicos suficientes como para afirmar con una arrogancia percibida como “*vulgar*” un estilo de vida que permanece muy próximo, en materia de consumos económicos y culturales, al de las clases populares¹⁹.

No hace falta decir que no es posible autonomizar los consumos alimenticios, sobre todo al ser tomados únicamente mediante los *productos* consumidos, con respecto al conjunto del estilo de vida: aunque sólo sea porque el gusto en materia de *platos* (de los que los productos, sobre todo en el grado de indeterminación en que los recoge la estadística, no pueden dar una idea demasiado aproximada) se encuentra asociado, por la mediación del modo de preparación, con toda la representación de la economía doméstica y de la división del trabajo entre los sexos, al ser afín con una concepción tradicional del papel femenino el gusto por los *platos cocinados* (*pot-au-feu*^{**}, *blanquette*, adobo) que reclaman una fuerte in-

¹⁸ En el seno de las clases medias, las oposiciones son mucho menos netas, aunque se encuentran diferencias homólogas entre los maestros y los empleados de oficina por una parte, y los pequeños comerciantes por la otra.

¹⁹ La preferencia por los restaurantes extranjeros, italianos, chinos, japoneses y, en menor grado, rusos, aumenta a medida que se va elevando la posición en la jerarquía social (la única excepción son los restaurantes españoles, ligados sin duda con una forma de turismo más popular, que van siendo escogidos con mayor frecuencia conforme va bajando la posición en la jerarquía social, y los restaurantes norteafricanos que resultan más elegidos por los cuadros medios). (F. C., XXXIV).

* El verbo francés *bouffer* podría traducirse, aproximadamente por zampar, y la expresión *gran bouffe* por comilona, panzada, siempre con un sentido un poco grosero. (*Nota de la T.*).

** *Pot-au-feu* podría traducirse aproximadamente por pucheró (refiriéndose al guiso, no a la vasija). (*Nota de la T.*).

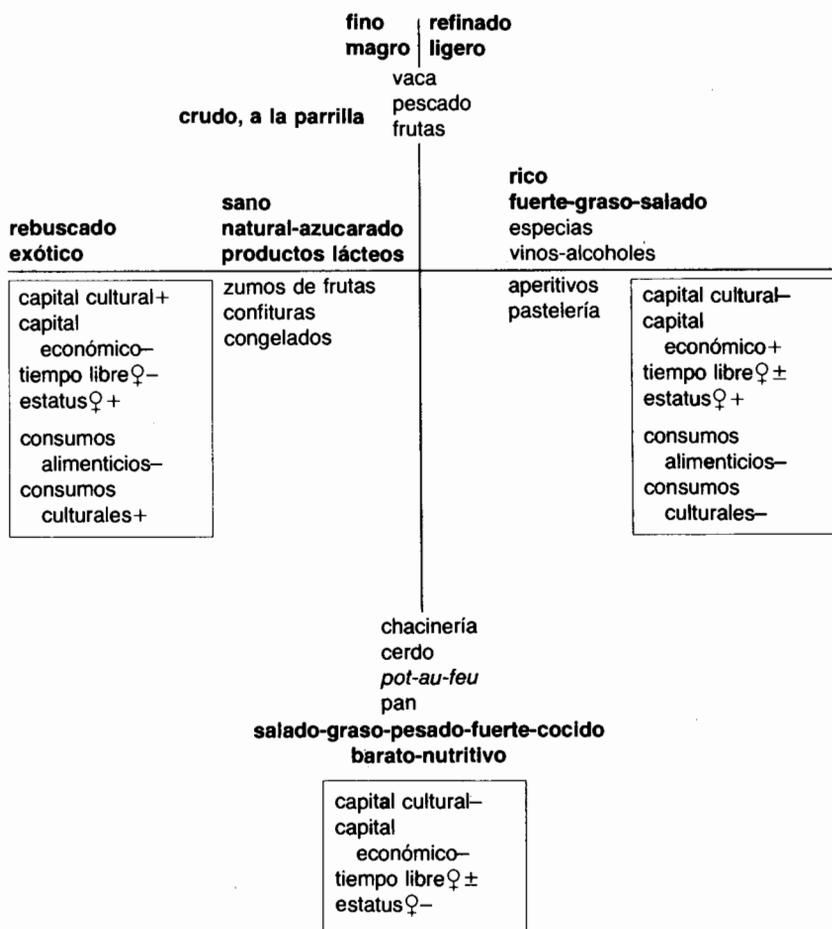
versión de tiempo e interés: así es como, mirado desde este punto de vista, la oposición es particularmente fuerte entre las clases populares y las fracciones dominadas de la clase dominante en la que las mujeres, cuyo trabajo tiene un gran valor económico (lo que contribuye sin duda a explicar que tengan una idea más alta de su valor), intentan dedicar con prioridad su tiempo libre al cuidado de los niños y a la transmisión del capital cultural, y tienden a dudar de la tradicional división del trabajo entre los sexos; la búsqueda de la economía de tiempo y trabajo en la preparación se conjuga con la búsqueda de la ligereza y del bajo contenido en calorías de los productos para inclinar hacia los alimentos a la plancha o parrilla y los alimentos crudos (las “ensaladas compuestas”) y también hacia los productos y platos congelados, los yogures y los productos lácteos azucarados, otras tantas elecciones que se encuentran en las antípodas de los platos populares, de los que el más típico es el *pot-au-feu*, hecho de carne de segunda y hervida –por contraposición con hecho a la plancha o asado al horno–, modo de cocción inferior que sobre todo requiere tiempo. No es una casualidad que esta forma de cocina –se dice de una mujer que se dedica por completo a su hogar que ella es *pot-au-feu*– simbolice un estado de la condición femenina y de la división del trabajo entre los sexos, como las *pantufas* que se calzan antes de cenar simbolizan el papel complementario adjudicado al hombre²⁰.

Son los obreros los que dedican mayor tiempo e interés a la cocina: el 69% de las personas interrogadas manifiestan que les gusta guisar para las grandes ocasiones frente al 59% de los cuadros medios, el 52% de los pequeños comerciantes y el 51% de los cuadros superiores, miembros de profesiones liberales e industriales (F. C., XXXIV bis). Otro índice indirecto de estas diferencias en materia de división sexual del trabajo: mientras que los profesores y los cuadros superiores parecen conceder la prioridad al lava-vajillas y a la lavadora, para los miembros de las profesiones liberales y para los industriales o grandes comerciantes, la prioridad parece ir más bien hacia la televisión y el automóvil (F. C., III). Por último, invitados a elegir en una lista de siete platos sus dos manjares preferidos, los agricultores y los obreros que, como todas las demás categorías, ponen en primer lugar la *pierna de cordero asada*, se muestran los más inclinados (el 45% y el 34% –frente al 28% de los empleados, el 20% de los cuadros superiores y el 19% de los pequeños patronos–) a citar el *pot-au-feu* (siendo los agricultores casi los únicos que eligen la *andouillette* (especie de salchicha muy grasa) –a razón del 14% frente al 4% de los obreros, empleados y cuadros medios, el 3% de los cuadros superiores y el 0% de los pequeños patronos–). Los obreros y los pequeños patronos se dirigen también hacia el *pollo al vino* (50% y 48%), plato típico de los pequeños restaurantes medios que quieren parecer elegantes, lo que sin duda está asociado con la idea de “salida” al restaurante (frente al 42% de los empleados, al 39% de

²⁰ Los pequeños patronos de la industria y del comercio, encarnación del “tendero” tradicionalmente execrado por los artistas, son los que dicen con mayor frecuencia (el 60 %) que se calzan sus pantufas todos los días antes de cenar, mientras que los miembros de las profesiones liberales y los cuadros superiores con los que más tienden a rechazar este símbolo pequeño-burgués (el 35 % manifiestan que nunca lo hacen). Por lo que se refiere a las obreras y a las campesinas, el hecho de que ellas se distingan por un consumo particularmente alto de pantufas testimonia sin lugar a dudas el tipo de relación con el cuerpo, con el arreglo personal y con la cosmética que implica el repliegue en la casa y en la vida doméstica (se sabe, por ejemplo, que las mujeres de artesanos o comerciantes y de obreros son las más dadas a decir que, en la elección de su vestuario, se guían sobre todo por la preocupación de gustar a su marido).

los cuadros superiores y al 37% de los agricultores). Los cuadros, miembros de profesiones liberales y patronos no se distinguen de manera relativamente clara más que por la elección de aquél que, entre los platos propuestos por una lista *particularmente exigua para ellos*, es a la vez relativamente “ligero” y simbólicamente señalado con respecto a la rutina ordinaria de la cocina pequeño-burguesa, la bullavesa (el 31% frente al 22% de los empleados, el 17% de los pequeños patronos, el 10% de los obreros, el 7% de los agricultores), y en el que la contraposición entre el pescado y la carne (y sobre todo el cerdo con *choucroute* o al *cassoulet*) se dobla claramente con la colaboración regionalista y turística (F. C., XXXIV). Es evidente que, por el hecho de la imprecisión de la clasificación empleada, no es posible captar aquí los efectos de la oposición secundaria entre las distintas fracciones, y que las tendencias observadas sin duda habrían sido más marcadas si se hubiera podido aislar, por ejemplo, a los profesores y si la lista de los platos propuestos hubiera estado más diversificada de acuerdo con los aspectos sociológicamente pertinentes.

Gráfico 9—El espacio de los consumos alimenticios



El gusto en materia de alimentos depende también de la idea que cada clase se hace del cuerpo y de los efectos de la alimentación sobre el mismo, es decir, sobre su fuerza, su salud y su belleza, y de las categorías que emplea para evaluar estos efectos, pudiendo ser escogidos algunos de ellos por una clase e ignorados por otra, y pudiendo las diferentes clases establecer unas jerarquías muy distintas entre los diferentes efectos: así es como allí donde las clases populares más atentas a la *fuerza* del cuerpo (masculino) que a su *forma*, tienden a buscar productos a la vez baratos y nutritivos, los miembros de profesiones liberales preferirán productos sabrosos, buenos para la salud, ligeros y que no hagan engordar. Cultura convertida en natura, esto es, incorporada, clase hecha cuerpo, el gusto contribuye a hacer el cuerpo de la clase: principio de enclasmiento incorporado que encabeza todas las formas de incorporación, elige y modifica todo lo que el cuerpo ingiere, digiere, asimila, fisiológica y psicológicamente. De ello se deduce que el cuerpo es la más irrecusable objetivación del gusto de clase, que manifiesta de diversas maneras. En primer lugar, en lo que tiene de más natural en apariencia, es decir, en las dimensiones (volumen, estatura, peso, etc.) y en las formas (redondas o cuadradas, rígidas y flexibles, rectas o curvas, etc.) de su conformación visible, en las que se expresa de mil maneras toda una relación con el cuerpo, esto es, toda una manera de tratar el cuerpo, de cuidarlo, de nutrirlo, de mantenerlo, que es reveladora de las disposiciones más profundas del *habitus*: es, en efecto, a través de las preferencias en materia de consumo alimenticio como pueden perpetuarse más allá de sus condiciones sociales de producción (como en otros dominios un acento, una forma de andar, etc.)²¹, y también, por supuesto, por medio de los usos del cuerpo en el trabajo y en el ocio que les son solidarios, como se determina la distribución entre las clases de las propiedades corporales.

La mediación por la que se establece la definición social de los alimentos convenientes no es sólo la representación casi consciente de la configuración aprobada del cuerpo percibido, y en particular de su gordura o de su delgadez. Es, con mayor profundidad, todo el *esquema corporal*, y en particular la manera de mantener el cuerpo en el acto de comer, lo que se encuentra en la base de la selección de algunos alimentos. Así, por ejemplo, si el pescado es, para las clases populares, un alimento poco conveniente para los hombres, no es sólo porque se trate de una alimentación ligera, que no sostiene al cuerpo, que no se prepara, en realidad, más que por razones higiénicas, esto es, para los enfermos y para los niños; sino también porque forma parte, junto con las frutas (con la excepción del plátano), de esas cosas delicadas que no pueden ser manipuladas por manos masculinas y ante las que el hombre es como un niño (es la mujer la que, situándose en un papel maternal, como hace en todos los casos parecidos, se encargará de preparar el pescado en el plato o de pelar la pera); pero sobre todo es porque exige ser comido de una forma que contradice totalmente la propia manera masculina de comer, es decir, porque hay que comerlo con moderación, a bocados pequeños, masticándolo ligeramente, *con la parte delantera de la boca*, manteniéndolo en la punta de los dientes (a causa de las espinas). En verdad es toda la identidad masculina –lo que se denomina virilidad– lo que se pone en juego en esas dos maneras de comer, con desgana y a trocitos, como hacen las mujeres a quienes les agrada “comisear” o con

²¹ Por eso el cuerpo muestra no sólo la posición actual sino también la *trayectoria*.

toda la boca, con todos los dientes y a grandes bocados, como gusta a los hombres, de igual modo que también se pone en juego en las dos maneras, perfectamente homólogas, de hablar, con la parte de delante de la boca o con toda la boca, y en particular con el fondo de la misma, la garganta (según la posición, anteriormente indicada en otro lugar entre la *boca*, la boca fina, la boca apretada o los labios, y la *bocaza*—deslenguado, mordisco, insultar, etc.*—). Esta oposición se podría encontrar también en todos los usos del cuerpo y en particular en *los más insignificantes en apariencia*, que, a este respecto, están predispuestos a servir de memorándum en el que se depositan los más profundos valores del grupo, sus más fundamentales “creencias”. Sería fácil demostrar, por ejemplo, que los *kleenex*, que requieren que se coja la nariz con delicadeza, sin apretar demasiado, y que de alguna manera se suene sólo la punta de la misma, poco a poco, son con respecto al gran pañuelo de tela, en el que se sopla muy fuerte, de una sola vez y con gran ruido, arrugando los ojos por el esfuerzo y sujetando la nariz con todos los dedos, lo que la risa contenida en sus manifestaciones visibles y sonoras es a la risa a carcajadas, que brota *de todo el cuerpo*, arrugando la nariz, abriendo toda la boca y tomando el aliento muy hondo (“estaba doblado en dos”), como para amplificar al máximo una experiencia que no tolera ser contenida, en primer lugar porque necesita ser compartida y por consiguiente necesita ser expresada con toda claridad en honor de los otros. En consecuencia, la filosofía práctica del cuerpo masculino como una especie de *potencia*, grande, fuerte, con unas necesidades enormes, imperiosas y brutales, que se afirma en la manera total masculina de mantener el cuerpo y en particular respecto a los alimentos, se encuentra también en el principio de la división de éstos entre los sexos, división reconocida, tanto en las prácticas como en el discurso, por los dos sexos. Es propio de los hombres beber y comer más cantidad y de unos alimentos más fuertes, a su imagen. Así durante el aperitivo, a los hombres se les servirá dos veces (y más, si es fiesta) y colmando los vasos, que serán grandes (el éxito del Ricard o del Pernod sin duda obedece en gran parte al hecho de que se trata de bebidas a la vez fuertes y abundantes—y no de un “dedal”), y dejarán las cositas de picar (galletitas saladas, cacahuetes, etc.) para los niños y las mujeres, que beben sólo un vaso pequeño (“es preciso no perder la cabeza”) de unos aperitivos que ellas han fabricado (y de los que se intercambian las recetas). De igual modo, entre las entradas, la chacinería es más bien para los hombres, como luego el queso, y éste tanto más cuanto más *fuerte* es, mientras que las frutas y verduras crudas son más bien para las mujeres, como por ejemplo la ensalada: unos u otras volverán a servirse de aquéllos o de éstas o se repartirán entre sí los fondos de los platos respectivos. La carne, alimento nutritivo por excelencia, fuerte y que da fuerza, vigor, *sangre* y salud, es el plato de los hombres, del que repiten, mientras que las mujeres se sirven un trozo pequeño: lo que no significa que *se priven* de ella propiamente hablando; no sienten realmente deseo de algo que puede faltar para los demás, y en primer lugar para los hombres a los que la carne les es debida por definición, y obtienen una especie de autoridad de lo que no es vivido como privación; es más, las mujeres no sienten *gustio* por los alimentos para hombres que, reputados como nocivos cuando se absorben en exce-

* Juego de palabras, este último, a base del término *gueule* que he traducido como *bocaza*, y que forma parte también de los términos que le siguen: *fort en gueule*, *coup de gueule*, *engueuler*, etc., cuya traducción más aproximada es la que figura: *deslenguado*, *mordisco*, *insultar*, etc. (Nota de la T.).

so por las mujeres (por ejemplo, comer demasiada carne “trastorna la sangre”, proporciona un vigor anormal, produce espinillas, etc.), pueden incluso suscitar una especie de repugnancia.

Las diferencias de pura conformación se encuentran aumentadas y simbólicamente acentuadas por las diferencias de *actitud corporal*, diferencias en la manera de “mantener” el cuerpo, de portarse, de comportarse, en la que se expresa la plena relación con el mundo social. A lo que hay que añadir todas las correcciones aportadas intencionalmente al aspecto modificable del cuerpo, en particular mediante el conjunto de efectos de la cosmética (peinado, maquillaje, barba, bigote, patillas, etc.) o del vestuario que, al depender de los medios económicos y culturales que pueden ser invertidos en ello, son otras tantas marcas sociales que reciben *su valor* de su posición en el sistema de signos distintivos que aquéllas constituyen y que es a su vez homólogo del sistema de posiciones sociales. Portador de signos, el cuerpo es también productor de signos que están marcados en su substancia perceptible por la relación con el cuerpo: es así como la valorización de la virilidad puede, mediante la manera de poner la boca al hablar o de colocar la voz, determinar por completo la pronunciación de las clases populares. Producto social, el cuerpo, única manifestación sensible de la “persona”, se percibe por lo común como la expresión más natural de la naturaleza profunda: no hay en él signos propiamente “físicos”, y el color y el espesor de la pintura de los labios o la configuración de una mímica, exactamente igual que la forma del rostro o de la boca, se leen inmediatamente como indicios de una fisonomía “moral”, socialmente caracterizada, es decir, como estados anímicos “vulgares” o “distinguidos”, naturalmente “naturales” o naturalmente “cultivados”. Los signos constitutivos del cuerpo que se percibe, esos productos de una fabricación propiamente cultural que producen el efecto de distinguir a los grupos por referencia al grado de cultura, esto es, al grado de distancia con la naturaleza, parecen fundados en la propia naturaleza. Lo que denominamos el porte, es decir, la manera legítima de llevar nuestro propio cuerpo y de presentarlo, se percibe espontáneamente como un indicio de la actitud moral, y constituye un indicio de *dejadez*, de culpable abandono en la *facilidad*, el hecho de dejar al cuerpo su apariencia “natural”.

Se dibuja así un espacio de cuerpos de clase que, dejando a un lado los azares biológicos, tiende a reproducir en su lógica específica la estructura del espacio social. Y no es por tanto pura casualidad el que las propiedades corporales sean aprehendidas a través de los sistemas de enclasmientos sociales que no son independientes de la distribución entre las clases sociales de las diferentes propiedades: las taxonomías en vigor tienden a contraponer, jerarquizándolas, las propiedades más frecuentes en los dominantes (esto es, las más especiales) y las más frecuentes en los dominados²². La representación social del propio cuerpo con la que cada agente debe contar, y desde el origen, para elaborar su representación subjetiva de su cuerpo y de su *hexis corporal*, se obtiene así mediante la aplicación de un sistema de enclasmiento social cuyo principio es el mismo que el de los productos sociales a los que se aplica. De esta forma, los cuerpos tendrían todas las

²² Es decir, que las taxonomías aplicadas al cuerpo percibido (grueso/delgado, fuerte/débil, grande/pequeño, etc.) son, como siempre, simultáneamente arbitrarias (pudiendo estar asociada la idea de la belleza femenina, en contextos económicos y sociales diferentes, con la gordura o con la delgadez) y necesarias, esto es, fundadas en la razón específica de un orden social determinado.



El físico del trabajo



probabilidades de recibir un precio estrictamente proporcionado con la posición de sus poseedores en la estructura de la distribución de las demás propiedades fundamentales, si la autonomía de la lógica de la herencia biológica con respecto a la lógica de la herencia social no otorgara a veces a los más desfavorecidos bajo todos los demás aspectos las propiedades corporales más singulares, por ejemplo, la belleza (que a veces es llamada “fatal” porque amenaza las jerarquías) y si, a la inversa, los accidentes biológicos no privaran a veces a los “grandes” de los atributos corporales de su posición, como la gran estatura o la belleza.

¿Sin cumplidos o sin preocupación por los demás?

Resulta, pues, claro que el gusto en materia alimenticia no puede ser completamente autonomizado con respecto a las otras dimensiones de la relación con el mundo, con los otros, con el propio cuerpo, en la que se realiza la filosofía práctica característica de cada clase. Para convencernos de ello, habría que someter a una comparación sistemática la manera popular y la manera burguesa de preparar los alimentos, de servirlos, de presentarlos, de ofrecerlos, que son infinitamente más reveladoras que la propia naturaleza de los productos a que atañen (sobre todo cuando se ignora las diferencias de calidad, como lo hacen la mayor parte de las encuestas sobre consumos). Un análisis difícil, puesto que no se puede pensar realmente cada uno de los estilos de vida si no es en relación con el otro que es la negación objetiva y subjetiva del primero, de suerte que el sentido de las conductas se invierte por completo según que se le comprenda desde uno u otro punto de vista, y según que se inscriban en la lectura de las *palabras corrientes* que es preciso emplear para nombrar dichas conductas (por ejemplo, “maneras”) unas significaciones populares o burguesas.

Es posible imaginar los malentendidos que pueden resultar de la ignorancia de este mecanismo en todas las encuestas realizadas mediante cuestionario, que siempre quedan reducidas a unos intercambios de *palabras*. *A fortiori*, desde luego, cuando se intenta recoger unos juicios sobre unas palabras o suscitar unas reacciones a unas palabras (como en el “test ético” que consistía en proponer a todos los encuestados la misma lista de adjetivos para caracterizar a un amigo, a un vestido o a una vivienda ideal): las respuestas que se registran en este caso están definidas realmente en relación a unos estímulos que, más allá de su *identidad nominal* (la de las palabras propuestas), varían en su *realidad percibida*, y por consiguiente en su eficacia práctica, según los mismos principios de variación (y de entrada la clase social) cuya eficiencia se intentaba medir (lo que conduce a unas coincidencias entre clases opuestas totalmente desprovistas de sentido). Los grupos se delimitan por completo —con todo lo que los contrapone a los otros grupos— en las palabras corrientes en que se expresa su identidad social, es decir, su diferencia. Bajo su aparente neutralidad, unas palabras tan comunes como prácticas —sobrio, limpio, funcional, divertido, fino, íntimo, distinguido— resultan así divididas contra ellas mismas, sea porque las diferentes clases les otorgan diferentes sentidos, sea porque les den el mismo sentido pero atribuyan valores opuestos a las cosas nombradas: así se puede decir de “cuidado”, tan enormemente apropiado para quienes quieren expresar con ello su gusto por el trabajo bien hecho, por lo acabado, o expresar la atención un poco meticulosa con la que velan por su

apariciencia externa, que evoca para los que la rechazan el rigor un poco estrecho y mezquino que ellos perciben en el estilo de vida pequeño-burgués; o también de *divertido*, cuyas connotaciones sociales, asociadas con una pronunciación, una elocución socialmente marcada, más bien burguesa o esnob, entran en contradicción con los valores expresados, apartando a quienes se reconocerían seguramente en un equivalente popular como *mondante*, *tronchante* o *desternillante*; o también de *sobrio* que, aplicado a un vestido o a una vivienda, puede recibir unas significaciones radicalmente distintas según que se emplee para expresar las estéticas estrategias prudentes y defensivas de un pequeño artesano, el ascetismo estetizante del profesor o el gusto por la austeridad en el lujo del gran burgués chapado a la antigua. Puede verse, pues, que cualquier tentativa para producir un *organon* ético común a todas las clases está condenado de antemano, a menos que juegue sistemáticamente, como lo hace cualquier moral o religión "universal", con lo que la lengua tiene a un tiempo de común en las diferentes clases y de capacidad de recibir sentidos diferentes, o incluso opuestos, en los usos particulares, y aun antagónicos, que de ella se hacen.

A propósito de las clases particulares, se podría hablar de comer con franqueza igual que se dice hablar con franqueza. La comida está situada bajo el signo de la abundancia (lo que no excluye restricciones y limitaciones) y sobre todo bajo el signo de la libertad: se confeccionan platos "elásticos", que "abundan", como las sopas y las salsas, las pastas o las patatas (asociadas casi siempre con verduras) y que, servidas, con cazo o cucharón, evitan el tener que medir o contar demasiado —lo contrario que ocurre²³—. Esta impresión de abundancia, que constituye la regla en las ocasiones extraordinarias y que vale siempre, en los límites de lo posible, para los hombres, cuyos platos se llenan dos veces (privilegio que marca el acceso de los muchachos al estatus de hombre), a menudo tiene como contrapartida, en las ocasiones ordinarias, las restricciones que frecuentemente se imponen las mujeres —tomando una parte para dos o comiendo los restos de la víspera—, marcándose el acceso en las muchachas al estatus de mujer por el hecho de que comienzan a imponerse privaciones. Comer y comer bien (y también beber bien) forma parte del estatus de hombre: se *insiste* particularmente cerca de ellos, invocando el principio de que "no hay que dejarse nada", y el rechazo de cualquier cosa sospechosa; el domingo, mientras que las mujeres, siempre de pie, se atarean en servir y en quitar la mesa y lavar la vajilla, los hombres, sentados todavía, continúan bebiendo y comiendo. Estas diferencias tan marcadas entre los estatus sociales (asociadas con el sexo o con la edad) no se acompañan de ninguna diferenciación práctica (como la división burguesa entre el comedor y el *office*, donde comen los criados y a veces los niños); se tiende a ignorar la preocupación por el estricto orden de la comida: así, todo puede ponerse en la mesa casi al mismo tiempo (lo que tiene también la virtud de ahorrar pasos), de suerte que las mujeres pueden haber llegado al postre, junto con los niños, que se llevan sus platos para ver la televisión, mientras que los hombres acaban el plato

²³ De la misma manera se podría contraponer el *cuenco*, en el que se sirve mucha cantidad de una sola vez, que se sujeta con las dos manos y en el que se bebe sin cumplidos, y la *taza*, en la que se sirve poco para volver a servir en seguida —"¿otro poco de café?"—, que se sujeta con dos dedos y en la que se bebe con la punta de los labios (El juego de la distinción y de los "retornos" hacen que el "cuenco de madera" se haya convertido en uno de los símbolos de la contra-cultura).

principal o mientras que el “joven”, que ha llegado tarde, engulle su sopa. Esta libertad, que puede ser percibida como desorden o dejadez, es una libertad adaptada. En primer lugar, asegura una economía de esfuerzos, expresamente buscada, por otra parte: debido al hecho de que la participación de los hombres en las tareas hogareñas esté excluida, y en primer lugar por las mujeres, que se sentirían deshonradas si los contemplaran en un papel excluido de su definición, todos los medios son buenos para reducir al mínimo “los costes”. De esta forma, se puede también, a la hora del café, contentarse con una sola cucharilla que se pasa al vecino después de haberla sacudido, para que éste a su vez “remueva su azúcar”. Pero esta economía de esfuerzos sólo se da porque se sienten y se quieren *entre sí*, en su casa, en familia, lo que precisamente excluye el que se actúe con afectación: por ejemplo, se puede, para ahorrarse los platos de postre, recortar –bromeando para señalar que se trata de una transgresión que “puede permitirse”– unos platos improvisados a partir de una caja de galletas, y el vecino que ha sido invitado para tomar el postre recibirá también su trozo de cartón (ya que ofrecerle un plato equivaldría a excluirle) como testimonio de la *familiaridad* que se tiene con él. Del mismo modo, todo se come en el mismo plato. El plato soperero, que se limpia con pan, puede así servir hasta el final de la comida. El ama de casa nunca se olvida de proponer el “cambio de platos”, empezando a empujar su silla con una mano y tendiendo la otra hacia el plato de su vecino en la mesa, pero todo el mundo protesta (“todo se mezcla en el estómago”) y si insistiera parecería que deseaba exhibir su vajilla (lo que se le concede cuando alguien acaba de regalársela) o tratar a sus invitados como a extraños, como a veces se hace conscientemente con algunos intrusos o algunos gorriones conocidos porque nunca “corresponden”, a los que se quiere mantener a distancia cambiándoles los platos a pesar de sus protestas, no riéndoles sus gracias o regañando a los niños por su falta de etiqueta (“no, por Dios, déjenles, pueden hacerlo...” dirán los invitados; “ya es hora de que sepan comportarse” responderán los padres). La raíz común de todas estas “licencias” mutuamente consentidas es sin duda el sentimiento de que, además, no se van a imponer controles, represiones y restricciones deliberadas –y más en materia de alimentación, necesidad primaria y compensación– también en el seno mismo de la vida doméstica, único refugio de la libertad, cuando por todas partes y todo el resto del tiempo se está sometido a la necesidad.

Al “comer con franqueza” popular, la burguesía contrapone la preocupación de comer *guardando las formas*. Las formas son, en primer lugar, ritmos que implican esperas, retrasos, contenciones; nunca se da la impresión de precipitarse sobre los platos, se espera hasta que el último que se ha servido haya comenzado a comer, se sirve y se repite con discreción. Se come dentro de un orden y está excluida cualquier tipo de coexistencia de los platos que dicho orden separa, asado y pescado, queso y postre: por ejemplo, antes de servir el postre, se quita todo lo que queda sobre la mesa, incluso el salero, y se barren las migajas. Esta manera de introducir el rigor de la regla hasta en lo cotidiano (es costumbre afeitarse y vestirse cada día desde por la mañana, y no solamente para “salir”), de excluir la separación entre el hogar y el exterior, entre lo cotidiano y lo extra-cotidiano (asociado, para las clases populares, al hecho de endomingarse) no se explica sólo por la presencia en el seno familiar y de la familia de esos extraños que son los criados y los invitados. Es la expresión de un *habitus* de orden, de postura, de compostura, del que no se sabría abdicar. y ello tanto menos cuanto que la relación con los

alimentos –necesidad y placer primario por excelencia– no es sino una dimensión del tipo de relación burguesa con el mundo social; la oposición entre lo inmediato y lo diferido, lo fácil y lo difícil, la substancia o la función y la forma, que en ella se expresa de manera particularmente brillante, se encuentra en la base de toda estetización de las prácticas y de toda estética. Mediante todas las formas y todos los formalismos que se encuentran impuestos al apetito inmediato, lo que se exige –y se inculca– no es sólo una disposición que tienda a disciplinar el consumo alimenticio mediante una compostura que es también una censura suave, indirecta, invisible (opuesta totalmente a la imposición brutal de las *privaciones*) y que es parte integrante de un arte de vivir; al ser, por ejemplo, el arte de comer guardando las formas una manera de rendir homenaje a los anfitriones y a la dueña de la casa, de los que se respeta los cuidados y el trabajo que se han tomado respetando el orden riguroso de la comida. Es también toda una relación con la naturaleza animal, con las necesidades primarias y con el vulgo, que se abandona sin freno a ambas; es una manera de negar el consumo en su significación y su función primarias, esencialmente *comunes*, haciendo de la comida una *ceremonia social* una afirmación de dignidad ética y de refinamiento estético. La manera de presentar los alimentos y de consumirlos, el orden de la comida y la disposición de los cubiertos, estrictamente diferenciados según la sucesión de los platos y dispuestos para el recreo de la vista, la misma presentación de los platos, considerados tanto en su composición según la forma y el color a la manera de las obras de arte como por su substancia consumible, la etiqueta que rige la forma de vestir, la compostura, la manera de servir o servirse y de usar los diferentes utensilios, la disposición de los invitados, sometida a unos principios muy estrictos, pero siempre eufemísticamente presentados, de jerarquización, la censura impuesta a todas las manifestaciones corporales del acto (como los ruidos) o del placer de comer (como la precipitación), el mismo refinamiento de las cosas consumidas en las que la calidad prima sobre la cantidad (y esto es tan cierto para los vinos como para los platos), todo este juego de estilizaciones tiende a desplazar el acento de la substancia y de la función hacia la forma y la manera, y, con ello, a negar o, mejor, a rechazar la realidad groseramente material del acto de consumir y de las cosas consumidas o, lo que viene a ser lo mismo, la grosería vilmente material de los que se abandonan a las satisfacciones inmediatas del consumo alimenticio, forma por excelencia de la simple *estesis*²⁴.

Se han reunido en un cuadro sinóptico los principales resultados de una encuesta extremadamente rica (F. C., XLIII) sobre el arte de recibir, que permite corroborar y precisar estos análisis. Se ve en ella de entrada que, en la clase obrera, el universo de intercambios de invitaciones improvisadas u organizadas está circunscrito a la familia y al universo de los conocidos a los que es posible tratar “como si fueran de la familia” y con los que “uno se siente en familia”,

²⁴ Producir formas es también una manera de negar la verdad del mundo social y de sus relaciones sociales. Del mismo modo que se rechaza el “funcionalismo” popular en materia de alimentación, se rechaza también la visión realista que lleva a las clases populares a aceptar los intercambios sociales como tales intercambios (y a decir, por ejemplo, a propósito de alguien que ha tenido una atención o ha hecho un servicio, sin que ello tenga nada de descortés o de desagrado: “está segura de que yo haré algo parecido por ella”). Excluyendo el reconocimiento del cálculo que ronda las relaciones sociales, no quiere verse en los regalos que se reciben o que se hacen otra cosa que testimonios “puros” de amistad, de respeto, de afección, y manifestaciones no menos “puras” de generosidad y de valor moral.

Tabla 19—Variaciones de las maneras de recibir (F. C., XLIII)

	obreros	empleados cuadros medios	cuadros industriales prof. liberales
reservan sus invitaciones improvisadas			
· a la familia próxima	51,7	34,7	32,5
· a los amigos íntimos	20,9	35,9	33,2
· a los amigos de los niños	2,8	3,4	8,3
· a las relaciones profesionales	1,9	3,1	4,2
reservan sus invitaciones hechas con anticipación			
· a la familia próxima	41,2	33,1	30,2
· a las relaciones profesionales	2,6	8,4	18,9
invitan bastante o muy a menudo a tomar			
· el café	49,2	33,1	30,2
· el postre	23,7	24,7	15,1
· la cena	51,3	67,8	70,2
hacen invitaciones improvisadas			
· para el aperitivo	52,8	46,3	39,2
· para la comida	23,9	31,9	40,0
lo más importante en las invitaciones improvisadas			
· platos logrados	10,1	5,9	9,4
· abundancia de comida	33,6	28,4	26,0
· que nadie se aburra	33,4	46,6	47,9
prefieren ofrecer a los invitados			
· un <i>buffer</i> o un plato único	19,4	25,3	26,1
· un verdadero menú	77,2	71,6	70,9
cuando tienen invitados, utilizan (regularmente y a menudo)			
· cubertería de plata	27,8	40,7	61,5
· vasos de cristal	29,3	49,7	57,3
· vajilla de porcelana	39,6	46,3	60,0
· vasos corrientes	84,8	56,5	55,4
· vajilla de loza	60,6	55,9	54,8
les gusta que sus amigos			
· vayan elegantes	10,8	15,9	30,6
· lleven trajes cómodos	79,7	70,9	58,5
· se sienten donde les indiquen Vds.	29,7	31,3	46,0
· elijan su propio sitio	65,7	63,1	46,8
prefieren			
· separar las parejas	22,8	35,0	50,6
· no separarlas	26,0	38,4	26,0
aceptan a los niños (edad media, menores de edad)			
· en la comida	6,5	7,5	8,8
· al final de la reunión	10,9	11,9	12,9
· en la conversación	12,0	12,2	12,1
reciben de sus invitados			
· flores	41,8	56,3	68,3
· postres	24,6	16,6	9,8
· vinos	18,6	16,9	14,0
cuando hay invitados les gusta			
· música ambiental	48,1	56,6	57,7
· ver la TV	14,4	4,7	4,2
· cantar al final de la comida	64,9	55,3	45,3
· organizar juegos	66,4	59,7	50,9

Esta tabla se lee como sigue: el 51.7% de los obreros reservan sus invitaciones improvisadas para la familia próxima, el 20.9% para los amigos íntimos, etc.; el 34.7% de los empleados y cuadros medios reservan las invitaciones para la familia próxima, el 35.9% para los amigos íntimos, etc. El total de los porcentajes puede ser, para cada pregunta, inferior o superior a 100; los encuestados, en efecto, han podido retener, para cada pregunta, varias de las opciones propuestas o por el contrario no retener ninguna. En negrita se indica la tendencia más fuerte dentro de cada línea.

mientras que las *relaciones* propiamente dichas, en el sentido de relaciones profesionales, útiles en la profesión, aparecen a nivel de las clases medias y son sobre todo el modo de obrar característico de la clase dominante. Testimonio de esta libertad es el hecho de que se invite principalmente a tomar el café, el postre o el aperitivo (mientras que, en el otro extremo del espacio social, se invita más bien al te, a la comida o a la cena, o a comer en un restaurante). El que se prefiera limitar las invitaciones improvisadas al aperitivo o al café obedece a que no se invita “a medias” y que es una cuestión de pundonor el “hacer bien las cosas”, excluyendo las “soluciones prácticas” (las que enseñan las revistas femeninas) destinadas a permitir una economía de esfuerzos, como el *buffet* o el plato único²⁵. Este rechazo de la falsa apariencia (se quiere ante todo que los invitados tengan suficiente comida y unos platos logrados, y, en segundo lugar, que no se aburran) se ve mejor todavía si se analiza la composición de las comidas que se ofrecen. Los obreros intentan que la comida contenga todos los elementos considerados como constitutivos de una verdadera comida, desde el aperitivo hasta el postre (mientras que en las otras clases se acepta con más frecuencia el “simplificar”, omitiendo la entrada, la ensalada o el postre)²⁶. La primacía concedida a la substancia con respecto a la forma hace que si es preciso “simplificar”, ello no pueda hacerse más que en el orden de la *forma*, de las maneras, tenidas por no esenciales, por puramente simbólicas. Poco importa que el servicio de mesa sea *ordinario* si la comida es *extra-ordinaria*: se recrean proclamándolo y muchas de las reflexiones rituales recaen sobre este tema. Poco importa que los invitados no estén colocados de acuerdo con las formas ni estén vestidos con la ropa de rigor. Poco importa que los niños estén presentes en una comida que no tiene nada de *ritual* –siempre que no intervengan en la conversación, que es asunto de adultos–. No practicando la religión de las formas, puede verse una emisión de televisión, puede cantarse al terminar la comida o incluso puede organizarse una sesión de juegos: aquí también, encontrándose claramente reconocida la función –“estamos aquí para divertirnos”–, se dedican a cumplirla, utilizando todos los medios disponibles, bebidas, juegos, anécdotas divertidas, etc., para *hacer* la fiesta. Y la primacía de la substancia sobre la forma, el rechazo de la negación implicada en el hecho de introducir unas formas, se expresa también en el contenido de los bienes intercambiados con ocasión de las recepciones: las flores, que están al lado de lo gratuito, del arte, del arte por el arte (gusta gastar bromas sobre el hecho de que “esto no se come”), quedan relegadas en beneficio de los alimentos terrenales, vinos o postres, regalos “que siempre agradan” y que uno puede permitirse ofrecerlos sin cumplidos en nombre de una representación realista del coste de la comida y de la voluntad, tenida como natural y aceptada de común acuerdo, de contribuir a reducirlo.

Sería posible volver a crear todas las oposiciones entre las dos maneras antagónicas de tratar los alimentos y el acto de comer a partir de la oposición entre la forma y la substancia: en un caso los alimentos son reivindicados en su verdad de substancia alimenticia, que mantiene al cuerpo y da fuerza (lo que lleva a preferir

²⁵ A lo largo de este análisis, es preciso tener en cuenta más el conjunto de las tendencias convergentes que la importancia de las diferencias, que resultan en cualquier caso disminuidas por el hecho de que la clase dominante está dividida en fracciones cuyos gustos, sobre todo en materia alimenticia, varían en sentido opuesto.

²⁶ Hacen una excepción con el pescado, que es cada vez más frecuente cuanto más alta es la posición en la jerarquía social, siendo particularmente marcada la diferencia para el lenguado y el salmón, pescados asociados con la idea de lujo, y relativamente baja para la merluza y los pescados de río.

los alimentos pesados, grasos y fuertes, cuyo paradigma es el cerdo, graso y salado, antítesis del pescado, magro, ligero y poco sabroso); en el otro caso, la prioridad otorgada a la forma (la del cuerpo, por ejemplo) y a las formas lleva a relegar a un segundo plano la búsqueda de la fuerza y la preocupación por la substancia, y a reconocer la verdadera libertad en la ascesis electiva de una regla auto-prescrita. Y asimismo sería posible demostrar que en esta matriz se encuentran comprendidas dos visiones antagónicas del mundo, dos mundos, dos representaciones de la excelencia humana: la substancia –o la materia– es aquello que es substancial, en el sentido primero de alimento pero también en el sentido de real, por oposición a todas las apariencias, a todos los (bellos) gestos, en una palabra, a todo lo que es, como suele decirse, puramente simbólico; se trata de la realidad frente al oropel, a la imitación, a lo que pretende deslumbrar; es la taberna pequeña que tiene una mala apariencia con sus mesas de mármol y sus manteles de papel, pero donde dan lo que se paga y donde no se resulta pagado con falsas promesas como en los restaurantes con pretensiones; es el ser contra el parecer, la naturaleza (“franca y directa”) y lo natural, la sencillez (a la buena de Dios, sin cumplidos, sin ceremonia), frente a la falta de naturalidad, las apariencias, las hipocresías, las maneras y los modales, sospechosos siempre de no ser otra cosa que un sustitutivo de la substancia, esto es, de la sinceridad, del sentimiento, de lo que se siente y se expresa mediante los actos; es el habla franca y la finura del corazón lo que hacen al verdadero “tipo simpático y generoso”, leal, entero, honesto, recto, franco, de una sola pieza, en contraposición con todo lo que es pura forma, con todo lo que sólo se hace *para la forma* (“con la boca chica”) y para la cortesía de las palabras (“demasiado cortés para ser honesto”); es la libertad y el rechazo de las complicaciones, por oposición al respeto de las formas espontáneamente percibidas como instrumentos de distinción y de poder. Sobre estas morales, sobre estas visiones del mundo, no existe un punto de vista neutral; allí donde los unos ven grosería, abandono, los otros ven ausencia de afectación, de pretensión; la familiaridad es para los unos la más absoluta forma de reconocimiento, la abdicación de cualquier tipo de distancia, el abandono confiado, la relación de igual a igual; para los otros, que se cuidan de no llegar a la familiaridad, ésta tiene el inconveniente de unos modales demasiado libres.

El realismo popular, que lleva a reducir las prácticas a la verdad de su función, a hacer lo que se hace, a ser lo que se es (“yo soy así”), “sin contarse cuentos” (“así es como es”), y el materialismo práctico, que inclina a censurar la expresión de los sentimientos y a conjurar la emoción por medio de violencias o de tosquedades, constituyen la antítesis casi perfecta de la negación estética que, mediante una especie de *hipocresía* esencial (visible, por ejemplo, en la oposición entre la pornografía y el erotismo), *enmascara*, gracias a la primacía concedida a la *forma*, el interés otorgado a la función, y lleva a hacer lo que se hace como si no se hiciera.

Lo visible y lo invisible

Pero el alimento –que las clases populares colocan en el lado de la substancia y del ser, mientras que la burguesía, rechazando la distinción del dentro y del fuera, del en sí y del para otro, de lo cotidiano y de lo extracotidiano, introduce



ya en él las categorías de la forma, del parecer— es igual al vestido en las relaciones del dentro a fuera, de lo íntimo a lo exterior, de lo doméstico a lo público, del ser al parecer. Y en consecuencia, la inversión de la parte otorgada a la alimentación y al vestido en las clases populares, que dedican la prioridad al ser, y las clases medias, en las que surge la preocupación del parecer, es el índice de una inversión de toda la visión del mundo. Las clases populares hacen del vestido un uso realista o, si se prefiere, funcionalista. Prefieren la substancia y la función con respecto a la forma, odian ésta porque, si puede decirse así, no da nada a cambio, eligen cualquier cosa “que sirva durante largo tiempo”. Ignorando la preocupación burguesa por introducir la etiqueta en el universo doméstico, sede de la libertad, del delantal y de las pantuflas (para las mujeres), del torso desnudo o de la camiseta (para los hombres), las clases populares marcan poco la distinción entre el vestuario exterior, visible, destinado a ser visto, y el interior, invisible u oculto, a la inversa de las clases medias, que comienzan a inquietarse, al menos en el exterior y en el trabajo (al que las mujeres van teniendo cada vez mayor acceso), por la apariencia externa, tanto por lo que respecta al vestuario como a la cosmética.

Tan es así que, a pesar de las limitaciones de los datos de que disponemos, volvemos a encontrar, en el orden del vestuario masculino (mucho más *marcado*, al nivel de lo que la estadística de productos puede captar, que el vestuario femenino), el equivalente de las grandes oposiciones observadas en materia de cocina. En la primera dimensión del espacio, el corte pasa, también aquí, entre los empleados y los obreros y se indica en particular por la contraposición entre la bata gris y el mono, entre los zapatos y los mocasines, los *kickers* y los *baskets*, más cómodos (por no hablar de la bata de casa que los empleados compran 3,5 veces más que los obreros). El aumento, muy señalado tanto en cantidad como en calidad, de todas las compras de vestuario masculino, se resume en la contraposición entre el *traje*, atributo del cuadro superior, y el *mono de trabajo*, marca distintiva del agricultor y del obrero (lo ignoran casi por completo los demás grupos, con la excepción de los artesanos); o también entre el *abrigo* que, siempre más escaso que el abrigo femenino, está claramente más extendido entre los cuadros superiores que en las demás clases, y la *canadiense* o la *cazadora*, que las llevan sobre todo los campesinos y los obreros. A medio camino, los cuadros medios, que casi no usan ya la ropa específica de trabajo y compran bastante a menudo trajes.

Entre las mujeres, que en todas las categorías (exceptuando la de los agricultores y la de los asalariados agrícolas) tienen gastos superiores a los de los hombres (con una diferencia particularmente señalada en las categorías de cuadros medios, cuadros superiores y profesiones independientes o en las de altos ingresos), el número de compras aumenta a medida que se eleva la posición en la jerarquía social, encontrándose las mayores diferencias con respecto a los *trajes sastré*, los *conjuntos* (que son artículos caros), y las menores con respecto a los vestidos y sobre todo a las faldas y chaquetas. Entre el *abrigo*, cada vez más frecuente conforme sube la posición en la jerarquía social, y el *impermeable*, que “sirve para todo”, se observa una oposición análoga a la que se establece en los hombres entre el abrigo y la cazadora. El uso de la bata de trabajo o del *delantal* que, en las clases populares, es una especie de *uniforme funcional* del ama de casa, aumenta fuertemente conforme se va hacia abajo en la jerarquía social (a la inversa de la *bata de casa*, casi desconocida en el mundo rural y obrero).

En número medio anual, los obreros compran más pañuelos, más camisetas y *slips*, casi los mismos calcetines, “zapatillas de deporte”, polos, chándales, etc. que las demás clases, pero siempre menos camisas y pijamas (prenda que, como la bata de casa, es un atributo típicamente burgués). Entre las mujeres, las diferencias entre las clases en materia de ropa interior, claramente señaladas con respecto al valor, son pequeñas con respecto al número (e incluso se invierten para las combinaciones, los camisones, las medias, los *panties* y los pañuelos). Por el contrario, tanto entre las mujeres como entre los hombres, las compras de *ropa de calle* aumenta en número y en valor conforme más alta es la posición en la jerarquía social.

Por lo que se refiere a las oposiciones transversales, resultan más difíciles de captar debido al hecho de que la encuesta sobre las condiciones de vida de las familias, que permite el estudio de las variaciones según unas categorías muy definidas, no contiene más que unos conceptos muy imprecisos. Puede verse, sin embargo, que los gastos, casi nulos para la ropa interior, varían muy fuertemente, en materia de vestuario, en el seno de la clase dominante, entre las fracciones, y van aumentando de manera regular desde los profesores, que son los que menos dedican a este concepto tanto en valor absoluto como en valor relativo (1.523 F por año, o sea un 3,7 %), los industriales y grandes comerciantes (un 4,5 %), los cuadros superiores y los ingenieros (un 5,7 % y un 6,1 %, respectivamente), y los miembros de profesiones liberales (4.361 F, o sea un 7,6 %). Estas diferencias en el *valor* que se concede a estos instrumentos de la propia presentación (el consumo de calzado varía como el del vestuario) encuentran su base en las fórmulas generadoras que manifiestan en un estilo de vida particular las necesidades y las comodidades características de una condición y de una posición, determinando, por ejemplo, el valor y el lugar otorgados a la vida de relación —mínimo, según parece, en los profesores, próximos en esto a la pequeña burguesía, y máximo en los miembros de las profesiones liberales o en la gran burguesía industrial y comercial, no desglosada por las estadísticas— como ocasión para acumular capital social. Pero sería imposible caracterizar por completo la *forma específica* que en este terreno particular toman los principios fundamentales de cada estilo de vida si no se dispusiera de descripciones muy precisas de la *calidad* de los objetos considerados, tejido (los ingleses, por ejemplo, asocian los *tweeds* con el *country gentleman*), color, corte, que permiten comprender las taxonomías empleadas y las intenciones expresivas consciente o inconscientemente buscadas (“joven” o “clásico”, “deportivo” o “vestido”, etc.). No obstante, todo hace suponer que se viste y se peina cada vez más *joven* a medida que nos alejamos del polo dominante, y cada vez más *serio* (es decir, oscuro, severo, clásico) conforme nos aproximamos al mismo²⁷: cuanto más joven se es *socialmente*, esto es, cuanto más joven se es por edad biológica para idéntica fracción y más próximo se está, dentro del espacio de las distintas fracciones, del polo dominado y/o de los nuevos sectores del espacio profesional (nuevas profesiones), mayor afinidad se tiene con todas las nuevas formas de indumentaria (vestuario unisex de la moda denominada *junior*, *jean*, *sweat shirt*, etc.) que se definen por un rechazo de las trabas y convenciones de la indumentaria llamada de vestir.

²⁷ Esto es cierto para los hombres, pero para las mujeres la oposición toma una forma completamente distinta, debido al hecho de que la división del trabajo entre los sexos reviste formas muy diferentes en las fracciones dominadas (en las que se reduce al mínimo) y en las fracciones dominantes (en las que la mujer, por su exclusión en las responsabilidades económicas, puede resultar alineada al lado de los cometidos jóvenes y “artistas”: es conocido el papel de intermediario entre el mundo artístico y el mundo de los negocios que nunca han cesado de desempeñar las mujeres de la burguesía o de la aristocracia, y sus salones).

Tabla 20—Variaciones del valor otorgado al cuerpo, a la belleza y a los cuidados del cuerpo (F. C., XLIV)

	profesión del cabeza de familia				actividad de la mujer interrogada	
	agricultor	obrero	empleado. cuadro medio	c. superior, industrial, prof. liberal	no trabaja	trabaja
tienen una talla normalizada superior a la 42 en el terreno de la belleza se estiman	33,7	24.2	20.4	11.4	24,7	17.3
por debajo de la media	40,2	36.0	33.2	24.2	34.2	31.0
piensan que representan más edad de la que tienen nota media que se atribuyen las mujeres interrogadas:	13,0	14,0	10.1	7.6	13.6	9.8
· para el cabello	5.22	5.47	5.40	5,88	5.47	5,62
· para el rostro	5.36	5.53	5.51	5,67	5.54	5,58
· para los ojos	6.18	6.44	6.30	6,48	6.35	6,41
· para el cutis	5,88	5.63	5.64	5.75	5.63	5,74
· para los dientes	5.24	5.45	5.40	5,74	5.40	5,59
· para el cuerpo	5.35	5.78	5.75	5,91	5.76	5,83
· para la nariz	5,94	5.48	5.56	5.65	5.41	5,74
· para las manos	5.88	5.99	6,10	5.82	5.78	6,17
tienen a menudo o algunas veces deseo de cambiar de aspecto la belleza	45.7	60.8	68,2	64.4	60.1	64.6
· depende del cuidado que se tenga de sí mismo	33.7	46.9	52.0	54,7	45.8	53,1
· depende de los ingresos	15.2	18,8	9.2	8.9	16.7	10.3
los cuidados que se dedican a la belleza aumentan las posibilidades de éxito en el terreno de la belleza preferirían ser	75.0	68.8	72.9	74.5	70.1	72.1
· naturales	69,6	69.8	62.8	57.6	68,8	61.6
· refinadas	12.0	15.6	22.9	25,0	16.8	22.3
piensan que su marido prefiere una mujer						
· natural	65,2	65.0	51.4	50.8	60,6	61.6
· refinada	6.5	8.1	15.1	16,1	10.6	12.3
piensan que es preferible						
· bella	52.2	58.5	59.2	61,9	59.5	58.7
· rica	39,1	35.4	33.5	27.5	32.7	33.9
piensan que es preferible						
· ser bella	9.8	14.0	17,5	17,4	15.7	14.4
· tener suerte	83,7	83,3	76.8	75.8	80.2	80.3
piensan que engañar con respecto a la edad por medio del maquillaje es normal para perder peso hacen	3.3	51.9	62.3	67,8	52.1	63,6
· un régimen alimenticio	23.9	19.8	28,8	23.3	23.9	23.1
· deporte, gimnasia	4.3	8.3	14.0	16,9	10.6	11.8
· un tratamiento a base de medicamentos	2.2	4,6	3.6	3.0	3.8	3.6
· nada	69,6	71,7	60.6	66.1	68.3	66.4
aprueban el recurso a la cirugía estética para rejuvenecer	50.0	50.0	56,4	52.0	51.3	53.4
toman un baño o una ducha por lo menos una vez al día	9.8	16.9	36.6	43,2	23.2	32,0
no se maquillan nunca o muy raramente	48,9	35.6	21.2	17.3	35.1	22.9
pasan más de media hora arreglándose y embelleciéndose	12.3	45.6	48,9	45.3	42.1	48,2
se maquillan para elevarse la moral	4.3	15.9	25.9	27,8	21.0	22.1
van al peluquero por lo menos una vez cada quince días se limpian la cara por la noche	6.5	8.1	16.9	20,8	9.8	13.5
· con jabón	34,8	35.4	20.1	15.7	28.1	25.7
· con un desmaquillaje, etc.	47.8	59.4	86.0	91,4	67.5	78,8

El interés que conceden las diferentes clases sociales a la propia presentación, la atención que le prestan, la conciencia que tienen de los beneficios que aquella aporta y las inversiones de tiempo, de esfuerzos, de privaciones, de cuidados que le otorgan, realmente están proporcionadas con las posibilidades de beneficios materiales o simbólicos que razonablemente pueden esperar de la misma; y, con mayor precisión, dependen de la existencia de un mercado de trabajo en el que las propiedades cosméticas puedan recibir un valor (con grados variables según la naturaleza de la ocupación) en el mismo ejercicio de la profesión o en las relaciones profesionales, y de las oportunidades diferenciales de acceso a dicho mercado y a los sectores del mismo en los que la belleza y la forma de vestirse contribuyen con más fuerza al valor profesional. Puede verse una primera prueba de esta correspondencia entre la propensión a las inversiones en cosmética y las probabilidades de beneficio en la distancia que, para todas las clases de cuidados corporales, separa a las mujeres según que ejerzan o no un trabajo remunerado (distancia que aún debe variar según la naturaleza del trabajo y del medio profesional). En esta lógica, es fácil comprender que las mujeres de las clases populares, que tienen muchas menos oportunidades de acceder a una profesión y sobre todo a aquellas profesiones que exigen de manera más estricta la conformidad con las normas dominantes en materia de cosmética corporal, tengan menos conciencia que todas las demás del valor “comercial” de la belleza y estén mucho menos dispuestas a invertir tiempo, esfuerzos, privaciones y dinero en la corrección del cuerpo. Muy de otra manera sucede con las mujeres de la pequeña burguesía, y sobre todo de la nueva pequeña burguesía de las profesiones de presentación y representación, que imponen a menudo un *aspecto* destinado, entre otras funciones, a hacer desaparecer todas las trazas de cualquier gusto heterodoxo, y que exigen siempre lo que se denomina compostura, en el sentido de “dignidad de la conducta y corrección de las maneras”, que implica, según el diccionario Robert, “un rechazo a ceder a la vulgaridad, a la facilidad” (las escuelas especializadas en la formación de las azafatas realizan una transformación radical en su manera de andar, de sentarse, de reír, de sonreír, de hablar, de vestirse, de maquillarse, etc., a las jóvenes de las clases populares a las que seleccionan en función de su belleza “natural”). Las mujeres de la pequeña burguesía, que tienen bastante interés en los mercados en los que las propiedades corporales pueden funcionar como capital para otorgar a la representación dominante del cuerpo un reconocimiento incondicional sin disponer, al menos ante sus propios ojos (y sin duda objetivamente), de un capital corporal suficiente para obtener de él los más altos beneficios, se encuentran, también aquí, con motivos para las más grandes tensiones. En efecto, la seguridad que da la certeza de su propio valor, y en particular del valor de su propio cuerpo o de su propia forma de hablar, está unida de manera muy estrecha con la posición ocupada en el espacio social (y, por supuesto, con la trayectoria): así, la proporción de las mujeres que se estiman por debajo de la media con respecto a la belleza o que piensan que aparentan más edad que la que tienen decrece enormemente conforme se va elevando la posición en la jerarquía social; de igual modo, las mujeres tienden a atribuirse notas tanto más elevadas para las diferentes partes de su propio cuerpo cuanto más alta es la posición que ocupan en el espacio social, y esto aunque sin duda las exigencias aumentan de forma paralela. Se comprende que las mujeres de la pequeña burguesía, que están casi tan poco satisfechas con su cuerpo como las mujeres de las clases populares (son incluso las más numerosas entre las que desean cambiar de aspecto

y entre las que se confiesan descontentas de diversas partes de sus cuerpos), sean mucho más conscientes que éstas de la utilidad de la belleza y reconozcan con mayor frecuencia el ideal dominante en materia de excelencia corporal, dediquen a la mejora de su apariencia física unas inversiones tan importantes —en *tiempo* sobre todo y también en *privaciones*— y concedan una adhesión tan incondicional a cualquier forma de voluntarismo cosmético (como el recurso a la cirugía estética). En cuanto a las mujeres de la clase dominante, obtienen de su cuerpo una doble seguridad: creen, como las pequeño-burguesas, en el valor de la belleza y en el valor del esfuerzo para embellecerse, y asocian así el valor estético con el valor moral, se sienten superiores tanto por la belleza intrínseca, natural, de sus cuerpos, como por el arte de embellecerlos y por todo lo que ellas denominan la compostura, virtud inseparablemente moral y estética, que constituye negativamente lo “natural” como *dejadez*. La belleza puede ser así simultáneamente un don de la naturaleza y una conquista del mérito, una gracia de naturaleza, justificada por ello mismo, y una adquisición de la virtud, justificada por segunda vez, que se opone tanto a los abandonos y a las facilidades de la vulgaridad como a la fealdad.

Así la experiencia por excelencia del “cuerpo alienado”, la *incomodidad* (*gêne*), y la experiencia opuesta, la *comodidad* (*aisance*), se presentan con toda evidencia con unas probabilidades desiguales para los miembros de la pequeña burguesía y de la burguesía que, concediendo el mismo *reconocimiento* a la misma representación *de la conformación y del aspecto legítimos*, están desigualmente dotados para realizarla: las oportunidades de vivir el propio cuerpo bajo el modo de la gracia y del milagro continuo son tanto mayores, en efecto, cuanto más a la medida del reconocimiento es la capacidad corporal; o, a la inversa, la probabilidad de sufrir el cuerpo en el malestar, la incomodidad, la timidez, es tanto más fuerte cuanto mayor es la desproporción entre el cuerpo ideal y el cuerpo real, entre el cuerpo soñado y el *looking-glass self*, como a veces se dice, que refleja las reacciones de los otros (las mismas leyes valen también para el lenguaje).

El solo hecho de que las propiedades corporales más solicitadas (delgadez, belleza, etc.) no estén distribuidas al azar entre las clases (por ejemplo, la proporción de mujeres que tienen una talla normalizada superior a la talla modelo aumenta muy fuertemente conforme se desciende en la jerarquía social) bastaría para excluir que pueda tratarse como *alineación genérica*, constitutiva del “cuerpo para el otro”, la relación que mantienen los agentes con la representación social de su cuerpo, ese “cuerpo alienado” que evoca el análisis esencialista, cuerpo genérico, como la “alienación” que adviene a todo cuerpo cuando es percibido y nombrado, luego objetivado por la mirada y el discurso de los otros (véase J. P. Sartre, *L'Être et le néant*, París, Gallimard, 1943, pp. 404-427). El “cuerpo para el otro” de los fenomenólogos es doblemente un producto social: debe sus propiedades distintivas a sus condiciones sociales de producción, y la mirada social no es un poder universal y abstracto de objetivación, como la mirada sartriana, sino un poder social, que siempre debe una parte de su eficacia al hecho de que encuentre en aquél a quien se aplica el reconocimiento de las categorías de percepción y de apreciación que dicho poder le aplica.

Aunque los pequeño-burgueses no tengan el monopolio, la experiencia pequeño-burguesa del mundo social es antes que nada la timidez, malestar de todo aquél que se siente incómodo en su cuerpo y en su lenguaje; que, en lugar de

aceptarlos como parte integrante de sí mismos, en cierta manera los observa desde fuera, con los ojos de los demás, vigilándose, corrigiéndose, reprendiéndose, y que mediante sus desesperadas tentativas para reapropiarse un ser-para-el-otro alienado, da motivo precisamente para la apropiación, traicionándose tanto por su hiper-corrección como por su encogimiento: la timidez que a pesar de ella realiza el cuerpo objetivado, que se deja encerrar en el destino propuesto por la percepción y la enunciación colectivas (piénsese en los motes y apodos), resulta *traicionada* por un cuerpo sometido a la representación de los otros hasta en sus reacciones pasivas e inconscientes (se nota cómo se enrojece). Por el contrario, la soltura, esa especie de indiferencia ante la mirada objetivante de los otros cuyos poderes neutraliza, supone la *seguridad* que da la certeza de poder objetivar esa objetivación, de poder apropiarse de esa apropiación, de encontrarse en condiciones de imponer las normas de la percepción de su cuerpo, en resumen, de disponer de todos los poderes que le son esencialmente irreductibles, incluso cuando radican en el cuerpo y le prestan en apariencia sus armas específicas, como la prestancia o el encanto. Así es como hay que entender el resultado de la experiencia de Dannemaier y Thumin en la que los sujetos, invitados a evaluar de memoria la estatura de personas que les eran familiares, tendían a sobreestimar tanto más la de aquéllas cuanto que a sus ojos poseían una autoridad o un prestigio más importante²⁸. Todo lleva a pensar que la lógica que conduce a percibir a los "grandes" como los más grandes se aplica de manera muy general y que la autoridad, sea del orden que sea, encierra un *poder de seducción* que sería ingenuo reducir al efecto de un servilismo interesado. Esta es la razón de que la contestación política haya recurrido siempre a la caricatura, deformación de la imagen corporal destinada a *romper el encanto* y a convertir en ridículo uno de los principios del efecto de imposición de autoridad.

El *encanto* y el *carisma* son nombres que en realidad se aplican al poder que algunos poseen de imponer como representación objetiva y colectiva de sus cuerpos y de sus propios seres la representación que tienen de sí mismos; al poder de obtener de los otros, como en el amor o en la fe, que *abdiquen de su poder genérico de objetivación* para delegarlo en aquél que sería el objeto del mismo y que así se encuentra constituido en sujeto absoluto, sin exterior (puesto que él es para sí mismo el otro), plenamente justificado de existir, legitimado. El jefe carismático llega a ser para el grupo lo que es para sí mismo, en lugar de ser para sí mismo, a la manera de los dominados de la lucha simbólica, lo que él es para el otro; él "hace", como suele decirse, la opinión que le hace; él se constituye como indeformable, sin exterior, absoluto, mediante una simbólica del poder que es constitutiva de su propio poder, puesto que le permite producir e imponer su propia objetivación.

LOS UNIVERSOS DE LOS POSIBLES ESTILÍSTICOS

De este modo, los espacios de las preferencias alimenticias, vestimentarias, cosméticas, se organizan según la misma estructura fundamental, la del espacio social determinado por el volumen y la estructura del capital. Para construir por

²⁸ W. D. DANNEMAIER y F. J. THUMIN, "Authority Status as Factor in Perceptual Distorsion of Size", *Journal of Social Psychology*, 63, 1964, pp. 361-365.

completo el espacio de los estilos de vida en cuyo interior se definen los consumos culturales, sería necesario establecer, para cada clase y fracción de clase, es decir, para cada una de las configuraciones del capital, la *fórmula generadora* del *habitus* que manifiesta en un *estilo de vida* particular las necesidades y las facilidades características de esta clase de condiciones de existencia (relativamente) homogéneas y, una vez hecho esto, determinar cómo se especifican, para cada uno de los grandes dominios de la práctica, las disposiciones del *habitus*, al realizar tal o cual entre *los posibles estilísticos ofrecidos para cada campo*, el del deporte y el de la música, el de la alimentación y el de la decoración, el de la política y el del lenguaje, y así sucesivamente. Superponiendo estos espacios homólogos se obtendría una rigurosa representación del espacio de los estilos de vida que permitiría caracterizar cada uno de los rasgos distintivos (el uso de la gorra o la práctica del piano) bajo los dos aspectos en que aquél se define objetivamente, esto es, de un lado con respecto al conjunto de los rasgos constitutivos del dominio considerado (por ejemplo, el sistema de peinados y tocados), sistema de las posibilidades en el interior del cual, toma su valor distintivo y del otro con respecto al conjunto de los rasgos constitutivos de un estilo de vida particular (el estilo de vida popular), en el interior del cual se determina su significación social. De este modo, por ejemplo, el universo de las prácticas y espectáculos deportivos se presenta ante cada nuevo participante como un conjunto de opciones enteramente preparadas, de posibles objetivamente instituidos, tradiciones, reglas, valores, equipos, técnicas, símbolos, que reciben su significación social del sistema que constituyen, y que deben una parte de sus propiedades, en cada momento, a la historia.

Sólo es posible comprender la ambigüedad social de un deporte como el rugby, que, practicado todavía en las “escuelas de élite”, al menos en Inglaterra, ha llegado en Francia a ser patrimonio de las clases populares y medias de las regiones del Sur del Loira (conservando al mismo tiempo algunos bastiones “universitarios” como el Racing o el SBUC), si se tiene en mente la historia del proceso que, en las “escuelas de élite” inglesas del siglo XIX, condujo a la transmutación de los *juegos populares en deportes elitistas*, asociados con una moral y una visión del mundo aristocráticas (*fair play, will to win, etc.*), al precio de un cambio radical de sentido y de función completamente análogo al que afecta a las danzas populares cuando entran en las formas complejas de la música culta, y si se tiene presente también la historia, peor conocida sin duda, del proceso de divulgación, emparentado por más de un rasgo con la difusión de la música culta o *folk* por el microsurco que, en un segundo tiempo, transforma el deporte de élite en *deporte de masa*, tanto como espectáculo cuanto como práctica.

Las *propiedades distribucionales* que sobrevienen a las distintas prácticas cuando éstas son aprehendidas por unos agentes que poseen un conocimiento práctico de su distribución entre agentes distribuidos a su vez en clases jerarquizadas o, si se prefiere, de la probabilidad para las diferentes clases de practicar aquéllas, deben mucho, realmente, a causa de los efectos de histéresis, al pasado de estas distribuciones: la imagen “aristocrática” de deportes como el tenis o la equitación, por no hablar del golf, puede sobrevivir a la transformación –relativa– de las condiciones materiales del acceso a los mismos, mientras que la petanca debe a sus orígenes y a sus raíces populares y meridionales –doble maldición– el tener una significación distribucional muy próxima a la del Ricard o a la de otras bebidas

La Fuerza y la Forma

Prospecto de Sculpture humaine



“Yo ya era bastante fuerte para mi edad y a pesar de todo he aumentado 12 cm de ancho de espalda, 8 cm de contorno de pecho, 3 cm de contorno de brazo, y todo esto en tres meses. Es verdaderamente magnífico.”

“Todas mis esperanzas han sido superadas, mis músculos han aumentado varios centímetros y mi fuerza se ha doblado.”

“Me siento completamente nuevo. Mis padres y mis amigos se reían de mí, pero ahora mi padre me pide que me quite la camisa para que los invitados vean lo que he conseguido gracias a ustedes.”

“La lección de tenis del presidente Valéry Giscard d'Estaing, París, julio 1978. Igual que un número cada vez más alto de franceses, el presidente Valéry Giscard d'Estaing se interesa por el tenis. Para perfeccionar su estilo, ahora, todas las mañanas muy temprano, recibe regularmente lecciones en un club de la periferia parisiense donde lo ha sorprendido nuestro fotógrafo.”



“No se sabría ser un esteta de la moda sin ser sensible a la armonía del cuerpo”, explica Karl Lagerfeld. El estilista parisiense dedica por lo menos treinta minutos cada mañana para mantenerse en forma. Su dormitorio, transformado en pequeño gimnasio, contiene las más diversas instalaciones: bicicleta-salud, espalderas, máquina para remar, aparato de vibro-masaje, etc. Todos estos aparatos le permiten, al volver de sus vacaciones en Saint-Tropez (donde ha practicado mucho la natación), cuidarse a su gusto y dentro de su propia casa: “Quiero tener la libertad de elegir mi propia silueta.”

La maison de Marie-Claire, n.º 56, octubre 1971. Tennis-magazine/Sygma

fuertes y a la de todos los alimentos no sólo económicos sino también *fuertes* y reputados como dadores de fuerza, por pesados, grasos y especiados.

Pero las propiedades distribucionales no son las únicas que se atribuyen a los bienes por la percepción que de ellos se tiene. Debido al hecho de que los agentes aprehenden los objetos a través de los esquemas de percepción y de apreciación de su *habitus*, sería ingenuo suponer que todos los practicantes de un mismo deporte (o de cualquier otro tipo de práctica) atribuyen el mismo sentido a su práctica o incluso suponer que practican, propiamente hablando, la misma práctica. Sería fácil demostrar que las diferentes clases no se ponen de acuerdo sobre los beneficios que esperan de la práctica del deporte en cuestión, ya se trate de los beneficios específicos, propiamente corporales, de los que no hay lugar a discutir si son reales o imaginarios porque se dan realmente por descontados, tales como los efectos sobre el cuerpo externo: la delgadez, la elegancia o una visible musculatura; ya se trate de los efectos sobre el cuerpo interno, como la salud o el equilibrio psíquico, por no hablar de los beneficios extrínsecos, tales como las relaciones sociales que permite trabar la práctica del deporte, o los beneficios económicos y sociales que en ciertos casos puede asegurar ésta. En consecuencia, aunque existan casos en los que la función dominante de la práctica pueda señalarse sin temor a demasiados equívocos, prácticamente nunca se está autorizado para suponer que las diferentes clases esperan lo mismo de la misma práctica: así, por ejemplo, puede pedirse a la gimnasia —ésta es la demanda popular, que satisface el *culturismo*— que procure un cuerpo fuerte y en posesión de los signos externos de su fuerza, o un cuerpo sano —ésta es la demanda burguesa, que encuentra satisfacción en una gimnasia que tenga una función esencialmente higiénica—, o también, con las “nuevas gimnasias”, un cuerpo “liberado” —ésta es la demanda característica de las mujeres de las nuevas fracciones de la burguesía y de la pequeña burguesía²⁹. Sólo un análisis metódico de las variaciones de la significación y de la función otorgadas a las diferentes prácticas deportivas podría permitir escapar de las “tipologías” abstractas y formales fundadas —ésta es la ley del género— en la universalización de la experiencia vivida del investigador y construir la *tabla de características sociológicamente pertinentes* con arreglo a las cuales se determinan los agentes (consciente o inconscientemente) en la elección de sus prácticas deportivas.

El sentido de las prácticas deportivas está tan fuertemente ligado con la frecuencia y la antigüedad de la práctica, con las condiciones socialmente calificadas en las que se realiza (sitio, momento, equipos, instrumentos, etc.), con la manera de realizarla (por ejemplo, lugar que se ocupa en el equipo, estilo, etc.) que la mayor parte de los datos estadísticos disponibles resultan muy difíciles de interpretar, sobre todo para todas aquellas prácticas que tienen una fuerte dispersión, como la petanca, que cambia totalmente de sentido según se practique de forma regular, todos los fines de semana, en un terreno apropiado, con unos compañeros habituales, u ocasionalmente, durante las vacaciones, como un juego improvisado, para divertir a los niños; o, aún más, la gimnasia, que difiere totalmente según se trate de la simple cultura física cotidiana o semanal, practicada a domicilio, sin equipos especiales, o de la gimnasia practicada en una sala especializada, cuya “calidad” (y precio) varía también según las instalaciones y servicios

²⁹ Véase J. DEFANCE, “Esquisse d’une histoire sociale de la gymnastique” (1760-1870). *Actes de la recherche en sciences sociales*, 6, diciembre, 1976, pp. 22/47.

que ofrezca (por no hablar de la gimnasia deportiva o de las diferencias entre la gimnasia clásica y todas las formas de "gimnasia nueva"). Pero ¿pueden colocarse en la misma clase, a igual frecuencia, a aquellos que practican el esquí o el tenis desde su infancia y aquellos que han llegado a esta práctica en la edad adulta, o también a quienes practican el esquí en los períodos de vacaciones escolares y a quienes tienen los medios necesarios para practicarlo fuera de tiempo y, si ello puede decirse, fuera de lugar, con el esquí fuera de pistas o el esquí de fondo? En realidad, es raro que la homogeneidad social de los practicantes sea tan grande que los públicos definidos por la práctica de una misma actividad no funcionen como campos en los que se encuentre en juego la propia definición de la práctica legítima: los conflictos relacionados con la manera legítima de practicar o con las condiciones, más o menos especiales, de la práctica (financiación, instrumentos, espacios, etc.) manifiestan casi siempre unas diferencias sociales en la lógica específica del campo. Es así como los deportes que se "democratizan" pueden hacer coincidir (con la mayor frecuencia en espacios y tiempos separados) unos públicos socialmente distintos que se corresponden con las diferentes épocas del deporte considerado. De este modo, en el caso del tenis, los miembros de clubes privados, que practican desde siempre y son mucho más estrictos que nunca con respecto al vestuario (camisa Lacoste, *short* —o vestido blanco—, calzado especial) y con todo lo que el mismo representa, se contraponen en todos los aspectos a los nuevos practicantes de los clubes municipales o de los clubes de vacaciones que hacen ver que el ritual en el vestuario no es un atributo superficial de la práctica legítima: el tenis que se practica en bermuda y *T-shirt*, en chándal o incluso en traje de baño o en meya es de hecho *otro* tenis distinto, tanto en la manera de practicarlo como en las satisfacciones que proporciona. Tampoco puede esperarse que se rompa el círculo que quiere que el sentido de la práctica ponga al descubierto la distribución de las prácticas entre las clases y que esta distribución descubra el sentido diferencial de la práctica según las clases, invocando la definición denominada "técnica": lejos de escapar a la lógica del campo y de sus luchas, esta definición es, con la mayor frecuencia, la que corresponde a quienes, como los profesores de educación física, deben asegurar la imposición y la inculcación metódica de los esquemas de percepción y de acción que organizan en la práctica las prácticas, y se ven obligados a fundar en razón o en naturaleza la explicitación, más o menos lograda, de estos esquemas prácticos que ellos construyen.

Basta en todo caso con tener conciencia de que las variaciones de las prácticas deportivas según las clases obedecen tanto a las variaciones de la percepción y de la apreciación de los *beneficios*, inmediatos o diferidos, que se supone proporcionan, como a las variaciones de los *costes* económicos, culturales y también, si puede decirse, corporales (riesgos más o menos grandes, desgaste físico más o menos importante, etc.), para comprender en sus grandes líneas la distribución de las prácticas entre las clases y las diferentes fracciones de clase. Todo ocurre como si la probabilidad de practicar los diferentes deportes dependiera, en los límites definidos por el capital económico (y cultural) y por el tiempo libre, de la percepción y de la apreciación de los beneficios y de los costes intrínsecos y extrínsecos de cada una de las prácticas con arreglo a las disposiciones del *habitus* y, con mayor precisión, de la relación con el propio cuerpo que es una de las dimensiones de aquél³⁰. La relación *instrumental* con el propio cuerpo que las

³⁰ La relación entre los diferentes deportes y la edad es más compleja, puesto que no se define —con la mediación de la intensidad del esfuerzo físico que exige y de la disposición con respecto a este

clases populares expresan en todas las prácticas que tienen por objeto el cuerpo —régimen alimenticio o cuidados de belleza, relación con la enfermedad o cuidados de salud— se manifiesta también en la elección de deportes que exigen una gran inversión de esfuerzos, de molestias, o incluso de sufrimientos (como el boxeo) y a veces poner en juego el cuerpo mismo (como la moto, el paracaidismo, todas las formas de acrobacia y, en una cierta medida, todos los deportes que entrañan un combate).

El rugby, que acumula las características populares del juego de balón (o de pelota) y del combate al poner en juego el cuerpo mismo y al autorizar una expresión —parcialmente regulada— de la violencia física y un uso inmediato de las cualidades físicas “naturales” (fuerza, rapidez, etc.), se encuentra en afinidad con las disposiciones más típicamente populares, culto de la virilidad y gusto por la pelea, dureza en el “contacto” y resistencia a la fatiga y al dolor, sentido de la solidaridad (“los compañeros”) y de la fiesta (“el tercer descanso”), etc. Lo que no impide que pueda ser objeto, sobre todo por parte de los miembros de las fracciones dominantes de la clase dominante (o de los intelectuales que consciente o inconscientemente reproducen sus valores) de una inversión estético-ética que a veces lleva incluso a la práctica: la búsqueda del endurecimiento, el culto de las virtudes viriles, mezclado algunas veces con un esteticismo de la violencia y del combate cuerpo a cuerpo, conducen a hacer aflorar al nivel del discurso las disposiciones profundas de los practicantes del primer grado que, poco dados a la verbalización y a la teorización, son remitidos mediante el discurso de encuadramiento (el de los entrenadores, de los dirigentes y de una fracción de los periodistas) a la docilidad de la fuerza bruta y sumisa (los “buenos chicos”), de la fuerza popular en su forma aceptada (abnegación, entrega al “colectivo”, etc.). Pero la reinterpretación aristocrática que tradicionalmente se apoyaba en los valores de brillantez asociados con el juego de tres-cuartos, encuentra sus limitaciones en la realidad del rugby moderno que, bajo los efectos conjugados de una racionalización de la técnica del juego y del entrenamiento, de una transformación del reclutamiento social de los jugadores y de la extensión del público, otorga el predominio a un juego de delantera del que se habla cada vez más en el lenguaje del más oscuro trabajo industrial (“ir al carbón”) o del sacrificio del soldado de infantería (“hombres de deber”)³¹.

Todo parece indicar que la preocupación por la cultura corporal aparece, en su forma elemental, es decir, en tanto que culto higienista de la salud asociado a menudo con una exaltación ascética de la sobriedad y del rigor dietético, en las

desgaste que es una de las dimensiones del *ethos* de clase— más que en la relación entre un deporte y una clase: entre las propiedades de los deportes “populares”, la más importante es el hecho de que estén tácitamente asociados con la juventud, espontánea e implícitamente acreditada con una especie de *licencia provisional* que se expresa entre otras cosas por el despilfarro de un exceso de energía física (y sexual), y muy pronto abandonados (lo más frecuente en el momento de la entrada en la vida adulta marcada por el matrimonio); por el contrario, los deportes “burgueses”, practicados principalmente a causa de su función de mantenimiento físico y del beneficio social que proporcionan, tienen en común el hecho de extender mucho más allá de la juventud la edad límite de su práctica y quizá tanto más allá cuanto más prestigiosos son (como el golf).

³¹ Las disposiciones que los practicantes originarios de las clases populares o de las franjas inferiores de las clases medias introducen en el ejercicio de los deportes colectivos —y en particular la esperanza de una milagrosa salida de la clase— están en armonía con las exigencias de la racionalización del entrenamiento y de la práctica.

clases medias (cuadros medios, empleados de servicios médicos y sobre todo maestros, y muy particularmente entre las mujeres de estas categorías fuertemente feminizadas) de las que se sabe que están especialmente ansiosas por la apariencia y, en consecuencia, por su cuerpo para el otro, y que se entregan de manera particularmente intensiva a la gimnasia, el deporte ascético por excelencia, puesto que se reduce a una especie de entrenamiento (*askesis*) para el entrenamiento. Si se sabe, como lo demuestra la psicología social, que uno se acepta tanto mejor (es la misma definición de la soltura) cuanto menos se ocupa de sí, más dado se es a desviar la atención de sí mismo, más capaz se es de escapar a la fascinación por un cuerpo propio poseído gracias a la mirada de los otros (habría que mencionar aquí la mirada de ansiedad interrogativa que vuelve sobre sí la mirada de los otros, tan frecuente en la actualidad en las mujeres de la burguesía que no *pueden* envejecer), se comprende que las mujeres de la pequeña burguesía estén dispuestas a sacrificar mucho tiempo y muchos esfuerzos para acceder al sentimiento de estar de acuerdo con las normas sociales de la presentación de sí que es la condición del olvido de sí y de su cuerpo para el otro (F. C., LXI).

Pero la cultura física y todas las prácticas estrictamente higiénicas, tales como la marcha o el *footing*, se encuentran asociadas, a través de otras afinidades, con las disposiciones de las fracciones más ricas en capital cultural de las clases medias y de la clase dominante: al no tener sentido, la mayor parte de las veces, más que por referencia a un conocimiento completamente teórico y abstracto de los efectos de un ejercicio que, en la gimnasia, se reduce a una serie de movimientos abstractos, descompuestos y organizados con respecto a un fin específico y culto (por ejemplo, “los abdominales”), totalmente opuestos a los movimientos totales y orientados hacia unos fines prácticos de la existencia cotidiana, dichas prácticas higiénicas suponen una fe racional en los beneficios diferidos y a menudo impalpables que las mismas prometen (como la protección contra el envejecimiento o contra los accidentes asociados con la edad, beneficio abstracto y negativo). Por eso se comprende que encuentren las condiciones para su realización en las disposiciones ascéticas de los individuos en ascensión que están preparados para encontrar su satisfacción en el esfuerzo en sí mismo y para aceptar como moneda contante y sonante —lo que es el sentido mismo de toda su existencia— las satisfacciones diferidas que se prometen a su sacrificio presente. Pero además, por el hecho de que pueden ser practicadas en solitario o en cualquier momento o lugar, gracias a la búsqueda casi consciente de la máxima distancia con respecto a los otros —marchas por un bosque, por caminos apartados, etc.—, y de que excluyen por tanto de cualquier tipo de competencia y de competición (ésta es una de las diferencias entre la carrera y el *footing*), las prácticas estrictamente higiénicas se inscriben naturalmente en el número de los prejuicios éticos y estéticos que definen el aristocratismo ascético de las fracciones dominadas de la clase dominante.

Resulta claro que los deportes de equipo que, al no exigir más que unas competencias (“físicas” o adquiridas) casi igualmente repartidas entre las clases, son igualmente accesibles dentro de los límites del tiempo y de la energía física disponibles, deberían ser practicados cada vez con mayor frecuencia conforme se sube en la jerarquía social, como lo son los deportes individuales, si, de acuerdo con una lógica observada en otros campos —la práctica fotográfica, por ejemplo—, su misma accesibilidad y todas las propiedades correlativas, como los contactos sociales indeseables, no apartaran de ellos a los miembros de la clase dominante. Y

de hecho, los deportes más típicamente populares, el fútbol y el rugby, o la lucha y el boxeo, que, en sus comienzos en Francia, hicieron las delicias de los aristócratas (o, por lo menos, de aquellos, nunca demasiado numerosos, que situaban su esnobismo en ellos), pero que, al “vulgarizarse”, han cesado de ser lo que eran, tanto en la realidad como en la percepción que de ellos mismos tienen los dominantes, acumulan todas las razones para repeler a los miembros de la clase dominante: la composición social de su público que duplica la vulgaridad inscrita en el hecho de su divulgación, pero también los valores y virtudes exigidos, fuerza, resistencia al dolor, disposición para la violencia, espíritu de “sacrificio”, de docilidad y de sumisión a la disciplina colectiva, antítesis perfecta de la “distancia con respecto al cometido” implicada en los papeles burgueses, exaltación de la competición.

La práctica regular del deporte varía mucho según la clase social, pasando del 1,7 % en los agricultores o del 10,1 % y 10,6 % en los obreros y empleados, al 24 % en los cuadros medios y al 32,3 % en las profesiones liberales—observándose variaciones de la misma amplitud con arreglo al nivel de instrucción, mientras que la diferencia entre los sexos aumenta, como en otros temas, conforme se desciende en la jerarquía social (véase *Collections de l'INSEE*, Série M, n.º 2, julio 1970)—. Las diferencias resultan aún más marcadas en el caso de un deporte individual como el tenis, mientras que en el caso del fútbol, la jerarquía se invierte, encontrándose el porcentaje de práctica más alto en los obreros, seguidos por los artesanos y los comerciantes. Estas diferencias, que se explican en parte por la acción de incitación de la escuela, resultan también del hecho de que el debilitamiento de la práctica con la edad, muy brutal y relativamente precoz en las clases populares, en las que coincide con la salida de la escuela o con el matrimonio (las tres cuartas partes de los agricultores y de los obreros han terminado a los 25 años con la práctica del deporte), es mucho más lenta en la clase dominante, en la que el deporte está investido explícitamente de una función higiénica (como lo muestra, por ejemplo, el interés por el desarrollo físico de los niños). (Así se explica que, en el cuadro sinóptico, la proporción de los que practican regularmente un deporte cualquiera en el momento considerado aumenta fuertemente con arreglo a su posición en la jerarquía social, mientras que la proporción de los que no practican ninguno después de haber practicado alguno en algún momento varíe poco, alcanzando incluso su máximo en los artesanos y en los comerciantes.)

La frecuentación de espectáculos deportivos (y sobre todo de los más populares entre los mismos) corresponde principalmente a los artesanos y a los comerciantes, a los obreros, a los cuadros medios y a los empleados (que son también grandes lectores de *L'Equipe*); y lo mismo ocurre con el interés por los reportajes televisados (fútbol, rugby, ciclismo, carreras de caballos). Por el contrario, los miembros de la clase dominante consumen claramente menos espectáculos deportivos, tanto en los estadios como en la televisión, con excepción del tenis y también del rugby o el esquí.

Lo mismo que ocurría en los tiempos en que las prácticas deportivas estaban reservadas a unos pocos, en los que el culto del *fair play*, la manera de jugar el juego de aquellos que son suficientemente dueños de sí mismos como para no dejarse prender por el juego hasta el punto de olvidar que se trata de un juego, no hacía sino llevar a su realización la verdad esencialmente distinta del deporte, igual ocurre en un tiempo en el que el hecho de la práctica no basta siempre para afirmar la rareza de los practicantes, en el que aquellos que intentan probar su excelencia

Tabla 21—Variaciones de las prácticas deportivas y de los juicios sobre el deporte (F. C., XXVIII)

	agricultores	obreros	artesanos, pequeños comerciantes	empleados, cuadros medios	cuadros superiores, profesiones liberales	Hombres	Mujeres
asisten con mucha o bastante frecuencia a pruebas deportivas	20	22	24	18	16	26	10
ven o escuchan (en la tele o en la radio) con mucha o bastante frecuencia pruebas deportivas	50	62	60	60	50	71	47
desearían que su hijo llegue a ser un gran campeón deportivo	50	61	55	44	33	52	47
piensan que en la actualidad no se concede suficiente importancia al buen desarrollo físico de los niños dentro del marco del empleo del tiempo escolar	23	48	41	60	71	47	39
practican de forma regular uno o varios deportes (con exclusión de la natación si sólo es practicada durante las vacaciones)	17	18	24	29	45	25	15
en la actualidad no practican ningún deporte de forma regular pero lo han practicado	26	34	41	34	33	42	21
no han practicado nunca con regularidad ningún deporte	57	48	35	37	22	33	64
practican con regularidad							
· el tenis	-	1,5	2,5	2,5	15,5	2	2,5
· la equitación	1,5	0,5	1	1,5	3,5	1	1
· el esquí	3,5	1,5	6,5	4,5	8	3	3
· la natación	2,0	2,5	3,5	6,5	10	4	3
· la gimnasia	0,5	3	0,5	5	7	1,5	4
· el atletismo	-	1,5	0,5	2,5	4	2	0,5
· el fútbol	2,5	6	4,5	4	4	7	0,5

De las estadísticas disponibles (véase lista de fuentes complementarias) sólo es posible extraer las tendencias más generales que resultan probadas en gran manera de las mismas, a pesar de las variaciones debidas a la imprecisión de la definición de la práctica, de su frecuencia, de sus ocasiones, etc. (sin contar la sobre-estimación de las tasas reales de práctica, sin duda desigual según la clase, que resulta del hecho de que todas las encuestas se basan en las *declaraciones* de los encuestados, y no podrían sustituir a unas verdaderas encuestas realizadas sobre unos *públicos* de practicantes o de espectadores). Por ello es por lo que se ha presentado en un cuadro sinóptico la proporción, para cada clase o para cada sexo, de agentes que tienen una propiedad determinada según la encuesta más reciente sobre prácticas deportivas y opiniones con respecto al deporte (F. C., XXXVIII).

deben afirmar su desinterés en la distancia con respecto a unas prácticas devaluadas por las apariencias de conformismo gregario que toman al volverse más corrientes. Para huir de las diversiones comunes, a los privilegiados les basta con dejarse guiar, también aquí, por el horror de las vulgares aglomeraciones que les lleva a buscar siempre en otra parte, más alto, más lejos, en distinto tiempo y lugar, la exclusividad o la primacía de nuevas experiencias o de espacios vírgenes, y también por el sentido de la legitimidad de las prácticas que es función, por supues-

to, de su valor distribucional, pero también del grado en el que éstas se prestan a la estetización, tanto en la práctica como en el discurso³².

Todas las características que percibe y aprecia el gusto dominante se encuentran reunidas en unos deportes como el golf, el tenis, la navegación a vela o a motor, la equitación (o el salto de obstáculos), el esquí (sobre todo en las formas más distintivas, como el esquí de fondo), la esgrima: practicados en lugares *reservados* y separados (clubes privados), practicados en los momentos en que apetece, solo o con compañeros *elegidos* (características todas ellas opuestas a las disciplinas colectivas, a los ritmos obligados y a los esfuerzos impuestos de los deportes colectivos), al precio de un coste corporal relativamente reducido y en cualquier caso libremente determinado, pero al precio también de una inversión relativamente importante —y tanto más rentable cuanto más precoz— en tiempo y en esfuerzos de aprendizaje específico (lo que les hace relativamente independientes de las variaciones del capital corporal y de su decadencia con la edad), estos deportes sólo dan lugar a competiciones altamente ritualizadas y regidas, más allá de los reglamentos, por las leyes no-escritas del *fair-play*: el intercambio deportivo reviste en ellos la apariencia de un intercambio social altamente civilizado, que excluye toda violencia física o verbal, todo uso anómico del cuerpo (gritos, gestos desordenados, etc.) y sobre todo cualquier especie de contacto directo entre los adversarios (separados con frecuencia por la propia organización del espacio de juego y por los diferentes ritos de apertura y de clausura). O bien, con la navegación, el esquí y todos los deportes californianos, sustituyen por el combate contra la naturaleza, de siempre celebrado, las batallas entre los hombres, cuerpo a cuerpo, de los deportes populares (por no hablar de las competiciones, incompatibles con una alta idea de la persona). Resulta comprensible el hecho de que los obstáculos económicos —por muy importantes que sean en el caso del golf, de la navegación, o incluso de la equitación y del tenis— no basten para explicar la distribución de estas prácticas entre las clases: son unos derechos de entrada mucho mejor ocultos, como la tradición familiar y el *aprendizaje precoz*, e incluso la compostura (en el doble aspecto de “corrección de las maneras” y “manera de vestirse, aspecto externo”) y las técnicas de sociabilidad de rigor los que excluyen de estos deportes a las clases populares y a los individuos en ascensión de las clases medias o superiores y los que sitúan *a dichas prácticas deportivas* entre los más seguros indicadores (junto con los juegos de sociedad distinguidos tales como el ajedrez y sobre todo el bridge) de la antigüedad en la burguesía³³.

³² También en estas materias existe una jerarquía de legitimidades que define el valor susceptible de ser reconocido a los diferentes deportes en la conversación burguesa y que *Le Monde* expresa bastante bien al dedicar al tenis y al rugby (y secundariamente al atletismo) verdaderos artículos “críticos”, firmados a menudo por hombres conocidos, mientras que concede un tratamiento mucho más distante e impersonal al fútbol y al ciclismo.

³³ Se sabe que, a la inversa de la práctica de la *belote** (y todavía más, de la malilla), la práctica del bridge aumenta a medida que se sube en la jerarquía social, culminando en las profesiones liberales (IFOP, 1948). De igual modo, entre los alumnos de las grandes escuelas, la práctica del bridge, y sobre todo la práctica intensiva (con torneos), varía muchísimo según el origen social. La práctica (declarada) del ajedrez parece menos ligada con unas determinadas tradiciones sociales y con la búsqueda de la acumulación del capital social que el bridge, y, por el contrario, mucho más dependiente del capital cultural; lo que explicaría que aumente conforme se sube en la jerarquía social, pero sobre todo cuando se va hacia el sector del espacio definido por un fuerte capital cultural (F. C., VII).

* Nombre de un juego de cartas muy popular en Francia. (*Nota de la T.*)

El hecho de que las mismas prácticas, en momentos diferentes, hayan podido —aunque fuera al precio de un cambio de sentido y de función— atraer a unos públicos aristocráticos o populares, o, en el mismo momento, hayan podido tomar sentidos y formas diferentes para los diferentes públicos que atraen, es motivo suficiente para poner en guardia contra la tentación de encontrar en la propia “naturaleza” de los deportes la explicación completa de su distribución entre las distintas clases. Incluso si la lógica de la distinción bastara para dar cuenta de lo esencial de la oposición entre los deportes populares y los deportes burgueses, no dejaría de ser cierto que es imposible comprender por completo la relación entre los diferentes grupos y las diferentes prácticas si no es a condición de tomar en cuenta las potencialidades objetivas de las diferentes prácticas institucionalizadas, esto es, de los distintos usos sociales que resultan favorecidos, desfavorecidos o excluidos por dichas prácticas consideradas en su lógica intrínseca y en su valor posicional y distribucional. Puede afirmarse como ley general que un deporte tiene tantas más probabilidades de ser adoptado por los miembros de una determinada clase social cuanto menos en contradicción se encuentre con la relación con el cuerpo en lo que ésta tiene de más profundo y de más profundamente inconsciente, es decir, con el *esquema corporal* en tanto que es depositario de toda una visión del mundo social, de toda una filosofía de la persona y del cuerpo propio. Es así como un deporte está de alguna manera más predispuesto al uso burgués cuando la utilización del cuerpo que el mismo reclama no ofende lo más mínimo el sentimiento de la alta dignidad de la persona, que por ejemplo excluye que se pueda utilizar el cuerpo como un proyectil en los oscuros combates del rugby de delanteros o en las competiciones que atentan la propia estima en el atletismo, y que exige que, preocupado por imponer la representación indiscutible de su autoridad, de su dignidad o de su distinción, se trate al cuerpo como un fin, se haga del cuerpo un signo y un signo de su propia “soltura”: situando en primer plano el estilo, la manera más típicamente burguesa de llevar el cuerpo se reconoce en una cierta *amplitud* de gestos, de la forma de andar, que manifiesta, mediante el sitio ocupado en el espacio, el sitio que se ocupa en el espacio social; y sobre todo en un *tempo* moderado, medido y seguro que, totalmente opuesto a la precipitación popular o al apresuramiento pequeño-burgués, caracteriza también el uso burgués del lenguaje, y en el que se afirma la seguridad de estar autorizado para perder su propio tiempo y hacérselo perder a los demás. La afinidad entre las potencialidades objetivamente inscritas en las prácticas y las disposiciones nunca se ve tan bien como en el caso de la aviación, y especialmente de la aviación militar: las hazañas individuales y la moral caballerisca de los aristócratas prusianos y de los nobles franceses pasados de Saumur a la escuadrilla (todo aquello que evoca *La grande illusion**) están implicados en la propia práctica del vuelo que, como sugieren todas las metáforas del sobrevuelo y de la altura, está asociada con la altura social y con la altura moral, “un cierto sentimiento de la actitud relacionándose con la vida espiritual”, como dice Proust a propósito de Stendhal³⁴. Toda la oposición entre una burguesía belicosa y patriótera, que identificaba las virtudes del jefe con la búsqueda del riesgo viril y con la resolución del hombre de acción, y una burguesía multinacionalista y libre-cambista, que sitúa el principio de su poder en sus capacidades decisio-

* Célebre filme de Renoir. (Nota de la T.).

³⁴ M. PROUST, *A la recherche du temps perdu*, París, Gallimard (Pléiade), 1954, T. III, p. 377.

rias y organizativas, o *cibernéticas*, se condensa en la oposición entre el caballo, la esgrima, el boxeo o la aviación de los aristócratas y burgueses de comienzos de siglo y el esquí, la navegación o el vuelo sin motor de los grandes cuadros modernos.

Y lo mismo que una historia de las prácticas deportivas de la clase dominante conduciría sin lugar a dudas a lo más profundo de la evolución de las disposiciones éticas, de la representación burguesa del ideal humano y en particular de la manera de conciliar las virtudes corporales y las intelectuales, consideradas como inclinadas hacia el sentido de lo femenino, de igual modo el análisis de la distribución en un momento dado del tiempo de las prácticas deportivas entre las distintas fracciones de la clase dominante conduciría sin duda a algunos de los más ocultos principios de la oposición entre estas fracciones, como la representación, enterrada en lo más profundo de los inconscientes, de la relación entre la división del trabajo entre los sexos y la división del trabajo de dominación. Y esto, sin duda alguna, hoy más que nunca, cuando la suave e invisible educación mediante el ejercicio deportivo y los regímenes alimenticios que convienen a la nueva moral higiénica tiende cada vez más a reemplazar a la pedagogía explícitamente ética del pasado a la hora de tratar de asegurar la formación del cuerpo y del espíritu. Debido a que los diferentes principios de división que confieren a la clase dominante su estructura nunca son perfectamente independientes, como las oposiciones entre los más dotados de capital económico y los mejor provistos de capital cultural, entre los herederos y los advenedizos, los viejos y los jóvenes (o los *juniors*), las prácticas de las diferentes fracciones tienden a distribuirse, desde las fracciones dominantes hasta las fracciones dominadas, según una serie de oposiciones a su vez parcialmente reducibles unas a otras: oposición entre los deportes más caros y los más elegantes (golf, navegación, equitación, tenis) o entre las maneras más caras y más elegantes de practicar estos deportes (clubes privados) y los deportes menos caros (marcha, fondo, *footing*, cicloturismo, alpinismo, etc.) o las maneras menos caras de practicar los deportes elegantes (por ejemplo, para el tenis, en los clubes municipales o de vacaciones); oposición entre los deportes “viriles”, que pueden exigir una fuerte inversión energética (caza, pesca con lanzamiento, deportes de combate, tiro al pichón, etc.) y los deportes “introvertidos”, orientados hacia la exploración y la expresión de sí mismo (yoga, danza, expresión corporal), o “cibernéticos”, que exigen una fuerte inversión cultural para una inversión energética relativamente reducida. Es así como las diferencias que separan a los profesores, los miembros de profesiones liberales y los patronos se encuentran como condensadas en las tres prácticas que, aunque relativamente singulares—del orden del 10%—incluso en las fracciones que las mismas distinguen, aparecen como el rasgo distintivo de cada una de dichas fracciones porque son claramente más frecuentes en ellas, a edad equivalente, que en las demás (F. C., V y F. C., VI, análisis secundario): el ascetismo aristocrático de los profesores encuentra una expresión ejemplar en el alpinismo que, aún más que el fondo y sus senderos reservados—piénsese en Heidegger—o el cicloturismo y sus iglesias románicas, ofrece un medio de obtener al menor coste económico el máximo de distinción, de distancia, de altura, de elevación espiritual, a través del sentimiento de dominar simultáneamente su propio cuerpo y una naturaleza inaccesible para la mayoría de los hombres³⁵, mientras

³⁵ Otro rasgo distintivo, que condensa la oposición entre dos formas distintas de enfrentarse con el cuerpo y con la vida de relación: los dos tercios (el 59,8 %) de los profesores dicen que nunca bailan

que el hedonismo higienista de los médicos y de los cuadros modernos, que poseen los medios materiales y culturales (unidos a la práctica precoz) necesarias para acceder a las prácticas más prestigiosas y huir así de los agrupamientos comunes, se realiza en las salidas en barco, los baños en alta mar, el esquí de fondo o la pesca submarina, y mientras que los patronos esperan los mismos beneficios de distinción de la práctica del golf, de su etiqueta aristocrática, de su léxico tomado del inglés y de sus vastos espacios exclusivos, por no hablar de los beneficios extrínsecos, tales como la *acumulación de capital social*, que además asegura dicha práctica³⁶.

Sabiendo que, evidentemente, la edad es aquí una variable de gran peso, no es sorprendente que las diferencias de edad social —las que contraponen, a posición social idéntica, a los más jóvenes y los más viejos biológicamente, pero también, a edad biológica idéntica, a las fracciones dominadas y a las fracciones dominantes o a las fracciones nuevas y a las fracciones establecidas— se manifiesten en la oposición entre los deportes tradicionales y todas las formas nuevas de los deportes clásicos (equitación a través de los campos, esquí de fondo, esquí fuera de pistas, etc.) o todos los deportes nuevos, importados con frecuencia de Norteamérica por los miembros de las nuevas gran y pequeña burguesías, y en particular por las gentes de moda, estilistas, fotógrafos, modelos, publicitarios, periodistas, que inventan y venden una nueva forma de *elitismo del pobre*, próximo del que caracterizaba a los profesores pero más ostensiblemente liberado de convenciones y conveniencias. La verdad de esta “contra-cultura”, que en realidad reaviva todas las tradiciones de los viejos cultos típicamente cultivados de lo natural, de lo puro y de lo auténtico, quizá nunca se manifiesta de forma tan clara como en el equipo que ofrecen al aficionado a los grandes paseos al aire libre los nuevos almacenes de accesorios del estilo de vida avanzada, Fnac, Beaubourg, Nouvel observateur, Clubes de vacaciones: *parkas*, *knickers*, *jacquards* “auténticos” en *shetland* o en lana “del país”, “verdaderos” *pulls* en lana “natural”, chaquetas de tramperos canadienses, *pulls* de pescadores ingleses, impermeables del ejército estadounidense, camisas de guardabosques sueco, *fatigue pants*, calzado de trabajo USA, *rangers*, mocasines indios en cuero flexible, gorras de trabajo irlandesas, gorros de lana noruegos, sombreros de fibras vegetales, sin olvidar los silbatos, altímetros, podómetros, libros sobre excursiones, Nikon y otros obligados *gadgets* sin los cuales no existe un retorno natural a la naturaleza. ¿Y cómo no reconocer la dinámica del sueño de vuelo social en la base de todas las nuevas prácticas deportivas, excursiones a pie, a caballo, en bicicleta, en moto, en barco, en canoa *kayak*; *moto-cross*, tiro al arco, *windsurf*, esquí de fondo, vuelo a vela, ala delta, que, teniendo en común la exigencia de una fuerte inversión de capital cultural, en el ejercicio mismo de la práctica, en la preparación, en el entretenimiento y en la utilización de los instrumentos, y sobre todo, quizás, en la *verbalización* de las experiencias, son un poco a los deportes de lujo de los miembros de profesiones liberales y de los cuadros de empresa lo que la apropiación simbólica es a la apropiación material de la obra de arte?

mientras que los miembros de profesiones liberales practican con mucha frecuencia el baile (el 18 % solamente, el porcentaje más bajo de toda la población, dicen que no bailan nunca) (F. C., IV).

³⁶ Más de la mitad de los miembros del golf de Saint-Nom-la-Bretèche (en las afueras de París) son banqueros, industriales, hombres de negocios, administradores de sociedades; el 26 % son directores de sociedades, cuadros, ingenieros, y el 16 % son miembros de profesiones liberales.

EL CATÁLOGO DE LOS NUEVOS RECURSOS DEPORTIVOS

Extractos del *Catalogue des ressources*,
co-édition Librairies Alternative
et Parallèles, 1977.

EXPRESIÓN CORPORAL

Gacela

Impregnada de la enseñanza del Arca, donde ha vivido una decena de años, Lanza del Vasto ha escrito de ella: "Su arte no es una cuestión de piernas, sino que se ha madurado durante mucho tiempo en el corazón y en la cabeza"; "si yo le hago salir al exterior de vez en cuando, lo hago porque este arte tan valioso, inspirado tanto en la danza hindú como en la imaginiería cristiana de la Edad Media, no se pierda".

Los acercamientos a la vida interior se practican por medio de las actividades que tienen lugar a lo largo de la jornada de sesión, para inmediatamente continuarse en la vida de cada día; en efecto, la búsqueda de la unidad interior constituye su principal objeto. La danza ocupa el lugar de honor, ya sea folklórica, religiosa o de creación. No constituye un fin en sí, sino que es un soporte de la vida interior. Ciertamente, se trabaja la técnica, pero nunca en detrimento del sosiego indispensable para la armonía de la persona.

Las mujeres descubren su cuerpo gracias a la danza

Para las mujeres, la danza representa ante todo un medio de tomar conciencia de su propio cuerpo y en este sentido, constituye un descubrimiento de sí mismas... Para las entrevistadas, la toma de conciencia del propio cuerpo va a veces acompañada por la toma de conciencia del cuerpo en tanto que medio de expresión particular. Para las mujeres, la danza se vive como un nuevo lenguaje que permite una afirmación de sí mismas... Además, esta actividad parece participar, según la mitad de las

entrevistadas, de un erotismo primario o incluso de un autoerotismo primario, al vivirse como un placer, ese conocimiento del cuerpo... "Es el momento en que siento que tengo un cuerpo... yo creo que la danza puede darme una armonía conmigo misma...", "...una búsqueda de mí misma, el hecho de descubrirme físicamente", "¡son sensaciones por medio del cuerpo... es un medio de hablar, puedes decir tantas cosas!", "es una afirmación...", "Me siento muy bien cuando danzo. Tengo consciencia de mí misma. En una ocasión abandoné la danza durante dos años, y me faltaba algo... Es una necesidad."

CARAVANAS

Eramos cuatro chicas, dos muchachos, un caballo alquilado, un carro propio y una bicicleta

Partimos de La Charité-sur-Loire en la Nièvre, sin una meta precisa. Hicimos 300 km. durante un mes hasta Montaignut-en-Combraille (Puy-de-Dôme) rodando por las carreteras secundarias del Bourbonnais. Ibamos a tres kilómetros por hora de media (el estado físico y el humor del caballo no permitían más). Hacíamos entre 15 y 20 kilómetros diarios. El hecho de ir a 3 kilómetros por hora nos permitía hacer un montón de cosas imposibles de realizar cuando se viaja en coche: coger moras, montar en bici, charlar con las gentes de los pueblos más perdidos, montar en el carro, bañarnos, amarnos... Al cabo de algunos días habíamos perdido por completo la noción del tiempo (el tiempo de todos los días: comida, trabajo, sueño).

VUELO LIBRE

Un ala delta es una vela tensada sobre unos tubos de aluminio, una gran cometa cuya cuerda es reemplazada por el peso de un hombre suspendido por un aparato y con el cual se lanza desde una cima para VOLAR.

La iniciación se hace desde pequeñas colinas, en pendientes con hierba, en canteras de arena, a sólo pocos metros del suelo. Geográficamente, se

puede volar en todas partes: desde los Pirineos a los Vosgos, desde los terrenos y acantilados del Norte hasta el Jura y los Alpes, pasando por el Puy-de-Dôme.

MARCHA A PIE

Pensar que hay gente que vive sin saber que basta con salir del agobiante mundo del metro en la estación "Porte de Saint-Cloud"... para encontrarse en el camino de la Grande Randonnée n.º 1 ¡¡¡Perfectamente!!! Se diría que es el relato, algodonoso y brumoso, que se hace de un sueño en el desayuno del día siguiente. Y sin embargo es cierto: ¡al final de la avenida de Versailles parten 565 km. (¡ni uno menos!) de caminos, SIN ATRAVESAR NI UNA SOLA AGLOMERACION!

EL SIMPÁTICO FÚTBOL

Desde hace algún tiempo asistimos al desarrollo de un fútbol "al margen"; fuera de los clubes, fuera de los campeonatos, y a menudo incluso fuera de los estadios. La vestimenta tradicional de color único deja paso a unas *tee-shirts* abigarrados, a camisas de todo tipo, incluso camisetas indias. No se ven demasiados *shorts* y por el contrario florece el pantalón vaquero. Las gruesas botas claveteadas todas llenas de cordones y ataduras bastante complicadas son rarísimas y provocan curiosos grupos de mirones antes del partido. Los zapatos de tenis y los *clarks* son los calzados más corrientes.

El número de los jugadores varía muchísimo y raramente alcanza la fatídica cifra de once. El sexo no siempre es el masculino y puedo recordar algunos partidos jugados en el barro invernal del Par-de-Sceaux en los que en cada equipo jugaban tres o cuatro chicas ¡cuyos zapatos de tacón hacían delicia de tobillos y tibias no siempre adversos!

Eran partidos homéricos, con dos o tres descansos, en el curso de los cuales los menos cansados se fumaban sus buenos cigarrillos. Los tanteos tipo eran del orden de 32 a 28.

La edad también a menudo es muy variable. Nada de categorías de tipo infantil, mínimos, cadetes, *juniors*, *seniors* o veteranos. Y los chicos de oncedoce años constituyen el género de mosquitos de los que sólo a duras penas se llega uno a desembarazar.

Evidentemente, las reglas no se siguen al pie de la letra. Por otro lado, la mayor parte de las veces, no existe árbitro. El fuera de juego sólo es castigado en caso de abuso flagrante (por ejemplo, cuando un jugador permanece durante todo el partido pegado a la línea de gol contraria en espera de recuperar un pase cualquiera). ¡Las líneas de banda no existen, lo que a menudo permite contar con terrenos de fútbol más anchos que largos! Sí se tiran los saques de esquina porque permiten estirarse un poco las camisetas. Los equipos se forman a medida que van llegando los jugadores durante el curso del partido.

No está totalmente excluido el espíritu de competición, pero se permanece, sin embargo, muy lejos del fanatismo de algunos equipos "pro". En realidad, las gentes que vienen a golpear el balón no se encuentran sobre la hierba para vencer a cualquier precio, visto que no existen apuestas, que raramente juegan dos veces los mismos equipos, que los periodos de juego son muy elásticos y que el triunfo suele darse con muy poca diferencia en el tanteo (de uno o dos goles como mucho). Y cuando un equipo es manifiestamente superior, se reequilibra el partido realizando "transferencias" entre los dos equipos. (...) Lo que queda (...) es un estado de espíritu bastante diferente del que se aprende la mayor parte de las veces en los equipos de colegios o de institutos.

En la oposición entre los deportes clásicos y los deportes californianos se expresan, de forma tan clara como en los gustos en materia de teatro o de literatura, dos tipos opuestos de relación con el mundo social, con el respeto de las formas y de las formas de respeto, por un lado, que se manifiesta en la preocupación por la manera de vestirse y por los rituales, y en todas las exhibiciones sin ningún tipo de complejo de la riqueza y del lujo, y por otro lado, con la subversión simbólica de los rituales del orden burgués mediante la pobreza ostensiva que hace de la necesidad virtud; con la libertad con respecto a las formas y la impaciencia por las coacciones, que se nota en primer lugar en materia de vestuario o de cosmética, constituyendo los vestidos sueltos y los cabellos largos (como en otros dominios el minibús y la caravana, o el folk y el rock) otros tantos desafíos a los atributos obligados de los rituales burgueses –vestidos de corte clásico o automóviles de lujo, teatro de bulevar y ópera–. Y esta oposición entre dos tipos de relación con el mundo social se resume perfectamente en los dos tipos de relación con el mundo natural, con el gusto de la naturaleza, salvaje, por una parte, y de la naturaleza civilizada, balizada, cultivada, por la otra.

De esta forma, el sistema de las prácticas y los espectáculos deportivos que se ofrecen en un momento dado del tiempo a la elección de los “consumidores” potenciales está como pre-dispuesto para expresar todas las diferencias sociológicamente pertinentes en ese momento, oposición entre los sexos, oposición entre las clases y las fracciones de clase: a los agentes les basta con abandonarse a las inclinaciones de su *habitus* para volver a tomar por su cuenta, incluso sin saberlo, la intención inmanente a las prácticas correspondientes, para reconocerse por completo en ellas, reconociendo también en las mismas a todos aquellos que en ellas se reconocen, sus *pares*. Y lo mismo ocurre en todos los dominios de la práctica: cada consumidor debe contar con un estado determinado de la oferta, es decir, con las posibilidades objetivadas (bienes, servicios o esquemas de acción, etc.) cuya apropiación es una de las cosas que se encuentran en juego en las luchas entre las clases y que, por el hecho de su probable asociación con unas clases o fracciones de clases, resultan automáticamente enclasadadas y enclasantas, jerarquizadas y jerarquizantes. El estado observado de la distribución de los bienes o de las prácticas se define en el encuentro entre las posibilidades ofertadas en un momento dado del tiempo por los diferentes campos de producción (presentes y pasados) y las disposiciones socialmente diferenciadas que, asociadas al capital (definido en su volumen y en su estructura) del que son más o menos por completo su producto (según la trayectoria) y en el que encuentran los medios de su realización, definen el interés por estas posibilidades, esto es, la propensión y la aptitud para adquirirlas y para convertirlas (por el hecho de su apropiación) en signos distintivos.

Así, por ejemplo, una investigación sobre el mercado de juguetes emprendida bajo esta perspectiva debería establecer en primer lugar los principios de estructuración específicos de un campo de producción que, aquí como en cualquier otra parte, hace coexistir, sin duda alguna, establecimientos que difieren por su “edad” (desde las pequeñas fábricas que producen juguetes de madera hasta las grandes empresas modernas), por su volumen (cifras de negocio, número de personas empleadas) y sobre todo, quizá, por la parte que dedican a la inversión “cultural”, es decir, por el grado en que la producción se apoya en una investigación no sólo tecnológica sino también psicológica: en segundo lugar, a partir de un análisis de las condiciones en las que se producen las compras de juguetes y, en

particular, del grado, sin duda variable según las clases, en que están ligadas con ocasiones tradicionales, y por tanto estacionales, de intercambios de regalos (Navidad, primero de año), se podría tratar de determinar la significación y la función que las diferentes clases confieren, consciente o inconscientemente, a los juguetes con arreglo a sus propios esquemas de percepción y de apreciación y, con mayor precisión, con arreglo a sus estrategias educativas, ellas mismas parte integrante de su sistema de estrategias de reproducción, siendo sin duda tanto más fuerte la propensión a conferir a los juguetes una función educativa cuanto que la reproducción de la posición social depende de forma más exclusiva de la transmisión del capital cultural, y por consiguiente cuanto mayor es el peso de dicho capital en la estructura patrimonial. Y debería examinarse también cómo la lógica de la competencia que enfrenta a las empresas de diferentes tipos, diferentemente dotadas y forzadas por ello a defender productos diferentes, es, en alguna manera, arbitrada por las diferentes categorías de clientes, al poder las empresas artesanales encontrar una segunda carrera cuando los juguetes de madera coinciden con el gusto por los materiales naturales y por las formas sencillas de las fracciones intelectuales, atraídas también por todas las formas de juegos lógicos aptos para “despertar” o para “desarrollar” la inteligencia, mientras que las empresas con una fuerte inversión cultural encuentran su apoyo espontáneo en la intensificación de la competición por la titulación académica y el aumento generalizado de las inversiones educativas, pero también en esa especie de publicidad espontánea que ofrecen a los productos de su gusto aquellos que no cesan de mostrar como ejemplo su propio estilo de vida ni de erigir en ética universal las inclinaciones de su *ethos*³⁷: los productores de juguetes culturales, que tienen un interés vital en quitar al mercado del juguete el carácter estacional que debe a su asociación con unas fiestas rituales, pueden contar con el proselitismo de todos aquellos que están inclinados a creer y a hacer creer en la eficacia pedagógica –rigurosamente indemostrable– de los juguetes y del juego: psicólogos, psicoanalistas, educadores, animadores de ludotecas, y de todos aquellos que están a favor de una definición de la infancia capaz de producir un mercado para los productos y los servicios destinados a la infancia³⁸.

De todo ello se deduce que solamente multiplicando los análisis empíricos de las relaciones entre unos campos relativamente autónomos de producción de una clase particular de productos y el público de consumidores que los mismos reúnen, y que funciona a veces como un campo (sin dejar de estar determinado por

³⁷ No existe, en todas las cosas, mejor prueba de la existencia de una legitimidad y de una definición de la práctica legítima que la seguridad inconsciente, pero socialmente corroborada, con la que los nuevos *taste-makers* miden todas las prácticas con la vara de su buen gusto, constituido en *norma de futuro* (en oposición a todo lo que es arcaico, viejo, rígido, superado): la ingenuidad de algunos de los comentarios con los que acompañan las estadísticas de consumo que producen para las necesidades del *marketing* dejan ver, por ejemplo, que clasifican todos los consumos alimenticios con arreglo a su distancia con el ideal anglosajón del *breakfast* con huevos y bacon o del *lunch* ligero, regado con agua mineral, como otros deciden lo que es *in* en materia de política o el último *must* de la moda filosófica con arreglo a lo que se hace (o no se hace) en Harvard, Princeton o Palo Alto.

³⁸ Se hubiera podido también mencionar el análisis de las relaciones entre el campo literario como campo de producción de un universo de posibilidades lingüísticas y los *habitus* de clase (véase P. BOURDIEU, con L. BOLTANSKI, “Le fétichisme de la langue”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 4, 1975, pp. 2-33, y P. BOURDIEU, “L'économie des échanges linguistiques”, *Langue française*, 34, mayo 1977, pp. 17-34); o también las relaciones, que se mencionarán más adelante, entre el espacio de los diarios y de los semanarios o el espacio de los partidos políticos y las expectativas de las diferentes clases sociales.

su posición en el campo de las clases sociales), es como puede realmente escaparse a la abstracción de las teorías económicas que sólo quieren saber de un consumidor reducido a su poder de compra (reducido a su vez a sus ingresos) y de un producto caracterizado, de manera también completamente abstracta, por una función técnica supuesta idéntica para todos, y fundar así una verdadera teoría científica de la economía de las prácticas³⁹.

³⁹ Sería necesario someter a una crítica análoga la noción abstracta de *mercado de trabajo* y describir simultáneamente los invariables y las variaciones de la relación entre el poseedor de los medios de producción —y por consiguiente de los puestos de trabajo— y el vendedor de fuerza de trabajo según las relaciones de fuerza entre las dos partes, que dependen, entre otras cosas, de la escasez del puesto y de los beneficios materiales y simbólicos que proporciona, de la escasez de la fuerza de trabajo ofertada o de las titulaciones que la garantizan; o, en otros términos, del grado en que el poseedor de puesto puede soportar la retirada individual o colectiva de la fuerza de trabajo (rechazo del puesto, huelga, etc.) y del grado en que el poseedor de fuerza de trabajo puede soportar el rechazo del puesto (por ejemplo, según sus titulaciones académicas, su edad, sus cargas familiares, siendo menos vulnerables los jóvenes solteros, etc.).